Marie Jalowicz Simon

CLANDESTINA

Periférica & Errata naturae



En 1942, Marie Jalowicz Simon, una judía berlinesa de diecinueve años, decidió que haría lo imposible para evitar los campos de concentración. Porque muy pronto muchos supieron adónde llevaban esos trenes, supieron que al final de aquellos viajes sólo había muerte. Abandonó entonces la fábrica de Siemens donde era trabajadora forzosa, se arrancó la estrella amarilla, asumió una identidad falsa y desapareció en la ciudad.

En los años siguientes, Marie se ocultó dondequiera que se le ofreciera refugio, alojándose con los más insólitos compañeros y anfitriones, desde artistas de circo y comunistas comprometidos hasta nazis furibundos. Sin embargo, como aprendió rápidamente, la compasión y la crueldad a menudo son dos caras de la misma moneda.

Cincuenta años después, apenas unos meses antes de su muerte, Marie accedió a contar su historia por primera vez. Narrada con una honestidad inquebrantable, *Clandestina* es un libro como ningún otro sobre la vida cotidiana, indeciblemente hostil y a veces absurda, pero también desbordante de belleza y esperanza, en el Berlín de la guerra. Implacable, la autora describe con una franqueza fuera de lo común, sin caer en el sentimentalismo, su lucha por sobrevivir en la más imperiosa soledad. Hasta junio de 1945 escapó a redadas, denuncias, violencia, frío, enfermedades y hambre. También a las mas descarnadas escenas de abuso: sus singulares hazañas desvelan todas las contradicciones y ambivalencias del ser humano. Sin tabúes y llena de humor, su inusual coraje, su perspicacia y su ingenio la mantendrán a salvo. Sus memorias son, al mismo tiempo, un documento histórico sin precedentes y el legado de una mujer excepcional, de absoluta lucidez y heroísmo.

Marie Jalowicz Simon

Clandestina

ePub r1.0
Titivillus 25.03.2024

Título original: *Untergetaucht*
Marie Jalowicz Simon, 2014
Traducción: Ibon Zubiaur Mirantes

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Marie Jalowicz Simon

CLANDESTINA

Una joven sobrevive en Berlín 1740-1945

EDICIÓN A CARGO DE IRENE STRATENWERTH Y HERMANN SIMON

EPÍLOGO DE HERMANN SIMON

TRADUCCIÓN DE IBON ZUBIAUR

PRÓLOGO, 1942

Hacía mucho frío en la calle y ya había oscurecido. El bar quedaba en la Wassertorstraße, una zona de Kreuzberg en la que nunca había estado. Entré al local aún vacío. «¿Hola?», gritó alguien desde la trastienda. Por la puerta abierta vi a una mujer que estaba sentada cosiendo un abrigo de piel. No pareció gustarle nada interrumpir su tarea para salir arrastrándose a mi encuentro.

Benno Heller me había enviado allí. En el bar debía dirigirme a la única encargada, una mujer llamada Felicitas. Era una de sus pacientes. Oficialmente era medio judía, de modo que tendría que haber llevado la estrella amarilla, pero no lo hacía. Aunque el ginecólogo ya me había alojado un par de veces en diversos sitios, en aquella ocasión me advirtió: la tal Felicitas se dedicaba a asuntos turbios. No le gustaba verse obligado a darme su dirección. Claro que ya no conocía a nadie más que pudiese ayudarme.

Sentía un miedo terrible, un profundo espanto: todo en aquella situación y aquella zona me resultaba ajeno. Aun así, fui capaz de explicarle en pocas palabras a Felicitas por qué había ido.

Se lo pensó un momento. Luego anunció: «¡Ya sé! Pronto *tié* que venir el *diertó* de goma. *Sué* estar aquí de los primeros. Él nos *pué* servir». Entretanto, yo debía instalarme en la barra y comportarme como una parroquiana corriente tomándose su cerveza.

Poco después entró al bar el hombre al que llamaba «director de goma». Quedé horrorizada. Debía de tener cincuenta y pocos y cojeaba mucho. Se movía como si sus piernas fueran de goma. Su apodo le venía de esa singularidad motriz y de que, según me enteré más tarde, era en efecto director de una pequeña empresa.

Hablaba como andaba. Producía una suerte de batiburrillo o papilla verbal, y eso tras varios intentos. Para que lo entendieran decía siempre lo mismo, confiando en que resultara más claro. Volvió a asaltarme un miedo cerval. Una psiquiatra que conocíamos me habló en una ocasión de los llamados «enfermos de tabes» a los que atendía, pacientes que sufrían las secuelas de una sífilis. Por ella supe que éstos caminan como si tuvieran piernas de goma, y que no consiguen pronunciar correctamente. No dicen «agarrador»

sino «agrador», y luego se corrigen a «agador», exactamente como el hombre que tenía ante mi en aquel instante.

No pude oír lo que Felicitas trató con él. Pero más adelante quedaría claro que me vendió por quince marcos. Ella pidió veinte, él ofreció diez, y se encontraron en el medio. Antes de que saliéramos del local, Felicitas sirvió otra cerveza a su cliente habitual y me dijo: «Vente conmigo un rato». En la trastienda me explicó la historia que le había contado: que yo era una antigua conocida suya. Que mi marido estaba en el frente y yo vivía con mis suegros. Que la relación con ellos se me había vuelto tan insoportable que le había pedido que me buscara alojamiento donde fuera. También me susurró al oído que Karl Galecki, el director de goma, era un nazi fanatizado hasta el límite de la locura.

Nos pusimos en marcha. Fuera hacía tanto frío que helaba el aliento. Él me ofreció su brazo. No cruzamos ni una palabra.

La nieve se había congelado y destellaba. Había casi luna llena. Levanté los ojos al cielo: reconocí la gigantesca cara del hombre en la luna, una faz rolliza con una sonrisa aviesa. Me sentí desconsolada. Al menos los perros pueden aullarle a la luna, pensé, yo ni siquiera eso.

Luego me recompuse. Pensé en mis padres y empecé a hablar con ellos para mis adentros: «No necesitáis preocuparos lo más mínimo por mí», les dije. «Vuestra educación me ha marcado profundamente. Lo que estoy viviendo no tendrá la menor influencia en mí, en mi alma, en mi desarrollo personal. Sólo necesito sobrevivir». Aquello me consoló un poco.

El domicilio del director de goma no quedaba lejos del bar, pero debido a su grave discapacidad avanzábamos muy despacio. Por fin nos hallamos frente a un gran bloque de pisos de alquiler con una entrada en arco. El pasaje daba a un patio. Allí estaba el barracón alargado en que vivía. Algo más lejos vi un segundo barracón en el que se encontraba su taller.

Con una linterna, iluminó inseguro la puerta de acceso para localizar el ojo de la cerradura: se había decretado la obligatoriedad de estar a oscuras[1]. Al lado del timbre vi la placa con su nombre. Y entonces cometí mi primer error. Para disimular mi pánico intenté quitarle hierro a la situación con una broma, hice una reverencia jocosa y le dije: «Buenas noches, señor Galezki».

Se quedó pasmado. Debí de ser la primera persona en su vida que no lo llamaba «Galekki». ¿Cómo es que sabía pronunciar la «c» polaca? Para explicarlo me vi obligada a inventarme a toda prisa una mentira: en mi infancia vivíamos enfrente de un señor Galecki que era polaco e insistía en el «Galezki». El director de goma me sometió a un interrogatorio: ¿podría ser un pariente suyo? ¿Qué oficio tenía? Y todo eso.

Entramos en el barracón. Vivía solo. Su mujer, me informó balbuciendo, lo había abandonado porque no quería vivir con un tullido. Había pasado años en hospitales y sanatorios. Y ahora se entregaba a la pasión que lo ayudaba a soportar la soledad: sus peces. Las paredes de aquel recinto alargado, a derecha e izquierda, estaban cubiertas de acuarios. De vez en cuando había un espacio libre que ocupaba un mueble. Pero, en general, allí vivían sobre todo peces. Le pregunté cuántos eran. Ya no podía ni contarlos, había un número incalculable de especies.

Entonces me explicó laboriosamente, luchando una y otra vez con la pronunciación de las palabras, que tenía costumbres férreas y que no deseaba cambiarlas. Reaccioné con gran tolerancia: «Por supuesto, seguirás yendo cada tarde a tu bar habitual. Viviremos juntos, pero sin estorbarnos», lo tranquilicé, y: «Por supuesto, almorzarás donde tu madre, como hasta ahora». Nos tuteamos desde el principio. Era el tuteo espontáneo de la plebe en los bares.

Al fondo del barracón alargado, entre los acuarios, estaba su cama y, en el extremo opuesto, un diván. Ahí dormiría yo. Me mostró dónde encontraría sábanas, una manta y una almohada.

Incluso sin Felicitas, pronto habría sabido que era un nazi fanático. Enseguida me contó muy orgulloso que en el sanatorio había construido con cerillas una maqueta del Marienburg [2] para regalárselo al Führer. Me pidió que tratara de adivinar cuántas cerillas había necesitado. Sugerí alguna cifra altísima que, por supuesto, era demasiado baja. Me corrigió entusiasmado y me mostró un par de artículos del periódico en los que se reproducía y se elogiaba aquella maravilla. Yo también la elogié.

Bastante al fondo de aquella extraña vivienda colgaba un marco con un paspartú vacío en la pared. «Dios mío», pensé, «parece que alguien ha querido plasmar de ese modo el nihil o alguna locura semejante». Al enmarcarlo debía de haberse quedado un pelo en el

paspartú: cruzaba en diagonal la superficie libre y tenía una tonalidad extraña.

—¿Adivinas lo que es? —me preguntó señalándolo.

—No. —Y, aunque lo hubiese adivinado, jamás se me habría ocurrido decirlo. Por fin lo soltó: había adquirido aquella pieza por complejas vías y desde luego había tenido que pagarla cara, dijo cerrando los ojos. Era un pelo del pastor alemán del Führer—. Vaya —respondí—, no me atrevía a aventurar algo así para no ofenderte si me equivocaba. ¡Pero es fabuloso!

Luego me enseñó la cocina y algo que ya no me esperaba en aquel acuario demencial: una puerta lateral daba a un baño normal y decente.

Estuvimos charlando un rato más. Me había acostumbrado a la papilla verbal que regurgitaba y ya no lo miraba con curiosidad. Así, fue desinhibiéndose poco a poco y dio rienda suelta a su ideología nazi. Me daba pavor que algún gesto me delatara. Era capaz de refrenarme para no decir algo equivocado, pero no tenía bajo control todas mis reacciones corporales. De pronto, por ejemplo, me decía:

—Los *kudios*, los *udíos*, los *kudíos*… hay que matarlos a todos.

Noté que me ponía roja, me levanté de un salto, señalé un acuario y dije:

—Mira, los pececitos acaban de agruparse de otra manera.

Dio palmas en señal de aprobación:

—¡Bravo!

¡Era una buena observadora de sus protegidos!

Estaba tan asustada y desesperada que entablé contacto con los peces. No conocía ninguna *broche*, ninguna bendición hebrea para ellos. Ni siquiera tenía claro que Dios existiera; sin embargo, al mismo tiempo era mi colega de confianza —*hakodausch boruch hu* —, así que le dije: «Tendrás que aceptar la *broche* tal y como se me ocurra. Si no me dejas ni un *siddur*, ni un breviario y ni siquiera alguna obra de consulta, no puedes exigirme una formulación perfecta».

Creo que se mostró razonable y comprensivo. Mi improvisada *broche* fue: «Bendito seas, rey del mundo, *baure ha dogim*, que creó los peces». También les hablé mentalmente a ellos: «Estoy en peligro de muerte y desamparada por todos. Vosotros sois criaturas

inocentes, igual que yo. Por favor, pececitos mudos, interceded por mí si los seres humanos me abandonan».

Algo más tarde el director de goma me anunció: «He de decirte algo que me cuesta mucho; seré breve». Con la cabeza gacha y lágrimas en los ojos, me explicó que iba a decepcionarme, que ya no era capaz de tener relaciones sexuales. Yo traté de tomármelo con neutralidad y de ser amable, pero me embargaron tal júbilo y tal alivio que fui incapaz de quedarme sentada. Me escapé al retrete.

Fue la visita al baño más sublime y edificante de mi vida. Rememoré, por supuesto en forma abreviada, esos servicios religiosos vespertinos de los viernes, a los que tantas veces había asistido en la Sinagoga Vieja: «¡Yo os convoco, mis queridos niños de coro, cantad!», pensé mientras los escuchaba en mi recuerdo. Aquello me sirvió para *gaumel zu benschen*, es decir, para dar las gracias por haberme salvado de un peligro de muerte.

No sé qué dolencia exacta aquejaba entonces a Galecki, pero yo veía en él a un sifilítico. De haber tenido que compartir la cama con él, habría estado en peligro de muerte. Cuando supe que no sería así me sentí profundamente aliviada, una gran liberación. *Haschem li welau iro* —Dios está conmigo, nada temo—, recité para mí antes de regresar a su lado.

El barracón del director de goma realmente habría sido un escondrijo ideal para mí si aquel hombre no hubiera sido un nazi furibundo.

Debía aprender a defenderme.

I

Debía aprender a defenderme. INFANCIA Y JUVENTUD EN BERLÍN

1

Mis padres llevaban ya once años casados cuando vine al mundo el 4 de abril de 1922. Fui su primera y única hija y ese embarazo tardío fue una gran sorpresa para ambos.

Hermann y Betti Jalowicz habían crecido en Berlín-Mitte, aunque en condiciones del todo distintas. Mi abuelo Bernhard Jalowicz era comerciante de artículos de ocasión en la Alte Schönhauser Straße, además de un bebedor que pegaba a su mujer. Al nacer, su nombre era Eliyahu Meir Sachs. Sin embargo, después de huir de Rusia, en el año 1870, le compró unos papeles con el nombre de Jalowicz a una viuda en Calbe.

Sus hijos lograron terminar el bachillerato e ir a la universidad. En paralelo a sus estudios de Derecho, mi padre se implicó en el movimiento deportivo sionista. A los inmigrantes judíos del este se los consideraba degenerados por la estrechez de sus viviendas en el gueto y por verse constreñidos a desarrollar siempre las mismas actividades, como el comercio ambulante. Para combatir aquel estigma y suscitar una nueva mentalidad nacional-judía, se trató de promover el ejercicio al aire libre. Durante un tiempo mi padre fue el redactor jefe del periódico suprarregional *Jüdische Turnzeitung*.

Betti, mi madre, también era miembro del club deportivo *Bar-Kochba*. Su padre era nieto del famoso rabino Akiba Eger, de modo que pertenecía a la nobleza erudita judía. El prestigio de sus orígenes le permitió ingresar por matrimonio en la riquísima familia ruso-judía Wolkowyski e invertir la inmensa dote de su mujer en fundar una gran empresa de transportes con sede en la Alexanderplatz.

Mi madre, la menor de seis hermanos, nació en 1885. Era una persona bajita y rechoncha cuyo ingenio, humor y gran temperamento cautivaban a todos. Lo más atractivo de ella era la infrecuente combinación de pelo oscuro y ojos azules; menos

atractivas eran sus piernas cortas y gruesas.

Mi padre, en aquella época un joven apuesto por el que suspiraban muchas mujeres, tuvo su primera charla con Betti Eger al teléfono. «He oído tantas cosas buenas de usted», parece que le dijo, «que supongo que me decepcionará cuando la vea». Mi madre enseguida se sumó a ese tono. Los dos se conocieron y se enamoraron. Se casaron en 1911 en el domicilio familiar de la Rosenthaler Straße 44. El inmenso piso de mis abuelos Eger quedaba justo enfrente de los Hackesche Höfe, entonces recién construidos en el centro de Berlín.

Durante sus primeros años de profesión, mi padre regentó un bufete de abogados con sus colegas Max Zirker y Julius Heilbrunn en un despacho de la Alexanderstraße. Había ido a la escuela con Zirker, quien, tras finalizar sus estudios, se había convertido en un hombre comodón al que le gustaba asistir a actos sociales, lo mismo que a su socio, Heilbrunn. Mientras, mi padre se quedaba en el despacho y realizaba el trabajo jurídico.

Betti Jalowicz fue acumulando una rabia inconsciente: tenía la sensación de que Zirker y Heilbrunn explotaban sin escrúpulos a su marido. «Montemos nuestro propio bufete. Nos las arreglaremos», animaba una y otra vez a mi padre. Poco antes de estallar la Primera Guerra Mundial ambos se trasladaron a su propio despacho y vivienda en la Prenzlauer Straße 19a, a unos pocos cientos de metros de la Alexanderplatz.

Mi madre se consagró con brío a aquel bufete. Siempre había lamentado no haber conseguido el título de bachillerato para seguir estudiando. Cuando sus hermanos mayores cursaban Derecho, ella aprendía con ellos a escondidas. De joven había sido jefa de oficina en el gran despacho de abogados de su hermano Leo, donde no sólo dirigía a la totalidad del personal, sino que redactaba documentos enteros. A menudo sus formulaciones jurídicas eran tan brillantes que no hacía falta cambiarles ni una coma.

También a mi padre le interesaban mucho el Derecho y la Filosofía del Derecho, pero la rutina diaria de los abogados lo horrorizaba, y en lo relativo a los negocios era un incompetente. Podía suceder que se marchara dando un portazo si un cliente lo sacaba de quicio. «Encárgate tú de él: es tu bufete», le decía entonces a mi madre.

Por otro lado, le encantaba hacer reír a tertulias enteras contando hechos curiosos de su vida profesional. Entre ellos, la anécdota sobre el cliente que le enseñó indignado su citación. «¡Ay, doctor Jalowicz, mire, mire!», dijo señalándole la fecha. Mi padre no lo entendió hasta que se lo explicó: era Yom Kippur. «¡Doctor, es cosa de Puderbeutel!», se lamentaba el cliente. Su litigante se llamaba Puderbeutel, y él estaba convencido de que aquel bribón, para causarle el máximo daño posible, se había cuidado de que tuviera que profanar Yom Kippur compareciendo en el juzgado.

También solía contar mi padre lo de la vieja judía que acudió una vez a él para preguntarle si un hombre debía pegar a su mujer. Mientras hablaba ya estaba quitándose la ropa para mostrarle las huellas de la violencia. «¡Déjelo, déjelo!», la detuvo él horrorizado.

Entre su clientela había también proletariado no judío, como aquel hombre que apenas era capaz de balbucear lo que quería. Con mucho esfuerzo, mi padre entendió que a alguien fallecido en el hospital le habían arrancado los dientes de oro. Preguntó con gran cuidado y tacto qué pariente querido había sufrido tal infamia. El hombre replicó perplejo: «¿Por qué “pariente querido”?». Él era enterrador y quería denunciar al Hospital Virchow por entregar cadáveres desvalijados a los cementerios. En su opinión, era un derecho de los enterradores mejorar su exiguo sueldo expoliando ellos los cadáveres.

Mis abuelos maternos habían muerto antes de que yo naciera. Mi tía Grete se quedó entonces el piso de la Rosenthaler Straße 44, donde organizaba cenas para toda la familia en las fiestas solemnes. Cada año tenían lugar también en el inmenso comedor nuestras inolvidables celebraciones del Séder.

Por lo que recuerdo, mi tía abuela Doris presidía como una matriarca. Vestida siempre de seda gris, llevaba una cinta en torno al cuello, y a mí su expresión me recordaba a un bulldog. Doris Schapiro había sido riquísima en tiempos y había huido de la Revolución desde Rusia a Berlín. También estaba siempre presente su hija Sylvia Asarch, que compartía un destino similar.

Había pocos niños en la familia: además de mí, sólo mi primo Kurt-Leo y mi prima Hanna-Ruth. Tanto más importante fue para nosotros el tío Arthur, un hombre muy niñero y divertido. Arthur aunaba contradicciones sorprendentes. Ya su aspecto era inusual.

Gruesos o flacos, los Eger solían ser bajos. Arthur les sacaba al menos una cabeza. Todos tenían un discreto pelo oscuro; el suyo era rojo ardiente. También resultaba extravagante por su carácter: Arthur era comunista y a la vez fervientemente ortodoxo. Con sus ideas y prescripciones religiosas volvió bastante loca a su hermana Grete, con la que convivió por un tiempo. Arthur comerciaba con artículos de broma. Durante una época tuvo una tienda en la Münzstraße y luego regentó un puesto en el mercado, pero sus empresas terminaban quebrando por sistema.

En las festividades siempre daba disgustos: tras el servicio religioso, cuando hacía mucho que todos esperaban a que se sirviera el banquete, él llegaba infaliblemente el último. Uno de los dichos familiares de entonces era: «Bueno, ya está Arthur cerrando otra vez el *shul*[3]». Siempre se encontraba con conocidos frente a la sinagoga y se quedaba horas hablando con ellos.

Ahora bien, cuando hablaba del éxodo de los judíos de Egipto durante el Séder, lo hacía con tan honda seriedad como si él mismo hubiera estado allí. Y, tras la comida, al retomar la liturgia, se ponía un poco pálido y anunciaba con un espanto plenamente creíble: «El Séder no puede continuar: han entrado ladrones que han robado el *afikaumon*». Se refería a un pedazo especial de *matzá* que los niños habíamos escondido. Cuando lo devolvíamos se nos recompensaba con un dulce; era la costumbre.

Mucho antes de que yo empezara a ir a la escuela, Arthur quiso enseñarme el alfabeto hebreo. Seguía así una arraigada tradición judía. Mi padre contaba que de niño su abuelo lo sentó en su regazo y le dijo: «Hijo mío, ya tienes tres años. No has de aprender primero las letras alemanas y luego nuestro alfabeto sagrado, sino al revés».

Con todo, el modo en que Arthur empezó sus clases puso a mi madre fuera de sí. La primera letra que me dibujó era una ה. Y dijo: «Ves, hija mía, esto es una *hei*. Y ahora repite: hei».

Yo, por supuesto, se lo enseñé muy orgullosa a mis padres:

—Mirad, esto es una hei.

—¿De dónde has sacado ese disparate? —preguntaron al instante, pues *hei* en lugar de *he* era una pronunciación antigua, considerada poco moderna y fina, que yo no debía aprender en ningún caso.

Arthur discutía continuamente con la tía Grete. Por ejemplo, le

encantaba tomar el té con mucha azúcar, cosa que a ella le parecía un despilfarro. Él, deslizando un azucarillo tras otro en su taza en cuanto Grete protestaba, repetía un estúpido eslogan publicitario: «¿Ahorrar azúcar? ¡No seas cutre! Tu cuerpo necesita lo que nutre». Un día entonaba el verso como un niño que recita un poema y se le atasca, otro lo enunciaba como un payaso. Cada vez, Grete exclamaba: «¡Ya está bien!»… hasta que mi muy severa y hosca tía estallaba también en carcajadas. En eso Arthur se había echado más de diez terrones de azúcar en el té.

Una vez, yo tendría entonces unos diez años, vi cómo uno o dos días después de Pésaj se untaba un trozo de pan con *matzá* y repetía una y otra vez riendo como un bobo: *Jametz u matzá*[4], fermentado y sin fermentar. Ninguna persona razonable seguía comiendo *matzá* tras los ocho días de Pésaj, pero a él le divertía hacerlo. Ahí comprendí que Arthur representaba un papel, claro que nunca se sabía si bromeaba o iba en serio.

El piso de la Rosenthaler Straße fue también escenario de más de una anécdota familiar que se contaba sólo a escondidas. Una de ellas trataba de mi tía Ella y ocurrió cuando yo aún era muy pequeña.

Hacia el cambio de siglo la enviaron un par de meses a Boldera, cerca de Riga, donde se encontraba una de las fincas de la familia Wolkowyski. En aquel tiempo debía de ser una joven guapa y divertida para quien ya iba siendo hora de pasar por el altar. En Riga conoció a Max Klaczko y al poco se casaron. Sólo más adelante se daría cuenta de que era un psicópata insoportable, que siempre la encontraba en falta y que le hizo la vida imposible.

En una ocasión, Ella y Max Klaczko vinieron de visita a Berlín con su hija Edit desde Riga. Mientras que Ella estaba encantada de disfrutar del entorno familiar de su infancia en la Rosenthaler Straße, su marido salía solo a conocer la ciudad. Aquella tarde de 1926 se demoró de más. Cuando ya habían empezado a preocuparse, sonó el timbre. En la puerta se encontraba un policía que les dijo con la fórmula habitual de condolencia: «Tengo el triste deber de comunicarle que su esposo ha sufrido un accidente mortal al cruzar la calzada junto a la Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche».

Ella debió de soltar un grito de júbilo, abrazó al policía y bailó con él de manera tan frenética que éste apenas podía seguirle el

ritmo. Después de eso, no quedó más remedio que pagarle una buena cantidad para que mantuviera la boca cerrada, aunque el agente repetía sin parar que él no era corrupto. Incluso el tío Arthur, que estuvo arruinado toda su vida, se ofreció: «¿Debo aportar yo algo? Es una suma considerable».

A los pocos días, Ella Klaczko parecía una modélica viuda en duelo, y no sólo por su atuendo, sino por su actitud. En verdad su situación era deplorable: con su negocio de máquinas de escribir en Riga, el marido no le dejó más que deudas. Le quedaron un par de máquinas con las que abrió una oficina de mecanografía y traducción en su piso.

A menudo, mi madre me hablaba de las *delicatessen* que conoció cuando también ella pasó un par de meses en la finca de Boldera. A veces íbamos a una tienda de delicatessen rusos en Charlottenburg. Para mí era siempre una fiesta comprar aquellas cosas tan bonitas. Había un té particularmente bueno en latas con decoración de oro y unas inscripciones extrañas. Yo pregunté: «¿Por qué hay aquí una Я al revés?». Mi madre me explicó que era una ü, que se pronuncia «iá». Así descubrí el alfabeto ruso.

Comprábamos también *kljukva* escarchados —arándanos rojos recubiertos de azúcar glas que se tomaban con el té—. *O kil'ki* —espadines en aceite— y guisantes a la parrilla: guisantes muy finos ligeramente ahumados. No sé si todo aquello sabía de verdad tan bien o si era su carácter exótico lo que me cautivaba. De su infancia, mi madre contaba que desde el pasillo podía predecir que tenían visita de Rusia por las fragancias. El cuero ruso de los gruesos abrigos se distinguía desde la escalera y también aquel perfume francés intenso y muy especial. Aquellos olores equivalían para ella a la promesa de que ese día se servirían *delicatessen*. También a nosotros nos traían exquisiteces los parientes de Riga, como *kalkun*, pavo relleno. A mi madre le entusiasmaba porque le recordaba a su niñez, y a mí también me gustaba muchísimo.

Poco después de mi sexto cumpleaños empecé primaria en la Heinrich-Roller-Straße. Estábamos en 1928, la época del desempleo masivo. En las inmediaciones de aquella escuela vivía mucha gente pobre. Pero mis padres no querían enviarme a un colegio privado exclusivo: consideraban que debía conocer aquel entorno social con su lenguaje —el dialecto berlinés— y aprender a defenderme en él.

Al mismo tiempo, sin embargo, también querían limitar mi contacto con ese mundo.

Durante muchos años, mi padre me llevó a la escuela cada mañana. Aquellos paseos matutinos y nuestras conversaciones consolidaron nuestro estrecho vínculo. Luego me recogía mi niñera, Lewin. En cuanto llegaba a casa, me desnudaban y me lavaban de la cabeza a los pies. Apartaban la ropa para lavarla o la colgaban para airearla, y me cambiaban de arriba abajo: decían que desprendía el típico olor a cerrado de la escuela pública.

El tercer curso me lo salté. Ya desde antes de 1933, mis padres tenían una acuciante sensación de desasosiego: querían que completara el ciclo con rapidez. Como en su día mi madre y mis tías, pasé directamente de la escuela primaria al Sophien-Lyzeum. Los tres años que asistí allí no me dejaron ninguna huella especial. Lo que más me impresionó fue la detención de nuestra profesora de Cálculo, la señora Draeger[5]. Debió de ser en 1933: desde mi silla pude ver cómo le impedían entrar en nuestra aula. Dos hombres de civil la esperaban en la puerta. La vi ponerse lívida. Poco después oí cerrarse unas esposas. Lo conté en casa, por supuesto. «Intenta preguntar discretamente quién más lo ha visto», dijo mi padre. Así lo hice, pero descubrí que, al parecer, yo era la única niña que había observado la escena.

2

Mi madre sólo vivió cincuenta y tres años. El 30 de junio de 1938 falleció de las secuelas del cáncer que había sufrido largo tiempo[6]. A nuestros conocidos no judíos les ahorramos el conflicto de si debían acudir a un entierro judío enviándoles las esquelas deliberadamente tarde.

Nuestra situación era nefasta. Mi padre casi no ganaba nada y tenía deudas por todas partes. Desde 1933 no se le había permitido ejercer como notario. Su acreditación de abogado tuvo validez hasta septiembre de 1938 debido a una excepción para «combatientes del frente» judíos de la Primera Guerra Mundial, pero, llegada esa fecha, no nos quedó sino una pequeña pensión y lo que yo aportaba dando clases particulares.

La tía Grete había tenido que abandonar la Rosenthaler Straße hacía tiempo y ahora vivía con Arthur en un pequeño piso en el mismo edificio que nosotros. Allí regentaba una oficina de mecanografía y con eso se alimentaban mal que bien ella y su hermano.

También Arthur falleció aquel verano, sólo dos meses después que mi madre. Murió literalmente de hambre. Para entonces era más estricto a la hora de cumplir las normas de alimentación que el rabinato ortodoxo, y, entre otras cosas, no había vuelto a probar la carne desde que en 1933 se prohibió la matanza ritual. Yo estaba presente una vez que Grete le sirvió pese a todo un plato de carne. Con los ojos brillantes preguntó:

—¿Qué significa este esplendor en mi cabaña[7]?

—Pues, ¿sabes?, es kosher actual —explicó Grete.

—¡Kosher actual es *treife* antiguo[8]! —dijo apartando el plato.

Por sus úlceras gástricas tuvo que ingresar varias veces en el hospital en los meses previos a su muerte. «Su dolencia en sí es leve», le decían los médicos a Grete, «está tan enfermo porque

rechaza ingerir todo alimento». Y aquello ya no era un juego ni una broma, sino su respuesta a la situación política: quería sacrificarse a sí mismo [9] .

El gran piso de la Prenzlauer Straße 19a se había vuelto demasiado caro para nosotros. Nos hacía falta otro alojamiento y lo encontramos a través de un antiguo cliente antinazi de mi padre que nos era leal. De tan miope, el señor Weichert era casi ciego, y tan duro de oído que estaba prácticamente sordo, pero conducía una pequeña furgoneta por la ciudad como un salvaje. Un día vino a vernos y anunció: «Tengo justo lo que necesitan».

Nos había entendido mal y creyó que queríamos comprar una casita, lo que habría sido grotesco dada nuestra situación, pues a finales del verano de 1938 no sólo nos vimos obligados a renunciar a nuestro apartamento, sino también a vender el terreno con la casita de verano en Kaulsdorf, en Wuhlheide, que mi padre y mi madre habían adquirido siete años antes. Los nuevos propietarios pasaron a ser Hannchen y Emil Koch, unos conocidos de mis padres oriundos de Kaulsdorf y que ya eran nuestros inquilinos en la casa de madera.

Pero el señor Weichert también había entendido mal a la gente con la que nos puso en contacto, que no pretendían vender una casa sino máquinas de coser. El señor y la señora Waldmann eran judíos y hubieron de renunciar a la pequeña empresa de confección que venían regentando en la Prenzlauer Straße 47. De ahí que tuvieran una gran habitación vacía, y allí nos mudamos.

Así es como, al poco de la muerte de mi madre, Margarete Waldmann pasó a ser el último gran amor de mi padre. Era mucho más joven que él, tenía un niño pequeño y se sintió tremendamente honrada de que mi padre la adorara de ese modo. La halagaba que él le dedicara poemas y —aunque no teníamos ni un penique— la mimara con *delicatessen*. Yo estaba indignada. A mis dieciséis años, me percataba de que ella estaba jugando con sus sentimientos. No hacían falta ni madurez ni inteligencia para darse cuenta.

Al mismo tiempo se habló de que debía contraer matrimonio de conveniencia con una directora de escuela llamada doctora Schiratzki para que emigraran juntos. La propuesta venía de la Oficina para Palestina [10] . «Cásate con ella», pensé yo, «¡y no querré tener nada más que ver contigo!».

Fuera del sistema de cuotas, a mi padre le habían ofrecido lo que se conocía como «certificado de veteranos para Palestina», un permiso de emigración para activistas meritorios del movimiento sionista. Este certificado seguramente habría sido válido también para mí, y ambos habríamos podido salir de Alemania, pero de forma turbia acabó asignándose a alguna otra persona, y la cosa quedó en nada.

Los Waldmann también se proponían emigrar. Su única posibilidad era Shanghái y planeaban hacer el interminable viaje hasta allí en el ferrocarril transiberiano. Aquella mujer trataba de convencer a mi padre de que en el último momento ella saltaría del tren: «Mi marido se va con el pequeño Martin, y yo seré sólo tuya», le prometía. «¡No te creas ese disparate!», le rebatía yo. Tuvimos unas broncas colosales; por poco me pega. Todavía era demasiado inmadura para entender que aquella disparatada aventura amorosa adolescente era un último intento de revivir ante la muerte.

La situación se agravó. Si no queríamos que nos pusieran de patitas en la calle, pensé, debía hacer algo, lo que significaba complacer al marido de aquella mujer. Yo ya tenía experiencia en lo sexual y me dije: pues venga. Para qué aplazarlo.

Sólo ocurrió dos veces. El señor Waldmann y yo fuimos al antaño muy respetable hotel judío Rey de Portugal. ¿Y a quién me encuentro en la escalera? A mi profesora de Gimnasia. Nos sonreímos. Ella también estaba allí con un hombre. Yo todavía iba a la escuela.

En otoño de 1938 todos los judíos con pasaporte polaco fueron expulsados de Alemania. Algunos compañeros de mi curso en la recién fundada escuela secundaria judía de la Wilsnacker Straße se vieron afectados por este destierro. La mayoría de ellos eran berlineses de pura cepa, pues bien habían nacido aquí, bien habían llegado cuando eran bebés. Y ahora de pronto tenían que marcharse. Nuestro curso reaccionó con extraordinaria disciplina a su despedida: guardamos silencio un rato, y luego continuó la clase. Sobre lo sucedido no había nada que decir.

Los asientos de esos camaradas estuvieron muy poco tiempo vacíos, ya que el siguiente paso fue que todos los alumnos judíos fueron expulsados de las escuelas no judías y se apelotonaron en nuestras aulas. Cada vez se colocaban más sillas. Algunos tenían

que escribir apoyándose en el regazo.

El inspector responsable de nuestro centro era el catedrático Hübener, un filólogo que durante años había tenido una relación con nuestra tutora judía, la señorita Philippson. No puede decirse que fuera un hombre muy valiente; a todas luces le desagradaba ser responsable de aquella escuela judía. Cuando cayó enfermo, en su lugar se nombró al director de otro instituto para llevar a cabo los exámenes de bachillerato. Nuestro compañero Reinhard Posnanski se horrorizó al saberlo y dijo: «¡Dios mío, Schröder es jefe de regimiento de las SS!».

Todos le teníamos un miedo tremendo a aquel hombre. A su llegada lo recibieron en formación los alumnos que iban a examinarse junto con el claustro de profesores. En el más resuelto tono militar, Schröder bramó: «¡Posnanski! ¡Al frente!». Mi compañero se puso lívido, pero el inspector le tendió la mano, diciendo: «¡Lo saludo como antiguo alumno!». Todo estaba salvado.

Yo había elegido Alemán como asignatura optativa y en el examen oral me hicieron leer un texto en alto alemán medio. Cuando terminé, el inspector Schröder me dijo: «Es magnífico, parece usted tan joven… pero ha llegado aquí directamente desde la Edad Media». Nuestros profesores nos contaron después que, a la hora de evaluar los resultados del examen, Schröder requirió subir todas las notas un punto, algo que al comparar nuestro nivel con el de las escuelas no judías era más que oportuno. Por lo demás, fue una época difícil. La mayoría de mis compañeros venía de familias que estaban volcadas en tratar de emigrar. No hubo una alegre vida de bachiller para nosotros.

Aun así, mi padre quiso organizar una comida para celebrar mi bachillerato en casa de Grete, pues él y yo no teníamos ya un verdadero hogar. Y pretendía que invitáramos también al matrimonio Waldmann. «¡Si al poco de morir mi querida hermana se atreve a traerme a esa furcia a casa, no pienso mover un dedo!», exclamó mi tía. Yo estaba desesperada. No tenía la menor experiencia en asuntos del hogar y de pronto me veía obligada a cocinar una cena para una docena de personas. Por supuesto, no había dinero.

Al final, todo ocurrió exactamente como yo lo había vaticinado. Mi padre acompañó a los Waldmann a la estación, el tren se puso

en marcha y ella no saltó. En aquel preciso instante su ilusión se pulverizó para siempre. Se derrumbó por completo y de ahí en adelante ya sólo me dio una pena terrible.

Dejamos el piso de los Waldmann y alquilamos dos pequeños cuartos a la familia Goldberg en la Landsberger Straße 32. No nos querían mal, pero eran en exceso curiosos y pequeñoburgueses, y a la larga se nos hizo insoportable. La señora Goldberg me seguía continuamente, casi pisándome los talones. El linóleo de la cocina siempre estaba encerado hasta relucir, y ella gimoteaba: «¡No me derrame usted ni una gota de agua!». Pronto renunciamos al derecho a usar la cocina, pues así nos ahorrábamos un par de marcos. El té nos lo hacíamos en la habitación con un hervidor de inmersión.

A comienzos de 1940 volvimos a mudarnos, esa vez a una habitación horrible y con cucarachas, con unos tal Ernsthal en la Prenzlauer Straße 9. Mi padre estaba muy abatido. No dejaba de repetir que él habría querido ofrecerme una vida agradable, pero que no podía hacer nada por mí. Y yo no dejaba de repetirle que todo aquello no me importaba.

I

Sola en el páramo helado.
TRABAJO FORZADO EN SIEMENS

1

Pasamos horas de pie, hacinados en un pasillo largo y oscuro. Sólo nos quedaba esperar. Teníamos mucho miedo a lo que pudiera avecinarse porque nos dábamos perfecta cuenta de que aquella situación tan humillante había sido provocada con toda la intención.

A comienzos de 1940 habían empezado a reclutar a mujeres y hombres judíos para realizar trabajos forzados en la industria armamentística. En julio también a mí me convocaron a la Delegación Central para Judíos de la oficina de empleo en el bulevar Fontane, más conocido como el «bulevar de las vejaciones[11]».

—Voy a volverme loco. Soy un fumador empedernido: tengo que fumar o perderé el control, pero no sé si se puede —gimió un hombre a mi lado—: Y, si está prohibido, nos matan a todos.

Joven e ingenua como era yo a mis dieciocho años, repliqué:

—Pues muy sencillo: se pregunta.

En ese momento alguien gritó: «¡Apartaos!». Nos apretujamos aún más contra las paredes para hacer sitio al hombre que había dado aquella orden. Con toda amabilidad y cortesía, me dirigí a él:

—¿Me permite una pregunta? Hay aquí un caballero que no tiene claro si está permitido fumar.

No sabía que tenía ante mí al mismísimo Alfred Eschhaus, director de la llamada Delegación Central y un célebre antisemita.

—¡Chusma judía desvergonzada! —bramó de inmediato, y, tras otra sarta de improperios, desapareció.

Pero entonces se me acercaron algunos de los presentes y amenazaron con pegarme. Una gruesa *jiddene* que apestaba a musgo podrido me apartó de ellos y me apretó contra su pecho fofo. «A ver, ¡¿quién quiere pegar a una niña judía?!», los increpó. Por poco me echo a llorar.

Enérgica, una señora se abrió paso hasta nosotras: «Siento que se haya llevado este disgusto», dijo. «Permítame, mi nombre es Rödelsheimer». Era musicóloga, según supe después. Yo también me presenté, por supuesto. «Mire, señorita Jalowicz, ha cometido un error. Ha hecho usted lo normal», me explicó. Y así aprendí algo para el resto de mi vida: en una situación anormal no hay que hacer lo normal. Hay que adaptarse.

Éramos unas doscientas chicas y mujeres judías las que empezamos a la vez en Siemens. Nuestra nave quedaba muy cerca de la entrada del Wernerwerk en Spandau. Así las trabajadoras forzosas no teníamos que reunirnos previamente en ninguna parte, como era habitual en otros sitios, para que después nos transportaran como un rebaño al puesto de trabajo. Por las mañanas podíamos llegar libremente cada una por nuestra cuenta, recoger la llave para una taquilla en la que dejábamos nuestra ropa e ir a nuestro puesto. El colgador de llaves servía asimismo para controlar si habíamos llegado puntuales.

Formábamos cuadrillas de seis mujeres que quedaban bajo la supervisión de un capataz. La mayoría de nosotras trabajábamos de pie en los tornos en una gran nave; algunas también en mesas colocadas en espacios adyacentes.

Mi cuadrilla estaba asignada a las máquinas que se encontraban junto a la ventana. Así al menos veíamos si fuera hacía sol, llovía o nevaba. Pero pasábamos el día atadas al torno. No había posibilidad alguna de estirar las piernas siquiera un par de segundos, pues la llamada «bancada» de la máquina se sujetaba y movía con la cadera. Nuevos moratones sustituían a los antiguos, que se ponían verdes y amarillos. Entre los no judíos habría sido ilegal trabajar sin protección en un torno como aquél. Pero, con las trabajadoras forzosas, los explotadores de Siemens podían ahorrarse el dinero de un delantal de cuero.

Físicamente resultaba un trabajo muy duro. Claro que eran aún peores la monotonía y la eterna repetición de los mismos gestos, junto a la sensación de estar haciendo algo malo: servir a la industria armamentística alemana.

Max Schulz, nuestro capataz, llevaba muchos años en Siemens, era un devoto católico y vivía en una colonia de casitas con huerto[12] en Lübars. Originario de la zona de Bromberg —«En

polaco se dice *Bydgoszcz*», explicaba—, era lo que se llamaba un *Wasserpolak*[13], un alto silesio cuya lengua materna era un dialecto.

Empezaba una de cada dos frases con la fórmula: «Mi párroco dice…». No sólo iba a confesarse, sino también a charlas regulares con aquel sacerdote. «Mi párroco dice que todas las personas son hermanos y hermanas, y que debo mostraros tanto amor como sea posible». «Mi párroco dice que los nazis son los mayores criminales de la historia de la humanidad». Con el tiempo soltaba cada vez más abiertamente este tipo de frases.

A la escuela no debió de ir más que unos pocos años. Sabía leer, pero le costaba mucho escribir, de modo que tenía problemas para rellenar nuestras nóminas: periódicamente debía registrar en una columna especial cuántas tuercas había hecho cada obrera. Al final me pidió ayuda, algo que, por supuesto, estaba prohibido. Yo me veía obligada a envolver aquellos formularios en papel de estraza y llevármelos a escondidas al retrete cubriéndolos con un trapo, rellenarlos allí y devolvérselos.

Todas teníamos siempre trapos a mano. Con ellos limpiábamos el refrigerante que corría por nuestras piezas, así que los llevábamos colgados del cinturón de nuestra bata. Al mismo tiempo, servían de medio de transporte para todo lo que estaba prohibido en la fábrica. Envueltos en papel de estraza y celofán, se intercambiaban de ese modo fotos de familia y mensajes privados, también con nuestros capataces.

En efecto, aquellos hombres eran curiosos. Consultaban nuestros expedientes personales o preguntaban al jefe de nave: les importaba muchísimo saber si alguna Cohn o Levy había sido antes dependienta, si vivía en Reinickendorf o Wilmersdorf y si estaba casada. La curiosidad de muchas trabajadoras forzosas no era menor: ¿dónde vivía este u el otro capataz, tenía mujer e hijos? Los contactos privados estaban estrictamente prohibidos, y eso los volvía tanto más atractivos.

Mis colegas hablaban de los capataces de un modo similar a como los niños lo hacen de sus maestros: decían todo el rato «el nuestro ha dicho…» y «el nuestro opina…». Había una auténtica competición por ver quién tenía el capataz más filosemita. Entre nosotras había muchas chicas jóvenes y mujeres guapísimas, lo cual

también condicionaba en gran medida el ambiente.

La mayoría de los capataces nos trataba con amabilidad y educación, a excepción de uno llamado Prahl: un psicópata asqueroso, un engendro de la creación con una especie de cráneo en forma de torre y una cara brutal y vacía eternamente sonriente. El problema no eran sus principios nazis: el problema es que no tenía principio alguno. Era un individuo perverso, un sádico. Durante un tiempo había trabajado como sanitario en la fábrica, pero tuvieron que relevarlo de esa labor porque se complacía hurgando en las heridas de los colegas accidentados, incluso los arios. Si vendaba un corte o una quemadura, apretaba tanto que cortaba la circulación a los afectados.

Prahl tenía en su cuadrilla a una chica que, por sus verrugas en la cara y una nariz malograda, parecía una bruja. Él la increpaba una y otra vez y, si no le complacía su trabajo, la empujaba de tal modo que le salían moratones por todas partes. Pero se ve que había una orden del jefe de nave por la que debía tratarse correctamente a las judías. Los empujones se consideraban una forma de contacto que, a fin de cuentas, podía derivar en comunicación y simpatía, algo que había que evitar a toda costa.

Cuando el jefe de nave tuvo conocimiento de aquellos empellones, de inmediato asignó a la chica a un capataz inofensivo. En su lugar, a la cuadrilla de Prahl llegó una chica guapísima de pechos espléndidos. Se llamaba Katja, pero yo la apodaba la chica de las castañas por sus magníficos ojos marrones y por su color de pelo, el de las castañas recién caídas. Quién sabe lo que habría llegado a ser de haber sobrevivido.

A veces conseguía escaparme un momento con una lima en la mano para ir a verla. O ella venía a hacerme una visita cuando estaban reajustando su máquina.

«Siempre *má funsionao* con *tó* los tíos. Y quería ver si *tambié* el Prahl…», dijo una vez. Con bastante vulgaridad me contó cómo había intentado calentar a su capataz. Mientras él ajustaba su máquina, ella se quedó a su lado echándole el aliento en la nuca y arrimándose cada vez más a él. El hombre tuvo que salir corriendo para que no le reventara el pantalón. Max Schulz se puso rojo como un tomate cuando se lo conté.

Ruth Hirsch, Nora Schmilewicz y yo trabajábamos en la misma

cuadrilla. Congeniamos rápido porque las tres veníamos de familias quebradas y las tres habíamos soportado muy pronto duros golpes del destino.

Con su pelo rojizo y sus pecas, Ruth Hirsch era muy guapa, resultaba garbosa como un corderito. En las ocasiones en las que su trabajo sólo requería mover despacio la palanca, se quedaba mirando por la ventana ensimismada. «¿Sabes? Pienso en lo maravilloso que era cuando podíamos recoger manzanas y comérnoslas», me confesó una vez, aunque enseguida se disculpó al ver que se me hacía la boca agua. Por desgracia, yo no lograba dominar mis gestos.

Provenía de Memel, en Lituania. Cohibida y titubeando mucho al principio, nos contó que era adoptada. A su hermano gemelo y a ella los crió un matrimonio que regentaba una pequeña zapatería y vivía en una casita con jardín. Su madre biológica se llamaba Zilla Rostowski y era cocinera en una casa judía acomodada. Su patrono la dejó embarazada una vez que subió a su cuarto, pero no se le permitió quedarse con sus hijos; los gemelos fueron entregados en adopción al matrimonio Hirsch, que no tenía descendencia.

Ruth era extraordinariamente simple, pero eso no mermó lo más mínimo nuestra amistad. Me encantaba la manera ingenua, queda, muy tímida en la que contaba sus historias. Su hermano había emigrado. Ella se había mudado con sus padres a Berlín, donde los tres vivían de alquiler en una horrible habitación amueblada. La madre tenía una grave dolencia cardíaca. Cuando Ruth llegaba a casa por la tarde, después de sus diez horas de duro trabajo en la fábrica, le tocaba limpiar el piso. No le daba importancia: lo aceptaba sin más como su destino. Lo único que la hacía sufrir era el padre, un cascarrabias que siempre se quejaba.

Ruth Hirsch era la mejor obrera de nuestra cuadrilla. Aunque era lo bastante hábil para entender el trabajo y ejecutarlo muy bien, no era tan inteligente como para odiarlo. A menudo decía: «Qué bonito sería si cobráramos un salario normal y no este salario judío reducido, y si pudiéramos formarnos de verdad, hacer el examen de oficial y ser torneras».

Su mejor y más dichosa época fue a los catorce años, cuando un matrimonio de médicos judíos en Berlín la tuvo empleada como sirvienta; lo contaba llena de entusiasmo. Una vez que los señores

salieron de viaje largo tiempo, le dejaron el piso entero. Ruth apuntó con toda exactitud en un cuadernillo lo que hacía durante el día, lo que limpiaba, compraba, comía y demás. Pero, como no tenía mucha tarea, decidió sorprender a sus señores. La señora había dicho una vez que el parqué estaba tan oscurecido que habría que acuchillarlo.

Y aquello fue lo que hizo Ruth: se procuró unas rasquetas y lijó el parqué. Mientras tanto, se alimentaba sólo de pan seco para ahorrarles dinero a los señores. Cuando el matrimonio regresó de su viaje, había acuchillado el suelo de las habitaciones delanteras. Les mostró aquel cuaderno conmovedor en que, con caligrafía de niña y muchas faltas de ortografía, había registrado todo lo que había hecho. También a nosotras nos trajo aquel cuaderno. En las pausas nos lo leía salmodiosa, como una cría de primer curso que acaba de aprenderse todas las letras, primero la fecha y luego: «Desayunao un peazo pan. De nuebe a diez raskao parke». Y por la tarde también «Raskao parke», y al día siguiente igual.

Cuando la señora vio aquello, le dijo: «Aquí tiene dinero, vaya inmediatamente a por un litro de leche y los ingredientes para un pudín de chocolate con crema de vainilla. Y luego se lo comerá todo usted sola, que se ha quedado famélica».

Esa historia, en sí misma intrascendente, se la escuché al menos diez veces a Ruth Hirsch y nunca me resultó molesta. Era el gran acontecimiento y la cumbre de su vida: cómo se preparó un pudín entero con un montón de crema y se lo comió todo ella sola.

¿Qué habría sido de Ruth de haber sobrevivido? A su modo tímido y sencillo, desprendía un encanto tan conmovedor que durante muchos años pasó a ser mi muerta personal del exterminio. Es imposible imaginar algo tras una cifra de millones de muertos. Una se aferra a un único rostro. Para mí fue el de Ruth Hirsch.

En realidad, el nombre de pila de mi otra vecina de máquina era Anna. Ahora bien, sus padres eran rusos y de pequeña la llamaban «Niura». Puesto que este apelativo cariñoso resultaba desconocido en Berlín, acabó transformándose en «Nora». Y así es como firmaba ella misma: Nora Schmilewicz.

Nora también era una chica muy guapa o, mejor dicho, una belleza exuberante. Al verla siempre pensaba en Rubens. Quizá habría llegado a ser una mujer muy gorda. No tuvo ocasión.

A su manera resultaba cautivadoramente bella, con pelo azabache, grandes ojos negros y expresivos, una boca preciosa y dientes de una rara regularidad, muy blancos. Pero sufría de algo que no había visto en ninguna otra trabajadora forzosa: tenía edemas de hambre en las piernas. Un médico judío —un hombre que ya sólo podía llamarse «asistente de judíos»— le había dicho: «Lo que usted necesita no se compra en la farmacia, sólo lo hay en las tiendas de comestibles en los en tiempos de paz. No puedo ayudarla».

Al ser hija de rusos acomodados, Nora era mucho más culta que Ruth. Su madre murió muy pronto. Una vez viudo, su padre contrató a un ama de llaves no judía, a la que Nora llamaba «tía». Pero, entretanto, también él había fallecido.

Nora seguía viviendo en el enorme piso de sus padres en la Urbanstraße, donde ocupaba una gran habitación en la que almacenaba todos los muebles del hogar paterno. En cada uno de los otros cuartos se alojaba una familia judía.

La «tía» seguía desempeñando un importante papel en su vida. Las unía un amor-odio muy peculiar: aquella mujer debía de ser una persona exaltada e histérica que a veces llamaba a Nora su «hija» y la abastecía de comida, y otras la vejaba con terribles improperios. Tenía una llave de la vivienda en la Urbanstraße y algunas noches entraba a la habitación de Nora cuando ésta dormía. Si ella se despertaba con la sensación de que había alguien junto a su cama, la tía la cubría de besos. «Lo eres todo para mí», balbuceaba entonces, y: «Eres la hija de mi amado, así que también eres mi hija». Pero otras veces, en mitad de la noche, le soltaba los peores insultos antisemitas. A Nora le causaba un gran sufrimiento.

Una vez, Ruth Hirsch nos invitó a Nora y a mí a su casa por su cumpleaños. Con gran habilidad, confinó a su padre en la cocina, donde fuimos a darle educadamente los buenos días. Él no hizo más que refunfuñar, insultar y gruñir para sí. La gorda y sufriente madre de Ruth estaba al lado y no decía nada.

«En casa es todo muy estrecho», nos había advertido Ruth. Era horroroso. En una habitación minúscula de techo muy alto se apilaban los armarios unos encima de otros. Allí vivían aquellas tres personas. El único espacio libre era un angosto pasillo en el centro.

Además de a nosotras, había invitado a una supuesta prima.

Sacaron un gramófono de embudo y pusieron viejos éxitos populares. Recuerdo un disco que no conocía, típica música de vodevil de los años veinte: «Diiiscos, de tocadiiiscos, la *matzá* negra, que hace furooor, todos los tieeenen, son un primooor»… y en esa línea.

Aquello se me grabó en la memoria como una escena de película: el gramófono aullando las bochornosas cancioncillas judeoalemanas y la horrible fiesta de cumpleaños. La prima era muy fea, tenía unas piernas muy gordas y ninguna vergüenza. Al bailar se levantaba la falda. Todo era tan grotesco y el ambiente tan espantoso que pensé: «Tendría que haber algún modo de capturarlo».

Nora y yo nos mirábamos de vez en cuando, pero enseguida bajábamos la vista. Al cabo de dos horas nos despedimos. Bastante suponía que Ruth nos hubiese hecho un pastel de patata. No quería confesarnos lo furioso que se había puesto su padre, pero se le escapó —eran patatas de las que le privaban—, de modo que dijimos que había sido una velada preciosa y nos marchamos.

Cogidas de la mano, Nora y yo recorrimos las calles en silencio. Al cabo de un rato nos miramos y, apenas sin palabras, nos pusimos de acuerdo: no diríamos nada malo sobre lo que habíamos vivido allí. Ni una palabra sobre aquel ambiente horrible, sobre los espantosos padres adoptivos, sobre el pastel de patata casi incomible, sobre aquella música y aquella prima gorda y saltarina. Dije:

—En el futuro, alguien debería hacer una película en la que se mostrara cómo van cambiando de un año para otro las fiestas de cumpleaños de una chica judía. Al principio, Ruth con sus vecinas no judías, en su propia casa y con todas las niñas en el jardín. Y luego cada año la cosa empeora: primero los niños cristianos ya no van a su fiesta y, al final, se muestra a la familia Hirsch en su precario alojamiento de Berlín.

—¿Te has vuelto loca? ¿Quién querría hacer una película sobre los cumpleaños de Ruth? —preguntó Nora.

Le expliqué que después de esa época horrible llegaría otra. Y que tendríamos que transmitirle a la posteridad lo que había ocurrido en aquellos años. Ella se detuvo y respondió:

—Entiendo lo que quieres decir, y tienes razón. Haz tú esa

película. De todas nosotras serás la única que sobrevivirá. Ruth y yo no lo conseguiremos.

2

En otoño e invierno era muy duro salir de casa a oscuras para ir a Spandau y regresar por la tarde, también a oscuras. Cuando al fin volvía, exhausta por la interminable jornada de trabajo y el largo viaje, allí estaba esperándome mi solitario padre: medio muerto de hambre, me había acompañado durante todo el día en sus pensamientos.

Solía comer en la cantina Danziger de la Königstraße, donde había encontrado a un par de conocidos y también algo de conversación con otros viudos judíos y diversas existencias solitarias. A menudo charlaba con un abogado del sur de Alemania que había sido muy adinerado y célebre, y al que su mujer aria se había quitado de encima.

En Danziger había que entregar un cupón de grasa de cinco o diez gramos por una comida en la que la grasa sólo se encontraba con lupa. Lo mismo ocurría con los cupones de cincuenta o cien gramos de carne. Lo cierto es que entonces todos los restaurantes engañaban a sus clientes, pero muy en particular a los judíos que dependían de un almuerzo así.

En aquella cantina servían la comida más miserable que se pueda imaginar: llamaban sopa a pura agua salada sin acompañamiento alguno. El plato principal consistía en un pedacito de carne visible sólo con el microscopio, una repugnante salsa artificial y dos patatas. Y de postre un pudín hecho con agua y edulcorante.

La jefa de la casa, Paula Danziger, sufría una grave enfermedad del corazón. De una gordura sobrehumana, tenía los labios azules y las piernas de un elefante. A mi padre lo previnieron en numerosas ocasiones contra su hija: colaboraba con la Gestapo. Esta joven, Ruth, que estaba también muy gruesa, además de cubierta de granos, flirteaba con todos los clientes varones de la cantina. Y

todos le seguían la corriente, le decían algo amable o le reían las gracias… porque todos le tenían miedo a aquella soplona judía.

Cada día, mi padre me traía a casa una de aquellas comidas repugnantes para servirla de cena. Y yo pasaba un hambre tan atroz que me las comía. Eran asquerosas, por supuesto, y tampoco me saciaban, pero al menos tenía algo que llevarme a la boca.

Acostumbraba a encender el gas en la cocina antes de que yo llegara. En cuanto oía la llave en la puerta, ponía el cazo sobre la llama para que enseguida pudiera tomarme una sopa de agua caliente. Luego pasábamos todavía un rato juntos, y yo le contaba cómo me había ido en el trabajo forzado.

«Pero ¿qué pasa aquí? Si están haciendo cola para verte», preguntó Edith Rödelsheimer una vez que se acercó a mi banco de trabajo en una pausa. Había tres o cuatro chicas esperando para hablar conmigo.

Había vuelto a encontrarme con la musicóloga al poco de empezar en Siemens, y las dos nos alegramos mucho. Desde que en el bulevar Fontane me comporté con tanta ingenuidad que tuvo que protegerme de una catástrofe, en un tiempo muy breve había experimentado una evolución colosal: ahora era a mí a quien las demás pedían consejo. La mayoría de mis colegas venía de un entorno muy distinto al mío. Pocas habían acabado la educación secundaria. «En la sala de al lado trabaja una con bachillerato; tengo que presentaros», me decían ahora.

Yo había aprendido a adaptarme a una situación anormal y a apañármelas. Pero una y otra vez me rebelaba por dentro y gritaba en silencio: «¡Libertad!». Y así trataba de darle algún sentido al insoportable tedio y la monotonía de mi vida en Siemens: quería conocer a mucha gente y averiguar cuanto pudiera sobre la vida de mis compañeras.

En las pausas siempre andaba de un lado para otro intentando recopilar impresiones y vivencias. Algunas colegas se enfadaban conmigo:

—¿Qué haces rondando por ahí todo el rato? —preguntaban—. Éste es tu grupo, y en ninguna parte vas a estar tan bien como aquí.

—Lo sé, pero tengo que conocer a todas —replicaba yo entonces.

De ahí que me emocionara cuando, un gélido día de invierno, el jefe recorrió la nave preguntando quién se apuntaba a retirar nieve.

¡Liberarme de la cadena del torno, salir de la fábrica al maravilloso y frío aire libre! Pocas más se apuntaron. La mayoría de las trabajadoras forzosas era de extracción humilde y les parecía más fino realizar un trabajo en la máquina que barrer nieve.

Por desgracia, nos llevó poco más de una hora despejar el camino hasta la entrada, ¡pero fue estupendo! Edith Rödelsheimer también se había ofrecido voluntaria, por supuesto. Me presentó a otras mujeres y nos llevamos muy bien. Conocí a una joven madre muy simpática de la sala de al lado, una mujer atractiva con dos hijos pequeños. «¿Y cómo es que tiene que trabajar aquí?», le pregunté. Me contó que habían dispensado a su madre de ese trabajo para ocuparse de los niños y que a ella la habían colocado en su puesto, algo que las dos preferían: ella disfrutaba estando entre gente, mientras que el lloriqueo de sus hijos la sacaba de quicio, y su madre no soportaría trabajar en una fábrica.

Otra mujer que me interesaba mucho era Betti Riesenfeld, que pasaba ya de los cuarenta: una anciana desde mi perspectiva de entonces. La conocía vagamente de unas bodas de oro celebradas por la honorable familia judía Wolff. Era una persona diminuta pero bien proporcionada con el pelo blanquísimo, flequillo y una nariz respingona de lo más descarada; una judía soltera y burguesa.

En Siemens trabajaba de controladora. En el pasillo central de la nave había una mesa con un taburete encima. Y allí se sentaba la Riesenfeld. Junto a ella había un recipiente con las piezas acabadas: tenía que comprobar cada tuerca. Las que no se ajustaban a las medidas prescritas se desechaban para chatarra.

La señorita Riesenfeld —que había completado sus estudios secundarios en un liceo femenino, con una formación como oficinista y que vivía con su madre— en cierto modo reinaba ahora sobre nosotras y a todas luces disfrutaba de su posición elevada. Cuando alguien se le acercaba, aquel personaje diminuto gritaba desde arriba: «Entrégueme eso. Vamos a comprobar si está todo bien». Al final de cada jornada de trabajo se quedaba ante la puerta para que desfilaran todas por su lado y les decía: «¡Mañana por la mañana, como nuevas!».

Cuando Max Schulz, nuestro capataz, se acercaba a la máquina de Ruth, era evidente que aquellos dos no sólo se parecían, sino que eran clavados: la misma forma de la nariz, el mismo color de pelo,

la misma tez. Era casi inquietante. Max Schulz tenía al menos cuarenta y Ruth no llegaba a los veinte, pero hasta la gente de otras cuadrillas comentaba: «Vuestro capataz y esa chica parecen gemelos idénticos. Nunca he visto un parecido así». Yo solía replicar con ironía: «Seguramente es por la diversidad de razas».

A ese llamativo fenómeno se sumaba algo muy personal: Ruth era el gran amor de Schulz. No una pasión pasajera, sino su gran amor. A su vez, Schulz fue el primer amor de Ruth y, como no viviría mucho, el único.

Para un hombre como Schulz aquello era un serio conflicto. Yo sabía por sus muy tímidos relatos que su esposa le resultaba odiosa, malvada y exigente. También por eso iba todas las semanas donde el cura. A nosotras nos contaba: «¡Mi párroco dice que el amor es algo bueno! Que debo amaros a todas». Yo vislumbraba a qué se refería en realidad.

Había un segundo fenómeno de esta índole, del que sólo hablé una vez con Edith Rödelsheimer. Charlando un día sobre el parecido entre Max Schulz y Ruth Hirsch, dijo: «La naturaleza se ha permitido incluso un doble juego de este tipo, y aquí todos los medianamente inteligentes lo han notado».

Sabía a quiénes se refería: al SS Schönfeld y a mí. Nuestro jefe de nave ocupaba un cubículo de cristal separado de nuestra área de trabajo. Era lo bastante capaz para saber cómo distribuir a la gente y que la producción se desarrollara con fluidez. Tenía los mismos ojos de un verde grisáceo, la misma forma de la nariz y de la boca, los mismos dientes que yo. Parecíamos gemelos.

Yo miraba a aquel hombre y creía estar viéndome en el espejo. Era terrible. Los dos lo habíamos notado; sabíamos que lo sabíamos. Con nosotros la naturaleza se había permitido algo cuyo significado no entendíamos.

Un domingo iba con mi padre por la estación de Alexanderplatz. En la escalera nos cruzamos con una media docena de otros SS de uniforme, entre los que se encontraba este Schönfeld. No podíamos saludarnos, pero lo miré a la cara al pasar a su lado. Él se encorvó, se ruborizó y bajó los ojos profundamente avergonzado.

Aunque nuestros salarios eran míseros, trabajábamos a destajo. El cronometrador venía de vez en cuando a la nave, tratando de no llamar la atención, y medía nuestros tiempos. Pero siempre

estábamos advertidas. En todas las áreas de Siemens había un sistema de alerta contra cronometradores, para no estropear por exceso de celo las tarifas, ya de por sí malas. Cuidábamos también de que hubiera una distribución justa de los encargos para que cada cual alcanzara su sueldo básico.

Para otras esto era muy importante: para mí, no. Ni siquiera me hacía ilusión lo que se llamaba «un asado», un trabajo fructífero con el que se ganaba bien, ni tampoco me frustraban realmente los encargos con los que no se llegaba al sueldo a destajo. Todo aquello me daba igual.

La cosa mejoró cuando supe que en Siemens había una red de sabotaje. Poco a poco, a aquellas de mi cuadrilla que no eran muy tontas o inapropiadas por carácter se las iba involucrando, lo que hacía mucho más soportable el tedioso trabajo. Ejercer con discreción el sabotaje suponía ir hasta el límite de lo permitido. Había que conocer bien los valores de tolerancia de la producción, y se requería la colaboración de obreros de áreas muy distintas. El auténtico logro organizativo consistía en establecer esos lazos.

Un ejemplo: una tuerca tenía una tolerancia de una fracción de milímetro. La rosca interna sólo podía ser de una determinada anchura, no más de x y no menos de y. Dentro de ese margen —y se requería gran precisión— se tallaba la rosca interna lo más estrecha posible; mientras que la pieza que debía encajar allí se tallaba en otro sector de la fábrica lo más gruesa posible: así no podía enroscarse. Las piezas individuales pasaban sin reparo sus respectivos controles porque estaban dentro de los márgenes de tolerancia. Pero en el montaje no encajaban, eran desechadas. Ruth Hirsch era la mejor saboteadora de todas nosotras: trabajaba como una máquina de precisión hasta la minúscula fracción de un milímetro.

Esa red de sabotaje funcionó de maravilla y nunca fue desarticulada. No sólo Max Schulz pertenecía a ella, sino también otro capataz llamado Hermann: un resuelto intelectual que antes de 1933 había sido socialdemócrata y asistido a la Universidad Popular. Después de la guerra se proponía hacer el bachillerato y estudiar. Hermann era un antinazi radical y el líder en los debates ideológicos. Fue él quien nos libró del sádico Prahl cuando lo nombraron sanitario en nuestra área. «¡Por Dios! Eso es contacto

físico de arios con judías», declaró Hermann, y preguntó: «¿No es oprobio racial [14] que el señor Prahl le vende el dedo a una de esas mujeres?».

Como portavoz de este mensaje para el jefe de nave Schönfeld se usó al señor Schön, otra figura curiosa entre los capataces. Había sobrepasado la cincuentena, era extremadamente tonto, vanidoso y se creía muy guapo. A las jóvenes de la cuadrilla les preguntaba una y otra vez: «¿Acaso no soy un hombre atractivo?». Cada pocos minutos sacaba un espejo del bolsillo y veía en él una calva con una corona gris. «Sigo teniendo el pelo bonito», decía, «aunque sea ralo». Todos se reían de él, los judíos y los no judíos. Era tan estúpido que creyó que ingresando en el NSDAP conseguiría mayores privilegios, dinero y bienes, y que ya nunca tendría que realizar un trabajo duro y mal pagado. Pero nada de eso se había cumplido.

Schulz y Hermann le apretaban las clavijas, discutían con él con cautela y poco a poco tuvieron éxito: Schön se volvió antinazi. Hasta se lo juzgó digno de colaborar en la red de sabotaje. «¡Ahora lo entiendo todo!», exclamó con énfasis: «Los nazis son criminales. Mis padres y abuelos siempre fueron gente decente. ¡No quiero pertenecer a una organización criminal!». Entonces le explicaron que sería mejor que permaneciera en el partido para acceder a informaciones internas de la célula del NSDAP en la empresa e influir en alguna medida en dicha célula. Claro que para ello Schulz y Hermann debían tener en cuenta su estupidez y halagaban su vanidad con muy buenos resultados.

Lo mejor era la instrucción en política racial: él provocaba con preguntas idiotas que apuntaban al sinsentido y las contradicciones de esa doctrina pseudocientífica. Schön no habría sido intelectualmente capaz: las preguntas las concebía Hermann, que las formulaba con exactitud y se las daba por escrito para que se las aprendiera de memoria.

Según las leyes de seguridad laboral normales, en las máquinas más grandes sólo podían trabajar varones. Sin embargo, en Siemens ese trabajo también debían llevarlo a cabo mujeres judías especialmente altas: las llamábamos «las gigantas». Las piezas que hacían eran tan grandes que se requería un instrumento pesado —una terraja de mano— para labrar las roscas. Al cabo de un rato, el

dolor en las muñecas les resultaba insoportable.

Al capataz de esta cuadrilla se lo conocía como Stakowski, aunque en realidad se llamaba Scrzscowki o algo así, un apellido polaco muy complicado. Stakowski era nazi y llevaba la insignia del partido en la bata. Por lo demás era correcto, no descortés, pero tampoco cruzaba una palabra de más con las obreras. Con gran amabilidad les explicaba lo que habían de hacer, sin una broma, sin sonreír, sin ningún comentario que no viniera al caso.

Eso cambió cuando Stakowski hizo un curso de maestría para el que necesitaba formarse. Para asombro de las obreras de su cuadrilla, supo que una de ellas había estudiado Matemáticas. Recurrió a ella con timidez: «Usted es matemática, y con eso tengo problemas». Él le hacía preguntas —mediante continuas idas y venidas de notas envueltas en trapos—, y ella escribía las respuestas en el retrete. Se había roto el hielo. En agradecimiento, le traía hasta bocadillos, un auténtico tesoro. Ella creía estar soñando y que aquello no podía ser verdad, ya que, como todas nosotras, pasaba mucha hambre.

Poco a poco Stakowski extendió ese contacto personal a toda la cuadrilla, y a su vez empezaron a invitarlo a participar en las partidas de cartas de Schulz, Schön y Hermann. Solían reunirse con él en los aseos para arios y trataban de influenciarlo. Gradualmente, pasó de ser un nazi furibundo a convertirse en un simpatizante inofensivo, y eso ya suponía mucho.

Nuestros capataces solían desaparecer horas enteras en el retrete. A veces hasta invitaban a Prahl a sus partidas para no aislar a aquel animal. Y nosotras éramos solidarias: si teníamos una avería y hacía falta volver a ajustar la máquina, si había que lijar o cambiar acero, pedíamos discretamente ayuda a algún otro capataz. Sabíamos muy bien quién era amigo de quién y a quién se podía recurrir.

Nuestras experiencias con aquellos empleados de Siemens eran tan buenas que a menudo me pregunté: «¿Cómo pudo llegarse a esa persecución atroz de los judíos? En realidad, aquí no hay antisemitas: son todos majos».

Por supuesto que no era así en todas partes. En primer lugar, Berlín no era la provincia. En segundo lugar, yo sólo estaba en contacto con un determinado segmento social. Y, en tercer lugar,

tuve claro que el mismo tipo ario que albergaba un odio mortal contra el judío rico de la casa delantera, que quizá lo había engañado un día en la venta de un terreno, y que deseaba fervientemente que ese hombre desapareciera para quedarse la alfombra de su salón, ese mismo tipo no tenía nada contra los cientos de chicas que trabajaban tan duro como él mismo.

También las trabajadoras forzosas nos reuníamos en el retrete, pues los hombres arios no podían entrar en ese lugar para mujeres judías. Allí se organizaban con frecuencia pequeñas actuaciones: una mujer que en realidad había querido ser soprano hacía para nosotras danzas grotescas mientras las demás cantábamos una canción de moda y dábamos palmas. Y Else Gottschalk, una de las pocas compañeras con formación académica, impartía clases sobre literatura española; en realidad lo hacía por mí.

En la fábrica Else resultaba excéntrica porque era la única que por principio trataba de usted a todas. «No podemos rebajarnos al nivel de nuestros enemigos», explicaba, «nosotras no hemos nacido obreras». Debido a su insistencia en guardar las distancias, se la consideraba una figura ridícula, y yo también me reía de ella. Pero en secreto le daba la razón y buscaba el contacto con aquella cuarentona de la cuadrilla de las gigantas.

Pronto trabó conmigo una tempestuosa amistad. Acostumbraba a pasarme un brazo por el hombro y ordenaba: «¡Usted desayuna conmigo!». También me desaconsejaba el trato con algunas colegas: «¡No son para usted!».

Por desgracia, era también furibundamente celosa. Por ejemplo, no soportaba a Edith Rödelsheimer porque notaba que yo la respetaba y la admiraba. La Rödelsheimer tenía una nariz minúscula muy separada del labio superior, de modo que al hablar se le veían sus enormes dientes. Su piel estaba cubierta de un espeso vello rubio claro y llevaba unas llamativas gafas de concha porque era miope. «Se lo advierto, señorita Jalowicz. ¡La Rödelsheimer es una bruja!», me dijo mi nueva amiga, «esa nariz minúscula lo acredita».

Else Gottschalk era aria y judía practicante. Su padre tuvo un breve y apasionado matrimonio con una judía que murió pronto. Para su segundo enlace le pidió a su futura esposa que se convirtiera al judaismo. De ese matrimonio nacieron varias hijas

que fueron educadas en la religión judía, pero siguieron caminos muy distintos. Una se casó con un judío y emigró a América. Otra estaba casada con un oficial de alto rango y había dado la espalda al judaismo. Else Gottschalk siguió soltera. Antes de 1933 quiso salirse de la comunidad judía porque se había vuelto atea; pero, tras la llegada al poder de los nazis, profesó enfática y explícitamente el judaismo, y por solidaridad volvió a acudir regularmente a la sinagoga.

En una ocasión me invitó a su casa. Vivía en Wilmersdorf, en un gran edificio muy señorial con un ascensor enrejado. Al entrar en la escalera, percibí un olor característico: la inconfundible mezcla de buen café y cera para el suelo: «Conque todavía queda gente que se prepara café auténtico y tiene cera de buena calidad…», pensé entonces.

Else Gottschalk vivía a solas y en gran intimidad con su padre. Eso me unía a ella. Me había imaginado que aquel caballero cultísimo del que tanto me hablaba era un hombre alto con melena blanca; en su lugar, me vi frente a un hombrecillo bajito y calvo. Ella tenía la costumbre de ponerle una y otra vez la mano en la cabeza. «¡Déjame!», protestaba él.

Cuando estábamos con el sucedáneo de café, Else dijo:

—Bueno, papá, verás que no exageraba en absoluto. La señorita Jalowicz sabe imitar tan bien a ese capataz primitivo de la zona de Bromberg que me hace llorar de la risa. En estos tiempos no nos queda mucho de lo que reír, pero ahora tú también disfrutarás del espectáculo. Señorita Jalowicz, ¿puedo rogarle que nos haga una pequeña demostración?

Reí halagada y me levanté. Pero de pronto tuve una intuición y dije:

—No. No quiero. No quiero burlarme de ese antinazi sencillo y amable. —Sabía muy bien a qué espectáculo se refería: Max Schulz bailando polkas por la fábrica con sus zuecos y cantando: «Deja que prueeebe de esa boquiiita, no me abandooones con la peniiita».

En aquel momento se levantó también aquel hombre bajo y calvo de rostro seráfico y dijo:

—Else, no exagerabas en absoluto. Te felicito por esta amistad: te has ganado a una persona de extraordinaria valía. Permítame, señorita, que manifieste yo también la simpatía que alberga mi hija

por usted. —Al final de esta pequeña alocución anunció—: Ahora le mostraré lo más sagrado.

Al final del pasillo abrió la puerta a una pequeña habitación cubierta de estanterías altas y muy polvorientas. Por todas partes colgaban telarañas. Era una atmósfera mágica. Resultaba evidente que el señor Gottschalk no había escatimado ni gastos ni esfuerzos para reunir en aquella estancia cuantas ediciones del *Fausto* y literatura secundaria sobre la obra pudo hallar. Era un gran aficionado a Goethe y dedicaba su tiempo libre a investigar el *Fausto*.

Dejamos que se enfriara el sucedáneo de café. De pie en aquella extraña atmósfera polvorienta entre las telarañas, fue sacando volúmenes de los estantes y hablándome de ellos. Yo estaba fascinada y cautivada.

Llegó el momento de irse. Ya en el vestíbulo, me retuvo: «Voy a enseñarle otra cosa muy preciada». Sacó del anaquel una traducción china del Fausto y dijo: «Esto me tranquiliza mucho. Alemania ha traicionado a la cultura alemana, pero el Fausto seguirá vivo en China».

3

En el fondo podría haberme ahorrado la visita a Nora Schmilewicz: su habitación en la Urbanstraße era exactamente como me la había descrito. Había quedado en ir un sábado por la tarde y antes le había comprado un par de flores, pero me las había olvidado en casa.

Apenas había llegado a la estación cuando me di cuenta. Volví corriendo, abrí y grité ya desde el vestíbulo: «¡Me he olvidado las flores!». Sabía que, como todos los sábados, estaba allí Hannchen Koch.

—Por favor, no te vayas —me había rogado antes mi padre.

—¡Me quedo todos los sábados que viene y paso horas y horas con vosotros! —protesté.

Aquellas visitas eran un suplicio. Mis padres habían conocido muchos años atrás a Hannchen y Emil Koch, que vivían en nuestra antigua casita de verano en Kaulsdorf. Él era bombero y ella trabajaba en una lavandería. Eran gente sencilla pero antinazis, y siempre nos habían apoyado.

Desde la muerte de mi madre, Hannchen Koch venía a vernos cada sábado. Se quedaba todo el día en la estrecha habitación con nosotros, supuestamente para ayudar y por altruismo; pero, en el fondo, nuestra misión era entretenerla. Así, solíamos esbozar de antemano un auténtico guión, quién contaba qué y cuándo: «Este tema podría durar media hora; así el otro puede desconectar entretanto», calculábamos. A nadie de nuestro entorno, tampoco a su marido, se le había escapado que a Hannchen le interesaba sobre todo mi padre.

Cuando regresé al piso, la puerta de nuestro cuarto estaba cerrada por dentro.

—¡Abre, que me he olvidado las flores! —grité.

La puerta se abrió y el brazo desnudo de mi padre me tendió el

ramo a través de la rendija.

—¡¿Era necesario?! —preguntó muy cortante.

Por la tarde, cuando regresé, seguía furioso: «¿Me dejas en manos de esa persona? ¿Merece la pena exponerme a ese peligro cuando no existe ningún afecto, sólo asco?». Ese fue el único estallido sobre aquel asunto que hube de escucharle.

Al cabo de unos meses, el 18 de marzo de 1941, falleció mi padre. Parece que lo presintió. Encabezando las anotaciones en su diario —que al final escribía en cuadernillos de cinco peniques—, pocos días antes de su muerte, escribió: «Como en alta mar». Debió de sentirse mareado. Que se tumbó un rato porque se sentía muy indispuesto, consignaba, y que luego se le pasó. Pero tuvo claro que era ya cuestión de vida o muerte.

Yo no estaba en casa cuando murió. Por primera vez desde el inicio del trabajo forzado estaba de baja, gracias a un encuentro con la médica judía Helene Gutherz. Crucé con ella unas palabras en la estación de Alexanderplatz y al momento exclamó: «¡Está tosiendo! Le doy la baja. Todo el mundo necesita un par de días de calma». Acepté encantada. Lo que no me dijo es que necesitaba con urgencia dar bajas de enfermedad como la mía porque ya apenas tenía ingresos.

Aquel 18 de marzo de 1941 me habían citado a primera hora en la consulta del médico de Siemens. La señora Koch había anunciado su visita para esa mañana y di por hecho que yo podría estar de vuelta en casa al mediodía. Mi padre y yo queríamos ir a almorzar con ella a Danziger para que lo conociera, aunque normalmente una no judía nunca habría acudido a un local así.

Al bajar las escaleras de la estación de Alexanderplatz me topé con la señora Koch. Estaba lívida.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —le pregunté sorprendida.

—Una hora más o menos —respondió. Quería prepararme para la noticia, pero lo hizo con gran torpeza—. Tu papaíto —decía una y otra vez, cosa que me irritó porque era afectado e impropio de su auténtico dialecto berlinés—, tu papaíto… no me gusta.

—¿Qué significa eso?

—Tu papaíto no está nada bien. —Siguió hablándome de ese modo hasta que llegamos a la Prenzlauer Straße 19a. En el portal me salió al encuentro la tía Grete:

—Tu padre está enfermo. Tu padre está muy enfermo. Está desahuciado. Está muerto —balbució.

Lo dijo realmente en ese orden. Por extraño que parezca, me estremeció más la palabra «desahuciado» que el definitivo: «Está muerto».

Entretanto, habían llegado también —avisados por telégrafo— Emil Koch y mi tía Sylvia Asarch, la hija de Doris Schapiro. Jamás nadie de la familia, y mi padre en particular, la había apreciado demasiado; se la consideraba exigente y malcriada, décadas después de su huida de Rusia seguía comportándose como una terrateniente rica.

La señora Koch estalló en un llanto compulsivo. A su lado, su marido estaba rígido. Tenía claro que todos lo sabían: su mujer se derrumbaba porque su gran amor había muerto.

Sylvia, que contaba con mucha experiencia en la vida, captó muy rápido la situación. Fue ella quien se ocupó de Emil; le tomó la cabeza en las manos, lo acunó con ternura y repetía a la manera rusa: «Ay, ay, ay. ¡Es usted un hombre muy especial! ¡Un hombre excepcional!». Tenía una mujer fuera de lo común, añadió, una mujer única, del nivel de las mayores estrellas de cine, y la amaba… y siguió dedicándole todos esos estúpidos halagos. Al hacerlo, manchaba su uniforme de bombero con los polvos ligeramente lilas que llevaba siempre en la cara. Esa actuación le permitió llorar también a su amigo. A fin de cuentas, ya no había razón para los celos.

Una vez que se hubieron marchado todos, Grete y yo nos ocupamos de lo que correspondía hacer. El entierro debía celebrarse dos días después. Conseguimos imprimir las esquelas sin coste gracias a un antiguo cliente de mi padre y las llevamos a última hora de la tarde a la central de correos. La tía Grete era muy miope y caminaba muy insegura por las calles sin alumbrado, de modo que yo había de sostenerla para que no tropezara y se cayera. Mientras la llevaba del brazo a casa, pensé desesperada: éste es mi destino, sostener a los demás. Y a mí nunca me sostiene nadie.

Al entierro vino mucha más gente de la esperada. Un representante de la Oficina para Palestina estuvo cinco minutos recitando clichés sobre el «entierro de un veterano» sin decir nada personal sobre mi padre. Habría querido abofetear a aquel hombre

y gritarle: «¡Déjelo ya!», pues sabía muy bien que habían sucedido cosas turbias cuando a mi padre le impidieron emigrar a Palestina.

«No quiero morir en este infame país», me había dicho. Ésa era también la razón por la que había rechazado comprar una tumba: «¿Para qué, si vamos a emigrar? Es dinero tirado». Pero lo cierto es que no le quedaba ni un penique y por eso no pude enterrarlo junto a mi madre. Le asignaron una tumba al fondo del cementerio de Weißensee, junto al muro.

«Quien endurece su corazón se echa a perder»: este mensaje del elogio fúnebre del rabino Singermann se dirigía sobre todo a mí. O al menos así lo sentí. Singermann me conocía muy bien y apeló a mi conciencia.

Hasta el entierro había estado más o menos serena. Después me derrumbé, deshecha en lágrimas. Aquella súbita pérdida y aquella completa soledad eran terribles para mí. Me eché a llorar en plena calle al cruzarme con la madre de mi compañera Leni Riemer.

—¡Señora Riemer, señora Riemer! ¡Mi padre ha muerto de repente! —sollocé.

—Ya, ya —dijo ella, y siguió andando. Al momento se dio la vuelta y soltó sin la menor emoción—: Dios la consuele. —Me hizo darme cuenta de que la mayoría de la gente era egoísta y sólo pensaba en sí misma, más aún en aquellos tiempos. No me quedaba más remedio que guardar la compostura y hacerme adulta de inmediato.

Pocos días después de la muerte de mi padre tuve una pesadilla muy intensa y horrible: los dos corríamos por una calle asfaltada porque nos perseguían. Yo avanzaba muy rápido, pero mi padre, a mi lado, se movía con dificultad con ayuda de una vareta. Llevaba unas pantuflas de fieltro, algo que en la realidad nunca tuvo. Cada dos o tres pasos se le quedaba pegada una suela y tenía que detenerse. Una y otra vez, yo se la despegaba. Él volvía a ponérsela, daba un par de pasos, yo me adelantaba corriendo y… se repetía el mismo proceso.

—Corre, hija mía. Yo no puedo, ya lo ves, me quedo pegado. ¡Sal tú corriendo! —me rogaba.

—¡No! —respondía yo—, ¡no te abandonaré! ¡Jamás!

La escena se repetía sin cesar como un suplicio. Cuando por fin desperté, de pronto tuve la certeza de que mi padre había muerto

para despejarme el camino. Que podría, debía y lograría vivir, porque él lo había querido así. De inmediato hice que mi médica, la doctora Gutherz, me diera una nueva baja. Y otra vez me citó el médico de Siemens. En pocas palabras le conté lo que había pasado desde mi última visita: que mi padre me esperaba muerto en casa. «Lo máximo que puedo hacer por usted es prolongar su baja médica otros diez o catorce días», me explicó. Para tiempos de guerra aquello era ya un plazo extraordinariamente largo.

Pero yo necesitaba esos días para arreglar mis asuntos. Por ejemplo, la pequeña pensión que recibía mi padre por su labor de notario, un subsidio que sólo se otorgaba a los judíos en casos excepcionales, si eran antiguos combatientes y ya no tenían ningún otro ingreso: ochenta marcos al mes, autorizados personalmente por el presidente de la Audiencia. Con aquel dinero habíamos sufragado nuestros gastos básicos: el alquiler, la luz, etcétera. Era un privilegio del que no hablábamos con nadie.

Con el importe que me entregó el repartidor de giros fui directamente a la Audiencia. Quería ofrecerles devolver el dinero y, al mismo tiempo, solicitar que siguieran enviándome la pensión. Como difícilmente podía esperar que me permitieran ver al presidente, dije en recepción: «Querría hablar con la secretaria del presidente de la Audiencia… En persona [15] ».

Aquella joven debió de sentirse muy honrada. Rubia y delgada, llevaba el pelo recogido en lo que se denominaba un «moño Hitler». A dos metros de distancia de su escritorio, con el dinero en la mano, expliqué: «Soy honrada. Nadie se habría dado cuenta si me hubiese quedado con el dinero». Y luego la puse al tanto breve y concisamente de mi situación.

«¡Ay ay ay!», «¡Ay, por Dios!», «¡Ay, qué pena!», «Ay, pero no se quede ahí en posición militar», exclamó muy afectada. Llevaba un collar de marfil que no dejaba de mordisquear, confusa. Después me dijo: «Espere aquí un momento, voy a entrar. ¡Verá cómo convenzo al jefe!».

Al cabo de dos minutos volvió a salir, radiante, y anunció: «Seguirá recibiendo la pensión. No hay ninguna base jurídica para ello y, si se creara un precedente, sería una catástrofe, conque no debe contárselo a nadie».

Se lo agradecí con entusiasmo y desde luego le prometí guardar

silencio. Ya en casa pensé: no sólo nuestros enemigos tienen prejuicios contra nosotros, sino que también nosotros tenemos prejuicios contra todos los no judíos. Aquella chica había sido amable y solícita. ¿Por qué debíamos tratarnos con total desconfianza?

Aquella manera de morder el collar me había impresionado tanto que fui a Woolworth y por cincuenta peniques me compré el collar más barato que encontré. Quería tener aquel espantoso abalorio color frambuesa para llevármelo a la boca; era como una compulsión. Mi amiga Irene Scherhey me preguntó al verlo:

—¿Estás loca? ¿Qué mierda de cadena es ésa? Nunca te había visto con algo así.

—Bah, la tenía en algún sitio —respondí. Y la tiré.

Cuando después de la baja regresé al trabajo forzado, se habían producido cambios. Edith Rödelsheimer, que durante un tiempo se encargó de la contabilidad de los sueldos, ya no podía seguir ejerciendo esa elevada función por ser judía. En su lugar había asumido esa tarea una tal señorita Lorenz, una trabajadora no cualificada de otro sector. Tenía dificultades para leer y escribir, pero era aria. Por su parte, en una máquina perforadora, la musicóloga Rödelsheimer debía realizar una labor que por lo general llevaban a cabo autómatas. Trabajar con un solo brazo hacía que éste le doliera terriblemente, pero ella se alegraba de que no le exigiera atención alguna. Para sus adentros cantaba óperas enteras, desde la A a la Z.

A mi regreso tuve una larga charla con nuestro jefe de nave, el SS Schönfeld. Fui a su caseta para que «inspeccionara» una pieza, como se decía en la jerga de la fábrica: el capataz debía comprobar que la máquina estuviera bien ajustada y la fabricación de la pieza siguiera las reglas antes de empezar a producir el número prescrito.

—¿Ha estado usted de baja? —preguntó mientras sostenía la tuerca a contraluz. Su voz sonó preocupada. En aquel cubículo de cristal desde el que controlaba toda la nave nos veía todo el mundo, por supuesto.

—Mi padre ha muerto —respondí.

Me miró con gran intensidad y compasión y me dio el pésame en silencio. No podía estrecharme la mano, pero mis colegas de fuera advirtieron aquel mero contacto visual.

Hice de tripas corazón.

—Querría que me despidieran —dije—. Como trabajadora forzosa no me está permitido renunciar.

—¿Por qué quiere irse de aquí?

—Quiero salvarme.

—No me parece una buena idea. La asignarán de inmediato a otro sitio. Y en ningún lado encontrará una cuadrilla tan acogedora. Elegí a mi mejor capataz para las chicas más simpáticas. —Realmente parecía preocupado por mí—. ¿Qué pretende hacer sola? —siguió preguntando—. Ahí fuera estará sola en el páramo helado.

—Prefiero el páramo helado y prefiero estar sola porque veo en qué va a acabar esto. Nos deportarán, y será el final para todas —afirmé. Asintió muy breve y discretamente con la cabeza—. Tampoco las obreras de armamento vamos a estar a salvo para siempre —añadí.

—Bien —dijo por fin—, me encargaré de ello. La despediremos por enfermedad. Y le deseo suerte y bendiciones en su camino por el páramo helado.

Fueron las últimas palabras que cruzamos. Al salir me preguntaron: «Has estado horas hablando con Schönfeld. Y él sostenía algo a contraluz como si fuera una bola de Navidad. ¿Qué significa todo eso?».

Yo respondí: «Pasaba algo raro con la tuerca». Todavía recuerdo que era una tuerca de latón.

Y entonces ocurrió un milagro: a Else Gottschalk, mi amiga con formación académica de la cuadrilla de las gigantas, le concedieron el permiso para emigrar a América. Tomó uno de los últimos barcos antes de que se cerrara definitivamente la trampa.

Cuando hubo reunido todos los papeles, vino por última vez a la fábrica, sin bata, sin la típica ropa de trabajo, con un elegante guardapolvo claro y un sombrero muy femenino. Cruzó toda la nave para entregar la llave de su taquilla. Se despidió de sus conocidas y también de su capataz, de este último sin apretón de manos, por supuesto. Era el hombre con la insignia del partido en la bata.

A la vuelta atravesó de nuevo nuestra nave sin mirar a derecha ni izquierda. No caminaba: desfiló orgullosa y libre por el largo pasillo. Todas interrumpieron su trabajo unos segundos y giraron la cabeza para mirarla. No creo que nadie se tomara a mal su

liberación, pero nunca he vuelto a ver tantas miradas de anhelo concentradas.

Luego se abrió la puerta, ella salió y yo pensé: «¡Inolvidable! Doscientas mujeres han pensado una única palabra en un deseo infinito: ¡Libertad!». En un silencio absoluto, aquel coro resonó con más fuerza que la más estrepitosa propaganda nazi.

4

Poco después de terminar la shiva, el periodo de duelo de siete días tras la muerte de mi padre, rescindieron el alquiler del piso a nuestro subarrendador, Georg Ernsthal. Por todas partes andaban poniendo en la calle a los inquilinos judíos. Para nosotros ya no había protección legal, así que tuve que buscarme un nuevo alojamiento, y cada vez resultaba más difícil.

Al final me mudé con una familia judía a la Schmidstraße 26, un suburbio pobre en el norte de Kreuzberg, limítrofe con Berlín-Mitte. Siegfried y Franziska Jacobsohn tenían dos hijos adolescentes muy majos: Hilde y Werner. Sin embargo, la habitación amueblada que les alquilé era un mal chiste: estrecha como un ataúd y lúgubre, pues la calle era tan angosta que nunca entraba el sol. Todo el desconsuelo de mi situación se concentraba en aquel espacio. El mobiliario que encontré consistía en una minúscula mesita con una silla, una enorme caja de mudanza y un piano sin cuerdas que cerraba el paso al cuarto de al lado, igualmente alquilado.

Al principio la señora Jacobsohn quiso incluso que pagara por aquellos «muebles». Pero yo me negué con éxito. En un cuaderno escolar redacté un contrato de varias páginas y se lo mostré a mi tutor, el abogado Moritz Jacoby, antiguo socio de mi padre, que no pudo parar de reírse al ver aquel documento, tan exhaustivo como si hubiese querido alquilar o vender un edificio valorado en millones.

Con ayuda de la tía Grete, que trabajaba de voluntaria en la Comunidad Judía, me procuré los muebles imprescindibles. Además de una cama, conseguí lo que se llamaba un «buró de cilindro», un secreter de persiana que podía cerrarse y donde guardaba bajo llave mis contados alimentos. Por desgracia era necesario, pues a la señora Jacobsohn le daba envidia si, por ejemplo, me compraba embutido con mis pocos cupones de carne.

—Pero si usted tiene carne, que es mejor, señora Jacobsohn —le decía yo.

—Sí, pero no embutido… ¡Mis hijos pasan hambre!

Yo la entendía, pero era desagradable. Aun así, como tenía mucho tiempo desde que ya no iba cada día a Siemens, poco a poco nos hicimos amigas y llegamos a charlar durante horas.

Lo que no tenía es dinero: ya no ganaba nada y la pensión de mi padre daba para el alquiler, la luz y muy poco más. Era tan pobre que vendía mis cupones de carbón para comprar comida, y eso que era un invierno helador. Pero estaba decidida a pasar hambre y frío, e incluso a dormir para saltarme las comidas, antes que malgastar mis energías en el trabajo forzado.

Mi tía Grete se encontraba entre los primeros que, en el otoño de 1941, recibieron la orden de deportación. Los días previos a su transporte fueron muy difíciles. Una conocida trató de convencerme para que la acompañara; según ella, los jóvenes debíamos apoyar a los mayores en los campos de concentración. Con todo, ya entonces mi instinto me decía: quien viaja allí se dirige a la muerte.

También la tía Grete me preguntó si no prefería que siguiéramos juntas: «¿No quieres sumarte voluntariamente? Antes o después nos toca a todos».

Me resultó muy duro negarme. Me sentí inclemente. Aunque lo pensaba, no podía decirle: «Tú ya no vas a salvarte, pero yo quiero intentar todo lo imaginable para sobrevivir».

Grete era un cardo borriquero; sin embargo, en el fondo siempre había sido la más buena y generosa de toda la familia. Tras la temprana muerte de mi abuelo siguió llevando con gran energía y criterio su empresa de transportes. Cuando ésta quebró durante la Primera Guerra Mundial, salió adelante como profesora de estenografía y montó una oficina de mecanografía y duplicados. Trabajó mucho para alimentarse no sólo a sí misma, sino también al tío Arthur. Después de la muerte de mi madre, con frecuencia nos invitaba a mi padre y a mí. Siempre me pareció normal que se ocupara de todos nosotros, y a lo sumo le daba fugazmente las gracias.

Los últimos días antes de su deportación no nos separamos. Pasaba horas rompiendo fotos antiguas que le era imposible llevarse, pero que tampoco quería dejar atrás. En eso me dijo:

«Aunque te he querido más que tu madre, nunca me fue dado encontrar un marido y tener un hijo propio». Y aún me confesó otra cosa: «Hubo un hombre que me gustó toda mi vida. Lo amaron todas las mujeres y no correspondió a mi afecto en absoluto: era tu padre». No dejé que notara cuánto me conmovió esta revelación.

Uno de los muchos clientes que tenía amistad con la tía Grete era el señor Hidde. Regentaba un taller de reparación de radios en la Alexanderplatz. Como era enorme, terriblemente gordo, se esperaba de él un bajo resonante, pero tenía voz de pito.

Hidde, por supuesto, era antinazi. Cuando la tía Grete recibió la orden de deportación, dijo:

—Eger, te doy mi palabra de honor: si se atreven a llevarte, será el final de mi taller. Tú me hacías todo el papeleo; yo solo soy incapaz y no quiero a nadie más. ¿No podríamos emigrar los dos al Polo Norte? Yo cazo ballenas y tú las preparas con salsa kosher.

—Hidde, no digas bobadas. Todo esto es muy serio —respondió la tía Grete.

Aquellos últimos diálogos antes de su deportación fueron profundamente trágicos y al mismo tiempo cómicos. Con expresión llorosa me repetía: «El día que vengan a llevarme dejaré una carta de despedida para ti bajo el felpudo». Al menos diez veces me repitió: «¡No olvides la carta del felpudo!».

Me daba una pena infinita y habría querido ayudarla, pero se me hacía insoportable. Hasta me sentí un poco aliviada cuando terminó. Precintaron su piso y recogí la carta del felpudo: con su mejor letra, había escrito que nuestra familia siempre había sido honrada e íntegra, y que yo debía seguir siéndolo. Que imploraba para mí la bendición de Dios y todo eso. Y yo pensé: «Por favor, cuánto teatro por aquella carta».

La leí tres veces; luego la rompí. Volviendo desde la Prenzlauer Straße a la Schmidstraße me avergoncé: sentí que no me entristecía lo bastante la despedida de la tía Grete.

A los desesperados los llama el agua, o al menos eso creía yo. A mis diecinueve años seguía siendo muy ingenua. Bajé hasta el Spree, me indiné sobre la barandilla y gemí como en el teatro. Y en eso pasó una desgraciada con sombrero de pluma, me miró, vio la estrella y soltó: «Ah, bueno, entonces no pasa nada». Aquella nazi no se sintió impelida a ofrecerle ayuda a una judía. En aquel

momento lo vi claro: «¡Se acabó el teatro!», me dije. «Nunca más en la vida volveré a montar semejante espectáculo».

Un par de días después crucé la Alexanderplatz y vi que Hidde había cumplido su promesa: su taller estaba cerrado y en el escaparate había un gran cartel: POR FALTA DE SUMINISTROS, MI NEGOCIO PERMANECERÁ CERRADO HASTA LA VICTORIA FINAL. A todas luces, la gente entendía esta formulación como un sarcasmo: se demoraban a leerlo, sonreían con malicia y se alegraban.

La siguiente vez que pasé por ahí ya no estaba el cartel. Me detuve un instante ante la tienda y miré indecisa alrededor.

—¿Se pregunta qué fue del cartel? —me abordó un transeúnte, para enseguida explicarme—: Vino el partido y le obligaron a quitarlo. Lo acusaron de pitorrearse de Alemania.

—Oh, no —dije yo—, ¿cómo iba a hacer algo así?

Grete fue deportada en octubre 1941 a Litzmannstadt, el nombre que le pusieron los nazis a la ciudad polaca de Łódź. Después de eso, no me llegó más que una señal de vida de ella: en dos ocasiones le envié diez marcos, lo que en mi situación de entonces era una fortuna. La primera vez recibí una confirmación firmada por ella de que había recibido el dinero. Luego no volví a saber nada más. Circulaba ya el rumor de que aquellos envíos nunca llegaban a sus destinatarios.

Por su parte, la tía Grete me dejó todo lo que tenía. En la Prenzlauer Straße había conservado una maravillosa colección de piezas de la vieja Rusia, porcelana y cristal sobre todo. Claro que nunca volví a ver nada de aquello.

Schönfeld, nuestro jefe de nave, ya me había advertido: me convocarían de nuevo para el trabajo forzado. Podía conseguir una baja médica para diez o catorce días. Pero pronto volví a recibir citaciones de la oficina de empleo.

La primera carta la ignoré sin más. Aquello era de una desfachatez colosal hacia las autoridades, que contaban con el temor a la ley de todos los ciudadanos. Luego llegó una tarjeta: esa vez ponía «Segunda citación». Fui con ella a la oficina de empleo y dije: «¡Qué curioso! Aquí pone: “Segunda citación”. Pero nunca he recibido la primera».

Me destinaron a una hilandería, una pequeña empresa que contaba con lo que se llamaba una «sección judía». Antes de

empezar a trabajar, por la razón que fuera, era preceptivo un examen ginecológico. Un ginecólogo mayor, con consulta propia en la Wühlischstraße, nos convocó a todas las mujeres a la vez y nos hizo esperar durante horas. Allí me encontré con las gemelas Hildegard y Rosmarie Herzfeld, de diecisiete años, a las que conocía vagamente. Eran dos años más jóvenes que yo; se mostraron tímidas y respetuosas y me trataron como a una tía. Hasta me hicieron una reverencia.

Cuando llamaron a la primera mujer judía hubo un problema en el examen. El médico vino a la sala de espera y preguntó:

—¿Tenéis todas la vejiga llena? Así no conseguiré reconoceros.

—No podemos ir al baño: aquí sólo hay uno para pacientes, y no sabemos dónde está el servicio para judías —respondimos.

—¡Idiotas! ¡El pis es pis y la mierda es mierda! ¡Igual para todo el mundo! Ahora mismo os vais a mear una tras otra —nos abroncó con ordinariez.

Luego les tocó a las gemelas. Él volvió a salir de la consulta y bramó: «¡Un caso sumamente interesante! ¡Gemelas univitelinas, ambas vírgenes, de diecisiete años! ¡Tenéis que venir!». Su mujer y cuatro o cinco señoras más con elegantes vestidos de seda —una tertulia— entraron para verlo. También un técnico, que bajó la cabeza y retorcía cohibido su gorra en la mano porque aquello le resultaba de lo más embarazoso.

El trabajo en la hilandería era horrible. Me asignaron al turno de noche y mi camino hasta allí discurría por calles absolutamente lúgubres, con lo que siempre me tropezaba o incluso me caía. También la nave en la que trabajábamos estaba muy mal iluminada.

Las obreras nos situábamos, a muchos metros de distancia una de otra, frente a una larga pared en la que una y otra vez debía prender nuevos husos y encender la máquina. La primera vez el hilo se rompió enseguida. La capataz tronó: «¡Esto raya en el sabotaje! ¡Bruta imbécil!».

Al cabo de un par de días, fui a la oficina y le expliqué a una joven: «De verdad que yo querría hacerlo lo mejor posible, pero estoy mal de los nervios, se me rompen continuamente los hilos. He padecido mucho en los últimos tiempos. No les voy a dar más que disgustos». En aquel momento entró la capataz y se puso a abroncarme: «¡Habría que echar a esta puerca judía! ¡Esta criatura

imbécil no merece ni que le escupan!». Tras resolver una minucia en la oficina, salió de allí y aproveché para decir:

—Sí, por favor, despídame. Yo no puedo renunciar.

—¡Vaya! —respondió la oficinista—, no lo sabía. Bien, pues la despedimos: su capataz ya ha dicho que es usted una inepta.

Me preparó enseguida los papeles y me deseó amablemente lo mejor.

Por desgracia, había que dar parte a la oficina de empleo, así que recibí una nueva citación y volví a dejarla pasar. Y llegó la segunda, y me dije que a la tercera tendría que ir de nuevo. Pero no fue eso lo que ocurrió.

Hasta poco antes, mi vecino de habitación en casa de los Jacobsohn había sido Harry Kaplan, un camarero que tocaba la trompeta. Cuando se lo llevaron para deportarlo, de aterrada y desesperada que estaba, me metí en la cama y me arrebujé en la colcha. Estando sola en casa, volvieron a llamar a la puerta. El cartero venía a entregar un correo certificado para el señor Kaplan.

—No está. Se lo han llevado —le expliqué.

—¡Caramba! Entonces tengo que escribir: Mudado al este, paradero desconocido —comentó el cartero, un hombre mayor—. Y una cosa más: aquí debe de vivir también una tal señorita Jalowicz…

Reconocí el sobre al instante: era una nueva citación de la oficina de empleo.

—Pues escriba también: «Mudada al este, paradero desconocido» —dije enseguida.

Y así me borraron del fichero de la oficina de empleo, porque tuve la desfachatez de comunicarles a las autoridades que ya me habían deportado.

5

Con Ruth y Nora me veía a menudo los fines de semana. Salíamos a pasear juntas y me contaban novedades de la fábrica. Así supe, por ejemplo, cómo habían reaccionado los capataces de Siemens cuando en septiembre de 1941 se publicó una orden policial por la que todos los judíos debían llevar en público una estrella amarilla.

Schulz y Hermann se indignaron, por supuesto. También el nazi Stakowski opinó que no podía hacerse eso. Y dos hombres llamados Strahl y Bedurcke, a los que yo siempre confundí y tenía por nazis convencidos y muy limitados, habían mascullado de forma bien audible: «¡Estamos gobernados por criminales!». Uno de ellos tenía parientes en el campo y desde entonces a veces les llevaba bocadillos a las chicas.

Poco a poco desarrollé un plan especial para mis encuentros con Ruth y Nora: quería aprovechar aquellos paseos para explorar Berlín en profundidad y conocer a sus habitantes. A mis amigas no les gustaba demasiado participar en aquel experimento sociológico, pero lo hacían por mí. Nora elaboraba rutas a diversos lugares de la ciudad, que siempre quedaban a mucha distancia de nuestro punto de partida. En medio había diferentes etapas en las que yo preguntaba a un policía por el camino.

Y así, flanqueada por aquellas dos chicas guapísimas, recorría las calles. Muchas personas mayores se nos quedaban mirando y exclamaban: «¡Qué lástima! ¡Que estas tres chicas tan monas tengan que llevar la estrella judía!».

También los policías se complacían con nosotras:

—¿Qué hay, guapas? —nos preguntaban.

Entonces yo me presentaba exactamente como lo exigía la ley:

—Soy judía, sector Berlín, número identificativo XY. ¿Puedo hacer una pregunta?

—¿Cómo? —preguntaba el policía en dialecto berlinés. Todos se

quedaban atónitos. A mí aquello me divertía mucho: «¿Cómo, cómo, pero qué quiere *usté*? ¿Qué dice *usté*?».

—La ley exige que nos presentemos así. Con sector, número identificativo y la indicación de que somos judías. Y después podemos, si usted lo permite, hacer una pregunta.

—¿Conque eso dice la ley? ¡Pero bueno, me deja pasmado sólo de oírlo!

Los más jóvenes eran los únicos capaces de dominarse hasta el punto de no dejar ver cuánto los sorprendía y asqueaba. Los mayores sacudían la cabeza:

—Pero eso no puede ser, repítamelo, ¿cómo era?

—Soy judía, sector Berlín, número identificativo tal y tal.

—¡¿Y eso lo dice una ley?!

De ese modo aprendí que ni siquiera los policías conocían todas las ordenanzas legales, todas las mezquinas vejaciones con que se nos avasallaba a los judíos. Los ciudadanos de a pie las conocían aún menos. Al ama de casa alemana media le interesaba dónde obtener medio kilo de tomates a un precio asequible en el mercado negro y estallaba en llanto cuando se le quemaba la sopa. Podía tener clichés antisemitas en la cabeza o no, pero las normas contra los judíos no las conocía. Y para mí, con vistas a mi clandestinidad posterior, fue una lección muy importante.

La pregunta que le hacía al agente tras esta escaramuza previa era:

—¿Sería tan amable de indicarme cómo llegar desde aquí a la calle Y?

Siempre elegíamos una meta que quedara a kilómetros de distancia.

—Eso está muy lejos, tendrán que ir en metro —nos respondía.

—No podemos: sólo nos permiten usar el transporte público entre semana por la mañana para ir al trabajo y por la tarde para volver a casa[16].

—¡Pero, bueno, eso no es posible!

—Sí, sí, es la ley.

—Pues si no pueden ir en metro tendrán que ir andando, ¡caramba! Pero está muy lejos. —En cuanto desplegaba el plano, quedaba claro que el camino nos obligaba a cruzar el distrito gubernamental, tal y como lo había calculado Nora de antemano.

—No podemos pasar por esas calles. Están vedadas a los judíos —le explicaba. Además de los cines y teatros, había calles y plazas por las que nos estaba prohibido circular.

—¿Cómo?, ¿tampoco pueden pasar por ahí? ¡Entonces queda aún más lejos!

Dejábamos que el policía nos trazase rodeos, le dábamos cortésmente las gracias y nos marchábamos. Y al poco repetíamos lo mismo en otro sitio.

—¡Bah! —dijo uno de los agentes, y ni siquiera era uno mayor—: Sois tres chicas muy majas; no se os nota nada. Os quitáis esa estrella de mierda, os subís al metro y se acabó el problema.

Fue la respuesta más rotunda que obtuvimos, y nos sonó muy alentadora y tranquilizadora.

Para mí este juego acabó siendo fundamental porque aprendí a conducirme con aplomo, también frente a aquellos que nos hacían vivir en un temor continuo. Y eso me ayudaría en toda mi trayectoria durante la época nazi.

Aun así, una y otra vez hube de comprobar que cualquier pequeña infracción podía suponer un peligro mortal. Por ejemplo, en las compras: a los judíos sólo se les permitía entrar en las tiendas en una determinada franja horaria al final de la tarde, cuando ya estaba todo vendido. Pero yo acostumbraba a ir por las mañanas porque no tenía otra cosa que hacer.

En una ocasión en que iba paseando con la estrella judía y mi bolsa de la compra por la Schmidstraße, me salió al paso un hombre bajo y jorobado de tez amarilla.

—¡Alto! —gritó sacando un carné del bolsillo—, ¡agencia alimentaria! Ya sabe que los judíos sólo pueden aprovisionarse por la tarde. ¡Ahora mismo hago que la detengan!

Eso habría supuesto mi final, y yo no tenía nada a mano, ni siquiera una botella para darle en la cabeza al tipo y salir corriendo. Se me disparó el corazón. Retrocedí dos o tres pasos para que no notara lo nerviosa que estaba y alegué:

—Trabajo en turnos; tengo turno de noche.

—¡Ah! —dijo él—, veamos su carné.

—Es que no lo llevo encima.

—¡Pues haré que la detengan!

Intuitivamente me arrodillé un poco, encogí el torso y eché atrás

la cabeza para mirarlo desde abajo:

—Es todo un detalle que me lo haga notar. No pensaba, no sabía que tuviera que llevar el carné siempre encima. ¡Es todo un detalle! Porque de no haberme topado con un funcionario tan amable, podría tener un serio problema.

En la cara de ese hombre se desarrolló una auténtica batalla mímica: no sabía si alegrarse o enfadarse, si escupirme o cogerme en brazos. Por fin vaciló un momento, me reprendió con el dedo y dijo:

—Bueno, pues ahora ya lo sabe. ¡La próxima vez tenga a mano su carné!

Me había salvado; había vuelto a tener suerte. Pero me fui directa a casa y decidí no seguir llevando continuamente la maldita estrella.

Conocía los edificios con pasajes del entorno. En verano no suponía ningún problema: llevaba una chaqueta ligera con la estrella, desaparecía en un portal, me quitaba la chaqueta y salía por la otra entrada del edificio sin la estrella. Pero en invierno ya no podía hacer lo mismo.

La madre de mi amiga Irene Scherhey nos enseñó a coser la estrella con refinada habilidad, de manera que podíamos arrancarla de un tirón y volver a coserla a toda velocidad con una aguja que llevábamos enhebrada en el forro del abrigo. De ahí en adelante, por la zona en la que vivía, me desplazaba con la estrella colocada conforme a las normas. Pero a los diez minutos me convertía en una persona libre, sin estrella. De regreso, volvía a someterme al orden prescrito.

El mero hecho de ocultar la estrella podía tener terribles consecuencias. Una vez pude comprobarlo en la Neue Schönhauser Straße. «¡Alto!», le ordenaron dos hombres de civil a un señor mayor a pocos pasos de mí. Enseguida oí resonar las esposas. Aquel hombre, de fisionomía muy judía, no se había atrevido ni a ir sin estrella ni a llevarla abiertamente como ordenaba la ley. En lugar de eso, llevaba una cartera apretada contra el cuerpo de modo que le tapara media estrella. Aquello bastó para detenerlo y deportarlo.

En el invierno de 1941-1942, la amenaza se fue estrechando más y más como una soga alrededor de mi cuello. Tenía miedo. Mejor dicho: el miedo me tenía atrapada. Quería salvarme, pero no sabía

cómo.

Solía estar desocupada el día entero. Entonces recorría la ciudad y visitaba incluso a los parientes más lejanos para enterarme de cuanto fuera posible. Continuamente escuchaba nuevas malas noticias: aquí se habían llevado a alguien, allá otro acababa de recibir su orden de deportación. Estaba tan hambrienta y desesperada que primero acostumbraba a hacer un pequeño ejercicio de relajación en la escalera antes de tocar el timbre: un poco de gimnasia respiratoria para relajar la expresión de mi cara. Cuando me abrían la puerta, decía enseguida: «Disculpe, no querría molestar; pero no he sido capaz de pasar por aquí sin preguntar cómo le va». Por lo general, tenía preparada alguna novedad entretenida, algún chismorreo para animar un poco a mis anfitriones. Con suerte, me daban una taza de sucedáneo de café y una galleta o alguna cosilla para comer.

En una ocasión, fui a la confitería Dobrin, que en su día había sido uno de los cafés elegantes de Berlín: después de las compras del sábado por la tarde, se iba al Dobrin en la Königstraße. Aún existía una sucursal no tan refinada en el Hackescher Markt, si bien los parroquianos eran ahora exclusivamente judíos. Había oído que allí una podía distraerse un poco y que por unos peniques te servían una taza de sucedáneo de café.

Fui sola, igual que iba sola a todas partes. Al abrir la puerta me encontré una sala llena de hombres con gorras de esquiador. Yo le tenía una ojeriza terrible a ese tipo de gorras: se parecían en su forma a las de las SA y a la vez se habían convertido en el uniforme de los judíos degradados. Las orejeras podían atarse con una cinta fina, una especie de cordón. Con aquel lacito, los obreros judíos resultaban tan idiotas que me daban ganas de arrancárselas de la cabeza: «¡Haced algo de una vez! ¡Encima no os uniforméis! ¡No andéis trotando todos por ahí con la misma piel de cordero!», habría querido gritarles. Pero bajo aquellas gorras de esquiador, por desgracia, no se ocultaban lobos con piel de cordero, sino corderos con piel de cordero.

Me senté, pedí y tomé mi sucedáneo. Y de repente me asaltó un temor sofocante. Tenía la sensación de que la Gestapo podía irrumpir en cualquier momento en aquella pocilga. Pensé realmente la palabra «pocilga» y miré, un poco avergonzada, al suelo: estaba

barrido y encerado con decencia. Lo que notaba no era una mugre externa, sino la inmundicia interna de aquella sociedad de sucedáneo de café.

Varias mesas más allá, un hombre que seguía con la gorra puesta le berreaba a otro: «¿Te sabes éste? En un piso de esos donde en cada cuarto vive una familia judía, una chica de doce años lee un libro que hay por ahí y le pregunta al padre: “Papá, ¿qué es un cometa?”. Y el papá responde: “Un cometa es una estrella con una cola larga”. “¡Ah!”, dice ella, “Entonces el tío Rosenthal, de la habitación de al lado, es un cometa”».

Estrepitosas carcajadas. Me abrumó el asco. En aquel momento tomé una decisión firme: pasara lo que pasara con aquella gente, a mí no me pasaría. Yo no iba a ir con ellos.

Cerca de mí se sentaba un hombre que no llevaba gorra de esquí. En el perchero cerca de él había un sombrero. Lo abordé:

—¿Me permite una pregunta? ¿Es ése su sombrero?

—Sí —dijo él—. Curiosa pregunta.

—¿Me haría usted un favor? ¿Podría acompañarme fuera de este local, sólo hasta la calle?

Me miró como si me hubiese vuelto loca. Y en cierto modo lo estaba, de miedo y de asco. Dejé en la mesa las monedas por el sucedáneo y la propina, y él me escoltó hasta la puerta. Necesitaba esa impresión de seguridad y me sentí feliz cuando volví a estar en la calle.

Cuántas veces había citado mi padre el *Pirkei Avot*, el *Tratado de los padres*: «¡No te aísles de la comunidad!». Pero aquello que vi allí, degradado, en vías de disolución y condenado a muerte, no era mi comunidad. Y ya no quería ser parte de ello.

6

Una de las pocas personas con las que aún tenía contacto habitual a comienzos del año 1942 era Toni Kirschstein. Nos habíamos conocido en un paseo dominical con mi padre. Una vez que pasábamos junto al teatro de la Federación Cultural Judía en la Kommandantenstraße, acababa de terminar allí una matinal de cine y los espectadores salían en masa a la calle.

—¡Hola! —nos saludó una señora de rizos rubios y bello rostro que venía del cine.

—¡Toni Kirschstein! —Mi padre se alegró mucho.

La familia Eger conocía a la doctora Antonie Kirschstein desde hacía muchos años. Era la mujer de Félix Kirschstein, un amigo del colegio de mi tío Herbert. Aquel hombre nunca había aprendido oficio alguno, pero amaba la buena vida, de modo que la señorita Antonie, que disponía de una gran dote, era idónea para él. Se casó con ella y estuvo engañándola por sistema durante años. Entretanto, llevaban tiempo separados.

Toni Kirschstein era cualquier cosa menos convencional. Se especializó en Neurología y Psiquiatría después de completar su formación como cantante de ópera. Cuando sonreía era hermosa, pues se hacían evidentes tanto sus hoyuelos como sus dientes regulares. Pero en cuanto se levantaba se le notaba su grave minusvalía; tenía una luxación bilateral de cadera y se movía con lo que se llamaban «andares de pato»: como si lanzara una cuerda, adelantaba una pierna trazando un gran arco y luego arrastraba la otra detrás.

Cuando nos encontramos frente al cine iba del brazo de un hombre y dijo: «Permítanme presentarlos: el papa León XXII».

El hombre se llamaba Leo y era, como ella misma nos explicó, el vigésimo segundo con el que tenía relaciones íntimas. Presumía sin miramientos de la cifra de hombres con los que se había acostado.

A mí ella me entusiasmó enseguida. Aunque mis padres no eran pacatos, a mi madre difícilmente le habría gustado tener trato con Toni Kirschstein. Pero mi madre ya no vivía, y aquellos tiempos locos conseguían que la gente hiciera piña y no diera importancia a las convenciones de antaño. Estuvimos un rato charlando a la entrada del cine, hasta que Toni dijo: «No podemos echar raíces aquí, pero vivo muy cerca». Vivía en la Neue Jakobstraße. Que nos pasáramos cuanto antes para charlar más cómodos; siempre podría ofrecernos una taza de sucedáneo de café. Así nació esa amistad.

Más tarde, fue Toni quien me ayudó a encontrar la habitación donde los Jacobsohn. Ella misma hubo de dejar su piso y subarrendar con su hijo, que era algo más joven que yo, una habitación en casa de una señora mayor y distinguida cerca de la Sophie-Charlotte-Platz. Su casera había sido muy rica; además, su marido viajaba por todo el mundo y le había traído las más preciadas artesanías. Toni Kirschstein, a quien ya no le estaba permitido ejercer la medicina, no tenía un penique, así que a menudo se llevaba una pieza del gran estante con aquellos recuerdos de viaje y la vendía en el mercado negro.

—¡Esto es espantoso! ¡Es usted una ladrona! —vociferó su casera al darse cuenta.

—¡Y qué voy a hacer, vejestorio, maldita sea! —respondió Toni gritando.

En una ocasión asistí a una de aquellas peleas y fue horrible. La depravación era un rasgo de la personalidad de Toni Kirschstein; su gran generosidad, otro: con su hijo y conmigo compartía hasta el último trozo de pan.

En su casa se reunía habitualmente una tertulia en la que también yo solía participar. Allí conocí al doctor Ludwig Dahlheim, un caballero mayor de una familia judía muy asimilada. Era bastante afectado y con frecuencia mencionaba que había asistido al «Instituto de las botas de charol»: así llamaban entonces al elitista Real Instituto Wilhelm. Su mujer, Thea, de soltera Toller, era sobrina del famoso dramaturgo y revolucionario Ernst Toller. En la vivienda del matrimonio se alojaba también su hermana, conocida como Hildchen, que padecía una grave discapacidad mental. Durante toda su vida, la familia Dahlheim se había avergonzado de ella, la escondía y hasta la encerraba en su habitación.

Sin embargo, una vez que tuvieron una visita sumamente aristocrática y distinguida se produjo un contratiempo: olvidaron cerrar una puerta. De pronto ésta se abrió, entró Hildchen y se acercó a la valiosa escultura de un perro que había sobre una repisa. Hizo una profunda reverencia, soltó una carcajada histérica y dijo: «El león no hace daño a los niños. ¡El león es *güeno*!». Y así quedó al descubierto el secreto.

Al contarme esta historia, Eva, la hermana de Ludwig Dahlheim, añadió: «Y, mire, ahora Hilde está con nosotros en la habitación. Ya no la escondemos. Los nazis nos lo han arrebatado todo: no sólo el patrimonio y la patria, también la vida. Pero curiosamente también ha sido una suerte de liberación: nos eximen de aquellas estúpidas convenciones».

Un día llegó una carta para mí a la Schmidstraße. Me asombré al ver el remitente: me escribía el juez Blei, un hombre al que no conocía personalmente, pero al que mi padre solía mencionar. Con letra algo barroca y galantería anticuada, me explicaba por qué se dirigía a mí: «Una muchacha como usted, de tan estimable familia, no debería, por muy entretenido que sea, tratar con una persona que no sólo ha abandonado todo fundamento moral, sino que es directamente una delincuente y procura conspirar con los peores enemigos a fin de mantenerse a flote». Lo formulaba de modo que yo entendiera la carta sin que la censura postal notara nada: Toni Kirschstein tenía relación con la Gestapo. La información no era del todo nueva para mí; ya estaba advertida por otra parte: Recha

Frankenstein, prima de mi madre, me había contado que la doctora había intentado ser agente de la Gestapo. Claro que rechazaron sus servicios porque esta institución infame recusaba a personas con minusvalías físicas.

Al final, la propia Toni me reveló que había puesto a un soplón sobre mi pista. Loca como estaba, al mismo tiempo me previno contra aquel hombre: el supuesto doctor Spiegel era un embaucador y un psicópata.

Lo cierto es que apareció una tarde en la Schmidstraße y me explicó sin ambages que en el futuro nos veríamos con frecuencia. Yo debía informarle acerca de mis conocidos. Luego trató de impresionarme con todo tipo de trucos psicológicos. Afirmó tener poderes sobrenaturales: me dijo que pensara en un número del uno

al diez, y él lo adivinaría. Funcionó varias docenas de veces hasta que decidí despistarlo. No pensé en un número concreto, sino lisa y llanamente: «¡Capullo!». Él dijo enseguida: «No sé lo que ha pensado, pero no era un número del uno al diez. ¡No crea que puede hacerme trampas!».

Yo ya sabía cómo funcionaba el asunto por Toni Kirschstein. Me había explicado que, cuando nos concentramos en una palabra, la pronunciamos también para nuestros adentros: eso desencadena unos movimientos en la zona de la laringe que pueden leerse sin dificultad si sólo hay pocas palabras para elegir, como por ejemplo los números entre el uno y el diez.

El señor Spiegel hizo también otros experimentos conmigo: se me quedó mirando intensamente y pretendió que hacía hablar a mi padre. Frente a aquello me amparó mi altivez cultural: «Mi padre jamás habría usado el lenguaje en que hablaba el personal de su oficina», dije, «pero sin duda usted ni siquiera conoce la diferencia».

Ahí perdió el interés. «Se hace tarde, y debo irme», soltó. Como sabía que no debía enemistarme con él, prometí informarle en caso de que algo especial me llamara la atención.

Antes de romper la carta del juez Blei me aprendí algunas de sus formulaciones de memoria. Sola en la habitación amueblada de los Jacobsohn, hablaba en voz alta conmigo misma. Me imaginaba lo que habrían dicho mis padres en aquella situación: «Esa mujer profundamente infeliz y maltratada por la vida nos da lástima, pero está corrompida, y la pérdida de toda base moral es inadmisible. Hay que distanciarse de ella».

Con gran esfuerzo y tras varios borradores, escribí una respuesta al juez en la que le agradecía sus cabales advertencias. Le explicaba que no sería prudente hacer notar a la señora en cuestión que deseaba romper el contacto, que no me quedaba más remedio que restringir el trato gradualmente y con cuidado.

A los pocos días, sin embargo, la situación estalló de golpe. Las tertulias en casa de Toni Kirschstein habían ido decayendo en algo ordinario y semidelictivo, a menudo con un toque obsceno. En aquel contexto, yo pasaba por ser una gran bromista y una compañía brillante, lo que desde luego me gustaba.

Aquella tarde Toni Kirschstein anunció a sus invitados una gran sorpresa:

—Ahora apagamos la luz, ¡y adelante!: todos con todas y todas con todos.

Quería dar pie a lo que hoy se llamaría «sexo en grupo». Me sentí asqueada, pero comenté riéndome:

—Antes voy a hacer yo un número estelar. Se me ha ocurrido una cosa muy divertida para la que necesito mi abrigo.

—¡A ver, a ver! —dijo la anfitriona, y me lo trajo.

Todos me miraban esperando la guinda, y les solté:

—Me voy.

El primero en hablar fue su hijo Wolfgang:

—Yo también —dijo con toda calma, y ambos salimos de la casa.

—¿Adónde quieres ir? —le pregunté.

—No lo sé.

—¿Y entonces qué hago ahora contigo?

—No lo sé.

Acabé llevándomelo conmigo. Entramos a hurtadillas en el piso de los Jacobsohn: nadie debía notar que me acompañaba un joven. No nos quedaba otra alternativa que meternos juntos en mi estrecha cama. Nos enorgulleció mucho pasar la noche allí como hermanos. A la mañana siguiente él salió furtivamente a primera hora.

Más adelante comprendí que me había dejado enredar en otro asunto con Toni Kirschstein. La señora Jacobsohn me había hablado de su cuñado, que iba en silla de ruedas, tenía párkinson avanzado y apenas conciliaba el sueño. Mi casera me preguntó si no podía conseguirle una dosis cuantiosa del más potente somnífero, que me lo pagaría bien.

Consulté a Toni Kirschstein. «Nada más fácil», celebró. Ya antes había entrado en conflicto con la ley por vender recetas de morfina a algunos adictos. Esta vez expidió un par y me explicó que debía comprar las pastillas en lugares diferentes por todo Berlín. Si los farmacéuticos preguntaban, lo mejor era responder: «No, no es para mí: es para mi vecina».

Conseguí los fármacos y repartí la ganancia a medias con Toni Kirschstein. El cuñado de la señora Jacobsohn falleció poco después. Al cabo de unos meses me llamó la atención una extraña pareja en una feria: la mujer llevaba un impecable traje a medida, calidad de la preguerra, del mejor paño inglés; el hombre, que pasaba sin duda de los setenta, le acariciaba una y otra vez el

trasero, lo que a ella parecía agradarle. Cuando se giró, reconocí a la señora Lesser, hermana de la señora Jacobsohn y viuda de aquel enfermo de párkinson. Algo cortada, me presentó a su nuevo amigo, un portero y vecino de su zona. Me contó que la mujer de él había padecido la misma enfermedad y que los esposos de ambos habían muerto prácticamente a la vez. «Somos compañeros de infortunio», añadió.

Tuve una sensación muy incómoda al oírlo. «Quizá lo que conseguí no era un mero sedante para acortar las noches insomnes», me dije. Por mucho que examinara mi conciencia, siempre concluía que no pretendí ni pensé nada malo al comprarlo. Pero Toni Kirschstein se había sonreído y comentado: «Esto da para matar a un mamut». Con su dilatada experiencia de la vida, enseguida tuvo claro de qué iba aquello.

III

Un arcoíris de inaudita belleza. INTENTOS DE FUGA Y PASO A LA CLANDESTINIDAD

1

Al poco de mudarme a la Schmidstraße, vino a visitarme sin previo aviso Ernst Wolff. Hijo de una muy honorable familia judía berlinesa, estaba soltero y en aquel tiempo se acercaba a los cincuenta. Durante muchos años su padre había sido un alto cargo en la Sinagoga Vieja en la Heidereuter Gasse.

Yo había colaborado un tiempo como voluntaria en el Archivo Genealógico de Ernst Wolff antes de empezar el trabajo forzado en Siemens. Fue entonces cuando me enamoré de él. Mis sentimientos habían sido apasionados, aunque bastante ingenuos. Esperé en vano una señal suya: a una chica no le correspondía dar el primer paso.

Y ahora me sorprendía con esa visita. «Su señor padre me habría puesto verde si llego a acercarme a su niña», anunció, «pero ahora no hay nadie que la proteja de intrusiones masculinas». Me estremeció su falta de tacto: mi padre apenas llevaba unas semanas muerto. Pero yo seguía enamorada, así que pronto empezamos una relación. Fue mi primer amor, y muy profundo.

Ernst Wolff vivía muy anclado en la tradición; por su hogar y por sus convicciones resultaba tan judío que no cabía serlo más. Todo ello tuvo una gran influencia en el desarrollo de mi personalidad.

Sin embargo, la intimidad con él no me brindaba la satisfacción anhelada. Nuestros encuentros físicos me decepcionaban, aunque no sabía por qué. Yo tenía muy poca experiencia en esos asuntos y carecía de un interlocutor sabio y adulto al que poder abrir mi corazón. Sólo mucho después me enteraría de lo que pasaba realmente con Ernst Wolff.

Muchas veces me quedaba en la cocina cuando la señora Jacobsohn guisaba o fregaba los platos. Nos habíamos hecho amigas y charlábamos durante horas. Una vez le comenté que había oído que las chicas judías podían obtener un pasaporte chino casándose con

un chino y que así quedaban protegidas de la persecución y quizá hasta conseguían emigrar.

«Pruébelo», me animó mi casera, «no necesita rendir cuentas a nadie. Aquí mismo, al otro lado de la calle, en la Neue Jakobstraße, hay un edificio donde viven un montón de chinos. Bastante arriba, creo, en la segunda o tercera planta».

Fui de inmediato. En la mayoría de las puertas había nombres como Müller y Schulze, pero en una de ellas ponía Ping Pang, Ding Dang, Yang Yau y nombres parecidos. Llamé a ésa, me abrieron y salió al vestíbulo un grupo de chinos. El más alto y apuesto parecía ser el portavoz del grupo, así que me dirigí a él.

—Disculpe… busco a alguien que me dé clases de su idioma. El chino es tan maravilloso y está ligado a una cultura tan ancestral que querría aprenderlo.

—Tú no *querey aprendey* china —respondió él—. Tú *querey matimonio* de *convenencia*.

Hablaba un alemán macarrónico con un marcado acento chino.

—Es cierto —admití—: soy judía y quiero salir del país. Pero no quería entrar como un elefante en una cacharrería.

—*Matimonio de convenencia cueta cuareta* mil marcos —me explicó.

No recuerdo ya la cifra exacta, pero era una suma desorbitada, absolutamente fuera de mi alcance.

—Pues disculpe la molestia. Adiós: no tengo dinero.

Y me di la vuelta para irme.

De nuevo, todo ocurrió muy rápido:

—¡Espere, espere! —me llamó—, hay otra *posibilidá*. Hacemos boda de *verdá*. No *cueta* nada. Paso a la tarde y celebramos *copromiso*.

Me preguntó por mi dirección y se la di. Y, efectivamente, un par de horas más tarde apareció en la Schmidstraße y trajo un montón de comida y una botella de vino. ¡Menuda fiesta! Por supuesto, lo compartí con los Jacobsohn, de modo que por una vez los hijos tuvieron una cena de verdad.

Desde aquel momento estaba comprometida con Shu Ka Ling, o Ling Shu Ka, como se llamaba en chino. Ahora bien, para casarnos necesitábamos una autorización del alcalde. Yo debía presentar una solicitud ante la autoridad y no sabía lo que necesitaba. Moritz

Jacoby, mi tutor, me envió al abogado Lignitz, un no judío especialista en derecho de extranjería. Me presenté a aquel señor mayor como la hija de un colega fallecido y lo primero que le pregunté fue cuánto me costaría la consulta. Me tranquilizó poniendo su mano sobre la mía y afirmando: «No cuesta nada, ¿de qué se trata?».

Le conté mi historia y me explicó cómo y dónde debía cursar la solicitud; también me dio una carta tipo que enseguida dictó para que la mecanografiaran.

Mi chino era amable y generoso; hasta me hizo regalos un par de veces. Claro que no intimábamos, pues apenas podíamos hablar. Yo pensaba: si gracias a él obtengo un pasaporte, sería estupendo, pero no es una relación con futuro. Seguramente él también notaba que había poco afecto por mi parte y que, al mismo tiempo, yo mantenía una relación muy distinta e importante para mí.

Una vez vino a verme un viernes por la tarde, justo cuando estaba a punto de salir hacia la sinagoga de la Heidereuter Gasse, así que me lo llevé conmigo. Lo cierto es que me divirtió aparecer de su brazo ante las otras chicas judías. Aunque los tiempos eran desoladores, al menos les daba un nuevo tema de cotilleo. Muchas estaban ya al tanto de que en realidad yo andaba con Ernst Wolff, que pertenecía a la mejor burguesía conservadora judía.

Pocos días después de aquella escena tuve una visita inesperada. El cantor Hecht estaba en la puerta y deseaba hablar conmigo. Me habían visto con un chino en la sinagoga, dijo. En nombre de la presidencia de la comunidad, quería amonestar a una huérfana digna de lástima: eso no se hacía. Tuvimos una larga discusión en la que yo cité la Biblia y aduje el caso de Saúl. Cuando por fin se despidió, concedió: «Por lo demás, hace usted bien. Tengo tres hijas en edad de casarse. ¿No sabrá usted de un chino para ellas?».

El procedimiento para obtener la autorización de boda se prolongaba demasiado. Tratamos de acelerarlo yendo juntos a las autoridades competentes.

—Estoy esperando un niño de mi novio —declaré allí—. Nos urge.

—Entonces tiene que traer un certificado —dijeron—. ¿Desde cuándo está usted embarazada?

En eso intervino mi prometido chino:

—Desde anoche. Mi novia tiene *apetito* de pepinillo —dijo orgulloso. Toda la oficina se rió a carcajadas y de la vergüenza habría querido que me tragara la tierra. Pero Shu Ka Ling se despidió sin más con el saludo hitleriano.

Ernst Wolff, que estaba enterado de mi plan, quiso ayudarme. Fuimos juntos a ver a su primo, un ginecólogo judío en Wilmersdorf que, por supuesto, ya sólo podía llamarse «asistente de judíos». Me previno: se trataba de un hombre muy desagradable, un personaje cobarde que intentaba quedar bien con todos, y me aconsejó que los dejara hablar a ellos.

—Tienes que hacerme un favor —le expuso Ernst a su primo—, ahora, en estos tiempos terribles, nos ha sucedido algo: mi novia se ha quedado encinta. Sólo puede salvarnos un aborto.

—Oye, te haría cualquier favor, ¡pero un aborto, no! —rehusó el otro—: ¡Me llevas al patíbulo!

Estuvieron discutiendo un rato y al final Ernst pareció ceder: entendía que era pedir demasiado…

—¡Danos al menos un certificado para que mis padres acepten nuestra relación y podamos casarnos!

Y así fue como aquel ginecólogo me expidió un documento según el cual supuestamente estaba embarazada de tres meses. No sirvió de nada: de todos modos, no obtuve la autorización de boda del alcalde.

Así pues, mi relación con Shu Ka Ling se fue extinguiendo poco a poco. Cuando se disolvió el grupo con el que compartía piso, le conseguí una habitación en la Blumenstraße con una tal señora Ury, que vivía con un primo de mi padre. Al cabo de unos meses oí que mi prometido chino había iniciado una relación con la hija del portero de ese edificio.

Lo normal en aquellos tiempos era alcanzar la mayoría de edad a los veintiún años. Pero yo no quería esperar al 4 de abril de 1943: quería ser emancipada antes. Moritz Jacoby, mi tutor, estaba de acuerdo y presentó la solicitud. En la comparecencia ante el tribunal tutelar me permití una broma: «Lo reclamo porque, si no, va a ser muy complicado mantener la correspondencia con mi tutor de un campo de concentración a otro». Aquello incomodó mucho al juez. Se puso rojo como un tomate y quiso terminar la conversación cuanto antes: «Se autoriza de inmediato», sentenció con

brusquedad. Y así se deshizo de mí.

2

A principios de junio de 1942 me encontré con Wally Nossek por la calle. Era una empleada del hogar muy ingenua que, alternativamente, había trabajado en nuestra casa y en la de Grete. Antes solíamos coincidir con ella los días de fiesta en la Sinagoga Vieja, donde siempre se sentaba en uno de los sitios más humildes, en la segunda galería de mujeres. Al terminar el servicio religioso, se nos acercaba en el patio, nos daba la mano a cada uno y decía: «¡Los señores me habrán rezao tó lo bueno!».

Nossek me contó que había recibido ya la orden de deportación y que, según lo previsto, la habían recogido con su mochila y su hatillo, pero que, una vez en la estación, le había dado tal ataque de diarrea —lo describió con todo lujo de detalles embarazosos— que tuvo que ir al baño. Cuando por fin volvió a salir, «ya es mala suerte», el tren «se había marchao».

Fue a exponerle la situación a un empleado de ferrocarriles. Éste salió corriendo tras los dos agentes de la Gestapo que estaban a punto de irse del andén y los trajo de vuelta.

«Y los señores de la Gestapo fueron tan majos…», siguió contando. Fueron tan majos que la llevaron de regreso a su alojamiento y quitaron el precinto de su habitación. Y ahora estaba a la espera de ser debidamente deportada una semana más tarde.

Yo justo iba a ver a mi amiga Irene Scherhey y a su madre, y les conté esta historia, que me había dado mucho que pensar. «Los borrachos, los niños pequeños y los simples tienen un ángel de la guarda» fue el comentario de Selma Scherhey. Esta apreciación me inspiró una extraña idea que poco después me sería de utilidad: sólo hay que hacerse pasar por tonto y acude en tu ayuda un ángel de la guarda.

Un segundo incidente me influyó en aquellos días. A través de una clienta de la lavandería, la señora Koch había trabado contacto

con una adivina. Esta mujer ejercía una vez a la semana en Grünau, pese a que por entonces esas cosas estaban estrictamente prohibidas. Pero Hannchen Koch tenía debilidad por el misticismo y la magia, y quería a toda costa que fuéramos las dos a verla.

Supongo que aquella señora Klemmstein, que en teoría no sabía nada de mí, debía de sospechar el especial peligro que corría. Lo cierto es que me dijo: «Con usted no tiene sentido hacer teatro. No necesito cartas ni bola de cristal. Nos vamos a sentar aquí tranquilamente y vamos a cerrar los ojos. O bien logro contactar con usted y tengo una visión… o no. Si no es el caso, se lo digo con sinceridad y la señora Koch recupera su dinero. Y, si lo consigo, le cuento lo que he visto».

Después de un rato sentadas juntas en silencio, dijo: «Veo. Y veo a dos personas con un Schein». Creí que estaba loca, ya que pensé en una aureola, pero se refería a un impreso en papel, en concreto a una orden de detención[17]. «Esos hombres, o uno de esos dos hombres, le exigirán que los acompañe. Se lo aviso ya: si va con ellos, su muerte será segura. Si no lo hace —aun cuando salte usted desde un campanario para escapar—, saldrá ilesa y vivirá. Cuando llegué el momento oirá mi voz».

Poco tiempo después realmente apareció un hombre con la orden de detención. Sólo que no me encontraba en ningún campanario, sino en mi habitación. Eran las seis de la mañana del 22 de junio de 1942. En la Alemania de entonces no se trataba del lechero; no había nadie que no tuviera miedo cuando a las seis de la mañana alguien llamaba a su puerta.

El hombre iba de civil. Le abrió la señora Jacobsohn y él pidió hablar conmigo. Yo aún estaba dormida, pero me desperté con un susto terrible cuando apareció junto a mi cama. En un tono tranquilo y amable, me dijo: «Vístase y prepárese para salir. Queremos interrogarla. No durará mucho: en un par de horas estará de vuelta». Eran las frases que usaban siempre para evitar que la persona se pusiera a dar gritos convulsivos o se tragara una cápsula de veneno o hiciera cualquier otra cosa que hubiese supuesto un inconveniente para la Gestapo.

En aquel momento, volví a oír con claridad la voz de la adivina en mi cuarto. Y automáticamente en mi cabeza se activó la consigna: ¡no voy, soy una lerda!

Hice como si creyera al hombre, puse cara de idiota y pregunté:

—Pero eso del *interrotatorio*, eso pué durar toa una hora, ¿no?

—Sí —me explicó—, puede durar un ratito.

—Pues que no tengo *ná pa* comer. Mi vecina, la que vive aquí abajo en el sótano, *tié* siempre *suedáneo* de café o café al fuego. Y me *pué* dar *tambié* un cachito pan. ¿*Pueir* por él? Así, en combinación… Bueno, a las seis de la *mañá* no va verme *naide*, y… así pué estar seguro que no me le escapo.

Así salí. Lo único que me llevé, discretamente, fue mi bolso con el monedero y una botella vacía. Sabía que siempre venían de dos en dos a por alguien. Y, si el segundo hombre estaba esperándome abajo, reventaría o la botella o su cráneo. No iba a ir con ellos sin defenderme.

Cuando salía del piso vi a la señora Jacobsohn ponerse pálida, llevar al hombre a la cocina entre cumplidos y decirle: «Pero pase, pase, siéntese; si la de abajo le hace un bocadillo tardará un rato». Lo guió a una silla y delante colocó la mesa de la cocina, dejándolo casi encerrado.

En el portal esperaba el segundo hombre. Cambio espontáneo de papel. Sin darle más vueltas, simulé ser una jovenzuela ordinaria: «¡*Joer*, buena la he *armao*!», exclamé. «Pues no se me ocurre *limpiá* la manilla antes de ir *pal* trabajo y el enano, *tié* dos años y medio, el renacuajo, va y me cierra la puerta. ¡Y ahora me tengo que ir así en *combinació* a casa la suegra a *po* otra llave, y me sale un tío en el portal *pa* tiarme los tejos! ¡Pues buena la *armao*! ¡Si es que no *pué* fiarse una de los hombres!». En esa línea. Él se murió de risa, me dio una palmada en el culo y se mostró encantado.

«*Bue, bue*», continué, «ahora no me ve *naide*. En cinco minutos vuelvo».

Me hizo falta una gran disciplina para caminar despacio hasta la siguiente esquina. Allí eché a correr. Abordé al primero que vi, un obrero mayor, y le conté en muy pocas palabras lo que pasaba. «¡Ven al portal!», me urgió él. «Te presto mi cazadora. Eres bajita; yo, alto. Te llega hasta las rodillas. Luego nos vamos los dos a ver a conocidos tuyos y que te dejen otra ropa». Parecía alegrarse de verdad de la ocasión: «Y, si llego tarde al trabajo», añadió, «¡merecerá la pena! Al fin puedo hacer algo contra esos bastardos».

Con un trozo de cordón me recogió el pelo y luego me llevó al piso de la familia Wolff. Ernst vivía entonces con sus padres, una tía y su hermana menor, la historiadora del arte Thea Wolff, en la Neue Königstraße. Su padre tenía ya más de ochenta años, por lo que Ernst era de hecho el cabeza de familia. Las mujeres de su casa estaban indignadas por que hubiese iniciado una relación con una chica mucho más joven: él, que se ocupaba de todo y lo decidía todo. No podían soportarme.

Pero esa vez me ayudaron sin pensárselo. Thea Wolff me regaló un vestido de verano con el que pude volver a salir a la calle. Excepto eso, no me quedaba casi nada: en el monedero tenía un par de peniques y el carné de identidad judío. La botella vacía de Selters la conservé de momento.

Más adelante, de forma indirecta, volví a tener contacto con los Jacobsohn y supe que mi casera había retenido al agente de la Gestapo dándole conversación durante una hora y llegó hasta el disparate de enseñarle fotos familiares. Me rindo ante la grandeza de la señora Jacobsohn, una mujer humilde y sencilla llegada a Berlín desde provincias. Sin duda ya estaba segura de que ni ella, ni su marido ni sus hijos podrían escapar. Pero, incluso sabiéndolo, se lo jugó todo y estuvo dispuesta a asumir que los mataran a todos antes de tiempo para procurarme una ventaja frente a mis perseguidores.

También averigüé cómo terminó la cosa. Al cabo de más de una hora, subió el segundo hombre desde el portal y preguntó a su colega: «¡¿Os queda mucho?!».

Cuando los dos comprendieron lo que había pasado, se desató un diluvio de improperios. Cada uno le echaba la culpa al otro, hasta que la señora Jacobsohn ofreció la siguiente escapatoria: «Caballeros, puedo confirmar con mucho gusto que han estado esperando una hora en vano. Mi subarrendataria es una persona disoluta que a menudo no vuelve a casa por la noche, de modo que, simplemente, hoy no han podido cumplir con su misión».

Pero se tenían tanto miedo que no fueron capaces de ponerse de acuerdo para contar la misma versión de los hechos y cometieron la estupidez de decir la verdad. La Gestapo convocó a la señora Jacobsohn y la confrontaron con los dos hombres, que tenían la cara hinchada por los golpes.

—¿Reconoce a estos señores? —le preguntaron.

—Están muy cambiados —respondió ella.

Uno de los dos dijo: «Si hubiéramos sabido que una chavalita así sería un hueso duro de roer, habríamos rodeado de policías la manzana entera».

Aquel día, la señora Jacobsohn regresó a su casa sin problemas. Algún tiempo después, en marzo de 1943, toda su familia fue deportada y asesinada.

3

Aún era muy temprano y no sabía adonde ir, así que me fui a casa de mi mejor amiga, Irene Scherhey. Solía compartir todas mis ideas y sentimientos, mis planes y opiniones con ella. Irene era lo que se llamaba «judía de facto» y vivía con su madre, Selma, en la Prenzlauer Allee. Su padre, judío, ya había fallecido. Su madre no era judía y vivía en continuo temor por ella.

Me recibieron con gran cordialidad, pero tenía claro que no podía quedarme allí mucho tiempo: era posible que la Gestapo me buscara en casas de amigos. Selma Scherhey me dio un pañuelo y una muda de camisa, y luego nos despedimos las tres muy conmovidas: «¡Nos reencontraremos tras la liberación!».

Entretanto, ya había pensado dónde no se les ocurriría buscarme de momento: en la boca del lobo. Me refugiaría en un cuartel de policía, con Emil Koch, que trabajaba como bombero profesional[18]. Su estación quedaba en un suburbio oriental de Berlín.

Pasé muchas horas allí, sentada en una larga mesa balanceando las piernas. Continuamente pasaban bomberos a mi lado para los que la visita de una mujer en aquel espacio suponía una distracción infrecuente y bienvenida. Bromeaban conmigo y yo les correspondía con un comentario fresco y divertido. Estaba de muy buen humor. «La primera etapa decisiva ya la he cumplido», pensé. «Aquí no me buscará la Gestapo». Me sentía más tranquila que en los espantosos meses anteriores.

De algún modo, Emil logró avisar también a Hannchen. Me susurró que fuera a su casa en Kaulsdorf a última hora de la tarde.

Sabía que podía contar con el matrimonio. La señora Koch decía una y otra vez en vida de mi padre: «Esta casita os sigue perteneciendo. Nuestra casa es también vuestra casa». Pero estaba claro que tampoco me convenía quedarme mucho tiempo en

Kaulsdorf. Allí había vecinos que eran nazis fanáticos, tan abyectos que todo el entorno temblaba ante ellos. Aquella gente en ningún caso debía enterarse de mi presencia. Esperé hasta que fuera estuvo completamente oscuro para llegar a la casa, lo que resultó bastante tarde en el día casi más largo del año.

Cuando por fin estaba a punto de irme a la cama, le pregunté a Hannchen Koch:

—¿Serías tan amable de prestarme un camisón?

—¿Oh, la señorita necesita lencería? —preguntó ella mordaz. Ahí tuve claro que había cometido un error.

La señora Koch sacó un camisón ricamente bordado con vainica en el escote. Se lo regalaron por su confirmación y nunca se lo había puesto. «¡Una pieza muy delicada!», recalcó. Ella dormía siempre en ropa interior.

Aprendí la lección: debía ir con cuidado y adaptarme cuanto antes a las costumbres de las personas que me acogían. Dependía de su ayuda y no podía permitirme disgustar a nadie.

Al día siguiente emprendí ya el camino de regreso a la ciudad. Una de mis primeras visitas fue a la Rosenthaler Straße 44. Me daba mucho miedo volver a entrar en aquella casa, que tan familiar me había sido desde la niñez. Suena un poco infantil, pero temía que aquella casa que conocía tan bien me reconociera igualmente y me pusiera en peligro.

Quería ver a Hilde Hauschild, que durante muchos años fue novia del tío Arthur. Nunca se casó con ella porque no era judía y por entonces resultaba socialmente inaceptable. Pero le ayudó con la reforma para ampliar una buhardilla en el edificio trasero. Me invitaron muchas veces a aquel piso hermoso y decorado con mucho gusto.

Ambos se habían conocido en el mercado, donde Arthur regentaba un puesto de artículos de broma. Allí podía comprarse, por ejemplo, la imitación en metal de una gran mancha de tinta para ponerla encima de un documento y tomarle el pelo a alguien. O cajas de cerillas que empezaban a zumbar y a saltar cuando alguien las tocaba.

Arthur coqueteaba con Hilde Hauschild, que por entonces ayudaba en los puestos del mercado, elogiando su pelo. Su tez encarnada era más bien fea, su nariz distaba de ser regular y su

dentadura se había echado a perder.
Pero tenía un pelo fabuloso que destrozaba un peine casi a diario porque era ingobernable. Arthur se presentó a ella diciéndole: «Señorita, yo le regalaré un peine que nunca le fallará».

Para mi tía Grete no fue fácil llevar una casa estrictamente *kosher* para su hermano por un lado y por otro aceptar aquella relación nada ortodoxa. No soportaba a la Hauschild. Las dos mujeres debieron de cruzar terribles improperios. Grete insultaba a la amiga de su hermano por toda la escalera y ésta le replicaba a gritos: «¡Mejor prepárele a su hermano un puchero decente para que no se nos muera de hambre!».

Mi relación con Hilde Hauschild fue siempre impecable, también tras la muerte de Arthur. Iba a visitarla; ella me daba comida a escondidas y me recibía siempre con toda naturalidad como a una pariente cercana. Así pues, subí a su buhardilla con el corazón palpitante y muy ilusionada. Estaba convencida de que me ayudaría. Quizá podría enviarme con su familia a la costa báltica.

Al llegar a su puerta vi un letrero con un nombre desconocido. Llamé, pero no había nadie. Lo intenté también con los vecinos. Por fin una mujer me abrió y me dijo: «¿Busca a la señorita Hauschild? Se casó de golpe y porrazo en Rostock, con todo un señor además, un ingeniero». No, no había dejado dirección. Me marché de allí muy triste.
Pasé un par de noches en casa de Tati Kupke, la hermana de mi tía política Mia Lindemann. Tenían un padre estupendo: el abuelo Lindemann era carpintero, veterano comunista y vivía en Pankow. En 1933 le dijo a Mia: «Sé que amas las comodidades de la vida y las has tenido gracias a tu marido. Has compartido con él los buenos tiempos. Si te atrevieras a abandonarlos a él y a vuestros hijos porque ahora que mandan los nazis ya no conviene estar casada con un judío, te pondré sobre mis rodillas y te dejaré el culo como un tomate. En nuestra familia eso no se hace».

Lo cierto es que Mia siguió con el tío Herbert y poco antes de estallar la Segunda Guerra Mundial pudo huir a Inglaterra con él, Kurt-Leo y Hannele.

Tampoco su hermana Tati albergó nunca simpatía alguna por los nazis. Su marido Willi fue comunista activo hasta 1933 y se había mantenido fiel a sus convicciones. En su pequeño piso en Pankow

había un cubículo con un diván, y allí me pusieron enseguida sábanas limpias.

Ya en mi primera noche allí, Willi vino a mi cama. Aquel hombre flaco con la cara arrugada y un camisón demasiado corto masculló un par de obscenidades repugnantes. Cabe imaginarse el resto. No podía armar un escándalo ni rechazarlo, así que le dejé hacer. Pero estoy segura de que Tati se dio cuenta de todo.

Para mí aquello fue tan incómodo que ya no fui capaz de mirarla a los ojos.

La noche siguiente Willi se apareció de nuevo, como un fantasma. Había más razones por las que me era imposible seguir allí. En aquel edificio de apartamentos de paredes delgadas vivía un montón de nazis y, en las festividades políticas, ondeaba un mar de esvásticas: tarde o temprano habría llamado la atención.

Después me ayudó otra persona: Ernst Schindler, viejo amigo de mi padre, a quien habían obligado a jubilarse por ser judío. Vivía en lo que se llamaba un «matrimonio mixto» con una mujer aria en la Gaudystraße, en el norte de Berlín. En los meses previos, había quedado un par de veces con él y con el doctor Max Bäcker, catedrático de secundaria. Habíamos empezado a aprender sueco juntos, pues Bäcker, un pedagogo apasionado que desde la Primera Guerra Mundial iba en silla de ruedas, sostenía: «¿Queremos seguir diciéndonos que la guerra es una catástrofe y los nazis unos criminales? Valiente pérdida de tiempo: tenemos mejores cosas que hacer». Por desgracia, no llegamos más que a la tercera lección.

Schindler, que vivía en un piso muy pequeño, me alojó con una amiga llamada Lotte en la Karlstraße[19]. A primera vista, al menos, aquella mujer respondía al cliché de una intelectual *par excellence*: andaría por mitad de los cuarenta, llevaba el pelo negro con un corte masculino y unas gruesas gafas de concha. Lotte era de clase trabajadora, se formó en la Universidad Popular y hasta 1933 fue secretaria del SPD[20]. «Jamás en la vida seré nazi», me dijo desde el principio, «pero tampoco quiero tener ya nada que ver con el SPD. Le ruego que no me pregunte más». Apenas hablaba conmigo; enseguida caí en la cuenta de que quería que la dejara en paz y le pedí algo para leer.

Vivía sola en dos habitaciones comunicadas de un piso noble de estilo burgués. Por desgracia, el baño quedaba en el descansillo de

la escalera, lo que suponía un gran problema para mí, pues durante el día no debía abandonar la vivienda.

Lotte salía temprano y no regresaba hasta la tarde. Yo tenía dos opciones: bien salir con ella de casa y pasar el día recorriendo la ciudad, bien quedarme dentro y guardar un silencio absoluto.

Así pues, Lotte me pidió que me procurara un cazo para hacer en él mis aguas mayores. Sólo podría vaciarlo cuando ella regresara. En sí mismo eso ya era asqueroso, pero la cosa fue aún peor, pues no había forma de hacerse con un cazo. Por suerte, cada pocos días me veía en Köpenick con la señora Koch, quien me llevaba con regularidad piernas de carnero que conseguía sin cupones en un matadero y que cocinaba para mí. Me entregaba esa comida en un cazo de metal con tapa. Y yo tenía que usarlo también como orinal.

Enseguida se me hizo insoportable. Me daban arcadas, mi aversión a comer en el mismo cazo de las heces era tan fuerte que me sentía mal sólo de verlo. Para colmo estaba obligada a comerme el carnero frío con una salsa horrible. Aun así, por supuesto, tenía que darle las gracias efusivamente a la señora Koch por los platos que me reservaba. Una vez me trajo también colinabo en aquel cazo de metal. Fui incapaz de probarlo.

Un domingo, Lotte me llevó con ella de excursión. Quedamos con un joven matrimonio amigo en la estación de Bernau. Disfruté del encuentro: como los dos eran bastante leídos, charlamos muy animados y nos fuimos por las ramas. En un momento dado mencioné la *Crítica de la razón pura*, de Kant. Mi hospedadora me llevó aparte y me dijo: «Aún tiene mucho que aprender. Los Augustin no son ni nazis ni antinazis: son gente maja, nada más. Debería vigilar su lengua». En otras palabras: no debía llamar la atención con comentarios sobre Kant.

Al cabo de unos catorce días, Schindler me consiguió el siguiente alojamiento. Esta vez con su antigua asistenta. Hacía ya tiempo que él no podía permitirse tener servicio doméstico, pues su mujer y él vivían del minúsculo sueldo que seguía ganando ella en alguna oficina.

Ida Kahnke vivía muy cerca de él, en la Schönhauser Allee. Schindler sabía que era antinazi. Aquella anciana desdentada parecía una bruja: se le habían caído todos los dientes y tenía una nariz prominente. Además, estaba muy flaca; seca pero no delgada

como un hilo, sino plana como una chinche.

Ahora trabajaba como limpiadora de retretes en una oficina pública, de modo que le venía bien cada penique adicional. Sonrió satisfecha cuando Schindler, que no tenía dinero, le ofreció diez marcos por acogerme dos semanas. Pero dejó claro que lo habría hecho también gratis. «De joven fui comunista; sin embargo, con los años una se hace religiosa[21]», solía decir. Pertenecía a los Testigos de Jehová, que entonces estaban prohibidos.

Ida Kahnke vivía en la parte trasera de un piso en su día grande y señorial. En realidad, tenía una única habitación, la antigua cocina, embaldosada y terriblemente inhóspita. Se la alquilaba a un joven muy amable. Lamentablemente era tartamudo y mojaba la cama, y como secaba las sábanas empapadas en su habitación, toda la vivienda apestaba. Por lo demás, sólo había un pequeño cuarto de servicio transformado en cocina. Ésta, a su vez, tenía un tabique para el retrete. La anciana dormía en una suerte de alcoba en un rincón al fondo del vestíbulo, y no me quedaba más remedio que compartir con ella una gran cama vieja de madera.

Toda su biblioteca consistía en un par de folletos desgarrados que profetizaban el fin del mundo y cabían en el cajón de la mesa de la cocina. Durante todo el día no tenía otra cosa que hacer que sentarme en una tambaleante silla de mimbre y hojear aquellos cuadernillos. Como el papel estaba asqueroso, utilizaba agujas de coser para pasar las páginas.

No podía moverme: en la planta de abajo vivía un inválido que me habría oído enseguida. Así las cosas, me pasaba el tiempo ociosa y esperaba a la señora Kahnke mordisqueando el trozo de pan que me dejaba.

Por si fuera poco, justo en aquellos días salió de la cárcel Hugo, el hermano de Ida. Había cumplido una condena larga por el asesinato de su mujer o su novia. Kahnke le tenía pánico: que pudiera llegar completamente borracho, que quisiera «guita» y cosas así. Justo eso fue lo que ocurrió. Habría deseado hacerme invisible, aunque la verdad es que él no me hizo ningún caso y al cabo de media hora ya se había marchado: nada más salir del presidio, había pescado a una mujerzuela.

Un fin de semana se celebró un cumpleaños en casa de la señora Kahnke. Yo me quedé callada en una esquina, pero me pareció

interesantísimo. Había un par de hombres, amigos de Hugo, criminales de profesión. Y un par de amigas de Ida, devotas beatas miembros de la misma secta. «Denominador común», anoté para mí: «Relegados de la sociedad, vidas marginales». Pusieron unas cancioncillas antiquísimas en un viejo gramófono y las bailaron contoneándose al estilo del cambio de siglo. Fue tan grotesco que yo me pellizcaba el brazo preguntándome: «¿Es real o estoy soñando?».

Sin embargo, también empecé a plantearme la cuestión social: estaba descubriendo ambientes que antes ni me habría imaginado. Y comprendí que aquel piso horrible era algo de lo más normal, que no poca gente vivía como Ida Kahnke.

Un día estaba sentada, como siempre, en mi silla de mimbre cuando de pronto se abrió la puerta y oí unos pasos masculinos que se acercaban. Un ladrón, pensé primero, y me asusté. Pero resultó que el hombre era un búlgaro que vivía en la misma casa. Tenía una llave porque le había prometido a la señora Kahnke reformar la cocina. Ahora estaba de baja y venía con un cubo de pintura para darle una sorpresa.

También él se asustó al verme. Pero en un alemán macarrónico dijo enseguida: «Los ladrones no son mujeres tan majas como tú». Era muy galante, y pronto una cosa llevó a la otra. Cuando Ida Kahnke volvió a casa por la tarde le anunciamos que estábamos comprometidos. Dimitr Petrov Chakalov —así se llamaba— me llevaría con él a su casa de Bulgaria. Sólo había que encontrar un modo de hacerme llegar hasta allí.

Yo estaba enamorada, mucho incluso. Aquel hombre era encantador: el reluciente tupé negro, los ojos oscuros, los dientes blanquísimos. A menudo cantaba canciones populares búlgaras, un poco sentimentales, pero con una voz muy bella. Deseaba irme con él. Naturalmente, no le dije a nadie que albergaba en secreto el plan de cruzar la frontera a Turquía desde Bulgaria y seguir a pie desde allí hasta Palestina.

Al cabo de dos semanas, la señora Kahnke me remitió a otra limpiadora de retretes, una tal señora Schulz, que vivía en la Lychener Straße. Otra vez Schindler pagó diez marcos por mí, a pesar de que estaba sin blanca. Y de nuevo me despacharon a un sillón de mimbre casi idéntico.

La señora Schulz trabajaba todo el día, una vez a la semana sacaba un montón de literatura ligera de una biblioteca, leía una y otra vez lo mismo y me pasaba algún que otro libro. Apenas hablaba conmigo. En la planta de abajo vivía una tal señora Lauer, su antigua cuñada y entretanto enemiga mortal. Era de vital importancia que no reparara en que me alojaba en la vivienda. Aquél era el mayor problema.

Pero la señora Schulz tenía experiencia en la vida. Un día me dijo: «Bueno, ya veo lo que le pasa. *Tié usté una criatura* en camino».

Era cierto, y no cabía ignorarlo por más tiempo. Llevaba semanas con náuseas. Ya no soportaba todas aquellas cosas asquerosas de comer, como las piernas de carnero que me daba la señora Koch. También sabía de quién estaba embarazada. Con el chino hacía tiempo que no había nada y al búlgaro lo había conocido muy recientemente. Sólo podía tratarse de Ernst Wolff.

El único que podía ayudarme era el doctor Benno Heller. Había oído hablar mucho de ese ginecólogo judío. Todas las mujeres a las que había tratado hablaban maravillas de él. Y yo también me lo había cruzado una vez que fui a ver a Toni Kirschstein después de una operación en el Hospital Judío.

Benno Heller la había visitado en la clínica. Precisamente se disponía a salir cuando entré en la habitación. Con un cuidado exagerado, se puso un caro sombrero de terciopelo mientras inspeccionaba su imagen en el espejo de encima del lavabo. Luego volvió a quitárselo. Era evidente que sólo quería darse aires con aquella costosa prenda. Y yo pensé: ¡menudo petimetre vanidoso!

Heller estaba casado con una mujer no judía, matrimonio que por el momento lo protegía de la deportación. Ejercía como «asistente de judíos» en la Braunauer Straße [22], en Neukölln.

Y allí me fui. El aborto estaba prohibido. No era pertinente preguntarle por ello sin haberme ganado antes su confianza, de modo que le hablé de nuestro encuentro junto a la cama del hospital de Toni Kirschstein, aunque él no lo recordaba en absoluto. Dijo: «Nadie se inventaría algo así», pero siguió receloso: yo bien podría ser una soplona. Se rumoreaba que antes de 1933 ya había estado en la cárcel por un aborto ilegal. Era judío y políticamente de izquierdas. Su situación era precaria. Sin embargo, también

quería ayudar.

Finalmente me preguntó por el *shemá*, la plegaria sagrada judía.

—*Shemá Israel, IHVH Eloeinu, IHVH Ejad*: escucha Israel, Adonai es nuestro Señor, Adonai es Uno —recité yo.

—Eso no lo sabe ningún extraño —sentenció Heller. Me explicó que me daría un remedio para provocar un malparto, pero que tendría que superarlo sola. Después no era necesario un raspado—. Sentirás las contracciones y al rato saldrá todo. Lo tiras, y asunto resuelto. —Me tuteaba, como a todas sus pacientes.

Emprendí la larga marcha de vuelta a la Lychener Straße. Cuando, al cabo de un par de horas, empezaron las contracciones, la señora Schulz me dio la llave de una caseta de unos conocidos en el Nordend y me describió exactamente cómo llegar.

Fui sola a la colonia de casitas con huerto. Entré en la parcela, cerré la verja, encontré un cubo viejo y me senté en él. Después de todo lo que había pasado, sólo me faltaba eso… Al menos, fue bastante rápido.

No me di cuenta de que había alguien más en la huerta: un señor mayor que se había encerrado en su caseta porque estaba solo. Tras el susto inicial, fue amabilísimo conmigo: cuando se percató de lo que ocurría, me preguntó si me podía ayudar. Luego me trajo algo de beber. Le pedí papel de periódico para envolver el contenido del cubo y sacarlo de allí. Lo llevé donde Heller y le pregunté:

—¿Y ahora qué hago con esto?

—¡¿Estás loca?! ¿Cómo se te ocurre traérmelo aquí? —preguntó espantado—. Deshazte de eso donde no lo encuentre nadie.

Me ayudó la señora Koch. Le entregué el paquete y lo enterró bajo un ciruelo.

No tuve escrúpulos morales: quería vivir y no me quedaba otra. Pero sí estaba triste. A todas luces habría sido un niño, el único descendiente que habría tenido nunca la familia Wolff.

Por lo demás, no se me ocurrió ofrecerle dinero a Benno Heller. Él tampoco lo pidió. Volvió a examinarme someramente y constató: «Todo en orden: tú sigue tu camino, es lo que te hará bien».

Mitko —diminutivo de Dimitr— supo de este asunto repulsivo y no vio nada malo en ello. Él seguía dispuesto a tomarse unas largas vacaciones para ir conmigo a su país. Y yo seguía del todo

entusiasmada con la idea y hasta convencí a la señora Koch de que me comprara un manual de búlgaro para estudiarlo sola. Lo aprendí a marchas forzadas.
Pronto retomé también mis paseos por Berlín. Si no me quedaba el día entero en la silla de mimbre, salía del piso a las seis o las siete de la mañana con mi casera y caminaba. Algo tenía que hacer. Regresaba a última hora de la tarde con los pies destrozados. Por aquel entonces solía decirme: si tu tierra es el lugar que puedes recorrer, entonces Berlín era mi tierra.

Antes de irme a Bulgaria quise despedirme de algunas personas que seguramente nunca volvería a ver. Una era Leo Davidsohn, primo de mi madre. Él y su familia a menudo habían acudido a celebrar el Séder a casa de la tía Grete, aunque por lo demás nunca habíamos tenido mucho contacto. De mi infancia recordaba a un hombre bajo y regordete que hacía chistes banales.

Por lo visto, de joven Leo había sido un tipo de lo más resuelto, de esos que llevaban el sombrero ladeado. En algún momento, sin embargo, debieron de acabarse sus garbosas aventuras. Se comprometió con la fea Gertrud Cohn, hija de un banquero privado riquísimo. Poco antes de la boda, el padre de ella quebró debido a prácticas fraudulentas y se pegó un tiro en la cabeza. Gertrud quiso devolverle de inmediato el anillo a Leo, pero él se negó. «Para mí una persona es una persona, y tú has sufrido una desgracia», debió de decirle. «Soy judío, y no empujo a nadie al abismo». Se casaron, y él tuvo a su lado a una mujer que ya no era rica pero sí extraordinariamente sagaz. Se volcó en fundar con él una vida en común y un comercio al por mayor de terciopelo con el que hicieron fortuna.

Entretanto, Leo se había quedado viudo. Su hija vivía en París y él con sus dos hermanas de la Prusia Oriental, que le llevaban la casa. Fui por primera vez a aquel piso gigantesco y señorial en la Lietzenburger Straße.

Una sirvienta me rogó que lo esperara en el impresionante vestíbulo. Lo examiné todo en detalle: a derecha e izquierda había pequeñas salas separadas por cortinas de terciopelo. Detrás se ocultaba el ropero. Empecé a medir con mis pasos aquel espacio maravillosamente acogedor. Si sobrevivo, me propuse, me construiré una gran mansión con un vestíbulo idéntico a éste.

Entonces apareció el tío Leo.

—¿Vas sin estrella? —fue lo primero que me preguntó, sin saludar siquiera. Estaba visiblemente indignado.

—Sí, quiero intentar sobrevivir. He venido a despedirme. Luego iré a ver también a Recha Frankenstein —repliqué. Recha había sido la prima favorita de mi madre y, además, su más íntima amiga.

—Puedes ahorrártelo. Se la llevaron la semana pasada —dijo desabrido. Le temblaban los quevedos en la nariz. Estaba furioso conmigo por presentarme ante él sin estrella—. Molestas —prosiguió con brusquedad—. No tenemos tiempo. Mis hermanas están ocupadas con los preparativos para el transporte, que esperamos en breve.

—Perdón, no pretendía quitaros mucho tiempo. Sólo quería deciros adiós.

—¿Cómo se te ocurre no presentarte cuando te convocan?

—Quiero sobrevivir.

—Pero si te pillan… ¿sabes lo que van a hacer contigo?

—¿Qué?

—Te deportarán de inmediato al este.

—Justo eso es lo que trato de evitar.

En ese momento entendió el bucle falaz en el que estaba atrapado. Algo apaciguado por la evidencia, dijo:

—Celebraré mi setenta cumpleaños en algún lugar de Polonia. —Siguió una larga pausa durante la que buscó palabras—: No, «celebrar» no es exacto. Cumpliré mis setenta años allí. —Luego citó el *Pirkei Avot*, el *Tratado de los padres*—: No te aísles de la comunidad.

Un sermón moral era lo último que yo necesitaba.

—Saluda a las dos tías, y que te vaya lo mejor posible —dije—. Adiós.

Me alegré de salir de allí.

Y en eso me asaltó una idea como un perro callejero. El tío Leo era muy rico: no podía llevarse a la tumba su fortuna; sin embargo, a mí me vendrían muy bien cien marcos. Claro que era demasiado orgullosa para pedir dinero.

Mientras bajaba las escaleras, arriba se abrió de nuevo la puerta del piso. Leo, que en el vestíbulo apenas había susurrado, me llamó en voz alta y bien audible:

—¡Ey! Aún tengo que decirte algo, vuelve. —Subí otra vez rápidamente los escasos peldaños—. Puede que estés tomando el buen camino —comenzó cuando me tuvo ante él—: Si sobrevives y vuelves a ver a mi hija Hilde, salúdala por favor de mi parte. Ha de saber que le dedicaré mi último pensamiento. Moriré con el *shemá* en los labios y pensando en ella.

Y cerró definitivamente de un portazo.

Muy distinta fue la acogida cuando fui a visitar a la doctora Helene Gutherz, que vivía con su marido David, un jurista austríaco, en la Augsburger Straße. Cuando les conté que había escapado de mi detención, ambos estallaron en júbilo. «Marie, prepara té, pero del decente, el que guardamos para las ocasiones especiales. ¡Ha ocurrido algo grandioso y feliz!», gritó Helene Gutherz a la cocina. Ni ella ni su marido cabían en sí de la alegría. Al final decidieron regalarme un cuadro que había pintado un amigo suyo: caballos verdes pastando. A mí no me pareció muy bueno. «No tengo hogar, ¿qué voy a hacer con él?», objeté. Entonces quisieron dejarme los muebles de su comedor. Era grotesco. «Los compramos por encima de nuestras posibilidades, no teníamos mucho dinero», dijo Helene Gutherz. Su marido abrió la puerta del aparador y le dio unos golpecitos: «¡Escuche qué madera tan sólida y buena!». Admiré la excelente calidad, pero me costó muchísimo hacerles entender que no me servían para nada. ¿Dónde los iba a meter?

Nos despedimos entre fuertes abrazos, buenos deseos y bendiciones. No noté odio alguno, envidia ni agresividad alguna en ellos, pero me sentí aliviada cuando estuve fuera. Aquella lucha para evitar que me regalaran un comedor había sido absurda.

Después aún quedaban muchas horas que matar y me senté a descansar en una marquesina del tranvía. Allí una idea me estremeció: algo había terminado. Aquéllas habían sido mis últimas visitas a parientes o amigos judíos. En adelante seguiría un camino muy distinto.

Mi último encuentro con Ernst Wolff, en agosto de 1942, fue horrible. También su familia tenía preparadas «las listas». En ellas había que registrar todo cuanto se poseía pocos días antes de la deportación prevista. Yo no soportaba ya aquella expresión: todos tenían preparadas «las listas». Tampoco podía soportar ya ni el miedo al crimen inminente ni la extraña atmósfera frenética e

industriosa que generaba en las personas afectadas.

Ernst tenía querencia por lo militar. Me contó que en su casa había hecho retirar la gigantesca mesa de comedor en la que normalmente se celebraba el Séder. Allí prepararon las mochilas para sus padres, su tía y su hermana Thea. Y allí hacía ejercitarse a sus parientes mayores: «¡Mochila arriba!», «¡Mochila abajo!»…, y cosas así. Utilizó una palabra atroz al contármelo: habló del «viaje» que les esperaba a todos ellos. «Viaje», lo llamaba.

En aquel último encuentro estuvimos muy tensos. Presa de un miedo cerval, recorrí con él la Memhardstraße y la Münzstraße: él llevaba la estrella judía, y yo, por supuesto, no. Sentí una angustia espantosa.

«Habrá que esperar a ver quién de nosotros ha tomado el mejor camino, quién se dirige hacia la vida y quién no», me dijo. Renuncié a exponer una vez más mis argumentos. Él, sin embargo, no tuvo inconveniente en repetirme un par de preceptos morales levantando el índice: que yo era de una buena casa judía y no debía olvidar de dónde venía. Estaba harta: no quería seguir escuchando todo aquello.

Íbamos de camino a casa de su primo Herbert Koebner, antiguo director de una clínica dental que en aquellos tiempos se había especializado en falsificar documentos. Ernst Wolff quería presentarnos.

En el piso de Koebner en la Kaiser-Friedrich-Straße nos deseamos lo mejor y nos dijimos adiós. Así de banal fue nuestra despedida. ¿Acaso podría haber sido de otro modo?

4

Mi tía Sylvia Asarch había vivido en la finca de Boldera, cerca de Riga, y por eso tenía un pasaporte soviético que, de momento, la protegía de la deportación. En el verano de 1942, era el único miembro de la familia de mi madre con el que aún tenía contacto. Todos los demás habían huido de Alemania, habían sido deportados o ya habían muerto.

Nos veíamos para tomar el té a menudo. En una de aquellas citas, le hablé a Sylvia de Mitko y de mis planes de marcharme con él.

«¿Cómo?», preguntó ella horrorizada. «¿Un obrero no cualificado? ¡Lo que necesitas es un caballero rico para vivir de acuerdo con tu estatus!».

Aquello era ridículo, por supuesto. Sylvia había tenido que pasar por el escándalo familiar que había provocado su propia elección de pareja, que, además de no ser judío, era obrero. Otto Starke era, de hecho, una persona de lo más decente. Mucho después de que se separaran, hasta muy avanzada la guerra, siguió enviándole paquetes con regularidad.

En 1917, Sylvia había huido de la Revolución rusa sin sus hijos. Llegó a Berlín con una caja de sombreros con varios modelos parisinos muy caros como único equipaje. De ahí en adelante, en nuestra familia se la consideró una madre sin escrúpulos, que había sacrificado a sus hijos para salvar sus sombreros. No me había contado lo que había ocurrido en realidad hasta aquellos últimos tiempos: los bolcheviques irrumpieron por la parte delantera de su finca y, en el último momento, ella salió por detrás disfrazada de campesina. «Si me identifico como terrateniente», conjeturó, «nos matarán a todos. Nos tacharán de kulaks y nos fusilarán». Pero, si dejaba allí a sus hijos, los soviets les perdonarían la vida y los llevarían a un orfanato. Allí les darían de comer, los educarían en el

comunismo y luego tendrían que abrirse camino solos. Su gran secreto era que todavía conservaba una foto de sus cuatro hijos adolescentes: Tassja, Bruno, Ruth y Fila. Un día me la enseñó.

Sylvia era más bien bajita y rolliza, y tenía un trasero enorme. Se consideraba a sí misma muy bella y distinguida. Sus andares pregonaban: clase, clase, clase. En su rostro destacaba una gran nariz de gruesos poros. Le encantaba maquillarse de manera llamativa: siempre se pintaba los labios de un rojo cereza chillón y se cubría el rostro con unos polvos que le daban un ligero brillo lila.

Su gran afán de notoriedad no casaba en absoluto con el hecho de que, durante muchos años, sólo el apoyo de la familia le había permitido sobrevivir en Berlín. Una vez que la tía Mia se hizo un traje de sastre caro y lo lució ante nosotras, se granjeó nuestra admiración, salvo la de Sylvia, que comentó: «Sí, sí, está bien confeccionado, pero el primer sastre de San Petersburgo trabajaba mejor».

En una ocasión, se compró una tela de seda que se había usado para decorar el escaparate de una tienda de muebles. Hizo teñir de lila oscuro aquel tejido, del todo descolorido pero caro, para hacerse con él un conjunto muy extravagante, un vestido con chaqueta, capa y chal. La gente se daba la vuelta por la calle para mirarla de lo llamativo que era su atuendo.

Sylvia vivió con nosotros un par de semanas en la Prenzlauer Straße. Para ayudar en algo, hubo de hacer un pastel. Mi madre le dio un molde circular y le enumeró los ingredientes: medio kilo de harina, unos cien gramos de mantequilla y cuatro huevos. «¡¿Cómo?!», exclamó Sylvia. «¡¿Cuatro huevos?! ¡Por Dios, qué recetas más míseras y asquerosas!». En su casa, la masa para un pastel se preparaba con las yemas de treinta y seis huevos duros bien machacadas en un mortero.

Ante salidas como ésa, a mi madre le daban ataques de ira. «¡Nos vas a chupar la sangre a todos!», se sulfuraba. Entonces Sylvia se marchaba del piso dando un portazo, en pleno invierno y sin abrigo, y acabábamos preocupándonos. Al cabo de una hora, regresaba.

Ya en los comienzos del nazismo, Sylvia quiso dejar Alemania y se mudó con su hermano Max a Londres. Pero Bobby, la mujer de éste, debió de zaherirla, ofenderla y explotarla de tal modo que, al

cabo de algunos meses, regresó a Berlín. Por una feliz casualidad, recuperó incluso su antigua habitación amueblada en la casa de dos ancianas en Wilmersdorf.

Uno de los disparates de los años de guerra fue que Sylvia encontró al fin un trabajo con un salario decente. La contrató un hombre clasificado como «medio judío» llamado Hofer, que era platero y regentaba un taller de bisutería muy popular en aquella época. La gente le llevaba una vieja cuchara de plata o algo parecido, y él elaboraba con ella un colgante o un brazalete, pues no había nada que comprar.

En aquella empresa Sylvia se ocupaba de todas las labores de oficina. Su jefe vivía con una señora con la que no podía casarse porque era lo que se llamaba una «aria pura». Una vez que visité a Sylvia en el taller me presentó a aquella mujer o, mejor dicho, a la inversa. «Celebro poder presentarte a nuestra señorita Richold», me dijo. Elisabeth Richold habría podido ser mi madre. Era pechugona y muy atractiva. Puso cara rara, pero intentó que no se le notara.

Cuando estuvimos solas le pregunté a Sylvia:

—¿Cómo puedes hacer algo así? Me presentas a una persona mucho mayor como si fuera una criada.

—Ah —replicó Sylvia—. ¿Acaso tú eres cualquiera?

Era una de sus frases favoritas: «Tú no eres cualquiera».

Aquel verano de 1942 Sylvia concentró en mí todo el amor que no había podido darles a sus cuatro hijos. Fue mi intermediaria a la hora de hacer visitas que a mí ya me era imposible hacer. Por ejemplo, a Toni Kirschstein, para decirle que yo ahora vivía en la clandestinidad. Localizó también, en una calle sinuosa, una pequeña papelería polvorienta en la que aún vendían algo muy importante para mí: borrador de tinta[23]. Este liquido llevaba tiempo retirado del mercado y estaba estrictamente prohibido porque podía usarse para falsificar documentos, pero la vendedora no lo sabía y se alegró de librarse al fin del remanente.

Un día en que estábamos tomando el té, Sylvia se levantó y anunció: «Voy a contarte algo que te asombrará. No debes olvidarlo: lo perdí todo, tuve que pasar por aquella horrible fuga, no he vuelto a ver a mis hijos. Pero sé con certeza una cosa que resume mis experiencias: los bolcheviques tenían razón». Aquello me marcó para toda la vida.

Mi plan de ir a Bulgaria no dejaba descansar a Sylvia, aunque fuese a su peculiar manera: «Te hará falta un ajuar de categoría», sentenció. «No puedes presentarte allí sin vestido de noche. A ser posible, de seda verde guisante».

Para procurarme dicho ajuar quiso hacer un negocio a lo grande. Tenía un amigo que también era búlgaro, un tal señor Todorov, que vivía en el mismo edificio que ella y trabajaba en el ramo del tabaco. Andaría por los setenta, y no se me escapó que mi tía estaba enamorada de él. Ella rondaba ya los sesenta, pero seguía siendo de naturaleza erótica y apasionada.

Le entregó todo lo que tenía a aquel encantador señor Todorov. Los pequeños chanchullos —conseguir en alguna parte diez cigarrillos y revenderlos luego con un recargo de un par de peniques— no eran para Sylvia: ella pretendía dar un golpe maestro. Y resultó que aquel hombre la entregó a las fieras.

Me enteré porque Sylvia me había concertado una entrevista con aquel señor Todorov. Debíamos encontrarnos en un determinado banco del Tiergarten. Estaba convencida de que me sería de máxima utilidad hablar con un búlgaro culto y acomodado sobre las condiciones de vida en su país.

Él llevaría en la mano un distintivo concreto, pero no hizo falta. Lo reconocí de lejos. Tenía justo el aspecto con el que me lo había imaginado a partir de la descripción de Sylvia. Me aguardaba un caballero muy atractivo, vestido íntegramente de gris claro, con pelo cano y de lo más cuidado. A todas luces era un delincuente. «Pobre Sylvia», pensé, «se ha dejado engañar por un estafador matrimonial».

Desde lejos también vi cómo fruncía las comisuras de los labios: yo no le servía de nada. Mi aspecto era mísero e iba vestida con andrajos.

Cruzamos un par de fórmulas de cortesía y luego afirmó con un fuerte acento eslavo:

—Asarch está cerrada.

¿Cerrada? Me quedé mirándolo como una boba y dije:

—¿Perdón?

—Está encerrada —explicó él.

Al parecer, un par de días después de que ella le diera todo su dinero, él la denunció para quitársela de encima. Que lo

acompañara a casa, dijo, que me daría un trozo de pan. Yo estaba como aturdida y lo seguí a la Schaperstraße. Me hizo esperar en el umbral de su cuarto. Frente a la puerta estaba su escritorio con el cajón abierto. Distinguí el anillo de Sylvia. Yo había admirado a menudo aquel anillo y me gustaba mucho: era tan grande que le cubría más de la falange inferior de su dedo corazón, y estaba elaborado con maestría: minúsculos pajaritos picoteaban fragmentos de piedras preciosas. Ya sólo por esa filigrana de orfebrería la joya era muy valiosa.

Así quedaron despejadas las últimas dudas: había vaciado incluso el piso de ella. Esbozando una sonrisa idiota, se volvió hacia mí y cerró el cajón con el trasero. Luego me dio un trozo de pan. Estaba tan duro que, con la ayuda de Ida Kahnke, tuve que labrarlo con escoplo y cincel, y aun así no logré partirlo. Y, pese a lo terrible de la situación, se nos saltaron las lágrimas de la risa.

El señor Todorov me dio también dos pares de leotardos con forro. Aquel grueso material nunca quedaba liso, sino que le salían arrugas, o como se decía popularmente: «hacía olas». Por muy pobre que fuera, yo no podía llevar semejantes tricotajes. Le regalé las medias a Ida Kahnke. «¡Ay, que siga habiendo de esto! ¡Leotardos con forro!», exclamó extasiada con su risa de anciana rezongante.

Lo primero que hice al día siguiente fue acudir al taller de platería en el que trabajaba Sylvia y le conté a Elisabeth Richold lo que había ocurrido.

—Pero ¿cómo ha podido Asarch meterse en algo así? —suspiró —. Una judía soviética no necesitaba hacer negocios con un estraperlista como ése.

Tras la detención de Sylvia, también habían registrado la empresa de arriba abajo.

—No lo ha hecho por ella —dije yo—, sino por mí.

A Elisabeth se le saltaron las lágrimas:

—Está muy bien que me lo diga. La Asarch es algo exaltada, pero eso hace que la miremos con otros ojos. No habría creído que fuera tan buena persona.

Nunca volví a ver a la tía Sylvia. Muchos años después de la guerra estuve por casualidad en una tertulia en la que se habló de aquel taller de platería Hofer. Una de las participantes dijo:

—E imaginaos, trabajaba allí una judía soviética, una tal Sylvia, una persona que estaba admirablemente protegida. En su codicia y en su estupidez, se metió en chanchullos y la pillaron.

Aunque no me identifiqué, sí pregunté:

—Y aquella señora, ¿sobrevivió?

—No. No se sabe con exactitud, pero dicen que la fusilaron.

5

Reinaba una extraña atmósfera en el andén de Zagreb. Caminaba inquieta de un lado a otro a la espera de que continuáramos. Frente a la estación, un muro de nubes terriblemente amenazador teñía todo de lila oscuro. Ahora bien, si me daba la vuelta, veía un cielo de verano azul radiante.

De pronto estalló un tremendo aguacero. A los pocos instantes surgió frente a los nubarrones un doble arcoíris que refulgía con un colorido que nunca había visto. Me inundó una profunda gratitud y recé para mí: «Te doy las gracias por esta señal. En la Biblia el arcoíris es el símbolo de la Alianza. No estás rompiendo la alianza conmigo: eso significa que viviré».

¿Alcanzaría mi objetivo? ¿Lograría escapar y alcanzar la libertad atravesando Bulgaria y Turquía? Me lo pregunté a menudo en el curso de aquellos días. Me hallaba en estado de máxima tensión. El tren se detenía continuamente en plena vía, lo que hacía que perdiéramos una y otra vez los frecuentes trasbordos. Entretanto, estábamos en Croacia, y me sentía muy incómoda en aquel país anexionado por los nazis[24]. Había oído que la Ustacha era aún más inhumana que las SS. Aunque habría preferido no bajar del tren en absoluto en la capital croata, me vino bien estirar un poco las piernas. Una niña pequeña, quizá de seis años, bailaba a nuestro alrededor extendiendo sus flacos brazos mendicantes. Subimos de nuevo al tren, que a los pocos minutos se puso en marcha en dirección a Sofía.

Nos encontrábamos a mediados de septiembre de 1942 y había destinado mis últimas semanas en Berlín a procurarme los papeles para el viaje. Primero mediante el contacto con Herbert Koebner, que elaboraba y conseguía los documentos necesarios para huir de Alemania. Conocía un poco a su hijo Heinz: era director del coro de la Sinagoga Vieja. A través de la celosía tras la que cantaban, a

menudo había visto su rostro quebrado por la retícula. Estaba prometido con una diseñadora gráfica guapísima que vivía también con los Koebner. Sus rizos rubios no acababan de casar bien con su tez y sus ojos marrones. Había pasado ya a la clandestinidad, supuestamente se llamaba señorita Henze y llevaba a cabo con gran rigor la parte práctico-técnica de las falsificaciones.

Ernst Wolff me había hecho creer que su primo necesitaba a una persona muy inteligente y fiable para poner a prueba sus falsificaciones, y que por eso no me cobraría dinero. Yo me sentí sumamente halagada y lo creí. Sólo mucho después supe la verdad sobre aquel trato.

Primero tuve que conseguir unos papeles que Koebner pudiera modificar. Hannchen Koch se ofreció enseguida para conseguir algo adecuado. La cooperativa de lavandería en cuya oficina trabajaba tenía muchísima afluencia, así que robó el carné de una clienta de un abrigo que colgaba en el pasillo.

Por azar, aquella mujer se apellidaba Abraham, de soltera Hirsch. Sin duda podría acreditar un árbol genealógico ario puro, pero sus dos apellidos sonaban acusadamente judíos. La señora Koch entendió enseguida que un carné que cualquiera hallaría sospechoso me serviría de poco. «Esto es una ordalía», sentenció. «No te llamarás Hirsch, ni Abraham, ni Schulze: te daré mis papeles. Y, si un día me veo en el aprieto de tener que enseñar el carné, en ese momento descubriré que lo he perdido». Se procuró lo que se denominaba un «carné postal», unos papeles de reemplazo para los que sólo hacía falta que el cartero acreditara su identidad [25].

Sustraer aquel carné le había supuesto un conflicto horrible. Más aún le costó tener que pasarse por la persona que lo había encontrado y devolvérselo a la entusiasmada propietaria. Dijo haberse topado con el documento en una pila de carbón en el patio de la lavandería, y le dio una vergüenza horrible aceptar una generosa suma como recompensa.

Pero con los papeles de la señora Koch tuve un nuevo problema: ella había nacido en 1905 y era, por tanto, diecisiete años mayor que yo. Para colmo, yo ni siquiera aparentaba la edad que tenía, veinte. Me echaban más bien diecisiete y me preguntaban si todavía iba a la escuela. Lo único que Koebner pudo hacer para atenuar en algo esta divergencia fue convertir el cero del año 1905 en un uno.

Según eso, yo tenía veintisiete años, lo que seguía siendo bastante inverosímil.

Gracias al borrador de tinta, Koebner modificó el documento bastante bien. Reemplazó la foto de Hannchen Koch por una mía. Y la señorita Henze, con un pincel fino, repintó la parte del sello que quedaba sobre la foto, incluyendo el águila y la esvástica. Se conservaron los demás datos: desde ese momento pasé a llamarme Johanna Elisabeth Koch, de soltera Guthmann. Tampoco me hizo mucha gracia este apellido de soltera. Hay muchos más Guthmann judíos que no judíos, pero no podía elegir.

Ya tenía un carné, pero seguía sin pasaporte, sin visado y sin billete, y todo ello era muy difícil de conseguir en plena guerra. A Herbert Koebner se le ocurrió una solución insólita: me convirtió en una mujer que regentaba una cantina en alquiler y que viajaba sola. No necesitaría billete de la Wehrmacht. Tampoco lo habría obtenido. Pero de algún modo quedaba relacionada con la Wehrmacht y esperaba que no me controlasen con tanto celo.

El documento que se inventó para mí era una orden de desplazamiento, supuestamente expedida por un Mando Aéreo en Varsovia. Por suerte eso quedaba muy lejos. Con un papel de Berlín habría sido mucho más fácil controlar si todo estaba en regla. El hijo de una vecina de los Koebner, un joven más o menos de mi edad, estaba destinado al Mando Aéreo en Varsovia y había robado allí el formulario en blanco. Su madre era miembro convencida de la resistencia y más adelante me salvaría la vida de nuevo.

Habría sido más sencillo viajar por Polonia, ya que esa ruta tan sólo atravesaba territorio ocupado por los nazis y para eso no habría necesitado visado. A pesar de ello, me negué: me daba pánico. ¿Pasar en pleno día junto a un campo de concentración, justo donde estaban matando a mi gente? Esta imagen me atormentaba como una pesadilla.

Así las cosas, Koebner se dejó convencer para trazarme una ruta alternativa por Viena y Zagreb. Y yo había acudido con el corazón palpitante a la embajada croata, que ocupaba una mansión con parqué reluciente en el elegante barrio de Grunewald, para solicitar un visado de tránsito.

No me hicieron esperar mucho para mostrarle al funcionario de la embajada mi orden de desplazamiento, elaborada por Koebner,

pero al momento el hombre vio claro que algo no cuadraba. Primero pareció escéptico, luego reflexionó unos instantes y al final se rió a carcajadas: «¡Por supuesto que lo hacemos!», exclamó con entusiasmo. Yo trataba de dominar mi miedo cuando me di cuenta de que él tenía más miedo de mí que yo de él.

No sé lo que pensó de mí en realidad. Lo cierto es que, durante aquel trámite administrativo, los dos estuvimos riéndonos de manera falsa y sin naturalidad, como en una estúpida comedia. «Siendo nuestros Estados tan amigos», no hacía sino repetir él, «hay que ponerle un sello». Croacia tenía como escudo una suerte de tablero de ajedrez. El sello era de lo más imponente.

Después por poco se fue todo al traste al comprar el billete. El funcionario de la ventanilla, un tipo antipático y revirado, sospechó:

—¿Lleva usted una orden de desplazamiento? ¿Por qué no tiene un billete de la Wehrmacht? —bufó—: Aquí hay algo que no cuadra; ¡debo hacer que la detengan!

—Tengo mucha prisa —repliqué con la mayor calma posible—. Pero, si no puede expedirme así el billete, no me quedará otra que esperar a la semana próxima y obtener antes el pasaporte y el visado. Heil Hitler! —Y me largué de allí. Por suerte a él le era imposible abandonar su ventanilla y correr tras de mí.

Fui a otra estación y allí me expidieron el billete a Sofía sin inconveniente alguno: lo mismo que si hubiera sacado un billete de tranvía de la Schönhauser Allee a Pankow. Al funcionario de la ventanilla le daba igual lo que yo hiciera. El importe del billete lo pagó el jefe de la señora Koch, el señor Birkholz, que había sido cliente de mi padre. Me dio incluso cien marcos para el viaje. Me escondí ese dinero de reserva en la suela del zapato y ni siquiera le hablé de ello a Mitko.

El viaje a Sofía duró en total tres días y tres noches. Por supuesto viajamos en la clase más barata, en bancos de madera, y terminó siendo agotador. Pero no iba sola. Iba con Mitko, y acabábamos de enamorarnos. No me cabía duda de que estábamos hechos el uno para el otro, entre otras cosas por la simetría de nuestras fechas de nacimiento: yo había nacido el 4.4.1922; y él, el 5.5.1911.

En Viena hicimos una breve parada. Las primeras impresiones de esta ciudad me decepcionaron. Esperaba algo fabuloso, me había

imaginado espléndidas cafeterías y confiterías, pero el entorno de la estación por el que anduvimos era tan gris y triste como cualquier suburbio de Berlín. Tomamos una taza de sucedáneo de café en una confitería barata y luego continuamos.

Cuando por fin llegamos a Sofía, lo primero que hizo Mitko fue buscarnos un hotel. Tuvo que pagar mucho en aquel apeadero sórdido para que no revisaran mis papeles. Claro que aún le quedaba dinero: había estado dos años en Alemania en calidad de trabajador extranjero, voluntario, como admitía a regañadientes. Con lo que había ganado pretendía comprarse un terreno en Bulgaria, construirse una casita y casarse. Sin embargo, ahora estaba gastando todos sus ahorros en mí.

Una de nuestras primeras noches se produjo una redada en aquel antro. Todos los huéspedes tuvieron que identificarse. A mí me endilgaron una multa por vagabundeo que Mitko pagó allí mismo. Los policías aceptaron sin miramientos su oferta de añadir un extra para que no quedara constancia del caso.

Sofía me pareció bastante desvaída. La ciudad no me causó una impresión especial. Una de nuestras primeras visitas fue a una prima de Mitko que regentaba junto a su marido una peluquería. Vivían en un gran edificio de estilo mediterráneo con largos pasillos y muchos inquilinos. Sin entender gran cosa, vi que Mitko apelaba a los dos muy alterado, describía mi situación y planteaba la cuestión de cómo legalizar mi estancia en Bulgaria. Quería casarse conmigo, eso estaba claro.

A todas luces, a su prima y a su marido les exasperó el embrollo en que había vuelto a meterse su pariente; pero, como querían ayudar, nos explicaron que en su vecindad vivía un poeta que era el líder de la resistencia comunista. Es probable que esto último fuera un tanto exagerado.

El señor mayor al que pedimos consejo se llamaba Hristo Hristov. Tenía un aspecto pobre y decaído, le faltaban dientes e iba vestido con andrajos. También con él hubo una conversación acalorada. Después nos hizo mostrarle y traducirle mis papeles. «Es un milagro y un regalo de Dios que haya llegado hasta aquí con esta birria», sentenció: «Estos papeles son inservibles. No hay cantinas de la Wehrmacht. Entierre estos documentos en el fondo de su bolso y no se los enseñe a nadie».

Hristov nos dio un consejo: Sofía era un terreno demasiado peligroso para nosotros; era mejor que fuéramos a Tarnovo, donde vivía otra prima de Mitko.

Nuestro viaje por Bulgaria fue para mí una aventura maravillosa, mi primer encuentro con el mundo exótico y sureño de los Balcanes. Íbamos sin prisa, visitando todo lo posible y alojándonos en hoteles aquí y allá. Me fascinaron el clima, la fauna, la flora, la gastronomía y el modo en que se reunía la gente para comer. Era feliz con cada palabra búlgara y con cada giro que pillaba. No me preocupaba mucho, confiaba en Mitko, que era de allí. Mi plan de llegar a Turquía quedó relegado.

Era época de vendimia y nos alimentábamos casi en exclusiva de uvas. Las comía por kilos, y me reconstituyó del todo. Después de la terrible intervención a la que acababa de someterme, de porquerías como las patas de carnero en el cazo de las heces y otros horrores, me recuperé muy rápido y cobré nuevas fuerzas.

En Tarnovo, la antigua ciudad imperial de Bulgaria, pintorescamente encaramada a una alta roca, asistimos a la imposición, por exigencia alemana, de la estrella judía. Mejor dicho: asistimos al intento de imponer la estrella judía. Fue un espectáculo único e irrepetible que mostró a una nación entera en resistencia. Presencié diversas escenas callejeras que me impresionaron mucho.

Una vez iban por la calle tres o cuatro chicas judías con la estrella amarilla en su uniforme del colegio. En torno a ellas, sus amigas no judías formaban un cordón de protección. Con las cabezas orgullosamente erguidas, esas jóvenes miraban desafiantes a la cara a cada transeúnte, también a mí, como diciendo: «Si osas meterte con nuestras amigas, te mataremos».

En otra ocasión vi que un policía detuvo bruscamente a una cría judía de diez u once años que caminaba sola. Asió por el cogote a la niña, que se puso lívida, le arrancó el distintivo de la estrella, lo arrojó al suelo y lo pisoteó con ambos pies diciendo —hasta yo lo entendí—: «¡No en nuestro país, los búlgaros no somos criminales!».

A los pocos días ése fue el lema que todos repetían: «¡Los búlgaros no somos criminales!». Un hombre viejísimo con un cayado y un abrigo de piel de oveja nos preguntó: «¿Dónde puedo manifestarme para que no deporten a nuestros conciudadanos?». Todos los antiguos partidos políticos protestaron; el Colegio de

Abogados, el Colegio de Dentistas y la Iglesia protestaron: fue formidable. Sólo yo, por desgracia, no pude manifestarme contra la estrella judía, y eso me dolió mucho. Estaba de forma ilegal en el país y no podía llamar la atención, por mucho que hubiera deseado hacerlo.

La prima de Mitko en Tarnovo era una persona muy realista y, al cabo de un par de días, nos preguntó qué pensábamos hacer, pues no podíamos quedarnos eternamente en su casa. Indagó un poco sobre cómo legalizar mi estancia y dio con un abogado que por dinero se ocupaba de todo tipo de asuntos turbios. Mitko fue enseguida a verlo.

El hombre ya nos había visto por la calle. «¿Está aquí con esa encantadora mujer de Alemania?», le preguntó a mi novio: «¡Podría venirme bien como institutriz de mi hijito! Así no le cuestan nada los papeles. ¿Nos entendemos?». Y guiñó un ojo con una mueca ordinaria. En su candor y su decencia, a Mitko le indignó esa pretensión: «Qué vergüenza, renunciamos a sus servicios», protestó con brusquedad, y luego se levantó y se fue. «¡Como quiera!», gritó el abogado a sus espaldas. «Ya sufrirá las consecuencias».

Fue él quien me denunció: debió de decirle a la policía que había entrado ilegalmente en Bulgaria y que era sospechosa de espiar para Rusia. A la mañana siguiente, nos despertaron dos funcionarios búlgaros que nos esperaban junto a la cama. Fue como caer desde las nubes. Me arrancaron de un sueño intenso y delicioso lleno de prados en flor.

Los uniformados fueron muy tranquilos y razonables: «Sin duda no les costaría huir», dijeron, «pero entonces lo pagaríamos nosotros. Somos padres de familia. Hágannos el favor: vayan a Sofía y preséntense voluntariamente a las autoridades, de lo contrario nos castigarán». Nos miramos. Enseguida quedó claro que nosotros no queríamos causarle la ruina a nadie.

La primera estancia en la cárcel de mi vida la pasé en un sórdido hotel de Sofía. No me permitían salir de mi habitación y tenía vigilancia policial. Abajo, frente a mi ventana, se plantaba mi novio anegado en lágrimas haciéndome señas. Nos comunicábamos mediante papelitos que nos pasaba una señora de la limpieza a cambio de una pequeña propina.

Mitko volvió a acudir a Hristo Hristov. El anciano debió de

echar pestes por tener que ocuparse de un asunto como el mío, pero averiguó que en Sofía había un responsable del envío de trabajadores búlgaros a Alemania. Hans Goll pasaba por una persona decente y resuelto enemigo de la Gestapo. A través de intermediarios lograron concertarme una cita con él.

Un coche me recogió en el hotel, y Mitko, que estaba en la calle, pudo venir también. Era todo muy extraño, como en un cuento. Nos metieron en una gran sala de espera y pronto nos hicieron pasar al despacho de Goll.

Desde el principio habló conmigo en un tono muy agradable. Estaba preparado para mi visita, pero yo no sabía cuánto sabía él de mí. Se quedó examinando un rato en silencio los documentos que le presenté.

—¿Se puede imaginar que alguien que nunca ha hecho nada malo a otra persona, que nunca ha vulnerado las leyes, ni mucho menos cometido un delito mayor, corra un peligro así? —le pregunté abiertamente.

—La he entendido —replicó él—, y trato de ayudar.

Mitko se encontraba también en el despacho. En un transporte de trabajadores a Alemania había ejercido un poco de intérprete y justo en aquel momento tan inoportuno se le ocurrió reclamar dinero por sus servicios. Apenas podía hacerse entender, lo que dejaba claro la escasa utilidad de su trabajo. Para colmo se remangó tan tranquilo el pantalón, se bajó el calcetín y se rascó con gran ímpetu la espinilla. Habría querido que me tragara la tierra.

Hans Goll, un rubicundo con el sistema vasomotor muy sensible, se puso rojo al verlo y gritó: «¡Fuera!». Cuando Mitko hubo salido del despacho, me dijo más tranquilo: «Le prohíbo esta relación, es indigna de usted. Pero se merece ayuda». Se dirigía a mí como si fuera una pariente cercana.

Luego habló por teléfono con alguien mientras yo seguía allí: «Bueno, no tiene papeles en regla, una estúpida historia de amor, pero tenemos que ayudarla, ya sabe, Viktor Koch, la hijita», le oí decir. Yo no tenía ni idea de quién era ese tal Koch [26]. «La juventud actual hace las peores tonterías por amor», prosiguió. Luego tapó el auricular y me susurró una palabra que debió de ser *Gauleiter*.

Cuando colgó, señalé temerosa:

—Soy Koch de casada, al menos según mis papeles… ¿y ahora va a apellidarse Koch mi padre?

—Por Dios, qué ingenua —dijo él—, no hay que poner a prueba sus papeles. El truco es presentarse de antemano de modo que nadie se los pida.

Me mandó salir y me senté junto a mi desdichado novio. Fue muy extraño, pero en aquel momento sentí por primera vez que Goll llevaba razón. Mi relación con Mitko no tenía futuro: era un amor cautivador, alegre y primaveral, pero flor de un día. Ahora terminaba de florecer, y pronto quedarían apenas unos cuantos pétalos secos.

Al cabo de un buen rato, Goll me hizo pasar de nuevo. «Vuelva a su hotel», decretó. «Ya es usted libre. Puede salir a pasear cuando quiera. Mañana o pasado mañana la recojo en un coche. Recibirá bajo palabra un pasaporte alemán auténtico que supera cualquier control. Eso sí, el documento contendrá la anotación VÁLIDO SÓLO PARA REGRESAR A ALEMANIA».

Me explicó también cómo discurriría el viaje de regreso: iría en barco por el Danubio, desde Lom vía Budapest hasta Viena. Él averiguaría a tiempo si en Alemania existía una orden de arresto contra mí. En tal caso me enviaría al barco un telegrama con un aviso banal. «Si recibe un telegrama, ponga lo que ponga, desembarque en Budapest. Coja un cesto de la compra, permanezca cerca de la cocina y baje con la tripulación a tierra». Me entregó un sobre cerrado: «Ábralo sólo si ha de bajarse y vaya a la dirección que contiene; allí la ayudarán. Si no recibe telegrama alguno, quédese en el barco y queme el sobre. Deme su palabra de honor de que lo hará».

Se lo prometí y juré solemnemente que era del todo fiable. Uno o dos días más tarde me llevó a la embajada alemana en Sofía. Otra vez hube de esperar mientras él desaparecía en las salas del fondo. Regresó y dijo muy alto: «Conozco a su familia desde hace muchos años y he podido avalar que es usted Johanna Koch. Ponga en regla sus papeles de boda y vuelva aquí por vía legal. Los costes de su regreso los asume mi oficina. Suerte y adiós». Ni siquiera tuve ocasión de agradecérselo debidamente.

Una joven muy simpática me entregó mi pasaporte y me deseó suerte con mucho entusiasmo. Ella estaba casada con un búlgaro,

me contó, que era una persona maravillosa. Esperaba que yo también lograra casarme con mi prometido búlgaro. Al hablar me acariciaba con intensidad ambos brazos.
Mitko me acompañó hasta Lom. Allí volvimos a alojarnos en un hotel y a alimentarnos de exquisitas uvas. Y Mitko volvió a ser mi amado: aquel hombre esbelto con los colores de los cuentos de hadas —blanco como la nieve, rojo como la sangre, negro como el ébano— y el arrebatador encanto de su voz. Con todo, no dejaba de ver lo distintos que éramos. Solía cantar un éxito alemán que en Berlín sonaba en la radio una y otra vez, una horterada espantosa: «Déjame tu boquete, María, de noche en Santa Lucia». Cuando lo corregí —«¡“Boquete” no, Mitko, “boquita”!»—, resultó que había entendido la letra mal: creyó que trataba del orificio de María. Y me quedó definitivamente claro: aunque había sido un amor cautivador, era bueno que se acabara.

Al cabo de un par de días en Lom, mi novio me pidió que entendiera que le resultaba imposible quedarse más tiempo. Llevaba ya semanas en Bulgaria y ni siquiera había ido a visitar a sus padres. Aunque quería volver a su pueblo, me dejó el resto de su dinero. La despedida fue pródiga en lágrimas. Nos abrazamos, lloramos juntos y nos aferramos a la esperanza de un reencuentro. Pero nunca volvimos a vernos.

Lom era un poblacho de mala muerte. Si había allí monumentos o atracciones dignas de ver, no las descubrí. De todos modos, tras la despedida de Mitko, tampoco tenía a nadie para enseñármelo.

Aun así, intenté retrasar mi partida. Cada día que no pase en Berlín, pensé, es un día más a salvo, un día más cerca del final de la guerra. Me inventé todo tipo de razones por las que debía permanecer en Bulgaria. El hombre que organizaba los transportes desde Lom era alemán. Se sentaba a una mesita en la calle y hacía las listas de pasajeros. Le ofrecí enseñarle el certificado de un tratamiento médico aún no concluido. Afirmé estar esperando una citación judicial. Nada de ello sirvió.

—Está usted expulsada —declaró con rudeza—, lo pone en su pasaporte.

Antes de rendirme, hice un último intento:

—Pues tendré que viajar sin mi abrigo, porque me lo dejé en Tarnovo —le expliqué frustrada—; iban a enviármelo aquí en un

paquete.

Funcionó. El hombre empezó a sacudirse y simuló en broma que tiritaba de frío. Estábamos a mediados de octubre y Prusia debía de parecerle algo así como Siberia Oriental.

—¿A Prusia sin abrigo? —dijo—. No, imposible. Tiene permiso para quedarse diez días más.

Me borró de una lista y puso mi nombre en otra.

Gané algo de tiempo, pero no sabía qué hacer con él. Vagaba por el pueblo sin ocupación alguna. Vi a un gran grupo de griegos que parecían pobres y desastrados, y que seguramente iban a Alemania para trabajar.

Un día me abordó un oficial húngaro ya maduro. «¿Habla alemán? ¿Puedo invitarla a una copa de vino?». Aunque acepté, pronto me arrepentí, pues era asquerosamente arrogante. Durante cinco o seis tardes seguidas, bebimos vino juntos. «Justo después de Budapest comienza Asia», soltaba frases así una y otra vez. Era un antisemita tradicional, bien informado sobre la situación militar, y auguró:

—¿Sabe? Venceremos. Pero sé lo difícil que va a ser en realidad y temo una catástrofe.

Fui incapaz de contenerme. Le respondí tan alto que la gente de las otras mesas se giró para ver qué pasaba:

—Yo no temo ninguna catástrofe. No tengo la menor duda de que vencerá la causa justa.

Se me quedó mirando atónito:

—¿Qué quieres decir?

Nos tuteábamos, por supuesto, porque bebíamos vino juntos.

—¿Acaso dudas de cuál es la causa justa, hay que explicártelo? —repliqué desafiante.

Entonces dijo:

—Algo en ti se me hace raro. Tu nivel cultural y tus recursos financieros, tu estancia en el albergue más barato y este atuendo mísero son piezas que no encajan en absoluto.

Le conté un cuento chino sobre una enorme maleta que había perdido. Una vez más me percaté de que debía tener más cuidado. Aquel hombre habría podido resultarme peligroso. Por suerte, se marchó al día siguiente.

A finales de octubre salí de Lom en un barco en el que viajaban

muchos búlgaros que no sabían ni una palabra de alemán. Como entretanto se había corrido la voz de que hablaba algo de búlgaro, me pedían que tradujera. Se trataba sólo de darles instrucciones muy sencillas, como dónde tenían que ir una vez a bordo, pero yo estaba orgullosa de serles útil.

Una de las organizadoras le habló de mí al jefe del transporte y éste quiso conocerme. Se sentó conmigo en un banco de la cubierta; hacía un tiempo magnífico y el paisaje desfilaba ante nosotros. Él se aburría, quiso distraerse de algún modo conmigo y continuamente soltaba alegres risas. Luego me preguntó por qué me habían expulsado siendo alemana. Le conté la historia habitual: que quería casarme con un búlgaro, pero había salido a toda prisa de Alemania sin los papeles necesarios.

«¿Sería tan amable de mostrarme sus papeles?», preguntó, «Nunca he visto un pasaporte en el que un mero aval sirva para probar la identidad de una alemana». Me alarmé, por supuesto. Abrí el bolso y quise mostrarle primero mi carné, pero tenía en la mano el pasaporte. Me di cuenta tarde. ¿Volver a meter el pasaporte en el bolso y sacar el carné? Eso habría parecido sospechoso.

El hombre sacó una lupa y examinó en detalle mi pasaporte. Luego me lo devolvió: «Bueno, podemos relajarnos. El papel está en regla. Por mí ya puede poner en él: “Si mi tía tuviera ruedas, sería un autobús” o…», buscó otra frase igual de tonta, y yo apunté: «“hay feria en el cielo”».

«Lo importante es que los sellos sobre la foto sean auténticos», prosiguió. «Acabo de hacer un curso para detectar documentos falsos. Así fue como atrapamos a unos partisanos yugoslavos con papeles alemanes en apariencia impecables. Hablaban muy bien alemán y sólo fallaba un detalle en sus carnés: las esquinas de los sellos estaban falsificadas». Señaló la orilla con la mano: «Mire allí: en lo profundo de ese bosque colgamos a esos partisanos de ganchos de carnicero».

Quedé horrorizada y abatida, y me costó un gran esfuerzo que no se me notara. Sabía que, si le hubiera dado mi carné, habría reconocido enseguida la falsificación. Habría sido mi muerte segura.

Me contó de otros eslavos que tenían papeles falsos y hablaban alemán muy bien, pero no eran capaces de pronunciar la H. De inmediato pensé en mi abuela rusa, que llamaba a su hijo

«Guerbert» y a su yerno «Guermann». Y entonces cometí un extraño desliz: durante un par de horas yo misma fui incapaz de pronunciar la H. Tuve que eludir o parafrasear toda palabra en la que hubiera una H, por ejemplo, *Himmel* [cielo]. Fue la absurda consecuencia del miedo cerval que, una vez más, había pasado.

Me alegró mucho dejar atrás Budapest. La silueta de la ciudad, que pasa por ser muy bella, no me gustó nada: Budapest me recordó al repugnante oficial con el que bebí vino en Lom. Además, hasta que alcanzamos la capital húngara, temí el telegrama de Goll. Me había asegurado que sabría en qué fechas viajaba y rogado que en ningún caso contactara yo con él.

Pasé la última parte del viaje en cubierta, con un tiempo agradable y charlando con los trabajadores que iban a Viena, como yo. Uno de ellos tenía un cenicero de cobre. Bajo algún pretexto lo tomé prestado un momento. Fui al váter, quemé la carta sin abrir de Goll y sentí cierto orgullo íntimo: no estaba tan envilecida moralmente como para romper mi palabra por curiosidad. Me deshice de las cenizas y le devolví al hombre su cenicero.

Por la tarde llegamos a Viena. El barco se vació, y en el muelle se formó una larga fila. Una vez pasado el primer control de pasaportes, le pregunté al jefe del transporte, que iba a mi lado en la cola:

—¿Puedo irme ya?

—No —dijo él—, todos han de pasar por la Gestapo en la Morzinplatz. Usted también, por ese pasaporte extraño. Siga en la fila con los demás.

Era un trecho largo, y la hilera de figuras cansadas y cargadas de equipaje avanzaba despacio. Al pasar junto a una estación, de pronto tuve una idea: entré en la sala de ventanillas para la venta de billetes, dejé mi maleta en la consigna y retomé mi lugar en la fila. Así me sentí más libre y ligera.

En la Morzinplatz nos alojaron en una enorme nave con catres y jergones. La noche fue horrible: no pegué ojo del miedo que me daba lo que podía pasar. A la mañana siguiente fueron llamándonos uno a uno al control de la Gestapo. Estaba agotada. Esperamos durante horas.

Cuando llegó mi turno, me forcé a entrar al despacho tan tranquila. «Espere aquí», me dijo alguien con fuerte acento vienés, y

me ofreció una silla. Tenía que aclarar por teléfono si mis datos personales y la dirección eran correctos. Salió y lo oí hablar tras la puerta cerrada: sin duda llamaba a la comisaría de policía responsable de la Nitzwalder Straße en Berlín.

A los pocos minutos regresó radiante:

—Todo en orden: número del carné, dirección, apellido de soltera y fecha de nacimiento.

Se me quitó un peso de encima. Nadie había reparado en el 1915 falsificado. Aquella obvia diferencia podría haber sido mi ruina.

—¿Puedo irme ya? —pregunté de lo más desenvuelta—. Tengo cosas que hacer en Viena y quiero seguir luego hasta Berlín.

—Aún no: debo rogarle que espere, todavía me queda hablar con la jefatura de policía de Berlín.

—Vaya, ¿y eso puede tardar?

—Ahora mismo estoy ocupado; me es imposible llamar de inmediato, conque puede alargarse un poco.

Le pregunté dónde estaba el baño. Mi cuerpo reaccionaba intensamente a la tensión, y de pronto sentí que no aguantaba más en aquel edificio. En el retrete me saqué de la suela el billete de cien marcos. Luego miré por la ventana. Pocos metros más abajo hacían guardia dos soldados alemanes. Se me ocurrió una idea en segundos.

—¡Oigan! ¡Salgan detrás de ellos, caballeros! ¡Esos balcánicos de mierda me han robado la maleta, por allí van! —les grité a los soldados.

—Imposible, estamos de guardia, no podemos alejarnos.

—Pero ¿qué me están diciendo?

—¡Una guardia es una guardia!

—Ayúdenme al menos a salir por la ventana. Tendré que perseguirlos yo sola —chillé furiosa.

Los dos jóvenes soldados me sacaron dócilmente por la ventana y salí corriendo tras los supuestos ladrones.

A partir de ahí fue muy rápido. En la siguiente esquina pregunté a alguien el camino a la estación. Muy poco después llegó el tranvía, me subí y a los pocos minutos había llegado. En la ventanilla de la consigna, recuperé sin problemas mi maleta. Luego fui a la taquilla, donde compré un billete. No había control de

pasaportes, pues Viena estaba en lo que se llamaba la Marca Oriental. Pregunté cuándo salía un tren para Berlín.

«No se preocupe», dijo el funcionario, «suba tranquila la escalera, tiene aún cinco minutos». Fue pura casualidad que hubiese una conexión con Berlín desde la estación Franzjoseph, y justo en ese instante.

Me tocó un compartimento con la grata compañía de jóvenes soldados austríacos. Cuando les pedí que me subieran la maleta al portaequipajes se murieron de risa con mi acento berlinés. Luego cortaron rebanadas de un fantástico pan rústico, las untaron de mantequilla, les pusieron queso y embutido, y me invitaron a comer. En aquel viaje, ciertamente, no pasé hambre.

Y así, el 6 de noviembre de 1942 por la mañana, regresé a la ciudad de la que había huido siete semanas antes: Berlín.

IV

Todo esto nos hace el enemigo.

EL PRIMER INVIERNO ESCONDIDA

1

A primera hora de la tarde llegamos todos a la vez al piso de los Koebner en la Kaiser-Wilhelm-Straße. Una vez más me chocó lo vanidoso que era Benno Heller y el extremo cuidado que ponía el ginecólogo en su indumentaria. Al quitarse la bufanda y los guantes, los dispuso de modo que todos vieran que eran de una tienda de deportes cara en el Kurfürstendamm.

Una vez sentados en torno a la gran mesa burguesa del comedor, la señora Koebner nos sirvió una infusión. Yo había convocado aquel encuentro al poco de regresar en noviembre de 1942 y le había pedido a Heller que asistiera. También él había recurrido al taller de falsificación de Koebner: pretendía huir de Alemania, lo que sólo era posible con papeles falsos. Yo quería prevenirlos de seguir utilizando aquellos formularios en blanco del Mando Aéreo en Varsovia. En vista de mi experiencia, parecían del todo inservibles.

Primero tomó la palabra Hannchen Koch. A mi regreso pasé la primera noche en su casa. Mientras su marido estaba cumpliendo su turno en el cuartel de policía, dormí profundamente casi veinticuatro horas en su cama de matrimonio. Hannchen había decidido no contárselo a Emil: «Quiero llevar a cabo esta salvación sola y hacer los sacrificios que sean necesarios», anunció, como siempre con un patetismo exagerado.

La señora Koch expuso, tímida y discreta, cuanto sabía sobre magia, mística, ocultismo e interpretación de los sueños. Reveló embrolladamente que trataba de influir en la situación política dañando el cuerpo astral de Hitler. Yo lo encontré lamentable, pero ninguno de los presentes torció el gesto. Al poco cogí su brazo por encima de la mesa y dije, si bien demasiado alto: «Hannchen, eso es fantástico».

En ese mismo momento se escuchó un timbre estridente. Nos

llevamos un susto terrible. ¿Quién estaba en la puerta?

Todo ocurrió rapidísimo: mientras la señora Koebner iba a abrir, su marido y su hijo cambiaron el comedor. Apartaron la mesa y las sillas, retiraron la alfombra y encendieron un gramófono. Ya tenía puesto un disco. Enseguida sonó la música: se escenificó un guateque. Heller le pidió un baile a la señora Koch con una elegante inclinación, mientras desde el aparato atronaba un viejo éxito de ritmo muy marcado: «Quiero ser el inquilino de la damita del bajo, tiene teléfono y baño y ella es tan encantadora…».

La música me activó: con los primeros compases, Fritz Koebner, uno de los hijos de la familia, me había sacado a la improvisada pista de baile. Su hermano mayor, Heinz, y su prometida no estaban. Vi que la señora Koch cerraba los ojos. Pese al miedo y a la tensión, se la veía del todo entregada a aquel baile con su doctor de ensueño, que era tal como cualquiera se imagina a una estrella de cine en el papel de un ginecólogo. En aquel instante, una suerte de gozo doliente se había adueñado de su rostro, como si estuviera en pleno orgasmo. Heller la guiaba diestro y disciplinado por el parqué, y Hannchen Koch doblaba la columna y meneaba su trasero medio metro a la derecha o a la izquierda a cada paso.

Fritz Koebner me llevó a una esquina de la sala, rozó levemente mi hombro y me susurró al oído: «Tenga cuidado». Lo miré expectante. Enmudeció unos segundos mientras Heller dirigía a nuestro lado a la señora Koch sacudiendo el culo. «Con mi padre», musitó entonces. Mi conciencia se negó a asimilar esa información: estaba, como quien dice, cerrada por saturación.

Todo eso se produjo en el curso de unos pocos compases. Luego se abrió la puerta y resonó la voz de la señora Koebner: «Falsa alarma. No era más que la señora Hansl, de abajo, que ha tenido el detalle de traernos medio kilo de azúcar». Se apagó enseguida el gramófono y se restituyó el orden. Me apenó un poco que cesara la música. Habría deseado seguir asistiendo al extravagante baile de la señora Koch.

Pero debía hablarles por fin de mi viaje. Y teníamos que deliberar sobre qué podía hacerse a continuación.

Una vez que hube terminado mi informe, alguien del grupo me preguntó adonde me gustaría ir después. «A Francia: me encantaría ver de una vez ese país», me oí decir para mi propia sorpresa. Pero

la realidad, y yo lo sabía, era bien distinta: necesitaba un escondite en Berlín y para ello dependía de los miembros de ese grupo. Con mis amigos y conocidos judíos no quería ya tener ningún contacto, ni con Irene Scherhey, ni con Ernst Schindler, ni con Max Bäcker. Ni siquiera debían saber que había regresado a Berlín.

La señora Koebner me había tratado con una gran cordialidad desde el principio; me gustó enseguida aquella mujer simpática y sensata. Su marido, en cambio, era correcto y educado conmigo, pero muy distante; creí notar incluso algo de rechazo. Explicó con cierta desgana que tenía que pensar una nueva estrategia. A Heller lo noté de pronto muy alterado. Se había gastado mucho dinero en sus formularios de Varsovia y ahora no sabía si podría utilizarlos.

Finalmente, a Fritz se le ocurrió una idea. Antes de 1933, los Koebner solían veranear junto al Wannsee en una casa que alquilaban a un señor mayor. Hasta su jubilación, éste había capitaneado transatlánticos por los océanos y luego se hizo cargo de una gabarra del Spree[27]. Según Fritz, se trataba de un soltero triste y solitario que se alegraría de contar con algo de compañía femenina en su piso del sótano. Además, nunca había ocultado su opinión sobre los nazis. Tras la toma del poder, había escrito cartas a todos sus conocidos judíos para decirles cuánto le indignaba el trato que recibían.

Fritz Koebner quedó en ir a Kladow al día siguiente para visitar al señor Klaar. Nuestra pequeña reunión se disolvió. Caminé con Hannchen Koch los pocos pasos que nos separaban de la Alexanderplatz. Aquél era el barrio en que yo crecí y donde siempre había tenido muchos parientes y amigos, pero ahora no sabía ni dónde pasar la noche. Emil Koch había acabado su turno, conque tampoco podía volver a Kaulsdorf. De todos modos, rayaba en el milagro que la Gestapo no se hubiese presentado a ver a Hannchen Koch. A fin de cuentas, yo había ido con su nombre hasta Bulgaria y llamado varias veces la atención de la policía.

Al despedirnos, Hannchen me puso en la mano un jarro de leche. Pensó que me evitaría sospechas, dijo: si me topaba con un control, debía decir que había salido a por leche para mi hijo. Sólo cuando se fue reparé en lo absurda que era la excusa. Nadie sale a por leche para su hijo cuando ya ha oscurecido. Se me congelaban los dedos al apretar el asa metálica del cazo: aquella tarde de

noviembre hacía ya bastante frío.

Subí a la línea circular del tren de cercanías y di un par de vueltas en torno a Berlín. Al rato, me cansé. Sabía que no me quedaba otro remedio que seguir despierta hasta la mañana siguiente y patearme la ciudad.

Para colmo, se me planteó un problema apremiante: tenía que ir al baño, y para aguas mayores.

Caminaba por una zona que desconocía, en algún lugar al sureste de la ciudad. Debido a los bombardeos, las puertas de todos los edificios debían permanecer abiertas por la noche para que los equipos de rescate pudieran acceder sin trabas en caso de incendio. Entré en una de aquellas casas pequeñoburguesas y subí la escalera. Cuando encontré una placa con un nombre que me resultó antipático y sonaba a nazi, me acuclillé e hice mis necesidades. Dejé también algo de papel de periódico. ¿Qué pensaría aquella gente al descubrir por la mañana el regalito en el felpudo?

Al día siguiente se me ocurrió a quién podría recurrir en Berlín. A bordo del barco del Danubio había conocido al búlgaro Tódor Nedelchev, un gigante rubio más o menos de mi edad con una cara primitiva y algo infantil. Me había rondado a menudo: «Yo hablar alemán muy bien, muy bonito», dijo unas cien veces, pero con aquello agotaba ya su vocabulario.

Sabía que Tódor también viajaba a Berlín. Me había dado la dirección de su alojamiento, que estaba en Teltow, junto a la gran empresa en la que trabajaba. Hacia allí me encaminé.

Y el hecho es que enseguida encontré a Tódor. Le alegró volver a verme y me enseñó el barracón en el que vivía con otros trabajadores extranjeros. Yo estaba exhausta tras la noche en vela y bastante sobreexcitada. Sólo pensaba en dónde cobijarme los días siguientes. Y él era mi última esperanza, así que fui al grano.

«¿Dónde podemos estar a solas aquí?», le pregunté chapurreando el búlgaro. Quería ofrecerle un encuentro íntimo y a continuación proponerle que nos comprometiéramos. Así después él conseguiría un alojamiento para los dos; desde luego no se trataba de una solución duradera, pues yo no tenía papeles con los que darme de alta en el registro, pero quizá de ese modo me las arreglaría una o dos semanas.

Con cierta torpeza, Tódor me llevó a la ducha común, que en ese

momento, por la mañana, estaba completamente vacía. Lo metí dentro, eché el cerrojo y dije: «Ya sé lo que queréis los hombres: ¡sin grandes preámbulos! Lo hacemos rápido, y luego nos comprometemos». Se me había quemado algún fusible.

El hombre puso una cara bastante tonta. En cierto modo recordaba a la expresión idiota que exhibía a veces Charlie Chaplin: una mezcla de apuro y confusión. Siguió rígido cuando traté de abrazarlo y me confesó entrecortadamente que nunca había estado con una chica. Se sentía muy abochornado.

Traté de hacerle entender que le ofrecía un compromiso. Cuando lo comprendió y se le pasó el susto, quedó entusiasmado. Al momento nos pusimos en marcha para buscar un alojamiento.

Aunque pasamos el día entero juntos, no fuimos capaces de decirnos mucho más que «muy bien» y «muy bonito». Sondeamos a diversos conocidos suyos, pero nadie tenía una habitación para nosotros, de modo que esa misma tarde nos despedimos con multitud de buenos deseos. Y así concluyó mi relación con Tódor Nedelchev.

Fritz Koebner había tenido más éxito: encontró al capitán Klaar en su casa, y éste enseguida se mostró de acuerdo con acogerme.

Al día siguiente Fritz me llevó a verlo. Llegamos a la estación de Wannsee por separado. Fritz era moreno, de aspecto marcadamente judío y por supuesto debía llevar la estrella. En una bolsa de viaje tenía una segunda chaqueta sin estrella. Se la puso en el baño de la estación de Wannsee. Luego hicimos juntos el resto del trayecto a Kladow. De camino hacia allí estuvo hablándome de su padre.

Herbert Koebner siempre había sido el mejor y más bondadoso padre de familia, me contó, un hombre que amaba y honraba a su mujer, y llevaba una vida judía modélica, si bien no meticulosamente ortodoxa. Pero a todas luces se había vuelto loco. «Se trae no sé qué tejemanejes con gente de la Gestapo y las SS, les hace papeles falsos por si cambia la cosa», contó, «y tiene la obsesión de llegar a ser multimillonario en dólares. En su mente prepara un viaje por el mundo para toda la familia, hojea atlas y hace planes de viaje». Su madre estaba desesperada. «¿No has notado que a veces esboza una sonrisa malévola?», me preguntó. Asentí. También a mí algo en aquel hombre se me antojaba inquietante. «Debe de ser un síntoma de su locura», explicó su hijo.

«Antes no la tenía».

El capitán Klaar nos dio la bienvenida. Era un señor mayor, amable pero de aspecto realmente triste, que habitaba el sótano de un edificio de dos plantas. Sus vecinos eran demasiado cultivados para ser curiosos o denunciar a alguien, me tranquilizó. Les había dicho que le dejaba la llave de su casa a una conocida, con lo que yo no necesitaba esconderme y podía sentirme como en mi casa. Me mostró la cocina y la despensa, las reservas de combustible y su dormitorio. Estaba a punto de partir en un viaje en barco de varios días.

Pese a todas esas explicaciones, apenas osé moverme en su piso. Ni siquiera me acerqué a sus provisiones, pues estaba tan hambrienta que de otro modo me habría abalanzado sobre ellas. El sótano era frío y húmedo, pero no me atreví a caldearlo. Dormía en la cama sin hacer, me alimenté de un trozo de pan y un tarro de alubias que me había dado la señora Koch. Después de todo lo que había pasado, estaba agotada y deprimida.

De Kladow sólo podía salir en el transbordador del Wannsee. El capitán me había prevenido contra el conductor: era terriblemente curioso, un mal tipo y un nazi fanático. Y, en efecto, aquel hombre me hizo preguntas incisivas cuando, al cabo de un par de días, me dirigí a la ciudad para ver a la señora Koch. Quería saber a toda costa dónde vivía y con quién trataba.

—¿No se imagina lo que ocurre? —pregunté—. Tampoco es usted un anciano…

—Sólo querría saber quién es el afortunado —replicó—. Aquí apenas hay hombres jóvenes.

Me alegró bajarme del transbordador.

Caminé hacia la ciudad por una de las grandes carreteras del oeste. En la medida de lo posible, quería recorrer a pie el trayecto hasta Köpenick, pero tenía mucha hambre. Al pasar junto a un local que antaño debió de ser muy elegante, decidí hacer un alto. Todos los restaurantes ofrecían un plato del día para gente que no tenía cupones: en general, algo de poca calidad con colinabos, trocitos de patata y sin grasa alguna. Era sabido que sobre todo aprovechaban esas ofertas los desertores y otros personajes dudosos que carecían de cupones de alimentos.

¿Qué demonios me llevaron a entrar en aquel local? ¿Y qué

demonios aún peores me llevaron a no sentarme a una mesa pequeña, sino a ir directa a otra enorme, de roble, que evidentemente frecuentaban los clientes habituales?

Apenas hube pedido se sentaron a mi lado unos caballeros muy bien trajeados, seguramente de algún organismo gubernamental. Sus miradas dejaban claro lo que pensaban de aquella intrusa a su mesa: una loca inofensiva que se habría perdido. Comí sin apresurarme mientras escuchaba su conversación: hablaban de Ribbentrop. Luego pagué sin decir palabra y salí: de ese modo al menos los dejaba con la duda de si entendía siquiera el alemán. Ya había sido lo bastante suicida sentarme allí.

Cuando el capitán Klaar regresó a su piso al cabo de una semana, pareció muy decepcionado. Esperaba llegar a un hogar caldeado y acogedor, con las sábanas recién cambiadas y una comida caliente al fuego. Le expliqué que no me había atrevido a tocar nada, pero vi claro que no podía quedarme en su casa por más tiempo. Nos despedimos con amabilidad y nos deseamos lo mejor.

Regresé al centro de Berlín. Mi caminó me llevó directamente a la Kaiser-Wilhelm-Straße, a casa de los Koebner. Subí las escaleras con la esperanza de que el falsificador hubiese encontrado una nueva solución para mí.

Pero no llegué muy lejos. En la primera planta se entreabrió una puerta y asomó la cabeza una mujer mayor de pelo blanco que susurró: «¿Viene a ver a los Koebner?». Era la señora Hansl, la vecina solícita, que me metió rápidamente en su vivienda y cerró la puerta. «Gestapo arriba», me susurró al oído. Llevaba horas de pie en el vestíbulo, a oscuras, vigilando la escalera por si llegaba algún visitante de los Koebner.

A primera hora de la mañana, por la mirilla había visto cómo bajaban por la escalera a varias personas encadenadas. Ahora la Gestapo había regresado para registrar el domicilio. Bajaron en bandejas frascos de tinta, borrador de tinta, papeles y otros utensilios del taller de falsificación. Se los oía trajinar arriba mientras aguardábamos en la penumbra de aquel vestíbulo.

—¿Es usted la chica para la que mi hijo trajo los formularios de Varsovia? —me preguntó en voz baja.

Asentí. Koebner había echado pestes, me contó, al enterarse de mi regreso a Berlín:

—¡Hay que ser tonta, está ya casi en la frontera turca y desanda todo el camino! ¡Debería darle vergüenza!

Aunque también su mujer alzó la voz y dijo que había sido toda una genialidad salir viva de mi detención en Bulgaria:

—Si alguien tiene que avergonzarse aquí, eres tú. ¡En lugar de informarte bien, le haces esa estúpida orden de desplazamiento y te pasas el día pensando en esa locura de viajar por el mundo!

En aquel momento volvimos a oír pasos que bajaban. La señora Hansl observó desde la ventana de su cuarto delantero a los hombres de la Gestapo subir al coche y marcharse.

—Ahora ya puede arriesgarse a salir a la calle —me dijo.

—Muchísimas gracias —respondí, y me fui.

La señora Hansl me salvó la vida. Agradecemos demasiado poco los regalos verdaderamente grandes.

Cuando salí de aquel oscuro vestíbulo, primero a la escalera y luego a la calle, me cegó la luz del día. Era como si, habiéndose hundido el cielo, se extendiera una capa de cemento que cruzara la calle de un lado al otro. Me sentí atrapada en un túnel. Quería huir rápido de aquella zona, pues me daba miedo que me reconocieran, pero tuve que esperar hasta que logré volver a ver algo. Me apoyé tambaleante en un muro.

Poco después bajé corriendo las escaleras del metro. Quería ir a Neukölln para advertir a Heller. Quizá también él estuviera en peligro. Lo interrumpí en mitad de una consulta y hablé con él unos minutos en un gabinete privado.

—Han detenido a Koebner y a toda su familia —le anuncié sin aliento.

Se puso pálido.

—Es muy decente por tu parte venir tan rápido a decírmelo —dijo.

—Para mí significa que ya no cuento con ayuda para fugarme —le expliqué—. No volveré a encontrar a nadie que me prepare unos papeles falsos. Aunque tampoco podría permitírmelos.

—Quién sabe si Koebner habría vuelto a hacerte unos papeles nuevos —replicó Heller—. A fin de cuentas, tu orden de desplazamiento se pagó muy cara con los últimos ahorros de la familia Wolff.

Aquella revelación me sobrecogió. Traté de que no se me notara

mientras la asimilaba: Ernst Wolff había pulsado las cuerdas de mi vanidad por pura distinción. Lo cierto era que su familia había pagado por mí y, además, me había ahorrado el agradecérselo, y eso que a su gente no le resultaba especialmente simpática.

Heller continuó hablando sin darse cuenta de lo alterada que yo estaba:

—Koebner dijo también que era una relación curiosa la de su primo con esa chica, refiriéndose a ti. Que habrías sido el chico ideal para Ernst Wolff.

Y una vez más me caí del guindo. No había sabido verlo: Ernst era homosexual, por eso seguía soltero. También por eso estaban tan indignadas con nuestra relación las mujeres de su familia.

En ese momento entendí también por qué, después de cada servicio religioso, en el patio de la Sinagoga Vieja lo rodeaba un grupo de muchachos. A uno de los coristas, Georg Blumberg, lo había visto en repetidas ocasiones con Ernst Wolff. Nos unía cierta amistad. Y un par de veces Georg, que era algo más joven que yo, me había insinuado que los dos teníamos algo en común. Nunca había entendido a qué se refería en realidad.

Georg Blumberg había sido uno de los chicos de Ernst Wolff, y yo también había sido uno de sus chicos. Estaba totalmente conmocionada, pero no tenía a nadie con quien hablar de ello.

2

Benno Heller había sido muy de derechas en su juventud. Perteneció a una cofradía estudiantil cristiano-judía y llevó orgulloso su cicatriz en la cara [28] . Luego cambió de bando, fue un comunista apasionado y durante un tiempo incluso militante del partido. Pero, después de un viaje por la Unión Soviética que emprendió junto con su mujer, regresó desencantado: le horrorizó la situación de la que fue testigo.

Heller debió de abandonar el KPD ya antes de 1933, o al menos nunca se lo persiguió por comunista. Pero continuó siendo un izquierdista convencido y mantuvo su oposición al artículo 218, que penalizaba el aborto, más allá de la retórica.

De ahí que acudieran a él muchas mujeres que necesitaban ayuda, no sólo judías. También las pacientes arias, a quienes desde 1933 ya no tenía permitido tratar, se acordaban del ginecólogo judío si se encontraban en apuros. Una de ellas era Karola Schenk, que vivía en la misma calle de Neukölln en que estaba la consulta de Heller, en la esquina con la Pannierstraße. Cuando se quedó embarazada por sorpresa y muy inoportunamente, él la ayudó sin cobrarle nada. Desde entonces, estaba en deuda con él.

Ahora él se lo recordó. Mientras yo esperaba en su despacho, Heller fue a ver a su antigua paciente y le explicó que tenía que esconder durante dos semanas a una chica judía. La antigua acróbata accedió a regañadientes. No era una partidaria exaltada del nazismo, pero sí era fiel a la autoridad, encontraba indecente la resistencia y carecía de todo interés político. Consecuentemente, la grácil y muy cultivada dama me recibió cortés pero gélida.

Al cabo de un par de días, que pasé sentada en una silla de mimbre, de pronto dejó de lado sus reservas y me contó lo que había hecho para ponerme a prueba: había colocado minúsculos trocitos de cerillas entre los goznes de todos los armarios para

comprobar si los abría en su ausencia. No aguantaba la idea de que alguien revolviera en sus cosas, me dijo. Con todo, ella misma apenas habría soportado pasarse el día entero ociosa en un piso ajeno sin hurgar en las propiedades de otras personas; por tanto, que yo hubiera mostrado aquella disciplina le había parecido el colmo de la distinción.

«A partir de ahora nos tuteamos», dijo: «Y como recompensa puedes probarte mis sombreros. ¡Cualquier mujer lo disfrutaría!». Me enseñó sus maravillosos sombreros, del más fino terciopelo. Estaban todos hechos a medida, sin excepción. Hasta me dejó ponerme sus trajes y chaquetas. Le conté que en la calle una vez me había abordado un hombre que quería contratarme de modelo: según me dijo, mi cara era ideal para tocados. Me ofreció un buen salario y quise aceptar de inmediato, pero mi padre me lo prohibió: opinó que era un trabajo indigno, que resultaba impropio de mí.

Karola y yo enseguida nos hicimos íntimas amigas. Ella provenía de una familia acomodada de empresarios en Baviera, y de joven se había escapado varias veces para irse con acróbatas y había transformado su nombre de pila Karoline en «Rola». A su marido —de nombre artístico «Dannas»— lo conoció en el circo. Al final, sin embargo, se reconcilió con su familia y recibió una auténtica formación de acróbata. Fundó con su marido un grupo circense y durante años vivieron muy bien de ello, del mismo modo que otras parejas regentan una tienda de jabones o una consulta dental.

Para su gran pena, no tuvieron hijos. Así pues, acogieron a un aprendiz, al que llamaron Boy. «Rola-Dannas-Boy»; sonaba a familia de acróbatas y tocaba la fibra emocional del público aunque el supuesto hijo no estuviera emparentado con ellos.

Cuando Dannas, que en realidad se llamaba Alfred Schenk, cayó enfermo de gravedad, el grupo dejo de actuar. Karola consiguió un trabajo de oficina y cuidó con abnegación de su marido. El antiguo aprendiz siguió viviendo con ellos en una pequeña habitación. Y precisamente con él, que podría haber sido su hijo, Karola entabló una breve relación tras quedarse viuda, y enseguida se quedó embarazada.

Tras mis primeros días en su casa, Karola me preguntó:

—¿Cómo aguantas pasarte el día entero sentada ociosa en una silla?

—Mal —respondí—, pero no me queda otro remedio.

—Encontraremos una solución mejor —dijo ella, y me presentó a su vecina Ella Steinbock, que era modista. Trabajaba para una empresa de confección y le venía bien alguien que cosiera botones e hiciera dobladillos. Karola le contó que yo era acróbata, pero que me era imposible actuar por una lesión de rodilla y que me alegraría tener alguna ocupación.

Desde entonces, cada día pasaba un par de horas en un espacio caliente y bien iluminado, e incluso obtenía algo de dinero por mi trabajo. No necesitaba esconderme, podía ir al baño cuando quisiera, y hasta escuchar música en la radio.

La señora Steinbock, eso sí, era muy taciturna. Sólo si por casualidad se hablaba de política y salía el nombre del Führer, aquella solterona introvertida sonreía, extrañamente arrobada, y entrecerraba los ojos. Gracias a ella, por vez primera fui testigo del fenómeno de un entusiasmo pasional por Hitler que rayaba en el delirio religioso.

También Karola trabajaba para un nazi fanático, el señor Lehmann, que hacía negocios oficiales y extraoficiales. Como su secretaria le prestaba importantes servicios, le concedía ciertas libertades. No necesitaba cumplir los horarios de trabajo como una esclava y su jefe le procuraba artículos del mercado negro con los que el consumidor medio sólo podía soñar: ¿quién contaba en aquella época con un tomate o con pescado ahumado para cenar?

Aquel jefe era mucho más joven que Karola, estaba casado y tenía, tal como deseaba el Führer, varios hijos pequeños. Pero acechaba a su secretaria de un modo repugnante y la acosaba continuamente. Ella sólo sentía asco: «Lehmann es un cerdo», acostumbraba a decir.

A mí Karola me mimó durante quince días como mandan los cánones. El fin de semana nos preparó un auténtico banquete y decoró la mesa con cintas de colores. Con un excelente asado de carnero sirvió berza, sabrosa como yo nunca la había comido. En una ocasión mencioné de pasada que llevaba años sin comer carne de ave. Se quedó terriblemente afligida por no haber pensado a tiempo en prepararme un caldo de pollo.

Acudía a diario a mi cama, de sábanas blanquísimas, a darme un beso de buenas noches. Una vez caldeó para las dos la estufa del

baño. Cuando estaba en el agua, entró para lavarme. Había elegido expresamente una pastilla del más fino jabón aromático de la preguerra. Aquella mujer tan fría, tan reservada, de tez delicada y ojos profundos, dijo de repente: «Te he esperado durante décadas. Eres mi amiga, mi hermana menor, eres lo que siempre he deseado, eres mi hija». Luego me besó por todo el cuerpo y ensalzó cada parte como sólo los hombres lo habían hecho. Fue un arrebato extraño, pero no me desagradó. Le dejé hacer sin mostrar reacción alguna, aunque todo el tiempo pensaba: «Ay Dios, esto es pecado, es una perversión».

A los pocos minutos puso fin a la escena frotándome para secarme. Me fui a la cama y, para ventilar de algún modo el asunto, recité la confesión de los pecados.

Un día Karola me anunció que esa misma tarde iría a ver a su cuñada a Zeuthen, un pueblo a las puertas de Berlín. Al regresar, ya de noche, se me echó al cuello y dijo: «Lo logré, mi esperanza se ha cumplido: Camilla te acoge».

Mi tiempo en su casa había expirado. Karola había sufrido por estar haciendo algo prohibido, aunque nos divirtiéramos juntas y con frecuencia nos muriéramos de risa. Estaba aliviada de que acabara. Tampoco me invitó a volver.

Ahora bien, antes de mudarme con Camilla Fiochi, Heller me había procurado otro alojamiento. La señora Janicke vivía también en Neukölln, algo más al sur. Las calles más pobres de ese barrio pasaron a ser mi nuevo territorio. En aquellas zonas proletarias nunca habían vivido muchos judíos; no se consideraban lugares apropiados. Eso brindaba la ventaja de que nadie me conocía, no me era preciso temer continuamente toparme con un soplón.

Con la señora Janicke debía alojarme fingiendo ser la cuidadora de su abuela. La anciana, que en realidad vivía en un pueblo de Turingia, sufría una neumonía. No habría estado bien atendida en el hospital ni tampoco podía quedarse sola en casa: faltaban médicos, pues el grueso de ellos estaba en el frente. Ya nadie hacía visitas a domicilio a los pacientes comunes, salvo Benno Heller. Por supuesto, era ilegal que se ocupara de aquella paciente aria, pero lo hizo para facilitarme un nuevo alojamiento.

Gerda Janicke tenía un hijo pequeño, de unos dos años y medio, y su marido estaba en la guerra. En su piso de una sola estancia más

un cubículo en la Schierker Straße 18, vivía con su abuela, su adorado hijo y ahora conmigo. Me encontré de pronto en un entorno que era la quintaesencia de lo pequeñoburgués. En el edificio, que entonces aún era nuevo, vivían un montón de meritorios pequeños nazis, y los días de fiesta ondeaban esvásticas por doquier.

Mi papel de enfermera era terrible. La señora Janicke me dio una bata clara y yo me enrollé un trapo del mismo color en la cabeza, pero no tenía ni idea de qué hacer. Una y otra vez la abuela me reclamaba con un «¡enfermera!» en su dialecto turingio, y yo iba de acá para allá por la casa dándome grandes aires. Heller había convencido a la señora Janicke de que los cuidados serían muy costosos y extenuantes, y que todos ganábamos si me acogía en su casa como apoyo. En realidad, no tenía mucho que hacer.

No se había acordado nada con respecto a mi alimentación y pasaba un hambre terrible. Una vez a la semana quedaba con la señora Koch al mediodía en un local barato de Köpenick y comía el plato del día. Aunque también me daba una pequeña paga, un pan y quizá cien gramos de margarina, con eso no bastaba ni de lejos para saciarme. Mientras tanto, veía lo bien que crecía el mofletudo Jörgelchen, el hijo de Gerda, que comía una barbaridad.

Para mis adentros llamaba a ese niño cebón *el pequeño germano*.

Y su abuela, esa anciana estúpida que consideraba maravilloso al Führer, desconfió de mí desde el principio. Una vez que la señora Janicke estaba con el niño de paseo me llamó: «¡Enfermera, quiero un panecillo!». En la cocina había un delicioso pan negro de un aroma tan penetrante que temí que me trastornara. Tuve que untarle a aquella anciana una rebanada tras otra; fueron cuatro al menos. A su nieta le contó luego que sólo había comido dos porciones, por lo que fui sospechosa de robar comida. Y eso que la señora Janicke hacía muescas por debajo del pan para que no hubiera dudas si yo me cortaba a escondidas una rebanada.

Aun así, tenía mis recursos. Cuando la señora de la casa no estaba, colocaba la campana de la mantequilla sobre un trapo húmedo y caliente para volcar su contenido. Por la parte superior la mantequilla tenía un patrón que no habría podido reproducir, pero por debajo podía cortarme una lámina finísima de extremo a

extremo sin que se notara y comérmela. Si bien la señora Janicke se sorprendía de lo rápido que se acababa la mantequilla, no me descubrió.

Con el fin de aplacar mi mala conciencia, esbocé mentalmente una norma jurídica para mi situación: la llamé «Orden del Reich sobre hurtos de vituallas para personas en la clandestinidad». No podía escribir aquellos artículos porque no tenía papel, pero esa burla a las autoridades me procuró cierto alivio.

Una vez a la semana iba al mediodía donde los Heller, que tenían su vivienda junto a la consulta. A veces me quedaba lo justo para decir: «Todo bien, sin novedad». En una de aquellas visitas conocí el comedor del matrimonio, una sala decorada con mucho gusto con una gran mesa de caoba y otros muebles de estilo nueva objetividad. Allí no había aparadores ni bufetes antiguos atestados de ornamentos.

Las sillas estaban tapizadas de terciopelo azul regio. Cuando Heller me invitó a tomar asiento, su mujer saltó enseguida: «¡Alto! ¡Primero un periódico!». Y en eso él colocó una hoja de periódico por encima del asiento para protegerlo, como si yo hubiera estado revoleándome en el fango. Fue una de las muchas humillaciones a las que me sometió el matrimonio. Con el tiempo supe que a todo el mundo que visitó aquel comedor lo obligaron a sentarse sobre un periódico.

Aquella estancia era la joya de la corona de la señora Heller; la cuidaba con una minuciosidad extrema. Una vez estaba esperando visita y le pareció que la asistenta no había dejado el suelo lo bastante lustroso. Fue ella misma a por la pesada mopa y se aplicó al parqué hasta que, como era enferma crónica del corazón, sufrió un grave ataque.

Así eran los Heller: por un lado, se jugaban la vida como héroes para ayudar a otros; por otro, su reluciente parqué les importaba tanto como la resistencia contra los nazis.

En casa de la señora Janicke estaba vigilada. En la planta de abajo vivía una portera llamada Krause, que se creía superior de la cabeza a los pies. Su hijo era ingeniero, y ella, una nazi exaltada. Continuamente le preguntaba a la señora Janicke: «¿Por qué no registra como es debido a esa persona que vive en su casa y cuida de su abuela?», así que la señora Janicke se veía obligada a

inventarse excusas. Afirmaba que yo sólo dormía de vez en cuando en su piso; sin embargo, solía enviarme por las mañanas a por leche, cuando cualquiera podía verme.

—Señora Janicke, ¿de verdad es necesario? —preguntaba yo.

—Por favor, también puede ayudar usted un poco… Yo ya hago bastante por usted. Además, sigo en bata.

Así, a primera hora iba a la lechería, que era la mayor central de chismes. Una vez desaparecí en un portal con la leche, que compraba con el cupón para niños pequeños, y me bebí un trago sustancioso. Aquello implicaba rellenar el cazo. Muy cerca de allí había una bomba, pero no sabía cómo arreglármelas sola para bombear la cantidad exacta de agua que necesitaba.

Entonces pasó un SA: «¿Puedo echarle una mano?», preguntó amablemente: «Veo que tiene las dos manos ocupadas». Y bombeó agua para mí. Acumulé un poco en la mano y así pude rellenar lo justo. Se lo agradecí efusivamente y el SA se despidió como si ayudarme a adulterar la leche fuera lo más natural del mundo. La señora Janicke fue la única que notó que la leche tenía un ligero brillo azulado. «¿Y qué le voy a hacer?», pregunté. «Yo qué sé lo que le suministran al lechero». Cuando volvió a ir ella misma a por la leche, ya no estaba azul.

También aumentaban las tensiones entre el doctor Heller y yo. Se enteró de que la señora Janicke no estaba satisfecha con mi labor de cuidadora.

—La anciana, la enferma, está escuálida. Me da la impresión de que tiene una solitaria. Vi algo parecido cuando la senté en el orinal —le comenté en una ocasión.

—Eso explicaría muchas cosas —afirmó él—. La próxima vez, conserva esa deposición.

La examinó en su siguiente visita y dijo:

—Eres el mayor zoquete bajo el sol: eso son restos intestinales, que siempre pueden desprenderse, no una solitaria. ¡No tienes ni la más remota idea!

—¿Y cómo iba yo a saber eso?

—Se supone que al cabo de un par de meses una aprendiz de enfermería dominará los fundamentos de la atención sanitaria.

—¡Es que yo no soy una aprendiz de enfermería!

—No, tú eres nuestra gloriosa bachiller, que sabe

estupendamente latín y francés, y es muy culta, pero en la práctica eres una inútil [29] .

Solíamos tener este tipo de discusiones, que herían mi autoestima. Reñíamos y nos enemistábamos. Después volvíamos a apreciarnos mucho y nos sentíamos muy unidos.

Su mujer, en cambio, no me soportaba.

Irmgard Heller era una dama muy delgada y alta que llevaba siempre el pelo al estilo alemán tradicional. Durante la guerra se llamaba a este peinado «fin de la alarma», o sea: el bombardeo ha terminado y se puede abandonar el refugio, «todos para arriba». Cuando inclinaba la cabeza un poco hacia atrás, yo me sentía como si debiera dirigirme a ella en alto alemán medio con un *oh hohe Frouwe* [30] !

Provenía de la gran burguesía de Leipzig y habría tenido que casarse con alguien de ese círculo. Pero estalló la Primera Guerra Mundial, ella se fue como ayudante de enfermería a un hospital de campaña y allí se enamoró perdidamente del estudiante de Medicina y asistente médico Benno Heller. Se casó con este hijo de una familia de comerciantes judíos en Bad Dürkheim y le profesó adoración toda su vida.

La mujer de Heller tenía buenos motivos para no apreciarme: por mi culpa se había reanudado la relación íntima que existió en su día entre su marido y la señora Janicke. Él acudía a veces a su piso con la estrella oculta, y no sólo para tratar a la abuela enferma. El propio Heller me dijo una vez lleno de rabia: «¿Crees que a mí me hace gracia? ¡Como si no tuviera suficientes problemas! ¡Y estando, además, como estamos todos mal alimentados! He de pagar a la señora Janicke con mis propios servicios para que te aloje…». A mí aquello me abochornó profundamente, pero ¿qué le iba a hacer?

Mi anfitriona, en cambio, trataba de ocultarme aquella relación. Afirmaba tener un nuevo conocido que era dentista. Y, mientras él estuviera con ella, yo debía permanecer lejos de la vivienda. Ponía el felpudo longitudinal frente a la puerta para indicarme luz verde.

Aunque Irmgard Heller tenía motivos para sus celos furibundos, en los momentos decisivos siempre fueron leales. Es cierto que al judío Benno Heller lo protegía de la deportación el matrimonio con una no judía; pero, cuando tuvo la posibilidad de emigrar con su

hermano a Estados Unidos, renunció porque no podía llevarse a su mujer enferma del corazón.

3

Mi primer contacto con el fascinante mundo de la acrobacia se había producido gracias a Karola Schenk, pero con su cuñada, a cuya casa me mudé en diciembre de 1942, pude conocerlo aún mejor.

Camilla Fiochi era una de los diez hijos de la familia Schenk. Todos habían nacido en un carromato y recibido de sus padres un nombre exótico: desde el principio estaban destinados a ser artistas circenses.

Camilla Fiochi había ido poco a la escuela, pero como acróbata había sido muy ambiciosa y había triunfado. Logró dar la espalda al circo ambulante y que la contrataran en salas de prestigio, como el Friedrichstadt-Palast[31]. Tras muchos años en el escenario, se enamoró de Paolo Fiochi, un italiano también equilibrista y bastante más joven que ella. Se hicieron novios, se casaron y Camilla se construyó con sus ahorros un bonito chalé en Zeuthen[32]. Quería ser feliz con Paolo en aquel hogar y esperaba, aunque a una edad tardía, quedarse embarazada. Su deseo no se cumplió. Un día Paolo viajó a su país, donde conoció a una bailarina jovencísima, se enamoró perdidamente de ella y pronto tuvieron un hijo.

Camilla seguía viviendo en aquel chalé de Zeuthen, al sureste de Berlín, donde me recibió. «Siempre he alojado a mis colaboradores con dignidad», me dijo a modo de saludo, y me llevó a un coqueto cuarto de jovencita con muebles lacados en blanco, donde viviría. Estaba entusiasmada.

Me retó a adivinar su edad. Tenía el pelo teñido de rubio platino y una piel muy cuidada, era muy esbelta y vestía como una chica joven. Yo quise halagarla, por supuesto. «Podría decir que le echo veinticinco», dije, «pero no sería sincera. Ya veo que anda por los treinta, quizá incluso finales de los treinta». Ella se relamió y rió

dichosa, encantada conmigo. Después de ver las manchas amarillentas en el dorso de sus manos y la fina raya blanca en su iris, yo no dudaba de que en realidad debía de andar entre el principio y la mitad de los cincuenta.

Karola Schenk ya me había prevenido. «Camilla está loca. Te costará convivir con ella», me dijo en el tren a Zeuthen: «Se pone hecha una furia, le dan pataletas si no hay cigarrillos, coñac o café molido en casa», todo lo cual sólo se encontraba a precios prohibitivos en el mercado negro cuando Camilla era pobre de solemnidad. A veces le cortaban el gas por impago; otras, la luz y el teléfono. «Es conmovedor que, pese a ello, te acoja en su casa. En realidad, es una bellísima persona», añadió Karola.

Desde la marcha de Paolo ya no existía el «Trio Fiochi's», aunque Camilla tenía la ambición de fundar un nuevo grupo. Eso sí, sólo disponía de una aprendiz, una chica de quince años llamada Inge Hubbe. En el fondo, ambas sabían que Inge nunca llegaría a ser acróbata. Aunque había sacado muy buenas notas en gimnasia en la escuela, aquello no bastaba. La señora Fiochi la tiranizaba de mala manera, a veces incluso le pegaba. Yo solía estar presente cuando ejercitaba posiciones de ballet con Inge o intentaba enseñarle el «arco». Se trataba de avanzar muy poco a poco alternando el pino normal con el puente.

Se esperaba que yo también ayudara en las clases. Nunca llegó a funcionar, Inge se rendía y se desplomaba sudando en una silla en cuanto su maestra abandonaba la estancia. Por lo general, la señora Fiochi se quedaba al alcance del oído.

Así pues, mientras ella se quedaba sentada, yo le gritaba una y otra vez: «¡Venga, Inge, haz el puente! ¡Vamos, hazlo mejor!». Y al final: «¡Sí, ahora sí te sale! ¡Ese ha estado bien!». Entonces Camilla volvía a entrar de inmediato. Y, para nuestra sorpresa, en ese momento sí que le salía.

Inge estaba en plena pubertad y se aburría la mayor parte del tiempo. Mi relación con ella era buena, aunque más bien fría e indiferente. Por aquel entonces no sospechaba que su familia desempeñaría un importante papel en mi vida.

Todos los Schenk se habían especializado en los llamados «juegos ícaros», espectáculos acrobáticos en los que se lanzaba a alguien por el aire, como si pudiese volar. Por ejemplo, tres

personas formaban una torre: uno se subía a hombros del otro, mientras la orquesta primero paraba para luego tocar un redoble. Cada movimiento debía estar calculado al milímetro de modo que las tres personas pudieran mantener el equilibrio. El auténtico número llegaba cuando se enfrentaban un par de torres humanas. Los dos de arriba se lanzaban entre sí a una persona, por lo general una chica joven y esbelta.

El Trio Fiochi's había simplificado el número a un ejercicio llamado «Tres hombres en alto», pero a Camilla e Inge les faltaba una tercera persona.

Con Camilla estaba cómoda, pues se oponía a los nazis de manera pasional. Creció entre la gente del circo, tenía cariño a los vagabundos y no soportaba a la policía ni a la autoridad: albergaba la mayor simpatía por todos los nómadas, también por gitanos y judíos. «En mi casa nadie», recalcaba, «se queda sin comer. Los acróbatas somos gente muy especial: lo que hay se comparte». Yo aportaba los alimentos que me daba la señora Koch al fondo común y desayunaba, comía y cenaba con Camilla Fiochi e Inge Hubbe.

Las tardes las empleábamos en juegos de mesa: molino, damas y otros que hasta entonces no conocía, como el *backgammon* o el *mahjong* chino. Aunque no se le daba muy bien, Camilla era tan infantil que quería ganar siempre, conque yo debía cometer errores aposta para dejarla. Ahí daba palmadas y se alegraba.

Por otro lado, me explotaba horriblemente. Aprovechaba cualquier ocasión para hacerme limpiar a fondo la casa entera. De rodillas, debía frotar cada esquina hasta que quedara impoluta. Por desgracia, Camilla era incapaz de formular con claridad lo que quería. Hablaba de forma extrañamente amanerada y a menudo gramaticalmente incorrecta. Además, confundía una y otra vez el significado de vocablos que sonaban parecidos. Cuando se enfadaba, su voz se tornaba un grito histérico: yo sólo entendía que no debía hacer algo «así», sino «así». Se ponía roja de ira, me tildaba de «bruta» y me tiraba del pelo. Media hora después se disculpaba con total humildad, me acariciaba y me decía: «¡Yo misma soy una bruta, estoy chiflada, estoy loca! No tengo dinero ni para comprar el pan y me traigo a casa a una persona a la que he de alimentar».

A veces venía a visitarnos Lieschen Sabbarth. Se había formado

como acróbata con Camilla y había tenido mucho éxito. En secreto yo la apodaba *la chica de las tres pelucas*, porque Lieschen Sabbarth tenía un pelo tan tremendamente fuerte que parecía que llevara tres peinados, uno encima de otro. Arriba iba una especie de nido que por sí solo a cualquier otra mujer le habría requerido todo su pelo. A continuación, otro peinado en el medio, muy tupido, del que asomaban unos gruesos rizos por debajo. También el color era prodigioso: un castaño brillante. Lieschen solía decir: «Debo de ser la única acróbata de toda Alemania que ni lleva permanente ni va teñida». Hija de un veterano anarcosindicalista, había crecido en una colonia de huertas en el Nordend. Su padre había logrado que sus muchos hijos fueran antifascistas. Así pues, Lieschen era muy amable conmigo, me ofrecía cigarrillos y me regalaba caramelos.

El fin de semana vino Karola Schenk de visita. Todas nos alegramos de volver a vernos. Las amigas equilibristas hicieron una torre. «¡Dios, qué gusto!», dijo Camilla a Karola cuando ésta se le subió a los hombros, «eres ligera como una pluma». Inge las miraba, apática como un adoquín, sin manifestar reacción alguna ante la demostración.

No todos los Schenk seguían viviendo entre acróbatas. Por ejemplo, Amanda, la hermana de Camilla, se había casado con un maestro sastre que era un nazi fanático. Justamente contra él había llevado mi padre un proceso representando a un judío oriental paupérrimo que hizo trabajos para esa sastrería y nunca los cobró. Por casualidad, estuve presente cuando ambas partes coincidieron en el despacho de mi padre: aquel sastre alto y gordo amenazó al judío flaco, pelirrojo y necesitadísimo de un modo que nunca había visto.

Recordé todo aquello cuando Amanda vino de visita a Zeuthen y mencionaron el apellido de su esposo. Por suerte no lo trajo consigo. Me presentaron como asistenta rusa, serví en silencio el café, luego recogí la vajilla y toda la tarde exhibí una sonrisa impenetrable.

A la pareja que vivía en la buhardilla de arriba, Camilla les contó alguna otra historia similar. Desgraciadamente, olvidó lo que les había dicho a los vecinos: ¿también que era rusa? ¿O una trabajadora polaca?

Una vez tuve que entregar algo allí arriba. Lo hice en silencio. La joven estaba muy ocupada: una modista arrodillada a sus pies le

ajustaba un dobladillo. Estaban haciéndole un vestido premamá que le sentaba de maravilla.

En otra ocasión, me tocó limpiar la carbonera, donde me encontré un ejemplar desgarrado de la *Crítica de la razón pura, de Kant*, de la editorial Reclam. Hice una pausa, me senté encima del montículo de carbón y empecé a leerlo. De pronto tuve ante mí a la joven de la buhardilla. Se llevó, igual que yo, un susto terrible y se puso roja como un tomate.

—¿Habla usted alemán? —me susurró.

—Sí, por supuesto —respondí. Era inútil mentir en vista de mi lectura.

—Espere un momento —me pidió y subió a su casa. Al regresar me trajo un par de galletas envueltas en papel de plata.

—Gracias —dije sin más.

Nunca volví a ver a aquella vecina.

En una parte del sótano transformada en garaje descubrí un coche grande y caro. Pertenecía al señor Lehmann, el jefe de Karola, que vivía con su familia en Zeuthen. Camilla y Karola sabían que éste andaba buscando con urgencia una asistenta. Su mujer estaba superada con los niños pequeños y las incontables grandes veladas que debía organizar por ser una figura importante del partido nazi.

Así pues, a las cuñadas se les ocurrió proponerme para esa tarea. Lehmann, calculaban, podría conseguirme incluso la insignia p de las trabajadoras polacas. Nadie sospecharía que acogiera en su casa a una judía clandestina. Con todo, me alivió mucho saber que Lehmann no se había decidido por esa solución. Hacer de criada para un pez gordo nazi: eso sí que no me habría gustado.

El acuerdo era que mi estancia en Zeuthen durase dos semanas. Al cumplirse el plazo, Camilla Fiochi se despidió de mí con llamativa frialdad. Me deseó lo mejor y me agradeció mi trabajo, pero algo no cuadraba. Y yo no sabía qué era.

Regresé a terreno incierto. Se había pactado otra estancia con la señora Janicke, pero no hasta Año Nuevo. Benno Heller era el único a quien aún podía recurrir.

Me dio las direcciones de dos mujeres en Neukölln que en teoría alquilaban habitaciones, pero ambas me rechazaron. Sólo tras fracasar en esos dos intentos, me planteó la solución de emergencia: me envió a ver a Felicitas en aquel bar siniestro de la

Wassertorstraße. Y ésta me vendió a Karl Galecki, el director de goma con el barracón en el patio trasero.

4

Cuando me desperté tras mi primera noche en el barracón, el director de goma ya se había marchado a trabajar. Me dejó dormir, pero la noche anterior me había pedido que saliera de casa antes de que llegara la señora de la limpieza. De momento, no debía saber que una mujer vivía con él; en cambio, estaba deseando presentarme a sus trabajadores en la empresa. Por eso debía acudir por la mañana a su taller.

Muchos años después, en el Berliner Ensemble, vi en el escenario a los mendigos de *La ópera de los tres centavos* [33] y pensé: «¡Dios mío, es la plantilla del director de goma!».

La docena escasa de trabajadores congregada por Galecki se componía de los seres más insólitos: jubilados, pensionistas e inválidos, todos contratados y bien pagados por él.

«*Esramenén*», empezó; lo que venía a ser: «Escuchadme bien». Lo repitió de distintas maneras hasta que lo entendieron. «Esta», siguió explicando, «es mi esposa. Ya no estoy solo, y debéis obedecerla como a mí». Yo dije algunas palabras amables y sonreí al grupo. «Nos llevaremos bien», quise transmitir y me marché.

Por la noche Galecki me dijo: «Te he observado cuando cruzabas el patio. ¿Has visto cómo se arrastra Felicitas? Hay una gran diferencia, y la valoro de verdad: ella se arrastra, y tú caminas libre y orgullosa». Me halagó mucho ese cumplido, pues sentí que se dirigía no sólo a mi persona, sino a la totalidad de los judíos: «Caminas libre y orgullosa».

Pero el comentario encerraba también una pregunta tácita y desconfiada: ¿conque no eres la última fulana del arroyo con la que contaba? ¿Quién eres tú, de dónde vienes? Aquella misma noche me dijo que odiaba tanto a los judíos que podía olerlos a metros de distancia. Me giré para mirar a los peces y que no me viera sonrojarme. Aun así, osé preguntarle cómo huelen los judíos. No

supo describirlo.

Una noche nos invitó su madre, que vivía por allí cerca. Su marido, el padre de Galecki, había muerto prematuramente. Ella volvió a casarse, pero se había quedado viuda de nuevo. Aquella mujer viejísima me recibió con gran curiosidad.

Fue la peor cena de mi vida. Para celebrar la ocasión había hecho «falsa liebre», que es como se llama en Berlín al asado de carne picada. Llevaba tiempo enfriándose al borde del fogón y sólo estaba tibia. En esencia, el plato se componía de cebollas podridas. La grasa de baja calidad de la salsa estaba sólida, era prácticamente incomible. Galecki, que amaba y veneraba a su madre, me observaba con miedo de que hiciera algún comentario. Pero yo me comporté de manera educada y amable, comí un poco de aquello, y él se quedó asombrado una vez más de mi gran tolerancia.

Después de cenar, Galecki se tendió en el sofá, como acostumbraba. La madre se retiró a la cocina, y yo fui a ayudarla a fregar. La vieja tenía un aspecto horrible, llevaba el pelo teñido de un negro negrísimo que resaltaba cada arruga de su rostro. Pero lo que siguió fue conmovedor: me explicó que había estado observándome todo el tiempo. «No hay falsedad en tu cara», dijo, «no tramas nada malo. Conozco la vida, pero ahora ya no entiendo nada. ¿Qué quieres de mi Karl? Es un tullido, y tú eres una chica joven y agradable. Puesto que me das pena, te prevengo: no vayas a unirte a él y acabes echándote a perder». Me escabullí de la conversación con un par de fórmulas de cortesía.

No obstante, lo que estuvo a punto de ser mi ruina unos días después fue que Felicitas les contó con todo lujo de detalles a sus parroquianos que había estado en el hospital por un asunto ginecológico. Citó diversos nombres de médicos y mencionó que antes había seguido un tratamiento con Heller. A raíz de eso Galecki me dijo: «Estuvo en un hospital judío, cita apellidos judíos… Eso me hace sospechar también de ti». «¿Cómo?», le pregunté, «¿apellidos judíos?». De pronto me dominé del todo. Traté de convencerme de que los peces en sus acuarios estaban conmigo y me protegían. «Pero si los judíos se llaman de otra manera», objeté, y enlacé un montón de sílabas idiotas, algo así como: «pichipachiklapuchpichpapapakakab». Él se murió de risa, le pareció delicioso, y yo añadí aún «pingpangpong» o «bimbambum».

En un momento dado, cuando estaba ya a punto de descoyuntarse de risa, resopló: «Eres impagable, moza».

El director de goma sopesó en aquellos días si era hora de presentarme a sus compinches del bar. A mí me aterraba la idea, pero antes de que llegara a ocurrir volvió a desconfiar, y esa vez estuve realmente con el agua al cuello. Me había hurgado en el bolso en secreto mientras yo estaba en la cocina o en el baño. También me interrogó en detalle sobre la situación de la que escapaba. Yo había aprendido que, para ser creíble, es preciso referir con todo realismo hechos conocidos —sin mentiras que retener en la memoria—, aunque trasladados a otro contexto. Así pues, le describí la terrible estrechez en el piso de la señora Janicke y pinté a sus horribles padres como si fueran mis suegros. Había conocido a los dos jubilados de caras eternamente insatisfechas en la casa de Gerda Janicke; parecía que acabaran de morder un limón podrido y se consideraban maltratados por la vida. Hacia su sensible hija sólo mostraban maldad y falta de comprensión. Por supuesto, no se me ocurrió mencionarle a Galecki que también eran nazis furibundos.

Pero Felicitas volvió a irse de la lengua en el bar y al director de goma le generó enormes dudas con respecto a mi origen. «Ya no me creo tu historia», dijo: «Es imprescindible aclarar este asunto, y cuanto antes. Si hay algo que no está en regla con tu raza, se acabó, y será una desgracia».

Supe que me encontraba en peligro de muerte. Aunque por su físico Galecki no suponía una amenaza, podía ir en cualquier momento a su taller y llamar a la Gestapo desde allí. Tampoco tenía la opción de largarme sin más, porque habría puesto en un grave peligro a Hannchen Koch. Él conocía su nombre y dirección.

Con toda calma y una aparente indiferencia contesté:

—Lo puedes aclarar mañana. Ahora vamos a dormir.

—De acuerdo —dijo él—, ve mañana a hacer la compra.

Escribió una nota y me dejó un billete grande.

Había que traer unas pocas cosas de la panadería, de la carnicería y así.

Y entonces ocurrió un milagro. A la mañana siguiente, nada más salir a la calle, vi a Felicitas venir hacia mí arrastrándose. Bajo el abrigo le asomaba la combinación, y aún estaba medio dormida.

«Aaah», bostezó artificiosamente:

—Estoy tan cansada… Se me olvidó por completo darte un recado. Podría habérselo dicho al director de goma… pero también se me olvidó.

—¿Qué era? —le pregunté.

Volvió a bostezar:

—El doctor Heller vino a verme por la tarde, justo cuando quería ir al bar, y dijo: «Tienes que darle un recado a la señorita a la que alojaste por ahí».

Le hizo aprenderse el texto y repetirlo varias veces. Y ahora ella me lo decía igual que una niña recita un poema: la señora del chalé en la Marca de Brandemburgo se disculpaba humildemente por lo que me había hecho. Me invitaba a volver a ser de inmediato su querida huésped.

No dejé que notara lo redentora que era esta noticia.

—Podrías habérmelo dicho un par de días antes, pero aún hay tiempo —dije con calma, y luego—: Adiós, tengo que hacer unos recados para el director de goma.

Solía haber colas infinitas en los comercios, pero aquel día ocurrió un segundo milagro: la panadería estaba completamente vacía cuando entré, compré lo anotado por Galecki y en un minuto estaba fuera de nuevo. En la carnicería y hasta en la frutería pasó lo mismo.

Con cierto orgullo dejé la bolsa doblada como una flor en la mesa de la cocina y dispuse alrededor la compra y las vueltas. Y pensé: «Vosotros os quedaríais con las vueltas, nosotros no. Somos diferentes».

Después me fui al segundo barracón. Al primero que me salió al encuentro, le pregunté:

—¿Está el jefe?

—No, ha ido a comprar material.

—Bien —dije—, he cerrado su vivienda y le he dejado la compra encima de la mesa. Aquí están las llaves. Muchos recuerdos: es muy posible que no regrese. Quiero reconciliarme con mi familia.

Y me marché.

Por lo demás, aquel taller tenía su trampa. En él había tornos Boley como los que conocía de Siemens. El material para las piezas pequeñas que se manufacturaban en ellos se robaba a través de

complicadísimos canales en las fábricas de armamento, y el director de goma lo pagaba caro. Luego él, conmovido, suministraba las piezas a esa misma industria armamentística y con ello a su amado Führer. Era la radical contradicción de Galecki: la causa a la que se entregaba con pasión y entusiasmo era a la vez un medio para alcanzar un fin, que él explotaba fraudulentamente.

5

Caminé con calma a la estación de Görlitz. Allí me dirigí al andén del que salía el tren a Zeuthen. No habían pasado cinco minutos cuando la elegante locomotora entró en la estación. Me subí al tren y durante el viaje me sentí tan libre, tan extasiada incluso, que habría gritado: «¡Ay, qué maravilla!».

El frío extremo había pasado ya, y en Berlín una nieve sucia y fangosa cubría las calles. Pero yo avanzaba por un paisaje reluciente al sol y admiraba la nieve acumulada en las vallas y postes de telégrafos. Recordé mi infancia. Los domingos mi padre solía emprender conmigo una pequeña excursión a Tiergarten, Grunewald o Wuhlheide. Una vez, estando yo a su lado lista para salir, me pidió que esperara un momento: «Sólo un segundo: tengo que terminar de revisar un documento, no tardo nada». Miré por encima de su hombro y vi que, en la última página de un legajo, escribía «res.», y entonces dije: «¡Respunto!».

Riéndose, me explicó que era una abreviatura de «resuelto». Y en aquel instante los dos tuvimos la misma idea: empezamos a cantar mientras mi madre nos preparaba algo de comer en la cocina. Al son del himno nacional alemán, desfilamos a paso de oca en torno a nuestra gran mesa del comedor y atronamos: «Respuntó, respunto, puunto, res-puntó, respun-topuntóo…». Desde aquel día, cada vez que debía resolver algo penoso solía decir: «Voy a solucionar esto cantando». Y eso es lo que hice entonces: sentada en aquel tren canté para mis adentros nuestro himno respunto con la melodía del cuarteto *Emperador*, de Joseph Haydn, a fin de dar por resuelto el capítulo del director de goma de una vez por todas.

Curiosamente Camilla Fiochi ya estaba esperándome. La vi de lejos al sol frente a la puerta de su jardín. Llevaba un elegante conjunto negro de andar por casa de los tiempos de paz —la pesada seda estaba finamente trabajada, con el lado opaco hacia afuera y el lado

lustroso ribeteado—, que había completado con una blusa rosa palo.

Tenía los brazos abiertos. Tardé un instante en comprender lo que esperaba. Corrí hacia ella y me dejé caer en sus brazos y mecer como una niña. Me pregunté: ¿es real o estoy soñando? ¿La misma persona que me insultaba y tiraba del pelo me estrecha ahora con ternura?

Primero le hice un cumplido por su atuendo. «Negro y rosa palo es una combinación clásica. Seguro que más adelante le quedará también a usted muy bien», dijo. Cruzamos la puerta del jardín con los brazos entrelazados.

«Karola se enfadó mucho», empezó a contar, «dijo que duendes sólo hay en los cuentos». Tardé un rato en componer el sentido de sus comentarios, en apariencia inconexos: Camilla Fiochi había supuesto que la nueva mujer de su exmarido, una persona despreciable, se presentaba a escondidas en su casa para hacerle jugarretas.

Me desconcertó bastante, pero noté que quería tenerme en vilo. Hacía gestos extraños que remedé, y pasamos un rato haciendo el tonto. Me dijo que estaba convencida de que llegaría en el tren de las tres a Zeuthen, como efectivamente ocurrió. Era ya el tercer día que me esperaba ataviada con aquel hermoso conjunto y con la mesa puesta para dos personas. De no haber llegado aquel día, me explicó, habría renunciado.

Nos sentamos junto a la ventana grande. La clara luz de la nieve afluía desde fuera. La señora Fiochi tenía ya preparado el sucedáneo de café al borde del fogón. Del sótano trajo un pastel para cada una. Había hecho un gran sacrificio al comprarlos con sus cupones de racionamiento para la harina blanca. Yo estaba feliz, estaba segura, a salvo, acogida con cariño y me agasajaban. Mi alegría por todo aquello era mucho mayor que mi curiosidad por saber qué había ocurrido.

Primero quiso que le contara mi historia. Empecé a hablarle del director de goma y de sus acuarios, pero interrumpí mi narración:

—Prefiero dejarlo. Temo que suene increíble.

—Hay cosas que son tan absurdas que nadie puede inventárselas, ni siquiera el más imaginativo de los cineastas —replicó ella.

Al fin me contó lo sucedido: mientras ella estaba en su exclusiva peluquería del Kurfürstendamm, alguien había fisgado en su escritorio y había derramado tinta. La persona causante del desaguisado cogió del dormitorio unas caras y finísimas bragas de encaje francesas, limpió con ellas la tinta y, temiendo que la pillaran *in fraganti*, arrojó el cuerpo del delito por la ventana. Al día siguiente un vecino llamó a la puerta de la Fiochi y le devolvió el singular objeto sosteniéndolo con las puntas de los dedos.

Además de abrir y probar todos los cosméticos, en el sótano habían destapado los tarros de conserva para degustarlos. Estaba absolutamente segura de que había sido yo, dijo, y ni siquiera se había enfadado conmigo. En la tesitura en que me hallaba, le parecía una reacción normal.

Habló de ello con su cuñada Karola Schenk y ella descartó de plano su sospecha: «¿Hanni?» —aquél era el nombre con el que me conocían—. «¡Jamás!». Camilla insistió: «Tal y como la he explotado y tiranizado, sería comprensible. ¡Yo en su lugar habría prendido fuego a la casa!».

Sin embargo, algún tiempo después de despedirse de mí con frialdad, se habían producido más incidentes en su casa. Y entonces dirigió sus sospechas a la nueva señora Fiochi, que vivía muy lejos, en Italia.

Tardó un rato en contarme cómo había acabado todo: una tarde regresó de Berlín y estuvo llamando a Inge. Por fin encontró a su aprendiz en el sótano: la chica gritó asustada al ver a su maestra y se le derramó un tarro de mermelada de fresa por la cabeza. Me relató esa escena unas veinte veces, y en cada ocasión yo debía preguntar, asombrada: «¿Mermelada de fresa, de verdad? ¿Mermelada de fresa?».

Las fresas confitadas eran en aquella época el colmo del lujo. Camilla Fiochi sólo tenía uno o dos bancales de fresas en el jardín, y en las tiendas casi nunca se encontraban. Seguramente Inge abrió de puro aburrimiento un tarro y estaba saboreando el almíbar cuando la Fiochi bajó al sótano. Estaba claro quién había sido el duende del chalé. Para que no la descubrieran, la chica enseguida quiso tirar el tarro hacia atrás y se volcó la mermelada por la cabeza.

Entretanto, había oscurecido fuera y era hora de hacer la cena.

Llamaron a Inge, que entró con la cabeza gacha y, tal como se le había exigido, dijo: «Perdón». No fue capaz de añadir más.

«Está bien», respondí yo. No me enfadé ni un segundo. Toda la historia me daba absolutamente igual.

Mi segunda estancia en Zeuthen no fue muy distinta de la anterior, pero ahora sabía que todas las escenas desagradables acabarían pronto y bien. Cuando Camilla volvía a llamarme bruta, pronto nos echábamos a reír, y ella misma sacudía la cabeza reprobando su comportamiento. Una vez tuvimos que cortar una rebanada de pan en la cena.

—Déjeme hacerlo a mí. La cocina está impecable, y no querría que cayesen migas al suelo —le pedí.

Ella soltó una risita de niña, se me acercó rodeando la mesa, me abrazó y comentó:

—Está usted igual de loca que yo.

La acróbata siempre llevaba pantalones que sirvieran de ropa de entrenamiento. En cualquier situación, de pronto se abría de piernas y las estiraba hasta el split. Criticaba mucho a su aprendiz Inge porque no practicara sin pausa posturas de ballet ni hiciera puentes.

En aquel tiempo, el entrenamiento solía realizarse en el pabellón de ensayo de los Kaufhold. Este grupo de patinadores, que tenía amistad con los Fiochi, vivía muy cerca. Mi tarea allí era sujetar la cuerda de suspensión: se trataba de una polea con que asegurar a la persona que colgaba del trapecio izado bajo la cúpula del recinto.

Inge ascendió por una escalera amarrada a la cuerda, se subió al trapecio e hizo allí sus ejercicios. Mejor dicho: lo intentó. Mientras yo sujetaba la gruesa y recia soga, ella se quedó colgada de la cúpula como un peso muerto.

La señora Fiochi bramó y echó pestes, luego quiso hacer ella misma una demostración de la acrobacia y se enganchó a la cuerda. Poco antes había vuelto a denigrarme de mala manera y a comprobar con un algodón si había polvo en las esquinas de la habitación. Furiosa como estaba, me vengué: cuando me tocaba bajar de nuevo a mi hospedadora desde la cúpula, fui deliberadamente muy despacio. «¿Quieres dejarme suspendida en el aire hasta el fin de mis días?», vociferó furibunda. Entonces la dejé caer imperturbable y no volví a tensar el cable hasta justo antes de que golpeara el suelo. Gritó del susto.

Camilla Fiochi acudía una y otra vez a ver a su abogada. Un día la doctora Hildegard Stahlberg, cuyo bufete estaba cerca del Kurfürstendamm, le explicó que le era imposible dedicar varias horas a cada charla con su cliente. No se aclaraba con los caóticos relatos de la Fiochi y le pidió que redactara con exactitud qué reclamaba a su exmarido. Esa tarea recayó en mí: hora tras hora hube de sentarme con la acróbata hasta conseguir destilar de entre sus balbuceos cuatro o cinco puntos claros y anotarlos concisamente en un folio. Lo pasé todo a limpio bajo la rúbrica «Información», como recordaba que se hacía en el despacho de mi padre.

«¡Tiene usted otro abogado!», debió de decir Stahlberg al ver aquella hoja. Camilla le contó entonces que escondía en su casa a una chica judía cuyo padre había sido abogado. La jurista era firmemente antinazi y, al conocer la historia, le donó unos valiosos cupones de racionamiento. Más tarde, Camilla me confesó que Hildegard Stahlberg le había dado también veinte marcos y un paquete de cigarrillos para mí. El dinero lo empleó en conseguir alimentos, y los cigarrillos se los fumó. Después de la guerra, prometió, me lo devolvería todo. Se quedó asimismo con la paga que le había dado Lehmann para mí por limpiar su mugriento coche.

Pronto volvió a visitarnos Lieschen Sabbarth, y me hizo mucha ilusión. Me trajo un paquete de caramelos, y su cariño y amabilidad me hicieron mucho bien. El fin de semana vino también Karola Schenk.

A ambas les hablé en detalle de mi etapa con el director de goma. El final de mi estancia allí me tenía acongojada: me preocupaba que Galecki iniciara pesquisas tras mi repentina desaparición. Conocía el nombre de Johanna Koch, y también le había mencionado la dirección en Kaulsdorf. Para ella podría llegar a ser muy peligroso.

Pero Karola y Lieschen me tranquilizaron: «El director de goma jamás insistirá en ese asunto», dijeron. El hombre había estado encantado de encontrar a una mujer decente. Y luego vislumbró que algo no cuadraba en mis orígenes. Ahora bien, después de que el problema se hubiera resuelto sin dejarlo a él en evidencia, simplemente abandonaría su vaga sospecha.

Por la tarde Camilla me pidió que acompañara a su cuñada a la

estación. Me alegró hacerlo, pues seguía un poco prendada de Karola. Estaba deslumbrante con su abrigo claro de visón y su valioso sombrero de terciopelo. De camino me tomó del brazo y nos estrechamos. Ahí me contó su visita a Heller.

Karola había ido a ver al ginecólogo judío para interceder a mi favor. Supo por Camilla que ésta había sospechado sin fundamento de mí en Zeuthen. Para ella, una ciudadana cumplidora que no era ni antifascista ni antinazi, supuso un brete. Tenía pánico de caer en manos de la Gestapo si iba a ver a Heller, aunque eso fuera bastante improbable.

El doctor estaba en su despacho y acababa de despedir a una paciente cuando vio a Karola. Quiso que pasara a su comedor. Pero, después de abrir la puerta y mirar dentro, la cerró enseguida:

—Ay, Dios, aquí tampoco podemos entrar; es mi segunda consulta.

Karola sólo alcanzó a distinguir que en cada silla del comedor había sentada una persona, todas ellas, por supuesto, sobre una hoja de periódico.

Mi acompañante se detuvo y se giró hacia mí:

—Prométeme una cosa —dijo encarecidamente—: que nunca irás a esa segunda consulta de Heller. ¡Nunca!

—No puedo prometer eso. No sé lo que puede pasarme. Pero ¿por qué sería tan terrible? —pregunté.

Ella respondió algo curioso:

—La gente que había allí sentada en las elegantes sillas del comedor, sin cruzar palabra, eran todos judíos escondidos.

—¿Y cómo los reconociste?

—Simplemente lo supe. Por separado no los habría tomado por judíos, pero a todos juntos sí.

No consiguió explicarlo mejor. Pero entendí a lo que se refería.

—Partamos de la típica caricatura de un judío en el *Stürmer* [34] —razoné—, tiene aproximadamente diez rasgos: pelo rizado, barriga, pies planos, gran nariz, etcétera. Si una persona tiene todos esos rasgos, pensamos enseguida: «Ah, un judío». Si un judío sólo tiene uno de esos diez rasgos característicos, no llama la atención entre nueve tipos germánicos. Pero, si se juntan diez judíos con uno de esos rasgos, son indefectiblemente un grupo judío.

—¡Exacto! —exclamó ella—, yo no habría sabido expresarlo con

tanta precisión. —Luego me abrazó y me apretó. Y una vez más me susurró al oído—: Recuérdalo, por favor: ¡nunca te juntes con grupos judíos!

También la madre de Inge vino un domingo de visita a Zeuthen. Trude Neuke había estado casada en primeras nupcias con Rudolf Hubbe, un funcionario comunista en Magdeburgo. Unos SA lo mataron a golpes en abril de 1933. Para no quedarse sola con sus dos hijos pequeños, ella se casó poco después con otro militante comunista llamado Julius Neuke.

Trude era una mujer baja y corpulenta de piernas fornidas. Su rasgo más característico era su pelo rojo fuego. Lo llevaba liso, con raya y recogido en un espeso moño.

Me saludó con gran cordialidad y me tuteó enseguida: «Ya he oído que eres Hannchen. Tu nombre es falso, claro, y no quiero saber el apellido. A mí me llaman Trude la roja, y no sólo porque mi pelo sea rojo vivo. Mis ideas son aún más rojas», explicó. Nada más conocerla me llamó la atención que a veces, durante unos segundos, torcía hacia abajo las comisuras de los labios mientras seguía hablando en voz alta y aparentemente alegre: de pronto parecía melancólica.

Nos sentamos las cuatro a la mesa con un sucedáneo de café. El tema principal de la charla fueron las fechorías de Inge. Trude se puso furiosa y le soltó retahílas de insultos a su hija, con la que no era la primera vez que se enfadaba. «¡Animal, animal, animal!», gritaba una y otra vez. «¡Sospechan de una persona que tiene la desgracia de vivir en la ilegalidad por tus deslices e idioteces, y tú no lo aclaras!». Inge seguía allí porfiada sin reaccionar en absoluto. Trude exigió a su hija que me pidiera perdón.

La chica se levantó con su chándal azul, vino rodeando la mesa, me dio la mano y murmuró una vez más sin atisbo de emoción: «Perdón».

Luego Trude, con una calma absoluta, sin exaltación ni exageración alguna, me dijo algo muy importante: «Desde ahora y hasta la victoria del Ejército Rojo asumo la responsabilidad de tu vida y de salvarte de nuestros enemigos comunes». Me tendió la mano, una mano pequeña y delicada de mujer que me recordó mucho a la de mi madre. La tomé y la sostuve. Con el tiempo consideraría aquel momento una de las grandes cumbres de mi

vida.

También Camilla notó que había ocurrido algo extraordinario. «Tenemos que brindar por ello», declaró solemne. Bajó al sótano y trajo un resto de Sherry Brandy que conservaba para ocasiones muy especiales. La bebida se repartió en cuatro minúsculas copitas de licor que cogió de una vitrina en la que coleccionaba bibelots kitsch y objetos artísticos.

Después nos levantamos y arrimamos nuestras sillas a la mesa. Y entonces Camilla pronunció un breve discurso sorprendentemente claro: «Todas las que estamos aquí reunidas somos alemanas, y todas amamos nuestra patria. Pero un país que comete los mayores crímenes de la historia de la humanidad ya no es una patria. Alzamos nuestra copa por la derrota de la Wehrmacht, para que la humanidad y, a fin de cuentas, también Alemania puedan vivir. Brindemos por la victoria de los aliados».

«¡Victoria y libertad!», secundó Trude brindando hacia nosotras. Con la palabra «libertad» por primera vez se vislumbró algo parecido a la vida y el brillo en la cara de la infeliz Inge. También ella alzó su copa hacia mí, y yo asentí. Fue nuestra verdadera reconciliación.

Por la tarde acompañé a Trude Neuke a la estación. Moviendo el dedo y con un gesto de la cabeza, me dirigió a una esquina oscura del edificio para despedirnos, se me acercó y me susurró al oído tan bajo que realmente nadie pudo oírlo: «¡Frente Rojo [35] !».

Un par de días después le hablé a la señora Koch de aquel primer encuentro con Trude, lo que sin duda fue un error, porque enseguida desarrolló un odio a muerte por la mujer que se había declarado mi segunda protectora y que, por lo tanto, se convertía en su rival.

El 3 de febrero de 1943, en casa de Camilla Fiochi, escuché junto a Inge Hubbe y Lieschen Sabbarth la dramática emisión de radio que anunciaba la capitulación del 6.° Ejército en Stalingrado [36] . La noticia me produjo una agitación que superaba todo lo que había vivido hasta entonces. Me quedó del todo claro: la guerra está decidida, los aliados vencerán, la historia universal conserva su sentido. La humanidad, Alemania incluida, se salva de la perdición definitiva.

En medio de ese boletín informativo, de la descripción de la

catástrofe por el locutor nazi, Camilla dijo de pronto: «¡Dios mío, mi sobrino Günther!». Se dio cuenta de que era probable que ese pariente suyo hubiera caído en el cerco de Stalingrado.

Yo reaccioné a esa frase con un ataque de risa absolutamente inapropiado. Es probable que fuera consecuencia de mi propia conmoción interna. Tuve que salir corriendo a encerrarme en el cuarto de baño y me avergoncé de mi estupidez. Tardé un buen rato en tranquilizarme.

Lieschen Sabbarth me contó aquella tarde que su padre, el anarcosindicalista, había estado esforzándose por encontrarme alojamiento. Aquel hombre mayor, asmático y de movilidad mermada se había arrastrado a ver a sus viejos conocidos. Algunos habían muerto, a otros no los encontró en su dirección habitual. A menudo le abrían mujeres afligidas que le contaban que su marido llevaba años encerrado, en el presidio o en el campo de concentración. Por desgracia, no había conseguido encontrar un lugar para mí. Esa historia me conmovió mucho: «No puedes imaginarte cuánto me emociona saber que un anciano al que no he visto nunca lleva días enteros buscándome cobijo», consolé a Lieschen.

Poco después me despedí de Zeuthen cordialmente y con muchas palabras de gratitud. Mi tiempo con Camilla Fiochi se cumplía por segunda vez y estaba prevista una nueva estancia con Gerda Janicke.

—Recuerde la fecha de hoy —me indicó Camilla—: si al cabo de un año seguimos en guerra, si yo todavía no me he colgado y usted tiene aún que vivir en la clandestinidad, regrese aquí para otras cuatro semanas.

—Siga usted viva —repliqué yo. Con esa falta de ceremonia se decía adiós mucha gente en la guerra.

6

La casa de los Janicke en la Schierker Straße contaba con una única sala que, para colmo, era difícil de caldear. Al igual que en el resto del bloque, se usaba de dormitorio: el mobiliario de esa pieza, con un bonito conjunto de cama y cabecero, era el mayor orgullo de las clases pequeñoburguesas. En un segundo espacio sin ventanas ni estufa se encontraba lo que entonces se llamaba un *Kombi*, un armario para la vajilla, los libros y la ropa. Aquel minúsculo y gélido espacio tenía, además, un diván, y allí dormía yo.

En lugar de la abuela necesitada de cuidados, que había regresado a Turingia, en aquel piso diminuto vivía ahora otra joven clandestina. Eva Deutschkron era un par de años mayor que yo y también había acabado en casa de Gerda Janicke por mediación de Benno Heller. Las dos mujeres eran uña y carne, también en el trato con Jórgelchen, el pequeño germano, con quien me reencontré.

Eva Deutschkron era modista y se pasaba el día entero sentada ante la máquina de coser. Hacía pantaloncitos para el niño, le arreglaba la ropa y retocaba una y otra vez el vestuario de la señora Janicke. Y no veía razón por la que su labor tuviera que acabar. Su anfitriona estaba feliz de contar con una «modista personal», como lo formuló Heller para deleite de ambas mujeres. «¿Sabes? Tu costura es como la historia de *Las mil y una noches*», le dije una vez a Eva.

La vida discurría en la cocina. Pese al fuego de carbón, ni siquiera ésta llegaba a calentarse de verdad. Las dos mujeres comían allí, junto con el lindo Jörgelchen, mientras yo miraba o, mejor dicho, me daba la vuelta. Se me hacía la boca agua, pero no compartían nada conmigo.

Por lo demás, Gerda Janicke pasaba la mayor parte del tiempo ociosa, sentada en la caja del carbón. Era una mujer guapa, algo rellenita, pero torcía las comisuras de los labios y dejaba caer los

hombros: «Hasta su ropa lloraba», habría dicho mi abuela.

Mi anfitriona había crecido en circunstancias muy precarias y durante toda su vida la habían tratado como a una cría: primero, sus horribles padres, que yo ya conocía; más adelante, su esposo. Jamás había podido ser quien daba las instrucciones. Aquello cambió al llegar yo a su casa. Aunque ciertamente arriesgaba su vida por mí, también disfrutaba ejerciendo al fin el poder. «Ha de estar usted disponible en todo momento para las labores domésticas», me advirtió, por ejemplo; si bien no había mucho que hacer: «No puedo consentir que se vaya a Köpenick a ver a una amiga». Lo que significaba que ni siquiera recibiría los escasos alimentos que Hannchen Koch reservaba para mí de su propia ración. Durante días no tenía absolutamente nada de comer: jamás estuve tan hambrienta.

En aquel entonces empecé a odiar a muerte a Eva Deutschkron. Al mismo tiempo, me avergonzaba de ello y encontraba mis sentimientos impropios, indecentes e ingratos: ella no me hacía nada malo, pero el hambre me desquiciaba y no me permitía pensar con claridad.

Recitaba reiteradamente la confesión de los pecados, pues por una especie de superstición infantil quería atribuirme todos los pecados posibles. Confiaba en que mis sufrimientos, mi temor y mi penuria fueran un castigo por mis fechorías. Así cabía la posibilidad de que acabaran cuando las expiara todas.

Al contrario que yo, Eva Deutschkron disponía de sus propios cupones de alimentos. Me contó cómo los había conseguido mientras fregábamos. Nos habíamos entretenido averiguando si teníamos conocidos comunes. Y así fue como salió el nombre de Mirjam Grunwald, que había ido a clase conmigo.

Era una chica inteligente, talentosa y muy culta, perteneciente a una familia distinguida de la burguesía intelectual judía. Mirjam era, como yo, una de las mejores alumnas de la clase. Las dos nos tratábamos con mucha educación, pero no nos apreciábamos.

Los padres de Mirjam tuvieron la posibilidad de emigrar, pero ella se quedó atrapada en Berlín. La reclutaron para realizar trabajos forzados. Como es natural, a los padres les resultó espantoso marcharse de Alemania sin su hija. Buscando una salida a ese trance, le dejaron toda su fortuna en forma de dinero «negro».

Yo me lo imaginaba como un gran saco con monedas lacadas en negro. Ese efectivo debía facilitarle la supervivencia a Mirjam, y esperaban que así lograra seguirlos a Estados Unidos en cuanto fuera viable.

Las dos mujeres se conocieron en la misma empresa en que Eva y su esposo realizaban trabajos forzados. Eva estuvo hablando de su reciente matrimonio y enseñó una foto de su marido. Para su asombro, poco tiempo después Mirjam Grunwald los invitó a un café un fin de semana y se mostró de lo más hospitalaria.

Mirjam les explicó que estaba en condiciones de pasar a la clandestinidad: disponía de dinero, un escondrijo y alguien de quien conseguir cupones de alimento, pero que sólo sería capaz de soportar su miedo mortal junto a un hombre. Así pues, les propuso un insólito trueque: que Eva le prestara a su marido durante un tiempo indefinido y recibiera a cambio dinero y cupones. Parte del acuerdo era que únicamente le estaría permitido ver a su marido una vez al mes: el encuentro, sin abrazos ni efusiones, no debía servirles más que para cerciorarse de que ambos seguían con vida.

La propuesta desconcertó a Eva. Fue entonces a ver a los Heller para preguntarles qué pensaban, y ellos le respondieron: «En estos tiempos absurdos todo es absurdo. Sólo conseguiréis salvaros de forma absurda, porque los nazis quieren mataros a todos». Al final, el joven matrimonio accedió. Eva me contó todo esto llorando a lágrima viva. Aunque la señora Janicke lo sabía, me pidió que no le confiara que me lo había contado.

Yo misma había tocado fondo en mi vida. Me pasaba el día congelada y me castañeteaban los dientes de hambre y frío. Para colmo, se sumó otra afección muy desagradable: sentía dolores punzantes en la vejiga y no lograba contener la orina. Cuando empezó, estaba en la lechería, haciendo la compra para la señora Janicke. De repente, se formó un charco a mis pies. No sé si la gente de alrededor se dio cuenta, pero no pude evitarlo. Me dije desesperada: «Todo esto nos hace el enemigo». Quizá a algunos les cueste menos imaginar estos infortunios que las montañas de cadáveres, que los más grandes crímenes de la historia de la humanidad.

Resultaba especialmente fastidioso porque carecía de la posibilidad de lavar y secar mi ropa. La muda, helada, se me pegaba

al cuerpo, tardaba en secarse y apestaba. En aquellos momentos, nada impedía que Eva Deutschkron y Gerda Janicke se sintieran de verdad mejores que yo.

No se me permitía ir al retrete por la noche y a primera hora de la mañana tenía que ir a por leche. Así que me llevaba el cazo a mi gélida cama y lo utilizaba las veces que fuera necesario. Por la mañana lo vaciaba en el baño y lo limpiaba —someramente, he de confesar— con agua fría. También de esta inmundicia, pensaba, podemos culpar al enemigo.

Una tarde, las dos mujeres y el pequeño germano salieron a dar un largo paseo y me encomendaron sacar brillo a los muebles de la cocina con una gamuza. Enseguida me percaté de que con ese método no le sacaba brillo a nada, y tampoco me quedaban fuerzas, así que me tumbé en el diván a leer. En alguna ocasión especial, el señor Janicke se había hecho con una preciosa edición de Dostoievski encuadernada en cuero. Esta distracción me salvó durante un momento. Por primera vez, fascinada, leía *Los hermanos Karamázov* mientras me castañeteaban los dientes.

De pronto recordé que los tres volverían enseguida. A todo correr me subí a una silla y fregué los muebles por arriba, pues contaba con que la señora Janicke los inspeccionase justo ahí. Luego volví a echarme en el diván, aunque lista para saltar en cuanto oyera sus pasos en la escalera.

No advertí que, desde lo alto del armario, el polvo fluía por los laterales como un purín negro, como si se hubiese derramado un tintero.

Las dos mujeres no tardaron por supuesto en referirles este incidente a los Heller. Ambas adoraban a ese médico de ensueño hollywoodense y, al igual que yo, acudían con regularidad a darle el parte. Les encantaba entretenerlo con informes sobre los estragos que yo ocasionaba en la casa.

«¡Oh, aquí está nuestra gloriosa bachiller!», con estas palabras me recibió Heller la siguiente vez que fui a verlo. «¡Fabuloso! Mariechen, ya puedes estar orgullosa de tu bachillerato… porque no vales ni para echar una mano en las cuestiones prácticas». Se sentó al piano y tocó un par de compases. Las puertas de su consulta estaban abiertas, todos sus pacientes podían y debían oírlo. «Qué suerte no beber, dejémoslo correr», cantó, y luego entonó junto a su

mujer el estribillo adaptado de una canción de marcha: en lugar de «tralarí, tralará» cantaron con brío y a dos voces: «guarradí, guarradá».

—Déjeme explicarle lo que ocurrió —le dije desesperada—: Estoy enferma, tengo cistitis. Se lo ruego, deme algún medicamento.

—¡Ni hablar! —replicó furioso.

—Pero tiene que haber algo que acabe con eso, ¿no? —pregunté.

—No —denegó de nuevo. Y entonces pronunció una frase inaudita—: Los judíos que viven en la clandestinidad no se ponen enfermos.

La noche siguiente fui incapaz de dormir. Estaba muy confusa. Tenía miedo de desmayarme cualquier día en la calle de hambre y penuria. En ese caso, si me llevaban a la policía, toda la lucha previa habría sido en vano.

Mientras yacía en la cama tiritando violentamente, escuché de pronto la canción «Hänschen klein[37]». No la cantaba yo, sino un chico: el hijo de una sirvienta que el año de la muerte de mi madre nos hizo muchos favores. Ya de niño, Fred Heinzel era un pequeño antinazi.

Me pregunté: ¿por qué de repente vuelvo a oír esa canción? Tiene que haber una conexión entre la negativa de Heller a ayudarme y el pequeño Fred Heinzel. Y entonces, en ese extraño estado mental entre el sueño y la realidad, decidí que si lograba resolver aquel enigma, lo interpretaría como un buen augurio. Pero no lo consideraría un mal augurio si no lo conseguía: eso sería superstición, que no está permitida en la tradición judía.

Entretanto, seguía oyendo la voz de Fred Heinzel cantar «Hänschen klein». Y de pronto me vino a la cabeza una imagen: estábamos junto a la chimenea del comedor en el piso de mi infancia, en la Prenzlauer Straße. El chico le hablaba a mi padre de la escuela: sufría con los brutales ejercicios de gimnasia militar que le exigían, y había llorado en clase. A su profesor, un nazi empedernido y sádico, le explicó que le era imposible seguir por el dolor. A lo que él replicó: «¡Los chicos alemanes no se ponen enfermos!». Ahí estaba la conexión: «¡Los judíos escondidos no se ponen enfermos!», había dicho Heller. Aquel buen médico, inteligente en sus diagnósticos y psicológicamente hábil en el trato con sus pacientes, no soportaba que se mezclaran los pacientes de

sus dos salas de espera. Para él yo podía ser una judía clandestina, pero no una judía enferma.

A la mañana siguiente me desperté aliviada. Había resuelto el enigma y las cosas mejorarían. Y lo cierto es que a los ocho días exactos superé la enfermedad.

Eva Deutschkron se había quedado sin ideas de moda para tener contenta a la señora Janicke. En su momento había albergado el sueño de ser diseñadora y ya había esbozado para su amiga un vestuario de playa, ropa de senderismo y hasta vestidos de noche. Estábamos en febrero, así que le propuse:

—¡Dibuja disfraces de carnaval!

—Anda, qué buena idea, con eso llenamos una tarde entera — respondió Eva. Estaba verdaderamente agradecida.

Cuando nos enseñó sus bocetos de disfraces nos pusimos a hablar de la Nochevieja, y Gerda Janicke aludió a la molibdomancia [38]. En aquel contexto mencioné mi encuentro con la adivina, la señora Klemmstein, y así surgió la idea de requerir de nuevo sus servicios.

—Me gustaría saber si las bombas destruirán mi casa —dijo la señora Janicke.

Yo sabía en qué pueblo vivía la señora Klemmstein. Pero, para que me permitieran una salida extra, aseguré que primero tenía que ir a preguntarle a la señora Koch. Llamarla podía ser muy oneroso porque a menudo se desplazaba por el inmenso recinto de la lavandería.

—Quédese todo el tiempo que quiera —concedió generosa mi anfitriona.

Aproveché la coyuntura para celebrar mi recuperación. Tomé un plato del día en dos tascas distintas de Neukölln: un puchero de col y otro de colinabo; no dejaban de ser un lujo, pues, aunque no contuvieran ni un gramo de carne o grasa, al menos estaban calientes. Luego entré en un sórdido café a tomarme una taza de sucedáneo. Me permití semejante derroche porque había dinero en el horizonte. Había decidido que mi excursión para ver a la señora Klemmstein fuera sólo ficticia, para quedarme el dinero de sus honorarios, del viaje y del teléfono.

Regresé feliz a la Schierker Straße. Dije que la señora Koch me había explicado en qué pueblo vivía la adivina y que, una vez allí,

debía preguntar.

La adivinación era ilegal. Cada vaticinio constaba cinco marcos. La señora Janicke volvió a fundir plomo, y se sumó una de sus conocidas. El día en que estaba acordada mi primera visita a Trude Neuke, afirmé que me iba a ver a la adivina.

Trude sólo había mencionado una vez su dirección. Aunque por aquel entonces no se apuntaba nada, nunca la habría olvidado: Schönleinstraße 13, en el barrio de Kreuzberg. Subí alegremente la escalera. En la primera planta entreví una placa de porcelana oval con el nombre Neuke. Después de llamar escuché unos pasos que se arrastraban tras la puerta. Me abrió un hombre alto y flaco que rondaba los cuarenta. La apacible sonrisa que cruzaba su adusto rostro formaba unos hoyuelos en su cara. Aquella mezcla de dureza y humanidad me cautivó desde el primer momento.

El señor de la casa era Julius Neuke, al que llamaban Jule. Por Inge Hubbe sabía algo más de su padrastro. Era tornero, tenía que realizar de pie un trabajo muy exigente, pero sufría de piernas ulceradas, por lo que le resultaba un suplicio. De ahí que estuviera a menudo de baja y que su familia se enfrentara a dificultades económicas.

Jule Neuke estaba perfectamente informado sobre mí. Me guió hasta la cocina. En cuanto entré aquella primera vez, pensé: «¡Buenos días, querida cocina!». Y eso que era muy convencional, ni especialmente bonita ni suntuosa. Pero reinaba una atmósfera en la que me sentí bien de inmediato.

«Tomad asiento», dijo mi anfitrión, y me ofreció una silla. Me quedé perpleja: ¿acaso había allí alguien más que yo? Con un gesto servicial, dijo de nuevo: «¡Tomad asiento!». Hasta hoy no consigo explicarme por qué se dirigió a mí de ese modo tan anticuado.

Por lo demás, Jule Neuke me recibió con gran cordialidad. Su mujer, me explicó, estaba en Magdeburgo, donde visitaba de vez en cuando a su anciana madre, Anna Aernecke, y a las tres hermanas que vivían en su ciudad natal. En este caso, sin embargo, barrunté que el objetivo de su viaje era buscarme un alojamiento con alguien de su familia.

Jule Neuke me ofreció una taza de sucedáneo de café y salió en busca de unas galletas que escondían en el cuarto de al lado para las ocasiones especiales. Tardó un buen rato en volver. Mientras lo

esperaba, mi mirada se topó con una postal sujeta en el marco del cristal de la alacena. Probablemente era de Trude, y sólo pude y quise leer un lado: que el viaje había ido bien, contaba, que la madre se encontraba bien. Luego venía el mensaje que leí al menos diez veces y pronto me supe de memoria. Con errores de puntuación y mayúsculas y minúsculas arbitrarias, escribía: «Elle, Podría pero dice, que no. Erna, Dispuesta seis semanas». Tuve claro a qué y a quién se refería.

Mi relación con Julius Neuke fue siempre como había sido aquel primer acercamiento: era uno de los poquísimos hombres que me apreciaban sin la menor connotación sexual. Nunca se habría propasado. Acordamos la fecha en la que volvería, y poco después me despedí.

Era un día muy frío, y no supe dónde seguir matando el tiempo, así que regresé a toda prisa al piso de Gerda Janicke. Las dos amigas se sorprendieron mucho al verme de vuelta tan pronto. Mentí: dije que todo había salido bien, que a la entrada del pueblo pregunté por la señora Klemmstein y me llevaron hasta ella. Antes le había sonsacado a la Janicke qué problemas les interesaban a ella y a sus amigas. Una de sus conocidas, una joven viuda, quería saber si llegaría un nuevo amor a su vida. Así que me inventé comentarios que encajaran de algún modo con aquellos temas y, con balbuceos, tartamudeos y pausas, reproduje de memoria lo que supuestamente me había dicho la vidente. Mi informe fue muy bien acogido. Todas quedaron satisfechas. Y yo me gané un día libre, comer algo y más de veinte marcos.

Mi autoestima se restableció un poco con esta aventura, y también mejoró la relación con las dos mujeres. Un día dijeron que pretendían ir al cine. Ponían una película con Marika Rökk que todo el mundo quería ver. La gente tenía auténtica ansia de distracción, y ante los cines se formaban largas colas. Pese al frío intenso o la lluvia, estaban dispuestos a esperar durante varias horas para divertirse.

A mí misma me apasionaban aquellas películas. Me identificaba con las estrellas de cine femeninas y me imaginaba llevando sus vaporosos vestidos y flotando por los salones de baile. Al mismo tiempo, una segunda sección de mi conciencia analizaba en detalle la ideología política de los filmes, que estaban diseñados para

incitar a la gente a soportarlo todo gracias a aquel entretenimiento, y despreciaba aquella sensiblería nazi.

Así, fui a conseguir entradas para las dos damas. Cuando llevaba horas esperando bajo el frío, salió alguien del cine y exclamó: «Por favor, dejen de hacer cola, ¡en cinco minutos se habrán acabado las entradas!». Me dio tanta rabia que me quedé allí porfiada, aun después de que cerrara la taquilla y de que todo el mundo se dispersara. Me habría gustado tanto hacerme querer en la Schierker Straße llevándoles aquellas entradas…

De pronto me abordó un señor mayor muy elegante:

—Yo tengo dos. —Lo miré como si acabara de caer del cielo—. Con este frío —me explicó—, no he hecho todo el camino para que me devuelvan el ridículo importe que costaron: sé cuánta gente está deseando ver esta película. —Su mujer no se sentía bien, de modo que renunciaban a ir al cine. Demostré hasta tal punto mi entusiasmo que preguntó—: ¿Depende de ello su eterna bienaventuranza?

—¡Sí! —respondí con la mayor seriedad.

—En ese caso, permítame regalárselas —sentenció—. Por lo demás, debería tomarse cuanto antes una bebida caliente para levantar la moral.

Nos despedimos con un apretón de manos.

Entonces decidí que si sobrevivía y seguía siendo una persona decente, intentaría toda mi vida estar alerta por si alguien me necesitaba, pues a menudo lo que puede salvar a una persona de un apuro no son más de un par de frases, un mínimo gesto en el momento oportuno.

Tarde pero triunfal, llegué a casa con las entradas y, como es lógico, no rechacé el dinero que me dieron por ellas. Eva Deutschkron exclamó al verme: «¡Ay, Dios, Hanni está amoratada de frío! Gerda, ¿puedo?». La señora Janicke entendió de inmediato y asintió. Eva cortó en la cocina una gruesa rebanada de pan para mí, la untó con abundante mantequilla y me sirvió sucedáneo de café caliente. Y así logré recobrar poco a poco los ánimos. Fue un momento maravilloso de solidaridad y camaradería entre nosotras tres.

7

Los Heller fueron hasta el final una pareja de lo más contradictoria. Cuando Irmgard Heller inclinaba ligeramente la cabeza para que se viera su hermoso perfil con su peinado tradicional alemán, daba la impresión de mirar con todos los prejuicios antisemitas a aquellas mujerucas con la estrella amarilla sentadas en la sala de espera de su marido. Tanto más había que reconocerle que consagrara el resto de su energía vital a salvar judíos de los mayores criminales de la historia de la humanidad.

Con él, izquierdista convencido, hablé a veces de política. Un día afirmé que había que perder la guerra para librar a Alemania y a la humanidad del régimen hitleriano. «Pero no puedes desear la derrota de nuestra Wehrm…», se le escapó, y reprimió la frase asustado poniéndose la mano en la boca. Aquello me horrorizó. No había conocido a un solo oponente de los nazis —desde Ida Kahnke, la mujer de los retretes, o Emil Koch, el bombero, hasta el capataz de Siemens, Max Schulz— que no estuviera convencido de que la guerra debían ganarla los aliados. No quise discutir con Heller porque él mismo fue consciente de lo que había dicho. Pero el ideario que afloraba ahí concordaba con las cicatrices de su rostro [39] .

Nos peleábamos una y otra vez. Un día la señora Heller, que sufría del corazón, reposaba en el diván del comedor. Abierta en la mesa había una caja bastante grande de bombones. A mí se me hizo la boca agua. En las tiendas normales no se encontraba ya nada parecido.

Benno Heller se dio cuenta.

—Nos repartimos los bombones —dijo riéndose—. Primero te comes la mitad, luego repartimos la mitad sobrante, luego volvemos a repartir y seguimos… ¡hasta que te los hayas comido todos sola!

—En el futuro espero llevar una vida normal —respondí—, y los

invitaré a ambos a tomar café. Y nos comeremos un par de bombones.

La última frase me salió sin más. Dada la enfermedad de la señora Heller, el comentario era, sin duda, estúpido y falto de tacto.

A Heller no se le escapó. Se levantó y me dio una bofetada. No fue un golpe muy fuerte. Me dolió más en el alma que en la mejilla. Lo sentí como una honda humillación.

Salí corriendo sin decir palabra. El médico me siguió: «¡Mariechen, no te lo tomes a mal!», exclamó. Yo había bajado ya media escalera, pero me di la vuelta. Que estaba estresado y no quería ofenderme, dijo. Me limité a aceptar sus disculpas. No teníamos tiempo para una larga charla de reconciliación.

Nuestro último y peor altercado sobrevino poco después. Discutimos furiosos: me parecía que estaba obcecado con la idea de salvar al máximo número posible de judíos. Durante el día llegaba a haber media docena de ilegales en su piso aparentando hacer actividades productivas, como fregar los marcos de las ventanas o limpiar las verduras. Y Heller apremiaba sin descanso a sus antiguas pacientes no judías para que acogieran a alguien. Yo temía que tarde o temprano aquello acabara en catástrofe.

—¿Y qué pasa si una clandestina llega a casa de gente que se lo ha pensado mejor y la entregan a la Gestapo? —pregunté. Ya se habían producido tales casos. Muchas de las judías a las que él convencía para pasar a la clandestinidad no estaban preparadas para una vida ilegal—. Está empujando usted a esas mujeres a aguas muy profundas. Pero algunas no saben nadar, y menos aún bucear —le reproché.

No entendió para nada lo que le decía y se enfureció todavía más. Hasta que estalló:

—¡Ya te he calado, eres una malísima persona! ¡Lo que quieres es que te ayude sólo a ti! Si encuentro una decena de alojamientos, quieres disponer de todos ellos para ti sola, alternándolos cada semana. Y así quieres apañártelas hasta el final de la guerra. Pero no se trata sólo de ti. ¡Debemos salvar a tanta gente como sea posible!

Para mí fue el final.

—Ofende usted mi honor —le dije—. Nuestra relación ha terminado.

Me marché sin despedirme. De nuevo me siguió hasta la escalera y exclamó juguetón:

—¡Vaya! Pero ¿seguirás viniendo a nuestro *jour fixe*? ¡Vendrás, claro que vendrás!

Me di la vuelta y le grité con todo el orgullo del que fui capaz:

—¡Nunca más! —Y me largué de allí.

Me faltaba el ánimo para regresar con la señora Janicke y contarle esta horrible escena. Seguí caminando sin rumbo en dirección a las afueras. Hacía mucho frío, tenía los pies helados. Para calentarlos, pateaba el suelo con fuerza a cada paso. En mi abandono y desconsuelo, deseaba ardientemente encontrarme con la única confidente y aliada de años que me quedaba: Hanni Koch. «Quiero a Koch, quiero a Koch», murmuraba para mí mientras pateaba el suelo, pero sabía que de ningún modo andaría por aquella zona. Sin duda, estaría sentada en su taburete de la lavandería de Köpenick.

De pronto me salió al encuentro una figura familiar. Era una mujer grácil que enseguida supe que, por mucho que lo deseara, no era la señora Koch. Iba envuelta en una preciosa estola verde de la mejor lana, una prenda cara que Hannchen nunca tendría. Esta persona se acercó, se detuvo ante mí y dijo: «Vaya, tú también estás hecha un basilisco». Era Lieschen Sabbarth.

La chica de las tres pelucas, a la que me encontré por casualidad en una calle de Neukölln, estaba asimismo muy enfadada: venía de visitar a una colega que había afirmado haberse torcido el pie. Debido a esta lesión, el grupo de acróbatas hubo de cancelar una función bien remunerada para la Wehrmacht. Con todo, solidaria como era Lieschen, había recorrido el camino desde el extremo norte de Berlín hasta el sur para visitar a su colega. Y en la casa sólo encontró a la madre de la supuesta lesionada. «¿*Torcío* el pie?», preguntó ésta. «No sé. Ha *conocío* a un oficial, que está *pa* tres días en Berlín. Y de ahí saca to lo bueno y bonito y fabuloso».

Lieschen Sabbarth regresaba a casa furiosa. Y en eso nos encontramos. Después de caminar un poco juntas me invitó a entrar a un café, pidió sucedáneo para las dos y una porción de bizcocho para mí. Disfrutamos durante largo rato de nuestra conversación.

«¿Sabes?», me comentó en un momento dado, «quiero confiarte algo que nadie sabe. Dame tu palabra de honor de que no vas a

contarlo». Y entonces lo soltó: ella, a quien Camilla Fiochi había formado y que también se había convertido en su amiga, tenía un hijo ilegítimo de Paolo Fiochi. Había ocurrido cinco o seis años atrás, cuando vivían todos bajo el mismo techo en Zeuthen. Paolo Fiochi ya tenía una relación con su gran amor, la bailarina italiana. Pero ambos eran jóvenes y se aburrían, e iniciaron una aventura. Aquello me escandalizó: entonces no era capaz de entender que algo así fuera posible.

Al despedirnos, Lieschen me entregó dos paquetitos que había llevado para dárselos a su colega: «Toma, no quiero quedármelos, llévatelos tú». Uno era una tableta de chocolate de cincuenta gramos con un envoltorio muy bonito; el otro, un paquete de veinte cigarrillos adornado con cintas de colores. Reconfortada por estos regalos, regresé a la Schierker Straße.

Ya había oscurecido. Gerda Janicke y Eva Deutschkron me esperaban muy alteradas. Se habían preocupado mucho, no principalmente por mí, desde luego: de haberme ocurrido algo, también ellas habrían estado en peligro. A fin de apaciguarlas, saqué los dos paquetitos del bolso y dije: «Hoy he vivido algo muy especial. Y traigo esto para Jörgelchen». Dos minutos más tarde me llamé idiota, como tantas veces lo hiciera la señora Fiochi: era absurdo renunciar a aquellas delicias que tanto habría disfrutado. La señora Janicke apenas lo agradeció y, sin mirarlas siquiera, las metió en un cajón.

Y entonces me asaltó una idea, como si un perrillo me hubiera susurrado al oído lo que debía decirles a las dos mujeres: improvisé una superconferencia. Ofrecí una perla retórica sobre mi tía Grete, conté toda su historia, describí su aspecto y su carácter, pero dando a entender que era una antigua vecina no judía con la que me había encontrado en la calle. Que había insistido en darme un par de regalos para el precioso niño de mi anfitriona. Pero que primero tuvo que conseguirlos, y que por eso había tardado tanto.

Vi que Gerda Janicke torcía el gesto: era evidente que había cargado las tintas. Notó que no estaba siendo sincera, pues si algo tenía claro era que yo no apreciaba en exceso al pequeño germano.

Estaba ya en la cama cuando oí pasos en el pasillo y unos suaves golpes en mi puerta.

—¿Sigue usted despierta? —susurró Gerda.

—¡Sí! —Me incorporé esperando un altercado.

—No se levante —me exhortó desde la puerta—, sólo quiero preguntarle algo. Me ha fascinado su historia. No me creo ni una palabra y al mismo tiempo me digo: nadie puede mentir así. Cada detalle cuadra, pero no el conjunto. ¿Quiere decirme ahora la verdad?

—Sí —respondí—, he tomado una foto sin retocar en que cada detalle es real. Pero la he sacado del marco y la he puesto en otro. He descrito con exactitud la biografía y el carácter de mi tía Grete, pero trasladados a otra persona.

—¿Y qué ha ocurrido en realidad? —preguntó.

—Prefiero no hablar de ello porque hoy he vivido algo que me aflige hasta lo más hondo del alma.

Lo aceptó. Se acercó y se sentó al borde del diván:

—Hanni, tengo que decirle algo: es usted un genio.

—¡Qué va, señora Janicke! Hay gente mucho más dotada que yo —objeté.

—¡No, no! El doctor lo afirmó hace poco y la señora doctora asintió. Me contó que la aprecia mucho. Que se burla llamándola «gloriosa bachiller», pero sólo porque quiere enseñarle a ser una persona práctica.

Esta charla nocturna me consoló y me reconcilió con los Heller. Entonces ignoraba que no volvería a verlos.

Unos días después, Gerda regresó a la consulta del ginecólogo. Eva cuidó entretanto de su hijo. Le parecía un niño mono, y el pequeño germano la quería como a una segunda madre. Con la misma claridad percibía mi rechazo y me tenía miedo. Lo cierto es que a veces sentía ganas de pellizcarlo y de llamarlo «cebón». Me abatía pensar en la cantidad de niños judíos que estaban siendo asesinados. Y apenas soportaba mirar a aquella bola de sebo chillona que comía con tanta fruición, pero a la que tanto le costó hablar.

«Estoy preocupada», dijo Eva por la tarde, «Gerda se está retrasando demasiado. Debe de haber ocurrido algo». Cuando al fin regresó la señora Janicke, estaba lívida, deshecha en lágrimas y apenas era capaz de hablar. Habían detenido a Heller, contó sollozando. Dos agentes lo habían sacado de su piso. Como siempre, se encontraban allí varios ilegales; pero a ellos no les prestaron la

menor atención.

A las tres nos conmovió y estuvimos llorando un buen rato juntas. Luego Gerda se levantó, se acercó al calendario de pared y marcó con una rayita el 23 de febrero.

—Desde hoy —anunció—, se lucha contra la injusticia. Se acabaron las ilusiones románticas. Si estás de acuerdo, Eva —añadió —, a partir de ahora Hanni come con nosotras. Sé que pagas por tus cupones un precio alto y duro: pero a partir de hoy se comparte todo.

—Hace tiempo que lo estoy deseando —secundó Eva de inmediato.

Se lo agradecí mucho y me disculpé porque a veces no me había comportado nada bien. Después, para celebrar la excepcionalidad del día, tomamos una taza de café auténtico cada una.

En cuanto nos sentamos a cenar sonó la alarma de ataque aéreo. Por indicación de Gerda, Eva acababa de encender el calentador de carbón: las dos querían bañarse, pero tenían que bajar al refugio. Yo no iba con ellas porque oficialmente no existía, mientras que Eva pasaba por ser una amiga que de vez en cuando pernoctaba allí.

«Hanni, báñese usted», dijo Gerda Janicke. «Si no, se desborda el calentador». No esperé a que lo repitiera. Me metí en la bañera, hice olas con las manos y bastante el tonto. «Estoy piripi de café, estoy firiqui de papé», cantaba. Sentía cierta embriaguez por la falta de costumbre.

Cuando cesó la alarma, subieron. «¡Qué suerte!», dijo la señora Janicke en tono de reproche: «Nosotras helándonos en el refugio, y usted tan a gusto en la bañera caliente».

El comentario recuerda a un chiste soviético que escuché años más tarde. Todo el mundo hace cola frente a una carnicería, pero la carne no llega. Primero ordenan que se vayan los judíos, luego los que no viven en la zona y, después de varias horas, los que no son miembros del partido. Al final, sale el carnicero y dice: «Acabo de recibir una llamada y tengo que mandarlos a todos a casa: hoy no distribuyen carne». La gente se retira refunfuñando y protesta: «Siempre se privilegia a los judíos».

Gerda Janicke cumplió su palabra. Se volcó con la señora Heller, que tras la detención de su marido sufrió un grave infarto. Mi anfitriona la acompañó al abogado y a la cárcel. Irmgard Heller le

confió también quién estaba alojado con quién: Cohn donde Müller, Levy donde Meyer, etcétera. La señora Janicke los visitó a todos, los informó y averiguó lo que sabían ellos. Así descubrimos por qué habían detenido a Heller.

El ginecólogo había convencido a una mujer judía de unos treinta y cinco años y totalmente apolítica de pasar a la clandestinidad. La remitió a una paciente agradecida de Neukölln para que se hospedara con ella dos semanas. Sin embargo, una vez cumplido el plazo, la clandestina no quiso abandonar el alojamiento. Por su parte, la anfitriona insistió en que no podía cobijarse allí. En su entorno vivían muchos nazis. A todo el mundo le había contado que su prima de provincias estaba de visita, pero los vecinos ya la habían conminado varias veces a registrarla en la comisaría.

Así pues, esa judía «que no sabía nadar» se quedó desamparada. Vagó y vagó por la ciudad durante varios días y varias noches, pasando hambre y frío, sin posibilidad de lavarse ni de ir al baño. Regresó a casa de su anfitriona y preguntó:

—¿Puede usted acogerme otra vez?

—No, no es posible —se negó ésta.

—Pues entonces le digo una cosa: lo que he vivido en los últimos días ha sido tan horrible que el campo de concentración sólo puede ser mejor. No habrá confort alguno y la comida no será como en un restaurante, pero una sopa aguada ya darán, y un montón de paja bajo un techo protector, también. Este médico es un criminal y arrastra a la gente al infortunio.

Y la mujer se presentó ante la Gestapo y denunció a Heller. Eso sí, nunca reveló el nombre de su anfitriona.

Irmgard Heller se trasladó poco después a casa de su hermana en Leipzig. Allí murió a los pocos meses, en septiembre de 1943. Estaba muy enferma del corazón y debía de creer que su marido estaba muerto: la policía le comunicó que Benno Heller había sido fusilado por resistencia a la autoridad en el transporte que lo llevaba de la prisión preventiva a Sachsenhausen. Aunque lo cierto es que a comienzos del año 1945 seguía vivo[40].

Tras la detención, en el piso de los Heller continuaron viviendo judíos clandestinos. Antes de marcharse, Irmgard Heller pagó por anticipado el alquiler de varios meses. Se mantenían gracias a la

comida que Gerda Janicke recaudaba entre antiguas pacientes de Heller y llevaba en una pequeña maleta a la Braunauer Straße. La resistencia pasó a ser la actividad que llenaba sus días mientras Eva Deutschkron cuidaba de su hijo.

8

La chavalita
se fue solita
a ver a Heller a su casita.
Allí hubo embrollo,
vaya mal rollo,
te sobrepones a este otro escollo.

Como tantas veces, cantaba para mis adentros mientras cargaba con mi maleta desde la Schierker Straße hasta la Schönleinstraße. Era uno de los últimos días de febrero de 1943. Me preguntaba si era pecado cantar mientras quizá estuvieran torturando a Heller hasta la muerte. Luego recordé otra parte de «Hänschen klein»:

Ya sé quién
va a estar bien,
plácida también.

Pero ¿a quién perjudico, me decía, estando alegre y llena de esperanza? A fin de cuentas, me aguardaba algo de lo más extraordinario y grandioso: el encuentro con la mujer que había aseverado que asumía la responsabilidad de salvarme hasta la liberación.

Trude estaba en casa y me recibió con gran cordialidad. «Cada día que pasa es un día ganado y nos acerca a la liberación», afirmó. Enseguida me sentí bien con aquella familia. El salón, en cuyo diván dormía yo, lo conformaba una peculiar mezcla de muebles antiguos, pero resultaba de exquisito gusto, ya que Trude tenía un brillante sentido del color y renunciaba a cualquier elemento kitsch. También había una pequeña biblioteca literaria y un escritorio.

Por lo pronto debía quedarme allí cerca de una semana. Al principio Trude no me permitía ayudar con las tareas domésticas. Pero, como era incapaz de resistirme si veía platos por secar, al final me dejó echarle una mano. A sus ojos, Camilla Fiochi era una

vil y abyecta explotadora capitalista. Cuando hablábamos del chalé de Zeuthen, agitaba agresiva el puño en el aire:

—¡Después de la guerra, cuando haya pasado todo y vuelva a haber sindicatos, te vas allí y reclamas el sueldo retenido! —exclamó.

Yo lo encontraba absurdo.

—¿Y no valoras que Camilla arriesgara su vida por mí, me acogiera sin previo aviso y me alimentara sin cartilla de racionamiento? —pregunté.

Trude tuvo la grandeza de escuchar mis argumentos y decir:

—Pues, si me pongo a pensarlo, veo que llevas toda la razón.

Su vecina de enfrente se llamaba Steinbeck. «Esa mujer es la estupidez personificada y una ferviente nazi», me contó un día Trude: «Por si fuera poco, es íntima de la responsable nazi más repulsiva de toda la zona». Aun así, quiso presentármela cuanto antes: era importante que no pensara que teníamos algo que ocultar. Me sacó abiertamente a hacer la compra y a la vuelta, al subir las escaleras, armamos bastante jaleo. Enseguida se abrió la puerta de enfrente y asomó la señora Steinbeck.

—Una más de Magdeburgo —dijo Trude señalándome alegre—, una prima que viene a pasar un par de días en Berlín.

—¡Tiene usted muchísimos parientes! —se asombró la vecina.

—Sí, cientos —bromeó Trude, y las dos nos reímos. Tras un amable apretón de manos nos retiramos al piso. Nada más cerrar la puerta de entrada, Trude se llevó el dedo a la boca: sabía que la señora Steinbeck estaba a la escucha. Sólo pudimos hablar tras cerrar las puertas del vestíbulo y la cocina.

Le puse a la vecina el mote de «doña Prominente», y Trude a punto estuvo de morirse de risa. La señora Steinbeck tenía una frente y un mentón prominentes, y por detrás le sobresalían también el moño y el trasero. Se estiraba al máximo el pelo hacia atrás para destacar la excrecencia de su peinado en la nuca, y arqueaba la columna para realzar sus protuberantes nalgas. Realmente era una figura ridícula.

Un fin de semana me hospedó una hermana de Trude; vivía en un bloque trasero en la Planufer en Kreuzberg. Hube de cruzar varios patios hasta llegar a la parte del horrible cuartel de alquiler [41] en que esa Anne Adam tenía un cuarto con cocina. En un largo pasillo

estaban las tomas de agua de los pisos, y para cada inquilino había allí un armario.

El cuarto mismo no era tan horrible como había temido. Todo estaba lustrado con cera y muy limpio. Una pared contaba con un gran fogón que servía también de estufa. Al otro lado había una especie de dormitorio, una cama con asiento. Junto a una lámpara estaba la foto de una cría. El gran dolor de Anne Adam era que había perdido por difteria a su única hija cuando era muy pequeña. Su matrimonio se rompió después de aquello.

En la familia Aernecke, de la que Anne provenía, al igual que Trude, la convicción política era como una religión. Y, por supuesto, también Anne Adam era comunista. Compartió conmigo su comida del fin de semana y en general fue muy amable. De día trabajaba de cocinera en una cantina. Tenía rasgos toscos y una piel de poros gruesos, se divertía todo lo posible y era una mujer algo vulgar, ni de lejos tan intelectual como su hermana mayor.

Con Trude Neuke tuve confianza mucho más rápido, pero no una confianza plena. Por mucho que pudiéramos charlar, no nos tratábamos como individuos, sino como alegorías. Trude era para mí la resistencia personificada de una comunista, y yo encarnaba para ella a la chica judía perseguida a la que había que ayudar por principios.

Además, el desasosiego se apoderaba una y otra vez de mi anfitriona. Solía descargar su rabia en Jule, su marido. Entonces lo ponía de vuelta y media, y él se lo tomaba con humildad. No era raro que hiciese cambiar la distribución de los muebles a su marido y su hijo Wolfgang. «¡Pero qué locura!», bramaba entonces. «¡La mesa de la cocina está a lo largo, y quedaría mucho mejor al través!». Los dos tenían que desplazar la mesa y otros muebles hasta que por fin todo volvía a estar en su sitio habitual.

Jule Neuke era una persona de una integridad absoluta. Trude lo abroncaba una y otra vez porque se suponía que había hecho algo mal. Con los hijos Inge y Wolfgang había continuamente todo tipo de conflictos, y para él era una desventaja ser tan sólo el padrastro.

Un día que hablé a solas con él me contó cómo conoció al primer marido de Trude por el trabajo en el partido y cuánto lo admiraba. Por entonces Jule estaba en paro y en una situación crítica. Tras la muerte violenta de Rudolf Hubbe, se casó con su

viuda, de modo que fuera más fácil para ambos salir adelante. Tuvo el tacto de no decir una sola palabra sobre su infelicidad. Pero se apreciaba.

Trude y Jule tuvieron una hija. Se cumplió así un deseo ferviente de él. «Nunca me he impuesto», dijo, «pero en aquello sí lo hice. A la cría le pusimos un nombre que me parecía especialmente bonito: Rosemarie». Por desgracia, la pequeña murió muy pronto.

Había otros aspectos menos tristes en la vida de los Neuke. Trude era una patriota inveterada de Magdeburgo, y una antigua amiga suya de la escuela había hecho carrera como cantante con el nombre de Lisa Letko. Cuando actuaba en el teatro Metropol, Trude recibía entradas gratuitas, y esas veladas eran para ella una especie de elixir vital. En esos momentos hasta pasaba por alto que los padres de su amiga se contaran entre sus odiados ricos y que, además, fueran nazis.

Jule tenía un gran talento musical y cantaba muy bien. Durante muchos años formó parte de un coro masculino. También Trude tarareaba a veces cancioncillas con su voz aguda.

Poco antes de irme a Magdeburgo, Trude me pidió un favor muy especial: «Ya sabrás que pertenezco a un grupo de resistencia comunista», dijo. «¿Estarías dispuesta a colaborar y a llevar octavillas a Magdeburgo?».

Con gran entusiasmo dije que sí. Soñaba con hacer algo por fin y me habría encantado llevar a cabo una gran hazaña. Pero noté que a Trude no le convencía mucho mi entusiasmo. Muy serena, muy sensata y con cierto deje irónico, me preguntó: «¿Y de verdad te parece razonable?».

Luego se fue y me dio tiempo para pensármelo. Me imaginé yendo en el tren con la maleta llena de octavillas y pensé que quizá me obligarían a abrirla para inspeccionarla por si llevaba artículos de estraperlo. En ese caso toda mi lucha previa —y lo que habían arriesgado otros por mí— habría sido en vano. No merecía la pena, estaba claro.

Luego pensé en cómo deshacerme discretamente de las octavillas antes de mi viaje. Tendría que citar a Hannchen Koch en la estación para entregarle el paquete en el baño. Y a ella no le quedaría más remedio que tomarse *ex profeso* un día libre y tratar de destruir las octavillas sin que la vieran.

Cuando Trude volvió, le pregunté:

—¿Puedo ver una de esas octavillas?

Su contenido me decepcionó bastante. «¡Acabad con la guerra!», ponía, y Trude preguntó en tono irónico y cortante:

—¿Se te ocurre una idea, una receta, de cómo hacer eso: acabar con la guerra?

Confesé que no. Me pareció fantástico que esta mujer fuese por un lado una auténtica heroína de la resistencia y que por otro cuestionara críticamente todo lo que hacía.

—Pero ¿por qué te embarcas en algo tan peligroso si no estás del todo convencida? —le pregunté.

—Tú no tienes que hacer algo así —dijo ella—, no tienes que llevar octavillas a Magdeburgo. A ti te están buscando los asesinos. Pero yo sólo puedo y merezco seguir viviendo si intento caer en manos de los asesinos. De lo contrario, pierdo todo derecho a existir.

Me explicó que en lugar de octavillas me daría unas patatas que el Socorro Rojo había donado «para la paracaidista soviética» para que se las llevara a su hermana Erna. Lo de la paracaidista se le escapó.

En efecto, Trude había contado en el grupo que se había hecho cargo de una chica judía. Se lo tomaron muy mal, y no por antisemitismo, sino por razones de disciplina de partido y por la «gran tarea» que todos debían cumplir. Ella se puso tan furiosa y lo explicó de forma tan caótica que apenas pude seguirla. «Que les den morcilla», vociferó, «y de todos los tamaños. ¿A quién le sirve que nos reunamos en secreto, nos susurremos no sé qué consignas y apretemos el puño en el bolsillo? ¡Lo único que tiene sentido es salvar vidas!».

Trude había resuelto el problema a su manera. En la siguiente reunión les contó a sus camaradas que lo había entendido todo y que ahora ayudaba a una paracaidista soviética.

9

El viaje a Magdeburgo, en un tren que paraba en todas las estaciones, duró varias horas. Yo iba en el compartimento más barato y observaba a los otros viajeros. Una joven que llevaba a una niña en el regazo susurró de forma bien audible a su vecino de asiento que le preguntara a la pequeña cuántos años tenía. Así lo hizo. La pequeña alzó los brazos y dijo: «Pues *tes* años y *antoavía* soltera». Todo el mundo se desternilló.

Cuando nuestro compartimento se hubo calmado un poco, me recosté y me abismé en mis recuerdos. Durante ese viaje me había propuesto evocar con el máximo detalle a nuestras antiguas asistentas.

Recordé, por ejemplo, a Erna Neigenfind. La conocimos cuando mi madre se sometió a un tratamiento en las Montañas de los Gigantes. Yo tenía entonces unos siete años, y mi padre y yo fuimos a visitarla un par de días. Dormimos en una pensión de Krummhüber[42] donde servía la señorita Erna. Me pareció maravillosa: se recogía las trenzas rubias muy gruesas de tal modo que le cubrían gran parte del cogote y las orejas. No podía dejar de mirarla. A mis ojos, Erna era bellísima, aunque fuera muy miope y llevara unas gafas de metal que se le clavaban en la nariz.

Pero en la pensión trataban mal a la sirvienta y la regañaban de continuo. Rogué encarecidamente a mis padres que la llevaran a Berlín. Y el caso es que Erna Neigenfind terminó viniendo con nosotros, se reveló simpática y capaz y se quedó una buena temporada. Me contó que de pequeña otros niños solían burlarse de ella llamándola «negrita expósita», y me enseñó una canción silesia sobre la recogida de arándanos. «Y con las jarras llenas volvemos para casa», rezaba el estribillo.

Luego llegó Vera Sobanjak, hija de campesinos de la Marca de Brandemburgo. Un día nos invitaron sus padres, que querían

demostrarnos lo que es una ración decente de carne. Nos sirvieron inmensas fuentes llenas de pechugas y filetes fritos. Desde luego les hicimos el honor porque en mi familia regía este principio: cuando se está invitado hay que adaptarse. Por supuesto, a la vuelta hubo también salchichas vienesas. Al fin y al cabo, vivíamos en Berlín y no en un gueto polaco.

Pero recordé que en casa cumplíamos a rajatabla, también por supuesto, las normas kosher. No siempre fue así. Me horrorizó saber que, antes de que yo naciera, durante un tiempo mis padres se las saltaron porque esas reglas alimenticias judías les parecían incómodas y una formalidad sin importancia. Cuando nací se decidieron a volver a llevar el hogar según la *kashrut*. «Si se tambalea una piedra, se tambalea el edificio entero», reza una máxima del Talmud. Mis padres quisieron transmitirme la tradición judía, aunque no siempre fue sencillo: la carne kosher era muy cara.

Cuando tenía nueve años llegó nuestra siguiente asistenta, una señorita llamada Gretel Stiewert. Al cabo de cierto tiempo con nosotros, me dijo: «Llevo ya medio año sin tener relaciones sexuales. ¡Esto no hay quien lo aguante!». Yo no sabía ni de qué me hablaba.

Gretel Stiewert era una criatura esbelta, guapa, rubia y muy aplicada. Pronto se quedó huérfana y se comprometió con un joven que falleció en un accidente de motocicleta. Durante un tiempo siguió visitando a sus padres cada dos fines de semana. Éstos, de apellido Tschoepe, nos llamaron un día y contaron algo sobre Gretel que a mi madre no le sorprendió: la chica no guardaba la ausencia a su difunto novio y por la noche hacía la calle. Con aquello ganaba un buen dinero y solía ir de lo más elegante: llevaba una falda plisada blanca de lana fina con una chaqueta azul regio y en la cabeza una gorra que parecía de nata montada. A mí me encantaba su conjunto y deseaba llegar a ser tan distinguida alguna vez. Su profesión no me parecía mal. Seamos francos: mucho más degradante es hacer cualquier idiotez tediosa para otros. Lo malo fue que enseguida dejó de trabajar para nosotros y ya sólo se prostituía.

Poco después de la toma del poder por los nazis, visitamos al señor y la señora Tschoepe en su piso de la Taborstraße para hablar de esa presunta tragedia de Gretel. Dos personas mayores, más

anchas que altas, nos llevaron en pantuflas por un recibidor lleno de infinitas baratijas *kitsch*. Luego nos sentamos en un bello y espacioso jardín de invierno. El señor Tschoepe, que al igual que su mujer pertenecía a alguna secta, reprobó con moderación a los nazis. En cuestiones serias de religión una persona decente no utiliza el berlinés. Ahora bien, él exageraba un poco: pronunciaba «g» incluso donde procede una «j[43]». Proclamó así: «Nuestro Señor *Gesucristo*», y de pronto excitado, «que fue crucificado en el *Jóljota*». El contraste casi me hizo explotar de la risa.

De regreso, en una parada de tranvía vimos unos cartelitos seguramente elaborados con una imprenta de juguete: GOEBBELS DICE: CAÑONES POR MANTEQUILLA, ponía. Mis padres me agarraron cada uno de un brazo y nos alejamos de allí a una velocidad que nunca había conocido: me arrastraron. De la siguiente parada colgaban los mismos carteles. No nos detuvimos, doblamos bruscamente la esquina y cogimos el metro a casa. Mis padres tenían un miedo horrible a que alguien sospechara que habíamos pegado aquellos carteles. Eso sí, en cuanto salimos de la zona de peligro se tranquilizaron y animaron. Estaban realmente felices de que aún se manifestaran tales opiniones.

Entretanto, teníamos en casa a Martha Sill, una persona lenta y perezosa que pasaba con total apatía la aspiradora por nuestras alfombras. Un día apareció sin avisar en nuestro comedor con su novio, un hombre con uniforme de las SA. Éste dijo educadamente: *Heil Hitler*, extendió el brazo y declaró que había venido a cobrarse el sueldo retenido. «Pero, por favor», dijo mi padre solícito, «venga conmigo al despacho a ver mi contabilidad. Se lo enseñaré todo». Con total calma mi padre le mostró al SA que nunca le habían retenido un sueldo. «Está bien», fue la respuesta.

Mis padres se dirigieron entonces con gran frialdad a nuestra asistenta: «Martha, está usted despedida a partir del día 1, pero se va ya. Le pagamos el sueldo completo hasta fin de mes. ¿Sabe adónde puede ir, tiene usted parientes?». Ella se marchó sin más, mientras que el SA nos dijo adiós con un cordial apretón de manos y hasta nos dio las gracias.

Mi padre me explicó después: «Era un joven algo obtuso pero bonachón. Uno de sus camaradas en las SA le ha indicado que el novio de una criada que trabaja en casa de judíos tiene que

chantajearlos. Pero se ve que la instrucción no llegaba a más, y cuando le he demostrado que todo estaba en regla nos ha hecho una reverencia como corresponde a un muchacho bien educado».

Martha Sill fue nuestra última asistenta no judía. Desde que en 1935 entraron en vigor las Leyes de Núremberg, una persona aria menor de cuarenta y cinco ya no podía vivir en la misma casa que un hombre judío.

La plaza frente a la estación de Magdeburgo era exactamente como Trude me la había descrito. Me dirigí a una mujer viejísima para preguntarle por el tranvía que debía tomar. En lugar de responder se quedó mirándome recelosa: «¿De dónde viene? ¡Usted no es de aquí!», exclamó. Y se acercó demasiado a mi rostro. Me la quité de encima y pregunté a un hombre de mediana edad que me ayudó enseguida.

Este incidente me ayudó a entender algo importante: en Berlín nunca había llamado la atención. Era berlinesa en mi habla, mi aspecto y mi conducta. Podía mezclarme libre y orgullosa con los demás habitantes de la ciudad. Pero nada más llegar a Magdeburgo llamaba la atención: allí era una extraña. De ahí saqué una conclusión importante para el futuro: si quería vivir en la clandestinidad sin verme obligada a esconderme de continuo, sólo sería posible en Berlín.

El tranvía fue vaciándose de estación en estación. Como estaba acordado, en la última me esperaba una joven. La hermana de Trude, Erna, soltó al niño que llevaba de la mano para darme la bienvenida con los brazos abiertos y una cálida sonrisa.

Tenía la cara redonda, los dientes algo estropeados y unos pequeños ojos azules de botón. Se teñía el pelo de rubio, igual que muchas mujeres en aquella época. Pero en su caso había ocurrido un pequeño accidente: en el rubio se entreveraban unos puntitos verdes. Su pálida cara resultaba así algo flácida.

Cuando me cogió el equipaje de la mano para ponerlo en el carro que traía, se sobresaltó: al contrario de lo que esperaba, era muy ligero. Todos mis bienes consistían en un único juego de ropa interior. El kilo de patatas que traía se había salido de su bolsa de papel y todas rodaban sueltas por la maleta. Pero a ella la habían avisado de que llevaría octavillas. Con su voz cada vez más ronca, dijo: «Son octavillas que traquetean».

Vivía cerca de la fábrica de azúcar de Magdeburgo-Sureste, en el luminoso y limpio bajo de un edificio nuevo. A mí me alojó en un cuarto al que se entraba por la cocina. Su marido no estaba: se encontraba en el frente.

La primera mañana oí unos golpecitos suaves y luego la voz ronca de Erna susurrando:

—¿Te ayudo a ceñirte?

—¿Cómo? —pregunté desconcertada. Por fin se aclaró el malentendido. Con cuidado y sin ponerla en evidencia, tuve que aclararle que no había nacido en el siglo pasado. Erna había sido asistenta de una familia judía en Magdeburgo durante una temporada y por las mañanas ayudaba a la anciana señora a ceñirse el corsé. Desde entonces pensaba que era una costumbre judía.

Trude me había contado que toda la familia hubo de esforzarse mucho para inculcarle a Erna los rudimentos escolares. Trude era la líder de la familia Aernecke. Sus instrucciones eran órdenes para su hermana pequeña. La «mayor» había dispuesto que en Magdeburgo se me tratara como en un balneario. En vano luché por secar la vajilla: en lugar de eso, permanecía clavada a un sillón de mimbre dispuesto para mí en la cocina. Como le había dicho a Trude de pasada que me gustaba hacer punto, me procuró una labor, una camisa de hilo finísimo para deshacer. Los hilos se quebraban una y otra vez y había que volver a anudarlos. Me propuse tejer una bufanda con aquel hilo. En el reverso de mi obra se acumulaban los nudos. De haber tirado un poco del conjunto, se habría deshecho en jirones.

Habría querido trabar amistad con el hijo de cinco años de Erna. Quería contarle cuentos y jugar con él, y compensar así con el rubio Rolf lo que no había hecho nada bien con el rubio Jörgelchen. Pero el niño no me hacía ni caso. Se limitaba a empujar sus vagones de madera o sus cochecitos por el suelo y a imitar los ruidos del motor.

También cuando su pez dorado apareció un día flotando en el acuario, el pequeño Rolf siguió bastante impasible. Mientras me preguntaba cómo consolarlo, entendió que el pez estaba muerto y dijo con una pronunciación típica del dialecto de allí: «Mami, llévatelo».

Esto me evocó un recuerdo: yo también tuve una vez un pez dorado y lo descubrí muerto una mañana. Yo también tenía

entonces cinco años, pero grité como en el matadero. A mis padres no les gustaban nada los gritos, los lloros ni los gimoteos. Mi padre me llevó de paseo y trató conmigo el problema de la muerte. Por primera vez oí hablar de Sócrates y el Libro del Eclesiastés. A la vuelta retomamos los temas cotidianos y entramos a una tienda de chocolates donde pude elegir una figura. Me llevé un león. En casa mi padre lo desenvolvió, le partió la cabeza y me la tendió para que me la comiera. Yo berreé de nuevo. Durante unos segundos él se sulfuró y al poco dijo: «¡Ya has llorado suficiente por hoy! ¡Un león de chocolate no es un ser vivo! ¡A comértelo ahora mismo!». Ése era mi recuerdo del pez dorado en Berlín. Y en Magdeburgo el niño dijo sin más: «Mami, llévatelo».

El 4 de abril de 1943 el cartero trajo al domicilio de Erna Hecker un paquetito minúsculo de Johanna Koch para Johanna Koch.

—Anda, ¿un paquetito para ti? —preguntó Erna.

—¡Hoy es mi cumpleaños! —expliqué.

En el minúsculo paquetito había un huevo duro, un trozo de bizcocho, un par de cigarrillos y una carta. En ella la señora Koch me informaba —y lo formulaba con gran habilidad, ningún censor lo habría entendido— de la Fabrik-Aktion, la deportación de todos los trabajadores forzados judíos de Berlín. También me hablaba de las manifestaciones en la Rosenstraße y del hecho de que a mi tío Karl, el hermano menor de mi padre, lo habían detenido. Pero volvieron a soltarlo al cabo de cinco días[44].

Por la tarde estuvimos con la vecina de Erna. La señora Krause era simpática, amable, y apolítica. Sabía cuál era mi situación y se esforzaba mucho por mostrarse protectora.

Puesto que durante el día no podía salir de casa, todas las tardes me sacaba a dar una vuelta a la manzana como a un perrito. Me tomaba del brazo de un modo muy cordial, casi cariñoso, y me animaba a que respirara hondo.

La señora Krause solía estar sentada a la mesa de la cocina de Erna con los rulos puestos y una toalla envolviéndole la cabeza. Las dos mujeres pasaban juntas casi todas las tardes. Yo intentaba no molestar, pero también era consciente de que esperaban que participara en la conversación. Y, si se trataba por ejemplo de recetas de cocina, estaba claro: habría sido una falta de tacto hablar de una receta para la que no podían conseguirse los ingredientes en

Magdeburgo-Sureste. Así que tras una larga reflexión me decidí a presentarles el tzimmes de ciruelas; ciertamente no bajo este nombre yidis. Conté que mi tía Grete preparaba un delicioso asado de ternera en una pesada sartén añadiéndole ciruelas pasas.

A menudo añoraba unas condiciones en las que no tuviera que actuar de forma táctica. Quería volver a hablar por fin como me saliera del alma, y no estar obligada a sopesar cada palabra por si concordaba con el vocabulario de mi interlocutor o hería sus sentimientos.

Con la segunda hermana Aernecke nos vimos una vez en una confitería del centro. Elsbeth, llamada Elle, estaba casada con un hermano del marido de Erna, por lo que se apellidaba igualmente Hecker. Por supuesto también ella era una comunista impávida, pero le importaba mucho llevar una vida placentera. Estar triste de la mañana a la noche porque hubiesen desmantelado el Partido Comunista no era lo suyo.

Su marido era soldado y no le faltaba el dinero. Elsbeth Hecker sacó sus cupones de harina blanca y encargó un trozo de tarta para cada una. Y me traía también, siguiendo instrucciones de Trude, un regalo: un paquete de caramelos.

Nos contó que algún tiempo antes había recibido una citación de la oficina de empleo: iban a asignarla al trabajo en la industria armamentística, lo que, por supuesto, la horrorizó. Así, tomó prestadas de entre todas sus conocidas las prendas más extravagantes y locas. Emperejilada como jaca de feria, con un sombrero de velo y maquillaje chillón, se presentó en la oficina y les explicó a los funcionarios que era artista y que su arte se resentiría si se veía forzada realizar algún trabajo físico. Con eso bastó. La oficina nunca volvió a contactar con ella.

En otra ocasión cruzamos la ciudad para ver a la hermana de Erna, Edith. Ya no helaba, pero soplaba un viento gélido. Aun así, disfruté de volver a estar por fin al aire libre. En Magdeburgo-Rothensee hubimos de caminar un tramo largo por la linde del campo. El viento nos arrancaba lágrimas de los ojos, y en aquellos momentos experimenté la más pura alegría de vivir. La vista de aquel paisaje, de las chimeneas de las fábricas en el horizonte y del humo encrespándose me conmovió mucho.

Estábamos a comienzos de primavera, y tuve el deseo de

agacharme, de recoger algo de la tierra de labor y olerla. Pero no lo hice. No quería que Erna pensase que estaba loca.

—Ay, Erna, he sobrevivido al invierno, al primer invierno de mi clandestinidad —dije muy contenta. Ella sonrió. Vi que le corrían un par de lágrimas por las mejillas.

—Espera un momento —me pidió. Se agachó, recogió algo de tierra y me la sostuvo ante la cara con una especie de reverencia.

Nos acercamos a una urbanización. Erna llevaba para nuestra visita un par de pasteles y me explicó que con Edith nunca se podía estar segura de si estaba preparada para ofrecer siquiera un refrigerio de guerra. Y, en efecto, nos recibió tal como lo había vaticinado: Edith yacía en el diván del salón y se hallaba indispuesta, sin parar de quejarse y lamentarse. Sus dos niñas pequeñas forcejeaban porque ambas querían a la vez el orinal. Erna puso orden con un par de maniobras.

En la cocina nos encontramos los platos sucios de días, encostrados. Erna y yo dejamos toda aquella vajilla a remojo en una gran tina, pusimos la mesa, preparamos sucedáneo de café y todas juntas dimos cuenta de la cena. Edith fue desperezándose y se levantó de su lecho de dolor al ver cómo mejoraba el estado de su piso.

Nuestra tercera visita fue a la madre Aernecke. Era tan extraordinariamente corpulenta que me recordó a un Buda inmenso. Llevaba unas imponentes trenzas oscuras y una larga falda de una basta tela marrón oscura de algodón. Su aspecto me hizo tanta gracia que necesité toda mi concentración y disciplina para no reírme a carcajadas. Pero me sentí muy a gusto en su cocina impoluta. En la pequeña pieza, los recipientes de provisiones estaban alineados en las baldas por tamaño como soldados de plomo: harina, sal, azúcar y así hasta el sagú. La decoración al estilo del siglo pasado me encantó.

Anna Aernecke conocía mi nombre falso y me llamaba «Hanna» con su voz grave. Como todas las Aernecke, tenía aquellas recias piernas con las que pisaban fuerte por la vida como las comunistas convencidas, antinazis sin reservas y personas bondadosas que eran.

Aquel día se había reunido casi toda la familia: estaban Elsbeth, Edith y Erna con Rolf, y el hermano pequeño Herbert, que disfrutaba por casualidad de un par de días de permiso en casa. Era

el único que tenía el mismo pelo rojo fuego que Trude. En la lumbre había abierta una cacerola muy grande, y con un cucharón fueron sirviendo sucedáneo de café en las tazas. La madre Aernecke, que hablaba muy despacio, pronunció un solemne discurso de contenido muy sencillo: proclamó que desde aquel momento yo pertenecía a su familia. Me impresionó mucho. En mi diario invisible anoté en mayúsculas y subrayándolo varias veces: adopción por el clan comunista en el año de guerra de 1943.

10

Tras casi exactamente seis semanas, en junio de 1943, regresé de Magdeburgo a Berlín. Según me enteré mucho después, aquellas seis semanas estuvieron entre las más significativas de la vida de Erna Hecker. Mi anfitriona sabía que había hecho algo grandioso arriesgando su vida por mí. Y había cumplido esa misión con una alegría que apenas vi en nadie. Yo también me sentí muy bien en Magdeburgo y durante un tiempo viví casi sin miedo. Pero igualmente me alegró regresar a Berlín, pues iba a casa de los Neuke.

En la Schönleinstraße 13, eso sí, el ambiente era muy tenso. Trude aún no había logrado hallar un nuevo alojamiento para mí. A todas sus preocupaciones —el marido enfermo, su propia salud, los hijos difíciles, la pobreza y su temor continuo a que la detuvieran por su trabajo en la resistencia— se le sumaba cargar conmigo.

Aun así, uno de mis primeros días con ellos, Trude llegó muy contenta a casa. La señora Steinbeck la había avisado de que en algún lado vendían muebles judíos baratos. Allí adquirió por tres marcos un recibidor con paragüero y percha. Hasta entonces los Neuke colgaban sus chaquetas de clavos en el vestíbulo. «¿Te parece mal?», me preguntó algo afligida y añadió: «A esa gente se la han llevado. Si no compro yo los muebles, lo hará otra persona». Le di la razón, pero aquello me estremeció de un modo insólito.

Aquella misma mañana ocurrió otra nimiedad. Cuando Trude quiso enviar a su hijo a la panadería, éste refunfuñó:

—¿Y por qué yo? Aquí estamos dándole de comer a una extraña: que vaya ella a por el pan.

—Tienes razón —admitió Trude.

No se dio cuenta de que lo había oído y me envió a mí. No me importaba ir a la panadería, desde luego. Pero me dolió la sensación de estar incluso por debajo del hijito en la jerarquía de aquella

familia.

El chico había estado justamente ocupado en ponerse su uniforme de la Hitlerjugend. Cuando poco después entró con su atuendo nazi en la cocina, Trude se disculpó conmigo: en su opinión, debería haberme ahorrado aquella escena. Aquello me pareció exagerado. Ya sabía que a todos los adolescentes los reclutaban a la fuerza. «Hoy en día hay que andarse con ojo con los propios hijos», se lamentó ella, «no se sabe lo que el chico les cuenta a sus amigos. Ni lo que podría sonsacarle alguno de los líderes».

A Hannchen Koch seguía viéndola con regularidad. Una vez a la semana, en una tasca de Köpenick, me entregaba una porción medida con exactitud de pan, grasa y azúcar.

Lo malo es que tenía tendencia a recalcar una y otra vez el esfuerzo con que sacrificaba esas dádivas de sus propias raciones. En eso Trude era muy distinta: siempre me aseguraba con una jovialidad exagerada que no hacía «prácticamente nada» por mí.

Las dos mujeres, que nunca se conocieron en persona, no se apreciaban. Ambas utilizaban expresiones como «sin escrúpulos» y «poco fiable» para prevenirme contra la otra. «En lo político es peligrosa, sólo estaba detrás de tu padre y en el fondo es esquizofrénica», decía Trude de la señora Koch, quien, a su vez, calificaba a Trude de «nazi roja».

En uno de esos encuentros en aquel bar abarrotado y cargado de Köpenick no pude resistirme a contarle a Hannchen Koch mis últimas experiencias con los Neuke. Está claro que no fue muy prudente por mi parte, pero mi relato tuvo un efecto maravilloso en ella: le dio la oportunidad de mostrarse aparentemente comprensiva y superior a sus rivales. «¿Ves?», me explicó, «esa gente son fanáticos políticos, pero sin un vínculo real contigo. No te quieren». En cierto modo hube de darle la razón. «Aunque estoy agradecida a los Neuke, los respeto, me inclino ante lo que han hecho», dije, «yo tampoco puedo quererlos». Hannchen Koch me miró radiante, y vi cómo se le humedecían los ojos.

Una vez que estábamos por la tarde en la cocina y Trude hablaba, como siempre, demasiado alto, Jule llevó a cabo una auténtica pantomima: con su largo brazo y su enorme índice extendido señaló hacia arriba, abajo, a la derecha y a la izquierda y se puso la mano

en la boca.

—¡Por Dios, más bajo, los vecinos! —decía.

Pero Trude, maliciosa, se limitó a imitarlo y lo reprendió:

—¡Idiota! ¡Mendrugo! Sólo puede oírnos la Steinbeck, y ya lo sabe todo.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó él soliviantado.

Y ella gritó, roja de ira:

—¡No eres más que un estúpido obrero!

Aquello me sobrecogió. Precisamente ella, a quien siempre le daban arrebatos de odio contra la burguesía y que ponía por las nubes a la clase trabajadora como un misterio de salvación, insultaba a su marido llamándolo «obrero».

Fue la propia Trude quien se confió a su vecina y le contó que yo era una chica judía a la que había que esconder. Desde luego, fue una revelación muy arriesgada, pero Trude lo había ponderado bien. Sabía que, aunque su vecina no pasaba apuros materiales, se aburría como una ostra, de modo que le procuró una misión a aquella mujer: observar y sonsacar a su amiga, que ostentaba algún cargo nazi en el distrito, y avisarnos a tiempo en caso de peligro. Suena a idea de bombero, pero funcionó.

También el grupo de resistencia de Trude logró de ese modo informaciones detalladas sobre aquella funcionaria nazi. Eso sí, me pregunto de qué les sirvió. A veces me parecía como si todas aquellas reuniones de minúsculas células de resistencia tuvieran más bien el carácter de un gran juego enteramente inefectivo, cuyo verdadero alcance consistiría en mantener la moral de sus miembros.

Muchos años después de la guerra vi en una exposición una síntesis de las actividades de la organización Saefkow-Jacob-Bästlein, a la que pertenecía Trude. Un pequeño cordel tensado en un mapa desde Berlín a Magdeburgo indicaba que allí había existido un servicio de correo. Tuve claro que aquel correo había sido yo, y las octavillas que supuestamente transporté eran las que traqueteaban en mi maleta.

Trude era ambivalente en muchos aspectos. Estaba libre de todo impulso antisemita, pero el odio le desfiguraba el rostro en cuanto se trataba de la burguesía. Y yo era para ella una judía perseguida, pero también la hija de un abogado y provenía, por tanto, del

bando enemigo. Una vez, en el transcurso de una discusión muy vehemente, me soltó furiosa:

—¡No tienes ni la menor idea de política!

—No tenía ni once años cuando los nazis llegaron al poder —me defendí—, ¿dónde iba a recibir una formación política?

La verdad era algo más compleja: desde mi más temprana infancia la política y la historia revistieron gran importancia en mi hogar paterno. Ahora bien, en nuestra casa se trataba de historia judía y política judía. Incluso antes de ir a la escuela, por ejemplo, estaba muy bien informada sobre la persecución de los judíos en España. Y también de niña entendía ya algo de las diferencias entre sionistas o no sionistas, asimilados, el CV o los miembros del muy derechista «Grupo Naumann[45]». Sabía que entre los sionistas había una facción religiosa —en el sentido de la Torá— y una no religiosa. Y mucho más. Pero no podía explicarles eso a los Neuke.

A veces los conflictos entre nosotras se originaban por nimiedades. Una vez Trude vertió el sucedáneo de café con tanto brío en la taza que se derramó. «En Magdeburgo decimos que la taza tiene que estar "a rebosar"», explicó Trude. «Así es como se hace: las tazas se llenan hasta el borde». Asentí sonriendo.

«¡Descubierta!», gritó ella. «¡Te he pillado, mientes! ¡Vosotros erais gente fina, de la que sólo llena tres cuartas partes de las tazas!». Le expliqué que no podría sobrevivir sin adaptarme con buenos modales al entorno en que me tocara vivir en cada momento. «Me has convencido», dijo Trude entonces, y aquella vez nuestra reconciliación fue inusualmente afectuosa. Incluso me acarició: fue la única vez en todo el tiempo en que estuvimos conviviendo.

Entretanto, su búsqueda de un alojamiento para mí era cada vez más desesperada. Con frecuencia pasaba muchas horas fuera del piso y me dejaba allí sola. A veces cerraba las puertas del vestíbulo para que nadie me viera y hacía gimnasia.

En semejante situación decidí festejar el Pésaj. Pero me prohibí recordar las celebraciones del Séder en la Rosenthaler Straße, todos los rostros que se reunían en torno a la gran mesa. Celebré mi propio Pésaj moderno cantando una y otra vez el estribillo Dayenú, que significa «Nos habría bastado». O con mayor exactitud: «Si hubieras hecho esto o lo otro por nosotros, nos habría bastado».

Muy agradecida, repasé mentalmente todas las etapas por las que había pasado y a las que había sobrevivido. Confiaba de pleno en que Trude me encontraría algo.

Ésta llegó muy tarde a casa, agotada y abatida. Tenía los pies hinchados y me pidió una banqueta. Pálida y afectada, me contó que había visitado a muchas camaradas a las que llevaba años sin ver. Las mujeres se asustaban muchísimo al encontrarse de pronto a Trude a su puerta. Con frecuencia sólo la dejaban pasar a duras penas. Sus maridos llevaban años en presidio o en un campo de concentración. ¿Acoger a una judía en esas condiciones? «Por Dios, estamos en peligro, en tal apuro, en la pobreza: es del todo imposible», le decían una y otra vez. Su búsqueda de alojamiento para mí no resultó más exitosa que la del padre de Lieschen Sabbarth.

Trude se recostó con los ojos entrecerrados. Y entonces se desbocó su fantasía: me contó su sueño de que me alojaran unos aristócratas. De una forma muy gráfica, me pintó un castillo propio de la Bella Durmiente rodeado por enormes árboles y murallas. Hasta los amantes describió. Vivía en él una anciana dama cultísima, y mi única tarea era leerle novelas francesas. Tenía incluso una pequeña biblioteca que yo podía usar para seguir formándome. La anciana dormía mucho y deseaba que la sacaran al aire libre tras su siesta. Pero en ningún caso me permitían que lo hiciera yo, para eso había ya suficientes criados en aquel castillo. Lo único de lo que me encargaba era de leerle.

Trude se sobresaltó al darse cuenta de lo que soñaba. Normalmente lanzaba invectivas de odio a la burguesía. Pero era evidente que en secreto seguía teniendo en muy alta estima a la aristocracia, y en particular a la alta aristocracia.

Tuvo que ser Herbert Steinbeck, el vecino y suboficial nazi, quien aportó la idea decisiva. Había pasado unas vacaciones repentinas de un par de días en Berlín. Y con toda seguridad su mujer le había hablado de la irregularidad que se estaba produciendo en casa de su vecina.

Poco después, ella se presentó a la puerta de Trude y declaró: «Mi marido dice que la judía tiene que irse. Pero también dice que él no va a denunciarla. Después de Stalingrado no se sabe cómo va a acabar la guerra y para qué podríamos necesitar un día a los

comunistas».

Herbert Steinbeck también había pensado en cómo librarse lo antes posible de «la judía».

V

Yo era la señorita sin nombre.

UNA VIDA CASI NORMAL: A PARTIR DE 1943

1

Trude Neuke lo llamaba *el holandés chiflado*: Gerrit Burgers me sacaba dos años y media cabeza, y la verdad es que no tenía mala planta. Delgado, con el pelo castaño y tupido y una frente alta, sus ojos eran expresivos y su rostro fino. Menos bonitos lucían sus dientes delanteros, torcidos y con algunas manchas marrones. Pero lo verdaderamente llamativo en él eran sus manías y su comportamiento excéntrico.

En la calle llevaba siempre un sombrero de ala anchísima. Aunque era esbelto, inclinaba el tronco un poco hacia la izquierda. Siempre caminaba con una cartera colgando en bandolera que se balanceaba a cada paso. «Un idiota», comentó Trude, y añadió algo que, a decir verdad, venía a contradecirlo: «Y una persona inteligente con la que se puede hablar».

Ella conoció a Burgers cuando vivía subalquilado en casa de sus vecinos, los Steinbeck. Había llegado a Berlín en calidad de trabajador extranjero, y, según la versión de Trude, su casera lo explotaba vilmente. Estaba acordado que la señora Steinbeck hiciese la compra y cocinara para él, pero la mayor parte de la ración que le correspondía por hacer trabajos pesados se la quedaba para ella y su marido. Además, Burgers tenía que limpiar las ventanas, bajar la basura y tareas similares cuando regresaba a casa tras una larga jornada laboral. Él lo aguantaba porque no conocía otra cosa: también en Holanda su madre andaba siempre dándole órdenes.

Su amistad con Trude y Jule Neuke comenzó un día que llamó llorando a su puerta: la señora Steinbeck lo había dejado fuera. Burgers tendía a los arrebatos sentimentales incontrolados y aquel día se desahogó con Trude. Había llegado voluntariamente a Alemania porque en su país no tenía trabajo, pero era antinazi, así que enseguida se sintió muy bien en la cocina de los Neuke.

También después de mudarse a otra casa cerca del Oberbaumbrücke siguió acudiendo de forma regular los sábados por la tarde a tomar una taza de sucedáneo de café en la Schönleinstraße.

El holandés nunca había tenido novia porque no se atrevía siquiera a abordar a una mujer. Así se lo confió a la señora Steinbeck, cuando todavía no hablaba con nadie más en Berlín. Su casera se burló de él con suma ruindad y ordinariez, y por supuesto le fue con el cuento a su marido. Y así fue como a Herbert Steinbeck se le ocurrió la idea de emparejarnos.

A Trude le tocó presentarme el plan. Se la veía muy apurada. Lo que tenía que proponerme no era precisamente un castillo de cuento con un hermoso y antiguo jardín. Pero, sagaz como era, reconoció enseguida las ventajas del apaño: iba en interés de ambas partes. Yo ya no estaría en deuda con nadie. Así me lo dijo en clara alusión a Hannchen Koch.

Cuando al sábado siguiente el holandés vino a tomar sucedáneo de café con los Neuke, Trude primero me pidió que los dejara solos. A los pocos minutos me llamó de nuevo a la cocina. No necesitó mucho para explicarle a Burgers la oportunidad de liberación sexual que suponía aquello para él. Además, así podría contar con una mujer que le llevara la casa sin robarle comida, como hacía también su nueva casera. Enseguida se mostró interesado.

Trude me presentó al hombre como «Yerrit Buryers [46] ». «Ah: Jerrit Burjers», dije yo educada, y le estreché la mano. Por mi catorce cumpleaños había estado con una tía en Ámsterdam y había aprendido unos rudimentos de neerlandés. A él se le escapó un sonido inarticulado de alegría y sonrió complacido de oreja a oreja. Y, con la boca muy abierta y con torpeza, me dio un beso en la mejilla. Me dejó un montón de baba, pero tuve el tacto de no limpiármela.

Venía de Nimega, una ciudad fronteriza, y ya allí hablaba una mezcla de alemán y holandés. Entretanto, había ampliado su vocabulario y todo el mundo lo entendía en Berlín. Como «Johanna» no era mi verdadero nombre, decidió llamarme Frauke, «mujercita»: «Frauke, nos tomamos esto y luego nos vamos los dos a casa», anunció encantado.

Hicimos a pie el trayecto desde la Schönleinstraße hasta el Spree. En todo momento guardé cierta distancia con el holandés. Su

atuendo me abochornaba y no quería llamar la atención ni que los transeúntes se me quedaran mirando.

El Oberbaumbrücke no estaba muy lejos. Aun así, yo nunca había visitado aquella zona. Enseguida me encantó. En aquel lugar Berlín era realmente berlinés. El Spree era mi Spree, era mi río. Esperanzada, confiaba en encontrar allí una solución duradera.

Al lado mismo del puente, en la otra orilla del río, había una calle corta con tres edificios de viviendas en fila. Entramos al de en medio. Ya en el zaguán tuve buenas sensaciones. En la barandilla colgaba una gastada bandejita de cartón: *RESIÉN PINTAO*, decía. En otro punto vi un cartel más, escrito por la misma mano: DEBIDO A ALARMA LA PUERTA AL SÓTANO *A* DE *PERMANESER* SERRADA. Me regocijé en aquella fantástica ortografía fonética según la auténtica pronunciación berlinesa.

Subimos la escalera. En la primera planta había únicamente una pequeña puerta, KNIZEK, decía una placa.

—¿Nada más que un inquilino? —le pregunté a Burgers.

—Sí, éste sólo es un edificio estrecho entre dos grandes —me explicó él.

—Qué alegría —celebré. Cuantos menos vecinos, mejor.

Un cartelito escrito a mano indicaba que allí vivía también un subinquilino, KIHEL, leí, y me sorprendió el apellido. Más adelante supe: el hombre se llamaba Kittel, pero las barritas de las dos T estaban enlazadas y quedaban algo bajas, con lo que parecía una H.

Un piso más arriba vivía el matrimonio de porteros Graß. En el tercero estaba la vivienda de Luise Blase, la casera del holandés. Encima había aún una cuarta planta, pero no subiríamos hasta más tarde.

Trude me había llevado aparte antes de que saliéramos de su casa: «Le he dicho a Burgers que eres medio judía, que has tenido engorros graves y que debes desaparecer», me susurró. Como se revelaría más tarde, acabó siendo una idea genial que me facilitaría mucho la supervivencia en aquel entorno, pues con esa leyenda al menos una mitad mía no formaba parte de los extraños a los que tocaba combatir por todos los medios. Y esa mitad formaba parte de la gente que ahora había de acogerme en su mundo.

La señora Blase tenía setenta y ocho años, estaba medio ciega y —tal como me contó Burgers de camino— era una entusiasta

partidaria del nazismo. El holandés fue directo al grano: le explicó que había encontrado a una mujer que desde ese momento viviría con él. Yo le llevaría la casa y estaba dispuesta a echar una mano a la señora Blase cuando hiciera falta. Puesto que había un problema nimio en lo racial, era mejor no registrarme ante la policía, añadió de pasada. Lo último pareció darle igual a la anciana. Pero enseguida empezó a regatear con Burgers por el alquiler: quería cobrar el doble por dejarme dormir en la amplia cama de madera. Al holandés eso le pareció excesivo, y al final acordaron algún importe intermedio. Así fue como me mudé y desde finales de abril de 1943 viví en Am Oberbaum 2.

La vivienda ya me había gustado nada más entrar por primera vez en el espacioso vestíbulo. A mano derecha quedaba la cocina; a la izquierda, la habitación grande y clara en que vivía Burgers. Una puerta daba a una segunda estancia que estaba igualmente alquilada. En ella vivían un polaco y una húngara con su niño pequeño.

Los aposentos de la señora Blase no los descubrí hasta un par de días después. Al principio me extrañaba que desapareciera a veces de la cocina sin que se la viera en el vestíbulo. Sólo entonces distinguí adonde conducía una puerta estrecha que parecía ocultar un escobero. Detrás había un segundo vestíbulo pequeño que daba al dormitorio de la señora Blase. En aquel pasillo había un armario enorme. Sólo con el tiempo supe qué valiosos tesoros ocultaba.

Al día siguiente de instalarme, la señora Blase me pidió que fuera a hacer la compra con ella. No podía salir de casa sola ni tampoco cargar con peso. Normalmente solían hacerlo su hijo Kurt o la portera.

Se puso un buen sombrero de los años veinte y unos guantes, cogió un bolso y me agarró del brazo. Se había vestido de domingo para su primera salida en largo tiempo, que a la vez sería la última de su vida.

La lechería estaba en la otra orilla del Spree. Al dueño, un tal señor Pofahl, me presentó como su nueva subinquilina.

—¿Cómo está su esposa? —le preguntó.

—Mal —respondió él, lacónico.

Al salir de la tienda, la Blase me contó que la señora Pofahl sufría graves depresiones y que por eso ya había estado varias veces

en un manicomio.

La vez siguiente fui a comprar yo sola. «Dele recuerdos a su casera», dijo el lechero, «y dígale que cerramos el próximo día uno. Ya no puedo seguir. Mi mujer vuelve a estar en la clínica».

Luise Blase reaccionó con profunda consternación a esta noticia. «No volveré a salir para hacer la compra», anunció, y me dio sus cupones de alimentos y los de Burgers. Que los canjeara yo donde quisiera. Con el cierre de aquella lechería finalizaba para ella un periodo de su vida. Poco a poco me fue cediendo cada vez más responsabilidades en su hogar.

La primera pelea fuerte entre Burgers y la señora Blase me pilló por sorpresa. El desencadenante fue ridículo. El holandés —como siempre y como también yo hacía— se había lavado a fondo en la cocina. Aunque había un baño, nunca se usaba como tal, pues la bañera estaba llena de carbón.

Nuestra casera se retiró con tacto y no entró en la cocina hasta que Burgers hubo terminado. Pero éste se dejó por descuido una bota en mitad de la cocina. La señora Blase, semiciega, estuvo a punto de tropezar y se asustó mucho. «Sólo un sucio extranjero puede ser así de descuidado», rezongó enseguida furiosa. «¡Los alemanes somos limpios y ordenados!». Burgers le devolvió los denuestos, muy ofendido. Tenía un sentido de la limpieza tan marcado que cada dos por tres desinfectaba el retrete. Los dos estuvieron un buen rato lanzándose los insultos más ordinarios. Fue repulsivo.

Luego la anciana se puso como un tomate, empezó a temblarle la mandíbula y amenazó con poner en la calle al subinquilino holandés. Peor aún: con denunciar a la Gestapo a su «dultinea judía», o sea a mí, para que me mataran de una vez. Describió con el máximo detalle cómo. Era una mezcla de instinto asesino y pornografía digna de *Der Stürmer*. De dónde sacaba esas ideas, ella, que jamás en su vida había leído un libro ni un periódico, es un misterio. Profirió horribles amenazas de muerte llenas de perversión sexual, mientras él la insultaba embravecido, pataleaba infantil, se mesaba el pelo y la llamaba berreando «madre».

Pasé un miedo atroz; el pulso se me desbocó como un pistón. Aún no sabía que a las pocas horas y sin ninguna explicación se reconciliarían. En efecto, Burgers y la señora Blase se odiaban tanto

como se querían.

La relación de nuestra casera conmigo no era menos ambivalente: por un lado, era una judía a la que desde luego había que hostigar y explotar; por otro, me acogió como la hija que siempre había deseado y nunca tuvo.

Cobrar siempre era una fiesta para ella. La Blase le sacaba al holandés un alquiler mayor por tolerar mi presencia en el piso. Pero no era consciente de que el importe —unos diez o quince marcos al mes— resultaba ridículo. Yo había oído el rumor de que entretanto los clandestinos pagaban hasta cien marcos por una noche sin registro en las pensiones del Kurfürstendamm. La señora Blase ya no se enteraba de eso.

Cuando recaudaba de Burgers ese par de marcos adicionales, se frotaba las manos jubilosa con la risa de una anciana amargada y me decía: «Aquí tenemos dinero, mi querida hijita. Ahora nos traes del bar de Altermann una jarra de cerveza. Que le hemos colado una a la judía, mi querida hijita. Y ahora tenemos dinero y beberemos».

También era curiosa. Por ejemplo, quiso saber en qué trabajaba mi padre. Yo no podía responder «abogado»: esa palabra le habría sugerido un ente celestial. Pero sí debía ser algo respetable. Cuando me lo preguntó estaba junto a la gran cocina económica empotrada, cuya esquina cubría un papel de periódico amarillento. Mi mirada se topó con el anuncio de un pintor en Köpenick.

—Teníamos una pequeña tienda de lacas y pinturas en Köpenick —dije.

—¿En qué dirección? —preguntó la señora Blase.

Le nombré enseguida una que leí en otro anuncio. Empezó a preguntarme muy interesada por las lacas y las pinturas. Yo, como es natural, no tenía ni idea.

Por supuesto, a la siguiente oportunidad, me apresuré a visitar una tienda de pinturas en Neukölln y hacerle a la dependienta muchas preguntas por artículos que en gran parte no estaban disponibles.

—¿Dónde está su acta de bombardeo? —quiso saber aquella señora. Se refería a un certificado que acreditaba en alemán oficial que la vivienda de una persona había sido bombardeada y, por tanto, estaba autorizada a adquirir tantos y tantos rollos de papel

pintado o lo que fuera.

—No la tengo —admití.

—¿No se ha dado usted cuenta de que estamos en guerra? —preguntó irritada.

—Sí, claro. Sólo quería saber cómo era antes.

—Pero ¿qué disparate es éste? —La dependienta se puso furiosa—: ¡Nunca en la vida me habían tomado así el pelo! ¡Tendría que estar prohibido por la policía!

«Policía» era una palabra que instantáneamente suscitaba en mí una gran angustia. Sin duda era exagerado, puesto que no lo había dicho en serio y desde luego no habría acudido a denunciarlo de inmediato. Pero para mí supuso la señal de huida. Me despedí a toda prisa y salí de la tienda. En cuanto doblé la siguiente esquina, corrí con todas mis fuerzas. Me asombró mi rendimiento atlético, puesto que en clase de Gimnasia a lo sumo había sido una corredora mediocre.

Y entonces una mañana llamaron de verdad a la puerta. La anciana señora Blase seguía en la cama y Burgers ya se había ido al trabajo. Me dije: si por alguna razón me han denunciado, da igual quién deje entrar a la Gestapo. Estoy en casa, me van a encontrar de todos modos. Así que abrí. Lo cierto es que eran dos agentes de policía con una orden de registro, pero no era yo quien les interesaba. Se trataba de la pareja húngaro-polaca.

No era la primera vez que la policía venía por ellos. El hombre pasaba por ser reacio al trabajo, y en aquella época eso era un delito que acarreaba el campo de concentración o hasta una condena a muerte. Los agentes se lo llevaron, y a la mujer y al niño con él. Ninguno de los tres regresó nunca al piso.

He de confesar que me sentí aliviada. La pareja se había mostrado curiosa y desconfiada con respecto a mí y se adueñaba de la cocina de una forma insoportable. El niño gritaba a menudo. A la larga no habríamos aguantado juntos en aquella casa. Por aquel entonces apenas me preocupó la suerte posterior de aquella familia.

Después de este incidente la señora Blase advirtió que de ningún modo quería tener a la policía en su piso. Que nunca volvería a alquilárselo a tales «sucios extranjeros». Yo podía mudarme a la habitación vacía, pero a cambio de dinero. Burgers le ofreció volver a subir el alquiler un par de marcos si le daba su palabra de dejar la

habitación vacía. Aceptó enseguida.

El siguiente altercado entre Burgers y la señora Blase se produjo porque en la casa había chinches a mansalva. El holandés ya me había hablado de este problema de camino al Oberbaumbrücke. En Berlín, había barrios pobres enteros infestados de chinches. Entonces aún no había pesticidas eficaces. Habría sido necesario desalojar por completo y gasear los tres edificios para erradicar los parásitos porque, si se mataba sólo un par de ellos, los supervivientes de la batalla emigraban al vecindario a través de las grietas de las paredes y regresaban al cabo de poco tiempo.

Burgers intentó combatir los bichos con desinfectantes, con escaso éxito. No había forma de acabar con ellos, al contrario: se multiplicaban cada vez más. Al final se quitó una zapatilla y empezó a aplastarlos contra la pared.

La señora Blase le encargó a su hijo, que venía a menudo de visita, que inspeccionara nuestra habitación. Kurt Blase era SA y creía en la victoria final. Era un nazi de libro. Descubrió las manchas de sangre en nuestra pared, informó de ello a su madre, y ésta armó un escándalo: en lugar de disculparse por las chinches y rebajarnos el alquiler, reclamó dinero en compensación por las manchas. Otra vez llamó a Burgers «cerdo extranjero». Y otra, hubo escenas terribles y pasé un miedo atroz. Pero, al cabo de un par de horas, y sin que se hubieran cruzado grandes palabras, se restituyó una armonía ejemplar.

Una ocasión en que amenazó con repetirse una escena así por otro motivo, fui a toda prisa a la cocina y hablé con la vieja: «Gerrit quería limpiar mañana sus ventanas. Con esto de los bombardeos ya no queda un limpiacristales en todo Berlín. No monte un escándalo, sólo se perjudica a sí misma». Y a Burgers le dije: «¡Por Dios! La vivienda en Berlín cada vez escasea más. Aquí nos ha tocado la lotería. No merece la pena tener broncas con esta carcamal. En realidad ella te adora». Lo tomé de la mano, lo llevé a la cocina, y se zanjó el asunto.

Pero pronto también Burgers y yo tuvimos una primera pelea horrible, por leer yo una novela barata que me había prestado Trude. El libro estaba abierto en el escritorio de la habitación de Burgers. Él ya había vuelto del trabajo y nos sentamos juntos en el sofá. Pero la conversación con él me aburría soberanamente, así que

me levanté de nuevo y di un par de pasos hacia el escritorio para seguir leyendo mi emocionante aunque vulgar novela.

«No leas cuando estoy en casa», gruñó él, primero aún tranquilo, luego renegando, al final casi berreante, «tienes que atenderme sólo a mí». Y eso hice unos minutos. Luego continué leyendo en el sofá, a bastante distancia. Cuando se percató, le ofendió tanto que se quitó una bota y me golpeó con ella en la cabeza.

Durante mucho tiempo lucí un cardenal, un ojo morado. Al principio me dio mucha vergüenza. Pero luego noté que hasta entonces no había encajado de verdad en el entorno en que había caído: mi moradura no sólo no llamaba la atención, sino que me camuflaba. Formaba parte del medio, como quien dice.

Me sentí espantada, humillada, asqueada y llena de rabia contra los enemigos invisibles que, en términos jurídicos, eran los culpables remotos de aquella situación. Y me dije: yo no soy cualquiera, como habría dicho mi tía Sylvia. Soy una dama, una bachiller e hija de buena familia. Provengo de la burguesía, aunque sea de la burguesía culta sin dinero.

Me impuse a mí misma un cometido que debía cumplir cada día y lo llamé «trabajo»: el de conservar un lenguaje cotidiano digno y culto. Durante un periodo decidí escribir mi diario en alemán literario, y en otro, en la jerga de putas más vulgar y berlineando[47]. Me propuse pensar a ratos en hexámetros y utilizar el alemán antiguo, pero hube de renunciar a lo último: no conseguía emplear con corrección el lenguaje de los siglos XVIII y XIX porque no tenía a mi alcance un solo libro de esa época. Y eso me molestó muchísimo.

2

Cuando aún vivía en casa de los Jacobsohn, en la Schmidstraße, el miedo y la preocupación me oprimían el pecho con un peso abrumador desde el amanecer. Era la fase de las deportaciones de Berlín, y a mi alrededor no veía más que infortunio. Pero ahora, en mi época en Am Oberbaum, por las mañanas me despertaba casi siempre de buen humor tras un sueño profundo y reparador.

Burgers se iba muy temprano a trabajar. Yo me levantaba con él, pero luego solía tumbarme una hora más en la cama. Después abría la ventana de nuestro cuarto y hacía gimnasia completamente desnuda, si fuera hacía buen tiempo. Al principio no reparé en que nuestra ventana quedaba justo frente a la caseta de la estación elevada de Stralauer Tor y en que el jefe de estación podía verme desde allí. Un día aquel señor mayor, que parecía un ferroviario de libro, me saludó sonriente con su disco de señalización. Yo también lo saludé jovial, pero desde entonces preferí cerrar la cortina.

Una mañana de finales de primavera Trude Neuke me hizo una visita sorpresa. Traía un minúsculo ramillete de prímulas. En la floristería había logrado incluso que se lo envolvieran, aunque el papel escaseaba mucho. Trude dio siempre gran valor a las convenciones y a una conducta intachable. Sacó el ramo y me lo entregó sin demasiados aspavientos, pero con exquisita elegancia. Me alegré mucho, la invité a pasar, y nos sentamos en el sofá de felpa de la habitación de Burgers. Las flores las coloqué en un vaso encima de la mesa.

Después de un pequeño tanteo Trude me preguntó cautelosa si la relación con Burgers era soportable. Lo cierto es que sólo pude darle una respuesta positiva: habíamos empezado a acostumbrarnos el uno al otro. Mi influencia sobre él iba en aumento, y la señora Blase y Burgers recalcaban a menudo que se sentían mejor atendidos que nunca.

No me costaba mucho adaptarme al holandés y sus manías. Por la tarde, poco antes de que Burgers llegara a casa, solía darle una pasada al suelo otra vez. Tardaba unos dos minutos, pero a él lo complacía mucho. Sus compatriotas, y en particular su madre, eran muy muy limpios, recalcaba, pero nunca había visto un ama de casa que fregara de nuevo por la tarde. Estaba fuera de sí de alegría.

Las prímulas que me había traído Trude duraron mucho tiempo. Me quedaba mirándolas a menudo. Sin saberlo, Trude había hecho realidad mi gran deseo: pese a todas las contrariedades, anhelaba llevar por momentos lo que se llama una «vida normal».

Aun así, en mi primer medio año en Am Oberbaum hubo algunas escenas terribles entre Burgers y yo. Reaccionó, por ejemplo, con un ataque de ira al enterarse de que la señora Blase me arrebataba la comida. Todas las semanas me encontraba con la señora Koch, que siempre me daba una gran bolsa negra de mercado llena de provisiones. Cuando la señora Blase la vio, quiso otra igual. Con ese propósito me dio una segunda bolsa. Para mí fue muy desagradable, sobre todo cuando reparé en que la señora Koch no dividía mi ración, sino que se privaba aún más de sus propios y escasos suministros para que las dos bolsas aparentaran estar medianamente llenas.

En una ocasión regresé muy tarde de uno de aquellos encuentros. Burgers estaba ya en casa, vio las dos bolsas y se percató de que le entregaba una de ellas a la Blase. Como ya se había puesto las zapatillas, no necesitó quitarse las botas para hacerme un moratón.

La siguiente pelea se desató porque él le otorgaba gran valor a que lo emulara en todo. Esto tenía su gracia, pero se empeñaba hasta el fanatismo. Su plato favorito era el pan de guerra, que mojaba en sucedáneo de café y espolvoreaba con cantidades ingentes de azúcar. Cuando quiso que yo comiera lo mismo, me negué asqueada, lo que me acarreó una nueva tunda.

Luego logré explicarle que los gustos son distintos y que no debía tomarse tan a pecho que no me deleitara con su pan de azúcar. Que fumara como una chimenea y me exigiera seguirle el ritmo también en eso, en cambio, no era un castigo para mí, pues yo misma era una fumadora empedernida.

Nuestra relación se fue volviendo más sencilla. Casi siempre

lograba esquivar a tiempo sus ataques de rabia. Al contrario que la señora Blase, él no me amenazó nunca con denunciarme ni ponerme en la calle.

Yo entonces pensaba que el trato que habíamos cerrado estaba francamente bien. Burgers sacaba gran provecho de mí, pero yo también de él. Si llegábamos a vivir la liberación, estaríamos en paz y yo misma finalizaría de inmediato nuestra relación. A fin de cuentas, ya tenía experiencia en huir, en salir corriendo, en saltar del campanario, como dijo en aquella ocasión la vidente.

Pero en algún momento empezó a asaltarme también, y de un modo cada vez más consciente, otra pregunta: ¿podría liberarme alguna vez de mi deber de gratitud hacia Hannchen Koch?

La comida que me usurpaba Luise Blase al final solía consumirla yo misma. En efecto, la anciana se alimentaba como un pajarito. Cada vez con más frecuencia me daba a probar de lo que cocinaba. Y así fue estableciéndose la costumbre de que yo le hiciera compañía durante las comidas y consiguiera de ese modo un plato caliente. A menudo pasábamos horas juntas.

Luise Blase seguía teniendo buen porte y buena figura. Su pelo ralo y blanquísimo estaba entreverado con algunos mechones rubios claros. Lo llevaba en largas trenzas recogidas en un vistoso moño. Allí donde el pelo dejaba vislumbrar el cuero cabelludo, éste era entre ceniciento y negro. Pero su tez era rosada y sus manos daban la impresión de estar cuidadas.

Se sentaba siempre a una minúscula mesita plegable que, por su afección ocular, desplazaba allí donde el sol no la cegara. Este mueblecito ligerísimo era inseparable de ella, como una parte más de su cuerpo. Hablaba el dialecto berlinés, el de la gran ciudad, tal como había sido habitual antes de la Primera Guerra Mundial, y a mí me gustaba escucharlo. Casi ciega y muy frágil, en sus conversaciones conmigo recapituló su vida entera.

Hija ilegítima de una criada, vino al mundo en 1865. Luise Schieke —su apellido de soltera— se crió primero con sus abuelos, pero éstos murieron pronto. Luego se la fueron pasando entre diversos parientes para los que sobre todo suponía una carga. Entretanto, su madre había logrado cierto ascenso social: se casó con un hombre del entorno pequeñoburgués.

«A partir de ahí le fue mejor», me explicó la señora Blase.

«Contaba con un piso decente y ya no necesitaba trabajar». Así las cosas, la madre terminó por acoger a la niña. Cuando Luise tenía diez años, nació su hermanastra Klara. Y otros diez años después llegó Anna, la benjamina.

Igual que antes su madre, Luise vivía ya fuera de casa y trabajaba de criada cuando la pequeña vino al mundo. Aun así, desarrolló sentimientos muy tiernos, casi maternales, hacia aquella niña. Cada dos semanas, cuando tenía el día libre, visitaba a la familia de su madre. Pero allí no encontraba sino frialdad. Su hermanastra Klara la trataba con especial odio.

Con su minúsculo salario, una vez compró un paquete de caramelos para Anna. En el momento de dárselo, Klara se lo arrebató de las manos con todas sus fuerzas. Pisoteó los dulces y le dijo a su hermana pequeña: «¡Ya sabes que no puedes aceptar nada de la maldita Luise de mierda!». Y así es como Luise y Klara pasaron a ser enemigas mortales para el resto de sus vidas.

Durante muchos años Luise Blase fue sirvienta de un matrimonio judío que vivía en un piso señorial en la Kottbusser Ufer. El padre de la familia insistía en curtir y tener a raya a sus dos hijos para que llegaran a ser unos competentes hombres de negocios. A su mujer, la señora de la casa, la describió como la encarnación de la judía gorda, rica y advenediza. Se repantingaba en su silla e imitaba su voz chillona. «Así se sentaba aquella mujer para cebarse a la hora de comer», explicaba. Recordaba perfectamente de qué se hablaba entonces con el mayor detalle cuando había visita en la casa, por ejemplo, de la cuestión de dónde conseguir repuestos en caso de que se rompiera una tapa o una taza de la porcelana buena.

La cebona tenía una hermana que no se parecía en nada a ella. Era esbelta, rubia y de ojos azules; un torbellino, continuamente activa en la casa, muy simpática con los criados y siempre dispuesta a la animación y a la risa. Esta hermana era asimismo rica y daba grandes fiestas. En tales ocasiones a veces tomaba prestada a Luise.

La señora Blase seguía idolatrando a aquella mujer. Era la única persona que la había tratado bien. Cuando por haber requerido sus servicios de asistenta la recibía a su puerta, extendía radiante los brazos y exclamaba: «¡Aquí está nuestra Luiselein [48] !».

La señora Blase describía aquellas cenas hasta la última hebra de la sopa. Eran, como reconocí fácilmente, menús *kosher*. Empezaban

con un caldo, luego había trucha y después muchos otros platos de especialidades deliciosas. Compraban grandes cantidades para que el personal de cocina pudiera comer lo mismo que los invitados. Pero los criados no querían. «No, no, trucha, qué es eso, y *to* cosas distintas y de *ca* una sólo un poco. La cocinera pidió un día que nos dejaran hacer otra cosa, una cazuela gigantesca de sopa de patata», contaba la señora Blase. Además prepararon chicharrones fritos en cantidades ingentes. Y así estuvieron tan campantes en la cocina cenando aquella espesa sopa rebosante de grasa. Claro que enseguida se sintieron indispuestos. Y, como la cocinera y otra asistenta tuvieron que vomitar al mismo tiempo, sus cabezas chocaron dolorosamente sobre la pila de la cocina. La vieja Blase seguía muriéndose de risa al recordarlo. Fue uno de los momentos más divertidos de su vida.

Después de haber servido mucho tiempo como criada, Luise Schieke hubo de admitir que, como solía decirse, «se le estaba pasando el arroz». Los porteros de la casa, central de chismes de todo el servicio, le hablaron de un viudo con dos hijos adolescentes que buscaba con urgencia a una mujer. La vieja señora Blase fue caricaturizando las fabulosas virtudes que en teoría caracterizaban a aquel pretendiente: un caballero distinguido, de finanzas sólidas, vestido con gran esmero, etcétera. En retrospectiva, su único comentario a todas esas cualidades era un seco «¡ya!». Aquello lo decía todo.

La señorita Luise se citó, pues, con aquel fino caballero en el Hasenheide[49]. Pronto se casaron y ella se mudó con él al piso en el que llevaba viviendo más de treinta años: Am Oberbaum 2.

Karl Blase trabajaba de escribiente en un organismo oficial. Era un hombre miope con quevedos, mucho mayor que ella, un criticón quisquilloso y repugnante que sometía a su mujer de la peor manera. La señora Blase nunca sabía cuándo ni por qué le pegaba. Daba el máximo valor a las camisas limpias y bien planchadas. Eso sí que era capaz de ofrecérselo ella. Pero, si le entregaba una pila de ropa recién planchada, él se quitaba los quevedos para comprobar que aquí o allá no hubiera quedado una arruguita o manchita. Un día a la señora Blase le pudo la rabia. Sacó una lupa del cajón del escritorio y se la entregó para que pudiera examinar aún mejor sus camisas. Él le propinó tal paliza que le fue imposible sentarse en

varios días.

Los dos hijos tenían unos doce y catorce años cuando Luise Blase pasó a ser su madrastra. El menor era un bruto que le daba un disgusto tras otro. El mayor se reveló ya en la pubertad como un criminal. La señora Blase vivía en un temor continuo de aquel chico desalmado que llevaba el extraño nombre de Fridot. Debieron de producirse atrocidades sobre las que, por lo general, callaba. Pero, en ciertas situaciones, como tras una gran reconciliación con Burgers, se mostraba muy tierna y se abría conmigo. «Fridot se abalanzó con un cuchillo sobre su padre», me dijo una vez con la voz muy cambiada.

El dinero escaseaba siempre. La señora Blase se enteró un día por casualidad de adonde iban a parar los ingresos de su marido. Estaba cerca de la Nollendorfplatz, en la parada del tranvía, y de repente lo vio al otro lado de la calle: salía tambaleándose con la cara roja de una casa de apuestas.

Sus dos hijastros se marcharon pronto de casa, así que los hijos que Luise Blase trajo al mundo apenas conocieron a sus hermanastros. El mayor se llamaba Gerhard. Ya había caído en el frente cuando me instalé en Am Oberbaum 2. A Kurt, el menor, lo conocía porque visitaba con regularidad a su madre. Lo tuvo muy tarde. Cuando notó los movimientos del niño, rozaba ya los cincuenta y creía tener la menopausia desde hacía mucho tiempo. No me confió si al principio el nuevo embarazo la alegró o la horrorizó.

Incluso con dos hijos propios, su papel en aquella familia siguió siendo deplorable. El marido pagaba el alquiler y el gas, pero apenas le daba unas monedas para la casa. Ella aceptó empleos de limpiadora para alimentarlos a todos. Trabajó, por ejemplo, durante años en una papelería muy buena y en una perfumería fina en el oeste de Berlín.

De ahí provenían los tesoros que había acumulado en el inmenso armario mágico del vestíbulo entre la cocina y su dormitorio. Una mitad estaba atestada de arriba abajo con magníficos artículos de papelería, con cuadernos de todo tipo y cajas llenas de papel de cartas. La otra contenía los más finos jabones franceses, lociones y champús maravillosos. Con toda franqueza me contó cómo se había apropiado de esas cosas: siempre se la consideró una señora de la

limpieza diligente, hábil y concienzuda, honrada y por completo digna de confianza. Pero esto último no era cierto. A lo largo de muchos años, mangó un artículo especialmente caro en casi cada uno de sus servicios para la papelería y la perfumería.

En la figura de esta anciana conocí a una persona que, segregada por la sociedad burguesa, se vengó infringiendo las leyes cada vez que pudo. En la época de Weimar, una vez incluso escondió armas para un grupo de asesinos Feme [50]. «Los señores de la Feme eran tan majos… Me dieron más propinas de las que he recibido en toda mi vida», contaba una y otra vez.

Su marido murió a mediados de los años veinte en los baños públicos a los que acudía regularmente a tomar lo que llamaban un «baño español», una especie de sauna. Cuando un mensajero informó a la señora Blase de que habían encontrado a su esposo sin vida en una cabina, su cuerpo estaba ya en la morgue.

Primero se quedó rígida de espanto. Unas horas después le sobrevino la congoja por ser viuda. Vertió ríos de lágrimas hasta el amanecer. Luego, al fin, se durmió. Y despertó con sentimientos muy distintos: «Bueno, pensé: ay, Dios, se ha muerto. Y casi me echo a llorar otra vez. Un cambio así no lo has *vivío* tú en tu vida. Ni se me había *pasao* por la cabeza algo así. Y de pronto pensé: ese mal bicho ya no me *pué* pegar. Soy libre». Fue presa del júbilo cuando comprendió que tendría menos ingresos que antes, ya que sólo podía contar con una minúscula pensión de viudedad, pero que nadie dilapidaría el dinero en la casa de apuestas. Por fin viviría como le diera la gana. Y, desde aquel día, crió sola a sus hijos.

A veces Luise Blase tenía los ojos llorosos. Yo sabía que en aquellos momentos añoraba a su amado hijo Gerhard. Hablaba a menudo de él, pero sólo tras largas vacilaciones me enseñó una reliquia especial: su pieza de maestría de cuando se formó como estucador y dorador. Era un pequeño estuche de madera revestido de estuco y adornado con unas rosas muy trabajadas. Todo, hasta la menor rendija, estaba cubierto de pan de oro.

También contaba con gran lujo de detalles los cumpleaños de Gerhard. Me enteré de qué tartas se hacían exactamente, cuánta cerveza traía la señora Blase y qué inmensa cazuela con salchichas sacaba a la mesa como plato fuerte del banquete. Muy despacio y a tientas la cogió para enseñármela. Y describió con exactitud hasta el

último dado de pepino de la enorme fuente de ensalada de patata con que solía acompañarlas.

De Kurt nunca contó algo así. Su avispado hermano mayor y su círculo lo tuvieron siempre por tonto. Dejó la escuela primaria a los catorce; por entonces era pequeño, pálido y todavía muy infantil. La madre se fue con el chico a Osram[51]. La torre de la fábrica quedaba precisamente junto al Oberbaumbrücke. Y funcionó: contrataron a Kurt de ayudante en el laboratorio de un físico judío.

Este hombre quiso amparar a aquel chico sin padre, no muy inteligente pero atento y simpático. Solía revolverle el pelo y le hacía regalos en Pascua, Navidades y por su cumpleaños. En su recuerdo, la señora Blase pintaba a aquel físico como a un ángel. Se emocionaba tanto que se le quebraba la voz.

—¿Y qué fue de él? —pregunté con deliberada ingenuidad—, ¿sigue en Osram?

—No, resultó que ese judío rico no quería lo más mínimo a Alemania, y eso que aquí tuvo la oportunidad de ascender y hacer fortuna. Ese judío cobarde se largó a América —respondió.

Yo, por supuesto, no dije ni palabra.

Odiaba a esa chantajista repugnante, nazi, soez y criminal. Y al tiempo la amaba como a una figura maternal. Así es la vida, así de complicada.

Kurt Blase tenía ya veintiocho años. Era rubio claro, llevaba el pelo hacia atrás, fijado con gomina o agua azucarada, como era típico en la época nazi. Siempre iba acicalado. A pesar de ser un hombre adulto y padre de familia, seguía teniendo un rostro marcadamente infantil y del todo inexpresivo. «Si comparamos su cara con una estación», le dije a Burgers, «habría que colgarle el cartel de: FUERA DE SERVICIO».

Kurt conoció a su esposa Trudchen en una frutería. La chica, muy flaca y de pelo rizado, pesaba allí las patatas. Antes de que a él le tocara su turno, una clienta le dijo a Trudchen:

—Vaya, lleva usted una permanente formidable: se ve que el peluquero ha hecho bien su trabajo.

A lo que Trudchen respondió:

—No *m'hace* falta permanente, es *to* natural. Yo no voy nunca a la *pelu*, es dinero que *m'ahorro*.

Kurt, que nunca había tenido amigos ni se había atrevido a

hablarle a una chica, pensó en aquel momento: una mujer que no necesita peluquero es la idónea para mí. Se citó con ella, fueron juntos al cine, volvieron a ir juntos al cine y se casaron. Al poco, tenían tres hijos.

De vez en cuando venía toda la familia de visita. Los niños ya no llevaban pañales, pero todavía no iban a la escuela. Estaban pálidos y desnutridos, eran simplones y unos malcriados y retozaban a voz en grito por la cocina. La señora Blase me dio pena. Como es natural, habría deseado querer a sus nietos, pero era incapaz.

Ni siquiera Trudchen soportaba a sus hijos. En general, solía sentarse en la caja del carbón y fumar. Es muy probable que se limitara a hacer lo mismo en su casa. En su primera visita participamos en la ronda de sucedáneo de café en la cocina. El hijo mayor, en el regazo de su madre, no paró de incordiar berreando: «¡Vámonos, vámonos, vámonos!». La vieja Blase estaba ofendida y triste, y acabó por imitar al niño: «¡Vámonos, vámonos!».

De pronto Trudchen soltó una carcajada verdaderamente idiota. Su suegra fue a tientas hasta la caja del carbón, se acuclilló, acercó su rostro al de la nuera de modo que sus narices se tocaran, abrió su hocico desdentado e imitó con malicia esa risa. Kurt asistió a la escena inerme y desesperado. No era así como me habría imaginado a un SA.

Burgers y yo huimos a nuestra habitación. Un minuto después llamaron a la puerta. Era Kurt: «¿Puedo venirme un rato con vosotros? No lo aguanto más». Estuvimos charlando un rato en plena armonía sobre cosas cotidianas hasta que la familia se marchó. Y así fue como, poco a poco, empezamos a hacernos amigos.

3

Al despedirme de Zeuthen, la señora Fiochi me dijo que siempre podía ir a zurcir medias con Miranda, su hermana menor, en Kreuzberg. Allí estaría caliente, me darían algo de comer y, además, cincuenta peniques a la hora; estaba todo acordado. Por lo demás, el marido de Miranda, un tal Camillo von Weißenfeld, era empleado del Ministerio de Propaganda. Al ver mi espanto, me tranquilizó enseguida: jamás en la vida denunciaría a nadie; era la persona más decente de toda la familia.

Así pues, un buen día salí de Am Oberbaum para ir a aquella dirección en la Kottbusser Damm. Ya nadie habría imaginado que en el pasado Miranda von Weißenfeld había sido acróbata y bailarina. Había engordado mucho y hablaba un alemán plagado de faltas. Durante seis horas zurcí una montaña de medias hasta que llegó el señor de la casa. Camillo von Weißenfeld sabía muy bien quién era yo, y eso nos causó tal apuro a los dos que nos pusimos a balbucir torpemente sobre el tiempo.

Miranda nos encargó retirar las medias al dormitorio. En su mesilla me llamó la atención un folleto titulado *¿Cómo hablar alemán correctamente?* «Ya ve, a usted no le hace falta eso, y está en una situación difícil», dijo Camillo von Weißenfeld volviendo a sonrojarse. Entre aquel hombre delgado y yo se produjo un entendimiento espontáneo, un acuerdo directo por contacto visual. Con sus hermosos dientes blancos, su cara delgada y sus gigantescas gafas de concha, no parecía ni mucho menos el enemigo sanguinario cuyo rostro habría querido contemplar por una vez.

Aquella tarde llegué muy tarde a casa de la visita. Burgers había regresado antes que yo y dijo que no merecía la pena que fuera a trabajar por esos ridículos tres marcos. Sin embargo, a mí me habría gustado seguir para conocer mejor aquel entorno y a aquel colaborador del ministerio de Goebbels.

Pero durante el día, cuando Burgers estaba en el trabajo, tenía siempre mucho que hacer. Entretanto, llevaba yo toda la casa. Sólo las compras exigían ya gran cantidad de tiempo. Además, retomé mis largos paseos por la ciudad. La zona entre el Oberbaumbrücke y la Görlitzer Bahnhof, la Stralauer Allee y el Treptower Park se convirtió muy pronto en mi nuevo territorio.

Sentía un gran anhelo de actividad intelectual. Quería volver a leer por fin algo razonable. Por eso le pedí a Hannchen Koch que me consiguiera algunos libros, a ser posible de la biblioteca de Karl Jalowicz. Llevaba mucho tiempo sin tener contacto con mi tío. Habría sido demasiado peligroso. Pero sabía que él seguía viviendo en Pankow y se había librado de ser deportado gracias a su matrimonio con Frieda, su mujer no judía.

En la biblioteca de Karl, de eso estaba segura, no había basura. Y, como Hannchen Koch se desvivía por tener trato con un burgués judío culto, y más aún con un hermano de mi padre, accedió encantada a mi ruego.

Después de traerme tres o cuatro libros gruesos al bar de Köpenick, sufrió una suerte de crisis. Lloró tan desconsolada que todo el mundo nos miró. Estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio por mí, sollozó alzando acusadora el pan comprado a precio de mercado negro. Lo peor no era cargar con aquellos libros tan gruesos: lo peor era que, como Karl no podía saber para quién eran, le dijo que ella misma había descubierto su pasión por la literatura seria. Y ahora debía discutir con él el contenido de cada volumen que le devolvía. Era pedirle demasiado que ella, abrumada como estaba por sus muchas tareas, además leyera por la noche libros densos, a los que no estaba acostumbrada.

Aquello era muy embarazoso. Me apresuré a decir que lo dejara de inmediato. Ella, desde luego, se negó. Así, para cada libro que devolvía le preparaba un breve texto: escribía unas pocas líneas con una valoración general y un análisis que hiciera ociosa toda discusión. Ella debía aprenderse de memoria esa nota en el tren cuando llevara el libro a Pankow. Y así lo hacía, con un celo ejemplar.

Después de la guerra Karl me contó la ilusión que le habían hecho siempre aquellos mensajes míos. «Reconocí de inmediato tu manera de expresarte», me dijo. «Tuve muy claro que aquellas

observaciones sólo podían ser tuyas». Pero al cabo de unas semanas cesó este intercambio, ya que los viajes a Pankow terminaron por ser demasiado para la señora Koch.

Trude tuvo otra idea. Como ella era una asidua usuaria de las bibliotecas, me apuntó en una y depositó mi fianza. Sin embargo, allí sólo había novelas baratas. Mejor que nada, me dije, y me propuse redactar un trabajo mayor sobre ese género literario. Pronto descubrí que también en esas noveluchas había pasajes que contenían muy buenas descripciones. Seguramente los autores reflejaban en ellas sus propias experiencias.

Un día, en la biblioteca, cayó en mis manos un volumen desgarrado de Theodor Fontane. El lomo estaba roto y le faltaban las últimas páginas, pero yo quería aquel libro como fuera.

—Está aquí sólo por error, ni siquiera está catalogado —explicó la bibliotecaria—. No puede usted cogerlo prestado.

—¡Me da igual, quiero leer a Fontane! —protesté.

—¿Conoce usted a Fontane? —inquirió la mujer con suspicacia. Me entró un miedo mortal: ¿y si llama a la Gestapo porque le parezco sospechosa?

—El nombre me suena de la escuela. ¿Es algo especial? —pregunté yo tratando de guardar la calma en la medida de lo posible. Luego entregué mi último libro, no saqué nada nuevo, recuperé la fianza y jamás volví a pisar la biblioteca.

Así se secó también esa fuente de libros. Y eso que ya había empezado a tomar notas para mi trabajo sobre la literatura ligera. Las escribía en un hermoso y grueso cuaderno de hule con exquisito papel de preguerra que la señora Blase me sacó de su armario mágico. Debajo de cada entrada, en la que figuraba el nombre del autor, el título y el año de edición, apuntaba a veces una P minúscula tachada. Significaba: ¡ahora viene algo personal! Allí anotaba dichos de la señora Blase, conversaciones con Jule y Trude Neuke y observaciones cotidianas que no quería que se perdieran. Fue la única vez que me atreví a plasmar en papel mis experiencias e ideas.

Poco a poco conocí a todos los habitantes de la casa. Justo debajo de nosotros vivían los porteros Auguste y Alexander Graß. Ella era varios años mayor que él y, con su pelo muy estirado y recogido en un moño en mitad de la cabeza, parecía un personaje de Zille[52].

El marido, según me chivó la señora Blase, tenía numerosos antecedentes penales. De ahí que ambos odiasen toda autoridad y mostraran una gran solidaridad conmigo, la señorita clandestina. Eran buena gente, aunque ni mucho menos modélicos, y se los apreciaba más bien poco en aquel vecindario.

También vivía con ellos la madre de Alexander Graß, ya muy anciana y postrada en la cama. Nunca se la veía, pero de su piso emanaba un olor desagradable y penetrante, y no faltaban los gritos. La señora Graß insultaba a su suegra del modo más ordinario, y los vecinos a su vez consideraban a la señora Graß una furia que dejaba degradarse a una anciana enferma. Igual de ordinaria, con fantásticas y coloristas expresiones berlinesas, la señora Graß despotricaba también contra los nazis.

El matrimonio tuteaba, por supuesto, a todo el mundo en el edificio, también a Burgers. Sólo a mí me trataban siempre respetuosamente de usted. Yo era la señorita sin nombre.

En la primera planta vivía el matrimonio Knizek. A los dos les encantó que les dijera: «Sin duda se llaman ustedes Knižek y perdieron el *háček* [53] en Alemania». Ambos eran bajos y gordos, patriotas checos que llevaban ya muchos años en Berlín y regentaban una frutería en el mercado.

Su subinquilino, el señor Kittel, no encajaba en absoluto en aquel entorno: era un señor mayor, muy solitario, muy arreglado, casi excesivamente cortés, pero también muy reservado. Tardé tiempo en saber que estaba enterado de lo mío. Desde entonces me saludó siempre con una sonrisa pícara.

Se contaba entre mis protectores y amigos: aun cuando, dada la escasez de combustible, todo el mundo trataba de preservar el escaso calor en su cuarto, él dormía con la puerta abierta al vestíbulo para enterarse de si ocurría algo amenazante en la casa. Era demasiado discreto para decírmelo. Y yo estaba convencida de que al menor ruido desacostumbrado me despertaría por mí misma para huir.

Pero una mañana me preguntó la portera: «¿Qué le pareció lo de anoche? ¿No fue un jaleo tremendo?». Yo dormía como un tronco y no oí nada. Dos o tres soldados borrachos habían entrado en el inmueble armando barullo y berreando, y se habían instalado en la escalera. El señor Kittel se percató enseguida y se preocupó mucho.

Se puso un uniforme de bombero y despertó al portero. Juntos, los dos hombres sacaron a aquella gentuza de la escalera y la expulsaron a fin de protegerme.

En la última planta vivía la señora Haase, una viuda que, como prácticamente ya no oía nada, sonreía muy amable a cuanto le decía. Por lo demás, no mostraba el menor interés por mí.

Kurt Blase venía regularmente a ver a su madre. A veces ella lo enviaba a inspeccionar nuestro dormitorio. Una vez descubrió los finos alambres que habíamos tendido a lo largo del cuarto.

Burgers había recibido de un colega que era un entusiasta radioaficionado una cajetilla de tabaco con un receptor de galena incorporado. Pero, para recibir la señal, necesitábamos algún tipo de antena. Con ese fin tendimos unos finos alambres a lo largo y ancho de la habitación. Funcionó: aunque no era posible sintonizar con precisión la emisora, sí podíamos escuchar noticias extranjeras. Y estábamos ávidos de ellas, pues queríamos saber la verdad sobre el curso de la guerra.

Cuando mejor se escuchaba la radio era durante las alarmas. Entonces «callaba la boca de infundios alemana», por citar a Julius Neuke, y se oían alto y claro las emisoras extranjeras. A mí me emocionaba escuchar las famosas campanadas de la emisora londinense[54]. Una vez reconocí incluso la voz del locutor alemán Walter Hertner, que en realidad se llamaba Herz, un actor de la Liga Cultural Judía huido a Inglaterra. Antes de la guerra yo había sido fan suya y lo consideraba muy relevante.

Pero mi momento cumbre con la radio ocurrió una vez que sonó una alarma a plena luz del día. No fui al refugio antiaéreo, sino que me senté ante el receptor. De pronto oí desde lo lejos: «*Po Jerushalayim*» (aquí Jerusalén). Di golpes en la pared sobre el aparato y exclamé: «¡*Chawerim* (camaradas), aquí estoy encerrada con un holandés inaguantable en el piso infestado de chinches de la nazi Blase! ¡Pero quiero vivir, lucho, me esfuerzo al máximo por sobrevivir! *Shalom, shalom*!». Luego volví a oír fragmentos sueltos en hebreo desde el éter, aunque no logré captar frases completas.

Kurt, desde luego, entendió lo que significaban los alambres y dio parte a su madre. De nuevo hubo una bronca tremenda con la Blase: insultos, amenazas y finalmente la reconciliación. Conservamos nuestra radio.

Al final del otoño hizo un frío húmedo. Una vez, la señora Blase tocó la estufa de nuestra habitación y notó que estaba calentísima, mucho más que la suya. En parte era porque la que teníamos era moderna, mientras que las de las otras dos habitaciones parecían monumentos a la Batalla de las Naciones[55]: llegaban hasta el techo y tenían una decoración muy kitsch de estuco, pero una única boca en la que coincidían el combustible y la ceniza. Debido a este defecto de construcción, nunca calentaban de verdad. Por otra parte, los combustibles que podían comprarse entonces con cupones estaban desgasificados y apenas tenían potencia calorífica.

Pero nosotros usábamos material de preguerra. La cosa fue así: era tarea de Gerrit subir el carbón. Y descubrió que en el sótano de la señora Blase había apilados junto a la pared muchos quintales de excelente carbón de preguerra, negro, brillante y grasiento, que ardía fenomenal. Hasta hoy sigo sin entender de dónde salieron aquellas reservas.

—Bombardearán esta casa tarde o temprano. ¿Por qué echar a perder aquí esta inmensidad de maravilloso carbón de los tiempos de paz? —dijo el holandés.

—Si quieres llevártelo para caldear la habitación, hazlo —repliqué—. Yo no voy a apropiarme de algo ajeno.

Para mí era una cuestión de dignidad: no quería rebajarme al nivel del populacho alemán. Burgers tenía menos escrúpulos.

La señora Blase le encargó a Kurt que averiguara si estábamos usando su carbón bueno de la preguerra. Su hijo nos lo preguntó directamente.

—Pues te vas a reír, Kurt: sí que lo hacemos —dijo Burgers—. Es probable que esas reservas de carbón duren más que la esperanza de vida de tu madre. ¿Por qué íbamos a pasar frío?

—Vaya —apuntó Kurt pensativo—, y yo tiritando en casa.

Vivía en la Thaerstraße en Friedrichshain, en un tugurio helado que no había forma de calentar.

Desde ese instante fuimos aliados en cuanto al carbón de paz, y Kurt se pasaba por allí casi a diario. Antes de visitar a su madre daba unos golpecitos en la pared de mi cuarto desde la escalera. Yo le abría discretamente y le daba la llave del sótano: él bajaba, llenaba de carbón un maletín, lo escondía en alguna parte, llamaba al timbre, visitaba a su madre y luego se retiraba con el botín.

Aquellas visitas regulares estrecharon mucho nuestra amistad.

Él me apreciaba, y yo también lo apreciaba a él. Si levantaba una ceja, cosa que hacía a menudo, parecía siempre asombrado. Y lo estaba de verdad, pues por primera vez en su vida conoció el fenómeno de la amistad. Kurt nunca hizo comentarios sobre el nacionalsocialismo ni sobre los judíos. Yo preferí no preguntarle por qué se había hecho nazi y qué pensó al hacerlo. De todos modos, pensar no era su fuerte.

Un día Kurt recibió un sobresueldo de doscientos o doscientos cincuenta marcos por su rendimiento en la empresa. Para él suponía una gran suma. Nos anunció que no iba a contarle nada a Trudchen, sino que por fin haría algo que le alegrase a él. La señora Blase aplaudió de gozo, entusiasmada de que engañara un poco a la odiada nuera. Resultó muy oportuno que Kurt acabara de hacer un breve viaje de trabajo a Frankfurt an der Oder y de conocer en el tren a dos chicas muy majas. Una era enfermera, la otra oficinista. Se atrevió a divertirse un poco con las dos e intercambiaron sus direcciones.

Una de ellas cumplía años poco después. Él quiso regalarle flores e invirtió mucho esfuerzo en conseguirlas. Su madre le recomendó que yo le escribiera una carta, quizá incluso en forma de poema. Lo hice con gusto y lo impresioné muchísimo, sobre todo porque aquella joven se sintió muy halagada.

Kurt se gastó su paga íntegra en quedar con las dos chicas e invitarlas a todo tipo de diversiones inofensivas. Después me contó que por desgracia hubo de romper el contacto porque se le había acabado el dinero.

—¿No querrías hacerte amigo de verdad de una de las dos? —le pregunté.

—¿Relaciones íntimas? Ni hablar —replicó brusco—. Si me gusta, después de haber llegado tan lejos, tendría que…

No pudo terminar la frase, empezó a balbucear y por fin se derrumbó sollozando en mi pecho. Me costó permanecer seria, pero me dominé. Y nos sentamos en armonía en el sofá acolchado. Le pasé el brazo por el hombro para consolarlo y me dije, parafraseando a Goethe: «Feliz aquel que del mundo libre de odio se retira, brinda su pecho a un SA y goza su compañía [56] ».

Un par de días después me pasó algo muy desagradable. Llevaba

un abrigo de invierno que no me sentaba bien, una prenda heredada y horrible. Trataba de disimular mi engorro con un cinturón. Además, solía calzarme los zapatos a pelo porque no tenía medias ni la llamada «tarjeta de puntos», una autorización oficial para ropa. Aquel día, en la calle, me miró fijamente una mujer y comenzó a humillarme de modo asqueroso: «Eso sí que no lo he visto nunca, un abrigo elegante», lo dijo sin ironía, «pero sin medias». Me hizo una peineta y siguió vilipendiándome cuando me di la vuelta y me marché, porque me dio miedo. Una vez más hube de luchar con mi decisión de estar del lado de los pobres, de los explotados, de los oprimidos o, hablando cristianamente, de los trabajados y cargados[57]. Lo cierto es que no me gustaba aquel entorno.

«Un momentito», dijo Kurt cuando le conté esta escena. Fue corriendo donde su madre y regresó enseguida radiante con la tarjeta de ella: «Le he dicho a madre que querría regalarles medias a las dos damas. Y que Trudchen reventaría de rabia si se entera». Abrió su cartera y me dio no sólo la tarjeta, sino también dinero para medias. Me conmovió de verdad. Y la señora Blase se alegraba siempre de privar de algo a su nuera.

Lo mismo pasaba con el tabaco, que Trudchen consumía sin cesar: como Kurt y la señora Blase no fumaban, ella gastaba todas sus reservas de cupones. A su suegra aquello la enfurecía. Un día la oí toser en la cocina y emitir sonidos inarticulados: a sus setenta y ocho años, y con un rotundo fracaso, la señora Blase fumaba el primer cigarrillo de su vida. Confiaba en convertirse en fumadora y consumir así el tabaco que le correspondía por derecho.

4

En el transcurso del invierno de 1943-1944 la señora Blase cayó enferma. Primero tuvo un fuerte resfriado, luego también tos, así que se pasaba el día entero en la cama. Aun así, iba a la cocina a lavarse y al retrete, e incluso se preparaba algo de comer. No quería que yo me ocupara de ella; era disciplinada y se sacrificaba hasta la obstinación.

Pero su estado se agravó. Tuvo fiebre alta, respiraba con dificultad, se tambaleaba y tenía que sujetarse al fogón para no caerse. Más de una vez propuse llamar a un médico, aunque era casi imposible, pues la mayor parte de ellos estaban en campaña. Ella se negó. «Puedo morir sin médicos, pero todavía no quiero ni lo voy a hacer», dijo.

Un día que estaba ocupada en la cocina oí gritos de auxilio. La puerta mágica estaba cerrada, como es natural, pero por un presentimiento había dejado bien abierta la de su dormitorio. Con la fiebre se había caído de la cama y perdido la orientación. Con sumo esfuerzo la levanté, la cargué en brazos y volví a acostarla. Fue la única vez que entré allí. Luego le llevé un té a la cama.

Con eso quedó superado el punto crítico. Poco a poco fue bajándole la fiebre, pero ya nunca se recuperó del todo. En pocas semanas envejeció diez años. Se volvió dependiente, necesitaba estar tumbada mucho tiempo y no salía del dormitorio antes de las once de la mañana.

Cuanto más se debilitaba Luise Blase, tanto más sencilla era mi situación: pasé a ser la única ama de casa responsable y cuidé lo mejor que supe de aquella anciana necesitada. Así ella pudo seguir en su entorno acostumbrado y conservar su autonomía, por lo que tanto ella como Kurt me guardaban profunda gratitud. De vez en cuando me regalaba uno de los fabulosos jabones o champús de su armario. Ya sólo el olor era un placer.

Era absurdo: me escondía en casa de una chantajista nazi y obtenía de ella artículos inalcanzables hasta para los privilegiados. Si por la mañana estaba sola en la cocina, llenaba la tina de agua, la ponía al fuego de dos llamas y después la colocaba sobre dos sillas, una enfrente de otra. Y me daba un baño caliente, chapoteando y cantando. Por momentos me sentí tan bien en aquel piso que en realidad no sé qué decir al respecto.

También para los Koch había mejorado algo la situación. A Emil, que ya era un cuarentón y miope en alto grado, lo destinaron a otro cuartel y le preguntaron qué oficio había aprendido. Respondió como solía hacerlo la gente lista por entonces: afirmó haber sido cocinero. No tenía ni idea de guisar, pero su mujer le enseñó a toda prisa un par de rudimentos.

De ahí en adelante, Emil pudo apropiarse de considerables cantidades de comida. Hannchen le cosió una especie de corpiño de hule, una camiseta interior provista de bolsas de canguro. Cuando, como ocurría a menudo, los bomberos daban falsa liebre o hamburguesas, ella aportaba cupones de pan blanco para aumentar la carne picada. Y él transportaba a casa kilos de comida en esas bolsas de hule pegadas al cuerpo. Además, llevaba con regularidad panes de munición enteros. Y así yo ya no tenía que oír las altas sumas que había costado mi pan del mercado negro.

Hannchen Koch le reveló también a su marido una verdad que, de todos modos, él ya había inferido: que hacía mucho que yo no estaba en Bulgaria, sino de vuelta en Berlín. A mi regreso dormí una noche en la cama de matrimonio de su casita de madera en Kaulsdorf. Emil Koch se encontró en ella una horquilla mía y ató cabos.

En una ocasión en la que Hannchen y yo nos habíamos citado en Köpenick, Emil entró de pronto por la puerta de la tasca. Nos saludamos con gran cordialidad y desde entonces a veces nos veíamos los tres. Él me invitaba a un vaso de cerveza de guerra y a uno o dos cigarrillos. Pero con él nunca tuve la sensación de estar en perpetua deuda de gratitud.

De Hannchen Koch seguí recibiendo mi paga, cinco marcos a la semana, cosa que me afligía mucho. Para ella era muy duro renunciar a ese importe, pues ganaba menos de cien marcos al mes. Y con frecuencia me repetía en un tono afectado: «Soy por

naturaleza una persona sacrificada».
Con los alimentos que había disponibles trataba de llevar la casa lo mejor que podía. Nadie pasaba hambre, pero la comida solía ser muy monótona y baja en vitaminas. Tanto más se alegraba la señora Blase si lograba agenciarme algo especial. La sal y la mostaza, por ejemplo, no las daban con cupones. Para conseguirlas hacía falta que te conocieran en las tiendas. Claro que yo tampoco quería tener demasiada confianza con la gente, para que no empezaran a hacerme preguntas personales.

Así pues, me busqué mis propios medios. Una vez compré en una verdulería y me devolvieron cincuenta peniques de más. Sin embargo, no me di cuenta hasta llegar a casa. Cincuenta peniques no valían mucho, el dinero carecía de poder adquisitivo. Pero quise ser honrada y regresé a la tienda al día siguiente para devolver el dinero. A la dependienta le conmovió que en plena guerra, entre tanto embrutecimiento, aún quedaran personas decentes.

Repetí este número en muchas otras tiendas. Decía: «Compré algo aquí hace dos semanas. Luego noté que me dieron cincuenta peniques de más, pero hasta hoy no he vuelto a esta zona y quiero devolverlos». Suscité siempre alegría y admiración, con lo que, por ejemplo, conseguí sin cupones una pasta de frutas —tres paquetitos — que sólo se vendía bajo mano. Burgers estaba feliz, la Blase encantada, y el tercer paquetito fue para Hannchen Koch.

Una vez fui también al mercado de la Rigaer Straße en Friedrichshain. La señora Blase había trabajado allí antes como asistenta de un matrimonio de carniceros. «Vete a verlos y dales recuerdos míos», me encargó. Para mi asombro, después de una breve charla, la mujer me regaló sin cupones una enorme tripa de morcilla para mi casera y otras dos pequeñas «para usted y el holandés».

Me dejó estupefacta. «¿De qué me conoce?», pregunté. «Oh, está claro quién es usted. El Kurt vive aquí en la zona, y me ha hablado de sus dificultades». En realidad la gente no era tan discreta, pero tuve suerte de que nadie me denunciara.

Como siempre que traía un mensaje para la señora Blase, ésta se puso contentísima de que, tal como lo expresó, hubiera vivido algo por ella. En ese estado de ánimo jovial y alegre me contó que aquel matrimonio de carniceros la había tenido siempre por muy honrada,

cuando lo cierto era que cada vez que trabajaba allí les robaba bajo cuerda carne o embutidos de su puesto. Era su especialidad.

Para cada compra había que hacer unas colas larguísimas, cerca de una hora de media. En mi caso, me llevaba el doble de tiempo: por precaución había registrado las dos cartillas de racionamiento de Burgers y la señora Blase en tiendas diferentes, para evitar que una dependienta curiosa me preguntara: «¿Es usted Burgers o Blase? ¿Y quién es el otro?».

En realidad estaba previsto que la cartilla registrara también el nombre de pila. Pero yo sólo había dado una inicial, o sea: G. Burgers.

—¿Adivino cómo se llama? —preguntó una vez una dependienta —. ¡Gerda!

—¡Cierto! —dije yo con mi mejor sonrisa. Y ella rellenó así la cartilla. De ahí en adelante, en aquella tienda fui Gerda Burgers.

A menudo en la cola me pedían cambiar temporalmente de sitio porque dos conocidas querían charlar. Una vez conocí de ese modo a una mujer que andaría por los cuarenta y parecía muy simpática. La señora Rose le contaba en voz muy alta a su interlocutora sorda que su ancianísima madre necesitaba cuidados. Supe así de su déficit crónico de detergente, pues tenía que vendar muy a menudo las úlceras en las piernas de su madre y cambiar las sábanas varias veces al día.

Yo podía ayudarla. La señora Koch me había dado un puñado de cupones arrugados para detergente y jabón de guerra. Eran cupones de clientes que debería haber pegado ella, pero no quería asumir ese trabajo adicional. Ahora bien, tampoco tenía la posibilidad de canjearlos porque todo el mundo habría sabido de dónde provenían. Así las cosas, abordé a aquella mujer, me disculpé cortésmente por haber escuchado su conversación y le ofrecí cupones de jabón si ella me daba algo a cambio. «Tengo un montón de comida, eso no es problema», dijo, «mi madre ya casi no come. Le ofrezco cupones de pan». Luego indicó su dirección en una calle transversal de la Stralauer Allee y dijo que, como antigua secretaria de un dentista, daba un extraordinario valor a la higiene. Después de una larga pausa retórica explicó que en realidad era de Tempelhof. Al principio no supe cómo reaccionar a esta noticia, luego la acogí con una pequeña reverencia. E hice bien: al parecer, en Tempelhof se

consideraban de una categoría superior.

A partir de entonces iba más o menos cada diez días a ver a la señora Rose. Realizábamos el trueque y charlábamos un poco. Me informaba siempre en detalle del estado de su madre, y por suerte yo apenas decía palabra. Tanto más curioso fue que esa mujer, al acompañarme a la puerta una vez, me dijera: «¿Sabe? Ya no puede decirse que seamos meras conocidas: en realidad se trata de una amistad».

Ahora teníamos tanto pan que podíamos llevarles a los Neuke, a quienes Gerrit y yo visitábamos cada dos sábados, media hogaza de regalo.

—¡Renuncia al pan! —me dijo finalmente el holandés.

—¿Qué quieres decir? —pregunté yo.

—Dile a tu amiga que no necesita darte pan: ya tenemos bastante.

A raíz de este comentario tuve claro que Burgers se daba perfecta cuenta de lo tensa que se había vuelto mi relación con la señora Koch. Lo cierto es que no habría esperado de él tanta atención.

Para mí era sumamente interesante escuchar las conversaciones en las colas porque así obtenía mucha información sobre el ambiente político. Un día, desde el altavoz de un piso bajo, resonó un comentario sobre los judíos. Una mujer dijo en voz bastante alta: «Venga, ya estamos hartas de ese rollo, lo oímos año tras año. Goebbels ya anunció que no queda ni un judío [58]. Que nos digan mejor cuándo podremos comprar otra vez pescado ahumado y cuándo acabarán los bombardeos». Todas se mostraron de acuerdo.

En otra ocasión oí hablar a dos mujeres de las manifestaciones en la Rosenstraße, que tuvieron lugar en febrero de 1943 y de las que había pasado ya cerca de un año. Una le dijo a la otra:

—Su prima era una de las afectadas. ¿Usted también estuvo? ¿Cómo fue?

—Pues gritamos: «¡Dejad libres a nuestros hombres!». No quisieron disparar en pleno centro de la capital a mujeres alemanas, así que al final los soltaron.

—Ay, cómo me alegro… Si llego a saberlo a tiempo, yo también habría ido.

—Pues fueron muchas, por pura solidaridad —dijo su conocida.

Lo que hacía la gente en las colas, por lo general, era quejarse: por ejemplo, de que hubiese tan poca grasa. Y de que todo lo demás que les apetecía —fundamentalmente fruta y verduras— hubiese desaparecido de las tiendas. Incluso los llamados «arios plenos» que trabajaban estaban mal alimentados. Pues mira, pensaba yo para mis adentros, si queríais una vida normal, no tendríais que haber votado a Hitler y desencadenado una guerra.

Una vez estuve haciendo cola cuatro horas con un frío atroz para comprar carne de caballo, una auténtica delicatessen en la guerra. No eran jamelgos viejos que mataran, sino animales magníficos que habían caído en los ataques aliados y cuya carne luego se comercializaba.

Mis piernas eran ya carámbanos cuando una chica que había entrado mucho antes que yo salió de la tienda con su compra y pasó junto a la fila. De pronto se detuvo ante mí. Me había reconocido, y yo también recordé haberla visto de vez en cuando en el patio de la sinagoga.

—¡Anda, yo a ti te conozco! Somos aves del mismo plumaje —dijo tan campante. Yo asentí discretamente con la cabeza—. Tú vienes de un hogar *kosher* —añadió luego en voz muy baja—, ¿y aun así compras carne de caballo?

—Sí —respondí—, he decidido que, si te empeñas en creerlo, es rigurosamente *kosher*[59]. Ahora soy yo el rabinato supremo. —Y no pude sino reírme.

Aquel día tuve suerte. Habían distribuido tanta carne que cubría el cuádruple de los cupones: en lugar de medio kilo me pusieron dos, además de huesos con tuétano, que daban un caldo estupendo. Como habían anunciado la venta con antelación, llevaba dos cupones de la señora Koch, el de Burgers y el de la señora Blase. Todos estaban contentos y agradecidos, y me elogiaron mucho.

No era la primera vez que me encontraba a gente que había pasado a la clandestinidad como yo. Cuando en la calle veía a alguien con quien había tratado en el pasado, al instante, con una sola mirada acordábamos fingir que éramos desconocidos. Más adelante hice cuentas y en total conté veintidós encuentros con personas que estaban en mi misma situación.

El más importante de ellos fue Fritz Goldberg. Era el hijo de nuestros antiguos caseros en la Landsberger Straße y pasaba ya de

los treinta. Cuando vivíamos en casa de sus padres tuve poco trato con él. Pero, cuando me topé con él en la Schlesisches Tor a comienzos del año 1944, fue como si descubriera a un compatriota en el desierto. Desde aquel momento fuimos amigos.

Vivía con su prometida Ruth Lachotzke en la trastienda de una lechería. Yo tenía la impresión de que todos los judíos que se escondían ilegalmente en Berlín lo hacían en lecherías. Fritz Goldberg estaba en contacto con diversos grupitos de clandestinos y me contó dónde se juntaban. Ya en nuestro primer encuentro me preguntó si alguna vez querría participar en una de aquellas fabulosas reuniones de trueque.

«No tengo nada que intercambiar ni que vender», respondí, «y no quiero contacto alguno con esos círculos: iría contra toda norma de seguridad».

Fritz sabía del peligro. Conocía los nombres de algunos soplones judíos, como Stella Goldschlag, llamada el *espectro rubio*, y Rolf Isaaksohn. También me habló de Ruth Danziger, la hija de los hosteleros de la cantina Danziger. A él le escuché por primera vez la expresión «atrapador».

Estos chivatos merodeaban por allí donde quedaran los judíos clandestinos. Quien aún tenía dinero pasaba sus tardes en la Staatsoper, por ejemplo. Al final de la función, a no pocas de estas personas las pescaban los soplones, que las estaban esperando a la salida.

—¿Vives en la zona? —me preguntó con curiosidad Fritz Goldberg.

—Sí —respondí—, no muy lejos.

—¿Dónde exactamente?

—¿Para qué quieres saberlo?

No se lo confié. Cuando nos despedimos hice como si fuera en una dirección distinta de la mía. Me encaminé ostentosamente al edificio en el que de verdad vivía, sonriéndole con complicidad para que pensara que quería engañarlo y que de ningún modo aquélla era mi casa. Se creía muy inteligente.

Desde entonces nos cruzábamos de vez en cuando por casualidad en la Schlesisches Tor. Si teníamos tiempo, íbamos a pasear al Treptower Park y nos sentábamos en un banco. Como todo el mundo estaba obligado a trabajar, debíamos esmerarnos en no

despertar sospechas. Si pasaba alguien, simulábamos ser una pareja de amantes, apoyados el uno en el otro y sonriéndonos. Y alguna viejecita nos saludaba con amabilidad.

Un día entré por casualidad en el local en cuya trastienda vivía él. Al poner un nuevo cupón de alimentos encima del mostrador para que lo registraran, la dependienta me pellizcó la mano. En aquel momento reconocí a Ruth Lachotzke, su prometida. Retiré el cupón a toda velocidad para que no viera la dirección ni leyera los nombres de Blase y Burgers. «Sólo quería decir buenos días», afirmé, y me despedí corriendo.

Yo sabía que la relación entre ambos era insoportable. Fritz se aferraba a aquella chica porque le procuraba una sensación de seguridad. Era rubia y de ojos azules, por lo que ni por asomo parecía judía. Pero ambos se pasaban noches enteras gritándose. Su rabia y su odio mutuo eran tan grandes que ya no tenían cuidado ni miramientos con los vecinos. Él sostenía que ella lo volvía loco porque era muy exigente y le pedía, por ejemplo, conseguir mantequilla en vez de margarina.

Fritz había sido trabajador forzoso en la recogida de basuras, donde un colega podía procurarle mantequilla. Pero, cuando volvió a aparecer por el vertedero, aquel hombre lo previno: «Yo te conozco», dijo, «eres el de la estrella. No vuelvas por aquí. Hay nazis». Fue una locura que aún se dejara ver varias veces más. Al final alguien reconoció en el patio al judío sin estrella, llamó a la Gestapo y todo acabó.

Fritz Goldberg se buscó la muerte. Me enteré por Ruth Lachotzke. A los pocos días de su detención, me la encontré por la calle en la pausa del mediodía: «Han pillado a Fritz», me contó, «es todo muy trágico. Pero por mí ya pueden torturarlo cuanto quieran». Vio mi cara de espanto y prosiguió: «Discúlpeme, no me he expresado bien. Lloré a lágrima viva, por supuesto. Me refiero a que él jamás declararía que vivía conmigo y dónde podrían encontrarme».

Me entristeció mucho perder a Fritz Goldberg como interlocutor. Me había proporcionado información importante, y era el único representante de mi mundo previo con quien charlaba sobre mi situación, mis preocupaciones y mis miedos.

Ya no me quedaba sino atenerme a la tradición judía. «No sé qué

pasará con el judaismo en Estados Unidos o en Palestina», me dije, «pero yo estoy aquí, soy un *Minyán*[60], soy todo Israel y cumplo con mi obligación». Empecé a llamar *Weißensee*[61] el banco del parque en que solíamos sentarnos, y durante bastante tiempo acudí a él con regularidad para rezar el *kaddish*: me propuse darle a Fritz Goldberg un sepulcro judío digno.

En el fondo, Gerrit Burgers me era indiferente y ajeno, y, sin embargo, poco a poco se fue convirtiendo para mí en un confidente. Cuando no estaba en pleno ataque de rabia podía ser muy amable, atento y considerado.

Nunca nos faltaron temas de conversación. Al llegar del trabajo, me hablaba de su empresa. Y, si se había producido una alarma diurna, comentábamos dónde y cómo la habíamos pasado.

Yo compraba a diario el *Berliner Süden* y Burgers traía a casa cada semana el *Das Reich*[62]. Le interesaba mucho la política y, en cuanto al curso de la guerra, se había vuelto un auténtico estratega de escritorio. Habíamos recortado mapas de los periódicos. Gerrit marcaba los frentes con agujas e interpretábamos cada nueva variación. Nos turnábamos para leer *Das Reich* y lo discutíamos. Él estaba muy versado en geografía y era capaz de contextualizar de inmediato todas las informaciones. Además, le gustaba resolver crucigramas y lo hacía muy bien, conocía cada afluente de algún río ignoto en África y todos los personajes de opereta de cuatro, cinco u ocho letras, aunque nunca las hubiera escuchado.

Cuando finalizaba una alarma, Gerrit y yo solíamos salir a la calle. Mis pensamientos eran tan intensos que debía esforzarme para no expresarlos en voz alta. Desarrollé un ritual propio para aquella situación: mientras veíamos el resplandor rojo en el horizonte, cantaba para mí con la melodía de la «Horst-Wessel-Lied»: *Qui sème le vent récolte la tempête*. Quien siembra vientos recoge tempestades: una frase que ya me gustaba mucho en mi época escolar.

Para mí aquellos ataques no significaban una derrota, sino una victoria. Habría querido gritarles a los bombarderos: «¡Dadles duro! La guerra podría haberse evitado. Que quien votó a Hitler sufra ahora las consecuencias».

A veces también íbamos a ver películas los fines de semana, ciertamente no a los cines del oeste de Berlín, donde ponían los

estrenos, sino a las salas de mala muerte de Neukölln o junto a la estación de Görlitz. Cuando, hacia el final de la guerra, Marika Rökk cantó con tanta sensiblería «En la vida todo acaba pasando», tuve una cosa clara: estaban empezando a cagarse de miedo.

El lenguaje de esclavos y el peculiar humor de los súbditos de una dictadura los entendía entonces todo el que quería entenderlos, algo que se me puso de manifiesto una vez que paseaba de nuevo por la Adalbertstraße de Kreuzberg. Me gustaba mucho esa calle con sus infinitos patios traseros; para mí era la quintaesencia de un barrio proletario.

Un día abrasador de agosto de 1944 vi que frente a una pequeña panadería se agrupaban algunos transeúntes y se echaban a reír. Me acerqué con cautela, como convenía hacer en esos casos. En pleno verano habían colocado en el escaparate una tarta con la elaborada inscripción FELIZ AÑO NUEVO. Un cartelito de cartón al lado explicaba que se trataba de una pieza de maestría, y otro cartelito decía, escueto: DE MENTIRA.

Dadas las circunstancias, era toda una declaración política: una declaración contra la guerra, pues una tarta de verdad con baño de azúcar de verdad era impensable debido a la carestía de alimentos. Era explícitamente de cartón piedra y llevaba el comentario FELIZ AÑO NUEVO… ¡con aquel calor! «Muy bueno, je, je, muy bueno, es pa troncharse de la risa», dijo una anciana.

Un par de días después volví a ver gentío frente a la panadería. Un policía uniformado disolvió el pequeño grupo y se alejó. Me quedé a una distancia prudencial antes de encaminarme a la tienda y preguntarle a una mujer que salía de ella:

—¿Qué ha pasado?

—La policía ha exigido que retiraran la tarta y sus carteles del escaparate.

—¿Por qué se mete en eso la policía?

—Dijeron que tienen sus razones, pero que no pueden hablar de ello, que sería susceptible de interpretarse mal.

También en la Adalbertstraße asistí a otro incidente que me impresionó aún más. Una columna muy larga de soldados avanzaba cantando por la calle. El repertorio era siempre el mismo, y como tantas otras veces resonaba «Schwarzbraun ist die Haselnuss **[63]** ». Si me tocaba caminar junto a un desfile, ponía todo mi empeño en

no marcar nunca el paso. Pero era muy difícil resistirse al ritmo, que se le metía a una en el cuerpo.

De pronto divisé a un señor mayor muy desastrado que desfilaba al paso de la oca junto a la columna. Debía de haber sido cantante, porque entonaba estupendamente y articulaba muy bien. Llevaba un bombín, y le asomaba un pañuelo rojo del bolsillo. Era un personaje estrafalario de los que ya apenas se veían por la calle.

Aquel hombre imitó a todo volumen el preludio de trompeta de la *Marcha Radetzky*, y luego cantó sobre esa misma melodía, con voz estentórea y tremenda seriedad: «Si me metes la mano en el culo, yo te toco la *Marcha Radetzky*[64]». Cientos de soldados dejaron de cantar y se desternillaron. Y yo seguí desfilando airosa y con toda intención al ritmo que marcaba el cantante con la Marcha Radetzky.

No puedo describir el inmenso deleite que me supuso aquella cacofonía, aquella mezcla de desentonos entre la estúpida canción sobre la dichosa avellana oscura[65] y la invitación «si me metes la mano en el culo». Esa falta de armonía me entusiasmó: la consideré una espléndida expresión de resistencia.

Seguí dándole vueltas a aquel suceso mucho tiempo: que aquel desastrado con una cuerda por cinturón hubiese logrado paralizar a cientos de soldados. Y que no le hubiera pasado nada. Me pregunté: ¿qué sería posible con una resistencia cabalmente organizada, y más ahora que la guerra ya no duraría mucho más?

Merece la pena, pensé. Merece la pena no seguir el compás. Y también mereció la pena asumir todos los temores y adversidades. En efecto, la vida es bella.

5

Graß, nuestro portero, era un bromista nato. Y, dado que los nazis carecían de humor, como ocurre siempre con los tiranos, todo lo que era auténticamente gracioso llevaba aparejada resistencia.

Una tarde caminaba en dirección al Oberbaumbrücke un poco por detrás de Alexander Graß cuando vimos venir al *faisán dorado* responsable de la zona. Así se llamaba a ciertos cargos del NSDAP. Graß empezó de pronto a moverse como si no tuviera columna vertebral. Saludó al faisán alzando el brazo y, al mismo tiempo, enroscándose como una anguila, hizo una reverencia y profirió un batiburrillo verbal entre *Heil Hitler* y «Muy buenas tardes, estimado vecino». El faisán se rió a carcajadas y, sugestionado él mismo, soltó también un cotorreo sin sentido que me hizo desternillarme durante largo rato.

Que los porteros Graß se encargaran de la supervisión del refugio antiaéreo era una suerte para mí. A fin de alejar a todo uniformado, Graß se había presentado voluntario como «auxiliar de refugio». En realidad no existía esa función, o al menos no oficialmente. Pero él le explicó al responsable que, en una fase tan complicada, todos los compatriotas debían ser solidarios y que él estaba dispuesto a asumir la plena responsabilidad del bloque Am Oberbaum 1-3. Se aseguraría de que todos, también las personas mayores, bajaran al sótano en caso de alarma. Y al finalizar controlaría si había caído alguna bomba incendiaria. Todo eso lo hacía sólo para que yo pudiera guarecerme sin que me molestaran. Si alguna vez un uniformado se dejaba ver por allí, Graß llegaba enseguida, acaparaba al hombre y le daba la lata hasta que éste volvía a marcharse.

En aquel refugio antiaéreo se agrupaban en una gran sala los habitantes de los tres edificios. Algunos tenían allí sus propias sillas; otros se sentaban en los primitivos bancos que había fabricado el

señor Graß. Cada vez que sonaba la alarma la gente llevaba consigo su equipaje de emergencia. La señora Graß, corpulenta como era, se plantaba dándose aires en mitad de la estancia e indicaba en voz muy alta los asientos que ya conocían todos.

La llamada «juventud» se juntaba en una esquina. Allí solíamos coincidir con Grete, la hija de Graß, que era dependienta en una tienda de alimentación. También con una malabarista que vivía subalquilada en una de las casas contiguas. Tenía una conjuntivitis crónica y estaba en tratamiento con la doctora Martha Jun, una oculista conocida por ser antifascista y una notable antinazi. Esta chica me dijo una vez que sabía muy bien quién era yo. Un aprendiz de los acróbatas Kaufhold de Zeuthen le había hablado de mí, de modo que había vuelto a ser objeto de fervientes cotilleos, pese a que, o justo porque, la señora Fiochi intentaba guardar mi origen en secreto. En verdad es asombroso que nunca me denunciaran.

Entre los jóvenes estaba también Lotte. Era prostituta y lo admitía sin ambages. Vehemente antinazi, en ella tenía a una protectora fiable. De su oficio de puta hablaba con toda franqueza y en el más crudo dialecto berlinés, en la más auténtica jerga de fulana. Cualquier maniquí del montón le habría envidiado su figura. «Piernas como Marlene[66]», le gritaban los hombres al pasar. Pero su nariz era un pepino inmenso y, además, quebrado: se le torcía primero bruscamente hacia la izquierda y luego bruscamente hacia la derecha. Lotte hacía chistes sin parar, y no sólo sobre su nariz. Todo el mundo vociferaba, gritaba y reventaba de risa en cuanto empezaba a hablar. Si tuviera que otorgar la palma a la comicidad genial, me costaría decidirme entre Alexander Graß y la puta Lotte. Durante un tiempo quise que Graß y Lotte formaran un dúo cómico, lo veía clarísimo, pero no funcionó. No conectaron en absoluto y apenas intercambiaron banalidades.

—En realidad tienes un oficio estupendo —le dije una vez a Lotte, sólo para mostrarle cuánto la apreciaba.

—Pero no *pa* ti —replicó ella—, si sobrevives, y cuento con ello, estudiarás y serás doctora. Ése es tu camino, y el otro es el mío.

Un día, subiendo la escalera que conducía a nuestro piso, oí un enorme estruendo en el desván. Me invadió el pánico: ¿la Gestapo? Sería absurdo, me convencí de inmediato. Si me han denunciado,

no se pondrían a picar y a dar martillazos en el desván. Pero necesitaba ese tipo de justificaciones para domeñar mi miedo.

Aquella misma tarde Alexander Graß me explicó lo que había ocurrido arriba: una brigada de obreros estuvo abriendo un boquete en los gruesos cortafuegos entre los edificios para que se pudiera pasar de un desván a otro.

En el sótano existían desde hacía tiempo esas aberturas. Si un acceso quedaba obstruido, era posible salir al aire libre por otro. Mi auxiliar de refugio convenció al responsable de hacer algo similar en el desván. Cuando nos contó la charla, Burgers y yo nos morimos de la risa. «Mire, camarada, hay que pensar con lógica», le había dicho Graß al hombre. «¿Adónde huye la gente? Si han huido de las bombas de arriba abajo y entonces estallan, tienen que volver a huir de abajo arriba». Hablando a toda velocidad y serpenteando como una anguila, Graß estuvo vendiéndole ese disparate hasta que el responsable del refugio se vio acorralado y accedió.

Y todo eso lo hizo nuestro portero únicamente por mí. «Si el peligro viene de abajo, de la peor gentuza que jamás ha habido, de los nazis, no huya hacia abajo, sino hacia arriba, ya que uno de ellos suele colocarse en la puerta. A través del desván pasa a otro edificio y por ahí accede a otra calle», me explicó. Cuando quise darle las gracias las rehusó: «No tiene nada que agradecer, al contrario: lo que están haciendo con usted y con su gente es una salvajada. ¡Somos nosotros los que estamos agradecidos de poder ayudar!».

Lotte pescaba a sus clientes por la noche en el bar de Altermann en la Mühlenstraße, justo a la vuelta de la esquina. Yo también iba allí de vez en cuando. Si la señora Blase estaba de buen humor, me ponía en la mano un jarro verde de cristal con cierre a presión para que fuera a traerle cerveza de barril. El local me parecía repulsivo y la cerveza de guerra también. Además, tenía miedo de perder el control si bebía alcohol. Prefería estar siempre despierta y lúcida, así que desarrollé diversas técnicas para que la bebida del jarro desapareciera sin ruido por el desagüe sin que la señora Blase lo notara.

Una vez me encargó dar recuerdos donde Altermann. «Chicos», pregonó en voz muy alta el tabernero, «¿os acordáis de la *Blase pedo*?». Un par de viejos borrachines, que a primera hora de la

tarde ya estaban bebidos, les explicaron gritando a los demás de dónde venía el mote[67]: era porque la Blase bebía cerveza sin pausa. Se armó un gran jolgorio en el bar. Luego un viejo beodo fue de mesa en mesa susurrando algo que desató un griterío aún mayor.

Más adelante me enteré de la sensacional noticia que había difundido. La Blase hablaba a veces de la dura y larga época en que hubo de ausentarse de casa y de la terrible pena que por ello le daban sus queridos hijos. Transcurrió un tiempo hasta que confesó que había pasado una temporada en la cárcel de mujeres porque había hecho de alcahueta donde Altermann. Así mejoraba su pequeña pensión y sus ingresos como mujer de la limpieza.

Solamente la descubrieron porque, además, intentó chantajear a su odiada hermanastra, Klara Kalliwoda. Ésta había logrado prosperar en el barrio de Wedding trabajando de comadrona: el dinero «se lo raspaba», como se decía en jerga berlinesa, haciendo abortos ilegales. Cuando la señora Blase amenazó con denunciarla si no le pagaba una determinada cantidad, Klara contrató a un detective privado, que pronto averiguó a qué actividades criminales se dedicaba Luise Blase en el bar de Altermann. De ese modo, al final fue ella quien tuvo que vérselas con el juez.

Por lo demás, la señora Blase hablaba sin el menor escrúpulo moral de cómo había chantajeado a su hermanastra. Creía estar en su derecho, mientras que Klara, que contrató a un detective privado para librarse de la Blase, por supuesto, era la mayor escoria bajo el sol.

En los primeros tiempos transportábamos con gran esfuerzo a la señora Blase al sótano cada vez que sonaba la alarma. Pero pronto renunció porque la fatigaba demasiado. Para nosotros supuso un gran alivio. Bastante le costaba a Burgers cargar con nuestro equipaje del refugio, dos maletas en cada mano. Yo también me ocupaba de las maletas de los ancianos y les ayudaba a bajar la escalera al sótano. Apenas quedaban hombres fuertes en la casa y todo el mundo coincidía: la señorita es *demasiao* buena.

Una vez explotó una bomba en las cercanías y se hicieron añicos todos los cristales. Burgers y yo pasamos un domingo que hacía buen tiempo entero en el patio retirando las esquirlas, un trabajo inmundo. Pero es que sólo se les podían poner cristales nuevos a las ventanas cuando ya no les quedaran restos. Las personas mayores

querían pagarnos por ello, pero por suerte Burgers y yo coincidimos: no aceptamos dinero. A nuestros vecinos les conmovió hasta las lágrimas que hubiera personas tan buenas.

Toda aquella gente nunca me habría denunciado, pero no eran antinazis ni antifascistas. Algunos de ellos quizá sí que habrían delatado a un señor mayor de ciento cincuenta kilos que tuviera el aspecto que se le suele atribuir a un judío rico. Nunca llegué a estar segura.

Un día, al regresar de una extensa ronda para hacer la compra, me encontré con una mujer desconocida en nuestra cocina. Ya a primera vista la encontré repulsiva. Era ordinaria, primitiva, vestida de la cabeza a los pies con los más diversos tonos de rojo. Me la presentaron como la nueva inquilina de la habitación vacía.

Esta tipa, según supe, quería vivir cerca de su marido, que estaba destinado a la defensa antiaérea. En las inmediaciones de nuestro edificio había instalada una de esas baterías en un tejado. Observaba a sus hombres captar en el visor un avión que se acercaba y habría querido gritarle al piloto inglés o americano: «¡Lárgate, chaval, que te derriban!».

La mujer había preguntado en todas las casas de alrededor si había una habitación para alquilar. Yo justo había salido y la Blase se hallaba en la cocina cuando llamó. Creyendo plantear una exigencia desorbitada, pidió cinco marcos al día por la habitación exterior. Aquella persona ladina entendió enseguida que ahí alguien no conocía los precios actuales. «Es un poco caro», dijo, «pero puedo pagarle cinco marcos». En cualquier otro sitio le habrían pedido varias veces ese precio.

A mí me tuvo ojeriza desde el principio. Era una nazi desconfiada y no me tragaba. De nuevo hube de preguntarme si por una vez no se podía prolongar sin más una situación soportable conseguida con esfuerzo. Pero, al cabo de unos días, la mujer se nos presentó toda llorosa: «Me marcho: mi marido se va al frente», explicó. Por suerte, así se resolvió el asunto.

«Madrecita Blase», le dije entonces muy melosa a nuestra casera, «ésta era una mujer inofensiva. Pero ¿y si hubiese abierto usted la puerta y hubiera sido un ladrón? Estos trabajadores extranjeros son todos unos granujas, ¡usted misma lo dice siempre! Alguien así podría tirarla al suelo y robarle. ¡No debe volver a abrir la puerta

cuando no esté yo!».

Nuestra casera me agradeció la advertencia y se dio cuenta de que había vuelto a tener suerte. A partir de entonces acordó con Kurt una señal para llamar al timbre. Él la animó a tomarse muy en serio mis advertencias. Con todo su amor por su madre, Kurt era leal hacia ambas partes. Nunca habría hecho nada que me perjudicase.

De vez en cuando la señora Blase recibía correo, aunque ella no escribía a nadie. No era capaz, y no sólo por su afección ocular. En su cumpleaños le llegaba, por ejemplo, una postal de Anna Ziervogel, la hermana pequeña de la novia de su queridísimo hijo Gerhard Blase, el que cayó en el frente. La novia misma debió de consolarse rápido con otro y no volvió a dar señales de vida. A Anna Ziervogel eso parecía indignarla mucho y, por el cumpleaños de Luise Blase, envió incluso un poema propio.

Gracias a mí, ahora la señora Blase tenía a alguien que podía responder a aquellas cartas. Y así se inició una intensa correspondencia entre esa señorita Anna y yo. Como es natural, yo firmaba siempre con el nombre y por encargo de Luise Blase. Una vez hasta redacté un poema serio sobre los sentimientos y las ideas de una anciana. La señorita Anna estaba entusiasmada y decidida a conocerme —es decir, a la anciana— como fuera, pero vivía muy lejos, en Pomerania. Por lo demás, veneraba al Führer y creía inquebrantablemente en la victoria final. Al ser hija de unos aldeanos, no podía concebir que en la ciudad hubiéramos de conformarnos con tan míseras raciones de comida. En vista de eso, le envié una de esas recetas de guerra que sólo servían para elaborar con ingredientes exiguos platos apenas comestibles.

Poco después recibimos de Anna Ziervogel un paquete inmenso con una tarta exquisita. La señora Blase estaba encantada: menos por el pastel —ella apenas comía ya— que por poseerlo. Tener y acaparar era parte de su naturaleza, aunque también dar. Me regaló la mitad del paquete.

No toqué nada hasta que Burgers llegó a casa. Y entonces le dejé probar un trozo primero a él. La tarta estaba riquísima, dijo, pero su pan mojado en sucedáneo de café con azúcar era aún más dulce e igual de bueno.

Luego probé yo un primer bocado. Se me saltaron las lágrimas

de repente.

—¿Qué te pasa? —preguntó asombrado Gerrit.

Fue la única vez en todo aquel periodo en que lloré, y sentí vergüenza. Ni siquiera había llorado cuando se llevaron a mis parientes al campo de exterminio. Pero en aquella ocasión fui incapaz de contener las lágrimas.

—Lloro de alegría —dije. Aquella tarta era una delicia ya inconcebible para mí. Y eso me hizo feliz: de pronto sentí de nuevo lo bella que podía ser la vida.

Primero quise llevarle también a Hannchen Koch un pedazo del pastel. Pero tardamos un par de días en vernos, y para entonces no quedaba gran cosa. Quizá fuera mejor así, y que no se enterara de los placeres a los que tenía acceso, pues no estaba ni mucho menos libre de envidia. Prefería saberme pobre, dependiente y sufriendo para así dedicarme sus caricias de consuelo.

La señora Blase también me habló largo y tendido de la temporada que había pasado en el hospital Virchow por su afección ocular. Me describió con el máximo detalle a todas las demás pacientes y a las enfermeras. Una de ellas me interesó en especial: una tal señora Krause, por lo visto una impertérrita comunista que salía adelante como portera en Schoneberg.

Cuando la señora Blase me pidió que averiguara cómo le iba ahora, acudí con entusiasmo. Me llevó un tiempo encontrar la entrada a su vivienda, ya que la puerta quedaba directamente en el pasadizo de la calle al patio.

Aquí podría esconderme bien, pensé. Luego llamé al timbre. No me abrió nadie. Pocos instantes después llegó una mujer por el patio y se dirigió a la puerta.

—Buenos días. Vengo de parte de Luise Blase y quería visitarla para preguntarle cómo está —le dije.

Apenas oyó ese nombre, se le ensombreció la cara.

—Muchas gracias —respondió huraña—, no tengo tiempo: he de ocuparme de esta casa inmensa. —Quería ya darme con la puerta en las narices.

—Un momento, por favor —dije a toda prisa—, soy la subinquilina de la señora Blase, y por una razón muy particular. Pero no querría que pensara usted que comulgo con sus ideas políticas. ¡Al contrario!

—Venga, pase usted. Siempre se tiene tiempo, sólo hay que tomárselo. —Me invitó la mujer con repentina amabilidad, y me condujo a su pequeña cocina, donde vi las fotografías de su marido y su hijo, caídos ambos en la guerra. Una vez más me tocó sentarme en un sillón de mimbre, y estuvimos hablando largo y tendido de política.

—Inspira usted mucha confianza —dije al cabo de un tiempo—, por eso voy a contarle yo también mi historia. —Una vez más conté la genial media mentira que había inventado Trude: que era medio judía, que había tenido problemas y que por eso vivía clandestinamente en casa de la señora Blase. La anciana aplaudió de júbilo al oírlo. Se alegró como una niña de que la vieja nazi Blase estuviera ayudando a una clandestina. Cobré ánimo—. Si se produjera una catástrofe —le pregunté—, ¿podría quizá acogerme usted?

La señora Krause, entusiasmada, se palmeó los muslos con sus dos gruesas manitas:

—¡Pues claro que sí! ¡De primeras, seguro! ¡Luego ya encontraríamos algo para usted!

Al final de nuestra conversación me apremió a volver. Salí de allí de muy buen humor. Me sentía tan animada que noté que regresaba a casa dando saltitos. Las personas adultas no hacen eso, me reprendí. Aun así, por otro lado, la Gestapo tampoco me pediría la documentación sólo por dar saltitos en la calle.

6

Las primeras noticias sobre los sucesos del 20 de julio de 1944 las oí en una emisora extranjera. Pasé muchas horas nerviosa frente al aparato que había en la pared del cuarto tratando de averiguar más. Pero del extranjero sólo llegaba la misma información exigua que la de la radio alemana: se había producido un intento de golpe de oficiales alemanes, y el atentado contra Hitler había fracasado.

Al principio esta noticia me deprimió muchísimo. Por un instante pareció tan cercana la liberación, y sin embargo fracasó. Luego pensé que estaba bien así. Los oficiales que habían planeado aquel atentado nunca le echaron en cara a Hitler que hubiese empezado la guerra: sólo le echaban en cara que la perdiera. No les gustaba porque era ordinario y plebeyo, porque no provenía de los mismos círculos nobiliarios o tradicionales de oficiales que ellos. No eran verdaderos antifascistas, sino militares conservadores. Me dije: si se lograra parar la guerra en el último minuto, sería un mal apaño. Alemania debía ser derrotada por completo, los rusos y los demás aliados debían invadirnos, en Berlín debía ondear la bandera roja. Cuando Burgers regresó del trabajo por la tarde, estuvimos hablando bastante, y él lo veía igual que yo.

Las únicas personas con las que podíamos discutir abiertamente de estos temas eran Jule y Trude Neuke. Seguíamos visitándolos cada dos semanas, y a veces contaba los días y las horas que faltaban para el próximo encuentro. En aquellos momentos tenía especial necesidad de ese intercambio.

Sin barruntar nada y llena de expectación, uno de los siguientes sábados por la tarde subí corriendo las escaleras de la Schönleinstraße 13. Julius nos abrió en silencio. Nos condujo mudo a través del vestíbulo a la cocina. Nos quedamos en la puerta mientras él se acercaba a la ventana, se sentaba en una silla, tomaba un trípode y se ponía a martillear con ímpetu un zapato.

Desde el exterior se colaba una cálida brisa de verano.

Burgers y yo nos miramos confusos. Jule no nos saludó, no nos invitó a tomar asiento, no dio explicación alguna de su conducta. Su rostro estaba agarrotado formando una especie de mueca furiosa. Tras una espera larga y atroz en la que contemplamos desconcertados cómo golpeaba el trípode, dejó a un lado su instrumento, nos observó y espetó tan sólo: «Han detenido a Trude [68] ».

Para mí fue un mazazo. No había mucho que decir. Jule tampoco conocía más detalles. Las consecuencias para nosotros estaban claras: durante una temporada nos alejaríamos de la Schonleinstraße. Quizá dentro de cuatro o seis semanas Jule sabría más: si se estaba vigilando el piso, si se llevaban a cabo registros y dónde se encontraba Trude. Gerrit iría entonces a verlo para sondear la situación, primero solo. Él no estaba tan expuesto como yo, ya que residía legalmente en Berlín.

Después supimos que dejaron en paz a Jule. Ya al detener a su mujer lo habían tratado como si no existiera. «¡Usted no!», le dijeron. En el grupo, Trude siempre había dicho que su marido no debía saber nada de su trabajo de resistencia. Adujo que no tenía las agallas para ello y que hasta se tomaría a mal que se ocupara de cuestiones políticas en lugar de prepararle una buena comida los domingos. Estaba claro, el soplón que acabó delatando al grupo se lo había tragado.

A finales del otoño de 1944 retomamos nuestras visitas regulares a Jule Neuke. Estaba muy abatido. Se angustiaba por su mujer, y la responsabilidad por sus dos hijastros y los lacerantes achaques en sus piernas lo hacían sufrir mucho. También pasaba por graves apuros financieros. Y no podíamos hacer mucho más por él que llevarle medio pan en cada visita.

Entretanto, la guerra seguía su curso. Los periódicos estaban llenos de esquelas, y yo registraba en detalle lo distintas que eran sus formulaciones. Si ponía que el hijo de una familia había caído «por el Führer, el pueblo y la patria», estaba claro: la habían escrito nazis. Pero había también mensajes como el de una familia de Charlottenburg que decía: «Dios, el Señor, se nos llevó a nuestra hija». La joven había fallecido en un bombardeo. En la misma esquela se evocaba a una querida asistenta que era parte de la

familia. Era evidente que el anuncio encerraba entre líneas un posicionamiento contra los nazis, pero redactado de un modo intachable ante la autoridad. Memoricé el apellido y la dirección de aquella familia y me propuse acudir a ellos si me veía en apuros. Sin duda, me ayudarían.

También las dos hermanastras de Luise Blase, Klara Kalliwoda y Anna Zouplna, se quedaron sin casa por los bombardeos. Las dos preguntaron si podían alojarse en el piso de Am Oberbaum, después de años o décadas sin tener el más mínimo contacto con la anciana. Ella se las quitó de encima alegando que ambas habitaciones estaban alquiladas, la una a un trabajador extranjero holandés y la otra a una joven señorita.

Pero un día fue Kurt quien se quedó en la calle. Su casa había sido completamente destruida. De pronto, la familia entera —el padre, la madre y los tres hijos— estaba en la cocina, y necesitaba un nuevo alojamiento. Y Trudchen volvía a estar embarazada. Esta vez la amenaza era muy real: a fin de cuentas, Kurt sabía que una habitación de la casa estaba libre.

Enseguida trabamos contacto visual. Él sacudió un poco la cabeza y yo le repliqué también de forma apenas perceptible: no, por favor. Los dos sabíamos que la convivencia entre la señora Blase y su odiada nuera eternamente sentada en la caja del carbón acabaría en catástrofe. Pero Trudchen era muy capaz de querer instalarse en Am Oberbaum y exigir que el subinquilino holandés se fuera a freír espárragos. De todos modos, Burgers y yo estábamos preocupados por el rumor insistente de que a los llamados trabajadores extranjeros muy pronto dejaría de permitírseles subalquilar viviendas privadas, de manera que tendrían que instalarse en alojamientos colectivos.

A la señora Blase le costó decirle a su hijo que no tenía sitio para toda su familia. Pero a Kurt le pareció muy bien. Después de la charla vino a mi cuarto y me pidió que le redactara un escrito para el NSDAP: que era padre de familia numerosa, que se había quedado sin vivienda y que por favor le dieran preferencia a la hora de conseguir una. Por única vez en mi vida firmé con la fórmula Heil Hitler! Enseguida le asignaron otro piso, aunque parece que volvía a ser un tugurio gélido y espantoso.

La vida continuaba pese a todo. Incluso seguía habiendo algo

parecido a una rutina. Yo visitaba de manera regular a la señora Rose e intercambiábamos cupones de jabón por los de pan, y una vez a la semana me citaba con Hannchen Koch. También Burgers tenía trato con un par de colegas del trabajo.

Uno de ellos era Erich Klahn. El holandés había trabado amistad con él al poco de empezar a trabajar en aquella fábrica. Klahn era antinazi y desde el primer momento trató a Burgers, el único colega extranjero, con ostentosa cordialidad. Se entendieron rápido en lo político y se tenían confianza. Burgers supo así que Klahn era un ladrón retirado. Durante muchos años vivió de robar en pisos, pero nunca lo pillaron. Luego contrajo una grave enfermedad estomacal, acumulaba varias operaciones y ya sólo podía realizar un trabajo ligero a tiempo parcial. Su carrera criminal había acabado.

Debido a su dolencia, Klahn apenas era capaz de comer. Pero en ningún caso podía volver a casa con su bocadillo, porque su mujer lo habría puesto de vuelta y media. Así pues, muchas veces se lo regalaba a su sorprendido y feliz colega de Holanda: Burgers siempre estaba hambriento.

Finalmente, a Erich Klahn le concedieron una baja médica prolongada. Cuando pasó por la fábrica a recoger su paga, le dijo a Burgers que le gustaría conocerme. Adujo una razón bien extraña: quería aprender a resolver ecuaciones de segundo grado. Burgers le había hablado de mí y presumió de que yo había completado la enseñanza secundaria.

Klahn propuso para nuestro encuentro un banco en el Treptower Park. Al llegar allí, me llevé un susto tremendo. Burgers siempre había llamado a Klahn en neerlandés «el pequeñín», pero no me había dicho que el hombre era un enano. Tenía un torso normal y una cara inteligente, pero sus extremidades inferiores eran minúsculas.

Aunque me enfureció que Burgers no me hubiese advertido de ninguna manera, enseguida encontré un modo de disimular mi asombro: sabía que hay brajot, bendiciones hebreas, que se pronuncian al ver a gigantes o a enanos. No me sabía ninguna, pero improvisé: *Baruj Atá Adonai* —la fórmula introductoria habitual «Bendito eres Tú, Adonai»—, y a continuación: «que creaste a los hombres muy pequeños».

Después estuvimos charlando muy a gusto. «Mi amigo Gerrit me

ha dado a entender cosas extrañas. ¿No te has registrado en la comisaría? ¿Hay razones concretas para ello?», quiso saber Klahn desde el principio. Le di una respuesta vaga y evasiva.

«¿Sabes, muchacha, lo que hacen con los judíos?», me preguntó entonces, y prosiguió: «Los llevan al este. ¿Sabes lo que es eso? Es asesinato». Se sacudió y repitió: «Asesinato, ¡diantres!». Y entonces le conté toda la supuesta verdad: que era medio judía y por eso tenía que esconderme.

«¿Y estás bien con la anciana esa, con vuestra casera?», siguió preguntando. Enseguida empezó a darle vueltas a cómo ayudarme. Aún tenía contacto con algunos de sus antiguos compañeros de hurtos, me dijo. Pero ni siquiera en esos círculos se podía ya estar seguro frente a los estúpidos prejuicios nazis. Por tanto, si necesitaba un nuevo alojamiento, lo mejor sería decirles que tenía que desaparecer de la escena porque había hecho guardia en un hurto.

Luego le enseñé ecuaciones de segundo grado trazándolas en la arena con un palo lo mejor que pude. Nos vimos algunas veces más en el Treptower Park. El antiguo ladrón resultó ser un decidido intelectual: durante sus largas estancias en hospitales había leído bibliotecas enteras. Tenía claro que los nazis cultivaban el antisemitismo porque era el núcleo de su ideología y se preguntó: ¿de dónde viene ese odio a los judíos? Entabló conversaciones con los médicos del hospital, tomó prestados libros de sus bibliotecas privadas y de ese modo adquirió sólidos conocimientos de teología e historia de las religiones. Llegó así a la convicción de que el antisemitismo hundía sus raíces en el cristianismo.

Erich Klahn también me contó mucho de su vida. En primeras nupcias había estado casado con una mujer de talla normal y muy vistosa que lo maltrató terriblemente. De ese primer matrimonio tuvo un hijo que ya era adulto y estaba en presidio. También se había hecho delincuente profesional. Se unió a una banda especializada en robos en pisos, pero que también llevaba a cabo atracos. Y esto último no le parecía nada bien a Klahn. Un día ese grupo, en estado de embriaguez, asaltó un quiosco para conseguir aguardiente. Al intervenir la policía se produjo un tiroteo, y a Klahn eso le causó una profunda indignación moral. El hurto era para él una forma legítima de ganarse el sustento, pero rechazaba

categóricamente el empleo de la violencia. No podía ver la sangre y la más ligera herida casi lo hacía desmayarse. No me habría imaginado que un expresidiario fuera tan delicado.

En segundas nupcias Klahn se casó con una enana que era obtusa y brutal, y que lo odiaba. Como él quería seguir quedando conmigo, empezó a inquietarme que nuestra relación adoptara formas que yo ni de lejos deseaba. Yo resultaba fácil de chantajear, y la idea de que Klahn pudiera propasarse se me hacía insoportable. Además, su mujer, de ideas nazis, podría hacerme mucho daño si llegara a saber la verdad sobre mí.

Burgers, que por lo demás podía ser muy celoso, en este caso estaba lleno de candor. Hube de explicarle con cuidado que no debía seguir fomentando esa relación entre su colega del trabajo y yo. Aun así, fuimos a hacer una visita al matrimonio Klahn, que vivía cerca de la estación de Görlitz en un edificio con muchos patios traseros.

En cuanto subimos la escalera y estuvimos ante la puerta de los Klahn, resonó una voz desde dentro: «¡Cuidado, abrimos!». Burgers estaba al corriente: se abría hacia afuera una puerta que bien podía habernos dado en la cabeza. Una segunda puerta hacia adentro la abrió la señora Klahn, que era aún más pequeña que su marido. Tenía un auténtico perfil de bruja, con un gesto forzado y una expresión muy malvada. Su misión en la vida era limpiar y lustrar una y otra vez el piso entero hasta que brillaba.

Nos llevaron a un comedor de lo más pequeñoburgués, donde tomamos asiento. Nos sirvieron sucedáneo de café y una rebanada de pan seco con la habitual llamada «mermelada de cuatro frutas», que se conseguía con cupones y era apenas comestible. Me alivió mucho aquella merienda exigua: nadie había hecho sacrificios por los que tuviera que estar agradecida.

Cuando Klahn hablaba, el holandés me clavaba la mirada y expresaba con su mímica: «¿No es fabuloso mi amigo?». Y, cuando hablaba yo, miraba igual a Klahn. Su mujer estaba cada vez más furiosa. Lo tuve claro: hay que cortar cuanto antes esta relación, a la larga es peligrosa.

Luego se sumó su vecina, una mujer gorda y ordinaria que llevaba una insignia nazi en su abrigo de verano. Se produjo un tremendo tira y afloja, pues esa vecina quería que quedáramos un

día para recoger bayas en la Marca de Brandemburgo, y que fuera yo también. Para ello hacía falta procurarse un carné de recolección, y yo sabía por qué: se sospechaba, con razón, que algunos desertores y judíos clandestinos que no tenían cartilla de racionamiento recolectaban para sí bayas y setas. Muchos guardas forestales andaban a la caza de gente sin carné con la esperanza de presentarle a su amado Führer las cabezas cortadas de los clandestinos.

Me resistí con uñas y dientes a participar en aquella excursión, les dije que no tenía carné ni tampoco el dinero. Burgers no lo entendió y hasta me animaba: «Pero, escucha, no es caro, ¡y para ti sería una excursión preciosa! ¡Dios, hace cuánto que no he comido arándanos! Y ya lo oyes: en un día pueden llenarse recipientes enormes». No tuve otro remedio que pisarle el pie con fuerza por debajo de la mesa hasta hacerle daño. Al final se dio cuenta.

La señora Blase se pasaba el día entero escuchando la radio, desde luego sólo emisoras alemanas, en un primitivo aparato que había en su mesilla. La cautivaba, entre otros, el líder rumano Ion Antonescu, uno de los satélites fascistas de Hitler. Una vez le di una foto de este mariscal que recorté de una revista ilustrada que me pusieron a modo de envoltorio. Se alegró mucho y estuvo observando dichosa el retrato, sin reparar en que lo sostenía del revés. Luego puso la foto en su mesilla y, en señal de agradecimiento, me regaló un maravilloso jabón francés del armario mágico.

Un día de otoño de 1944 me anunció muy contenta y excitada: «¡Está a punto de llegar la victoria final! El Führer logrará que cambien las tornas: ha movilizado a la *Volks-Turm*». En lugar de *Volks-sturm* había entendido *Volks-Turm* [69], y aún se confundió otra vez: me dijo que cada uno de los hombres de la Volks-Turm iría armado con una «mujer blindada». A Burgers y a mí nos hizo una gracia bárbara el malentendido. Gerrit se divertía sacando una y otra vez el tema y haciéndole hablar de la «torre del pueblo» y la «mujer blindada».

Poco después se me pasó la risa. Una tarde me topé con una escena inusual en el vestíbulo. Acababa de llegar a casa y aún no había encendido la luz. Pero vislumbré que la señora Blase había colocado dos patas de su mesita plegable en la estancia en penumbra. La otra mitad seguía en la cocina, donde me esperaba

sentada. Estaba claro que quería decirme algo y que por eso me acechaba. Todavía con el abrigo puesto me encaminé hacia ella.

—Buenas tardes, madrecita Blase, ¿qué ocurre? —pregunté algo angustiada. No respondió, pero vi que lloraba. Nunca lo había hecho en mi presencia. Con la mano derecha fue tanteando la mesa hasta encontrar mi mano, que apretó:

—Han reclutado a Kurt para la *Volks-Turm* —dijo por fin—. Con eso pierdo a mi último hijo y a la última persona que he querido, y también mi vida se ha acabado. Pero todo sea por el Führer.

En aquel instante sentí estima por ella: sufría las consecuencias de una ideología con la que, por lo demás, yo no simpatizaba en absoluto. Nunca entendí por qué esa anciana primitiva y desinformada de todo lo histórico y político amaba tanto al Führer y siempre había sido afecta a todo ideario de derechas. Con todo, por un momento respeté la entereza con la que ya lloraba a su hijo.

No había nada que discutir. Traté de animarla con frases hechas del tipo «la suerte aún no está echada» y hasta empleé la expresión «torre del pueblo» para no ponerla en evidencia. Le pregunté cuándo reclutaban a Kurt. Ella rompió a sollozar: «Ya ha estado aquí con su brazalete».

Kurt Blase cayó con la *Volkssturm*. Pero eso sólo lo supe después de la guerra.

7

Los tiempos en los que pese a la alarma nos quedábamos en la cama, nos dábamos la vuelta y seguíamos durmiendo tan campantes pasaron a ser historia a comienzos de febrero de 1945. A veces habíamos tenido la sensación de que nuestra salud peligraba más por las horas pasadas en un frío gélido que por las bombas. Pero, entretanto, eso había cambiado por completo.

En las colas para comprar ya no había otro tema de conversación, y también yo estaba agotada y enervada por la continua falta de sueño. Compartía la suerte de todo el mundo en Berlín y, sin embargo, no la compartía, pues al contrario que la mayoría yo no temía lo que estaba por llegar, sino que lo anhelaba. Y esa esperanza me daba fuerza.

Una noche en que nos encontrábamos de nuevo en el sótano oímos un estrépito mortal sobre nosotros. Pronto nos quedó claro: una bomba había alcanzado nuestra casa. Eso sí, no nos enterró. Sólo tuvimos que apartar algunos cascotes para salir al aire libre. Los tres inmuebles de Am Oberbaum seguían en pie, pero con la fachada común desplomada. Se veían los pisos como si fueran un decorado de teatro. La escalera colgaba torcida y amenazaba con derrumbarse. Ya no había barandilla.

Al poco de finalizar la alarma llegaron los bomberos, además de enfermeros y personal de los refugios. Rescataron a la señora Blase de su dormitorio. Se encontraba desorientada, pero sólo ligeramente herida. Se habían volcado algunos muebles que le rasguñaron el rostro mientras estaba tumbada en la cama. La señora Graß le acolchó con cojines un sillón de mimbre. La sentaron, le pusieron un par de esparadrapos, y ahí acabó la cosa.

Alexander Graß bajó llorando a lágrima viva por la escalera: su madre había muerto. Un armario se había caído sobre su cama, una silla había volado por los aires. Aunque yacía sin vida, se aferraba a

una de las patas con la mano. Su mujer se disponía a hacer un comentario bobo e indecente, así que me anticipé y dije:

—Señora Graß, su suegra ha fallecido. Haga el favor de ser amable con su marido. Ya ve lo desconsolado que está [70].

—Tiene usted razón —afirmó ella, y guardó silencio.

También Burgers se atrevió a subir de nuevo a nuestro piso bombardeado para recoger un par de cosas. La mayoría la teníamos ya en nuestro equipaje del refugio. Yo no pude ni quise subir allí: me dio miedo la escalada. El escritorio —mi escritorio— junto a la ventana colgaba en parte hacia afuera. Le pedí a Burgers que me bajara mis cuadernos de hule. Pero se negó sonriendo y regodeándose encantado. Era su venganza personal, pues siempre había odiado el escritorio, mi escritura y mi lectura.

Todavía hoy sigo echando en falta aquellos cuadernos, pues fueron para mí importantes depositarios de recuerdos y observaciones. Pero entonces pensé: la guerra acabará muy pronto. Lo principal es que sigamos con vida. Todo lo demás da igual.

Incluso aquella mañana Burgers salió puntual para el trabajo, y así lo hizo también en los días siguientes. Acampábamos en el sótano, yo me ocupaba de las compras y trataba de abastecernos de algún modo. Siempre estaba a oscuras, no había más luz que la de una bombilla desnuda que colgaba del techo. La señora Blase pasaba día y noche en su sillón, no se enteraba de mucho y apenas se podía hablar con ella. Adquirió un color fresa poco natural y sólo decía de vez en cuando: «Sí, sí, de un bombazo».

¿Qué sería de mí ahora? Estuve discutiéndolo con la señora Koch, a la que vi un jueves al mediodía en Köpenick. Una opción lógica era sumarme a alguna de las caravanas de desplazados de Silesia, Pomerania o Prusia Oriental que llegaban sin parar a Berlín a comienzos de 1945. Podría haberme registrado como desplazada y que se me otorgara así derecho al alojamiento, cupones de alimentos y trabajo. Pero no quise. Tuve miedo de que alguien me preguntara, por ejemplo, de qué calle en Kónigsberg venía. O de que me reconociera un funcionario de tiempos anteriores. La señora Koch lo resumió con un refrán que pude hacer propio porque se me ocurrió en el mismo momento: «No acudas adonde no te llaman». Exactamente: yo era una clandestina, y seguiría siéndolo hasta el final de la guerra.

Un precioso día de primavera Lotte me propuso ir a dar un paseíto. Yo llevaba el viejo abrigo de invierno que hacía tiempo que no soportaba. «Mira, ahora me dan un *certificao* de *bombardeá*, nadie sabe que he *salvao too* mi guardarropa», me dijo. La pared del baño de su piso se había derrumbado, pero el contenido de su armario ropero quedó a salvo en la bañera. Y, sin embargo, tuvo la posibilidad de hacerse con un vestuario nuevo completo.

Valiente, subió a su casa, bajó su abrigo de invierno y me lo regaló: era una imitación de piel marrón de muy buena calidad. Mientras estaba probándome la prenda buena, tomó mi viejo abrigo negro y lo tiró a las ruinas, donde cayó en lo más profundo de un cráter. Me eché a reír, aunque me fastidió por un momento: el material era tan resistente que habría podido hacer con él una falda.

«Tengo una idea», dijo Lotte. «Una conocida mía, una colega que también está todas las tardes donde Altermann» —es decir, una prostituta—, «una tía muy decente, vive aquí cerquita». En efecto, ya iba siendo hora de que huyéramos de aquel sótano. En cualquier instante podría aparecer un responsable de refugios a comprobar nuestra documentación.

La colega vivía con sus dos hijas pequeñas de padres desconocidos en una calle perpendicular a la Stralauer Allee. El piso tenía una gran habitación delantera que ella sólo usaba para fines profesionales. Pero podría hacer su trabajo exactamente igual en el dormitorio, opinaba Lotte, y alquilarnos esa estancia. En caso de que la colega pusiera objeciones, Lotte ya había pensado algo: le enviaría a un hombre con uniforme de cartero, un soldado o ferroviario, y éste se la confiscaría para nosotros. Lotte conocía hombres de sobra.

A última hora de la tarde, cuando Burgers llegó del trabajo, fuimos allí los tres. Nuestra nueva casera nos recibió en la cocina. En el fogón, sobre una intensa lumbre, había una olla con ropa de niño o pañales. Una y otra vez se alzaba la tapa y repiqueteaba levemente. Luego la espuma de la lejía se desbordaba emitiendo un silbido y la tapa volvía a caer. Pero a ella no se le ocurrió retirarla un poco para que no se calentara tanto.

La mujer enseguida accedió a acogernos. Yo todavía era tan joven, tonta y aventurera que me apenó un poco: me perdía así la

brillante escena en la que un cartero confiscaba la habitación. Soñaba ya con hacer reír a una fiesta entera con aquella historia después de la guerra.

Las dos niñas pequeñas de la mujer, muy simpática y limpia, se llamaban Veronika. Era tan simple que no se le había ocurrido otro nombre. Por lo demás, tampoco estaba prohibido ponerles el mismo nombre a varios hijos. A la hora de inscribir a un crío recién nacido ningún funcionario del registro preguntaba: «¿Tiene usted ya otros con ese nombre?».

Yo me caía de sueño, pero en cuanto estuvimos en nuestra habitación le dije a Burgers, por pura curiosidad:

—Ahí fuera están las dos niñas en sus orinales. Vete a ver si las llama de formas diferentes.

Burgers pretextó algo que hacer en el vestíbulo, regresó al cabo de un rato y me contó:

—No, ninguna diferencia. A las dos las llama Veronika.

Entretanto, las alarmas eran continuas también durante el día. Era imposible planear nada. Me sentía aliviada cada tarde cuando Burgers regresaba sano y salvo del trabajo.

La gente hablaba de infierno. Yo no, claro, pero para mí tampoco era un paraíso. La situación resultaba caótica, y yo también tenía miedo. La idea de sucumbir ahora a la guerra era terrible. Cuando la gente se quejaba, yo asentía cortés. Era parte de mi camuflaje. Pero, al igual que no quería desfilar al ritmo de columnas de soldados que cantaban, tampoco pretendía hacer causa común con la población que seguía confiando en la victoria final. Por dentro guardaba las distancias.

Tarde o temprano, cada noche acabábamos en un gran sótano que servía de refugio antiaéreo para varios edificios. A menudo venía un responsable de lo más severo y comprobaba la documentación. Le interesaban sobre todo los hombres, pues buscaban a los desertores de una manera casi histérica. Yo me escabullía con discreción y me las ingeniaba para no mostrarle el carné.

A los pocos días, una bomba alcanzó también nuestra nueva morada. Con un colosal estruendo todo se derrumbó sobre nosotros. El sótano tembló, pero su techo aguantó. Mucha gente gritaba. Yo me encogí de miedo, de espanto, y me tapé los oídos y los ojos.

A continuación, se hizo de nuevo el silencio. Comenzó una suerte de tormenta de nieve: la tremenda sacudida había desprendido la cal de las paredes. Durante un tiempo tuve los ojos irritados por la gran polvareda.

«¡Nos hemos quedado sin casa!», gritaron algunos vecinos despavoridos. Para ellos se hundía el mundo. Yo sólo perdía un alojamiento. «¡Estamos enterrados!», fue lo siguiente. La entrada por la que habíamos accedido al sótano estaba bloqueada por los escombros. Unos hombres de uniforme echaron mano de las herramientas dispuestas para estos casos y empezaron a abrir otra salida. Burgers les ayudó.

Estoicamente esperé sentada en mi banco improvisado. Algunas ancianas lloraban. Al cabo de una hora más o menos resonó el aviso: «¡Vía libre!». Salimos del sótano y nos vimos frente a inmensas montañas de escombros de las que no cabía rescatar ya nada, ni muebles ni efectos personales.

Burgers miró el reloj. Era temprano, la hora en que solía irse al trabajo. Era y seguía siendo muy cumplidor. En plena calle nos preguntamos cómo salir de aquélla. Incluso en esa situación terminamos haciendo el ganso:

—Pues mira —dijo Burgers—, lo hacemos así.

Fin. No dijo más porque no sabía qué más sugerir.

—No —dije yo—, te propongo otra cosa.

Pero tampoco yo era capaz de pensar en otras opciones. Y seguimos un rato con aquel toma y daca. Estábamos desorientados; no sabíamos qué decisión tomar.

Miró de nuevo el reloj y se inquietó.

—Tengo que irme —dijo—, no sé si puedo usar el transporte público o si debo ir a pie. He de dar parte en la empresa de que me he quedado sin casa, y me hospedarán en un alojamiento colectivo para trabajadores extranjeros. Ya no nos darán una habitación amueblada.

Y así es como nos separamos. «¡Hasta la vista, pronto habrá terminado la guerra!», dijimos. «Ya nos encontraremos tras la liberación». Fue la despedida menos dramática que cabía imaginar. Si alguien hubiera salido a comprar el pan para regresar al cabo de pocos minutos no habría ocurrido de otro modo.

VI

Yo no tenía, que rendirme.
LA GUERRA HA TERMINADO

1

Estaba asombrada. Pensaba que los últimos y caóticos días de guerra transcurrirían en medio de un ruido tremendo. En lugar de eso, en Berlín reinaba un silencio extraño y poco menos que espectral.

Me asombró también que fuera tan fácil llegar a Kaulsdorf[71]. Contra todo pronóstico, funcionaba un tren de cercanías regular y rápido hasta Wuhlheide.

Después de separarme de Burgers y de vagar un par de horas por Berlín, me encaminé hacia el hogar de los Koch. Me parecía lo más natural vivir los días de la liberación donde había pasado mi primera noche en la clandestinidad. Era finales de marzo de 1945, y no contaba con que aún tendrían que pasar varias semanas hasta que la guerra por fin terminara.

Mientras cruzaba el bosque iba preparándome un par de frases para Hannchen y Emil: quería darles las gracias por todo. Decirles que ellos habían sido mis auténticos protectores y salvadores. Y, sobre todo, que gracias a ellos dos encontré el ánimo para pasar a la clandestinidad porque me demostraron que había gente que ayudaba. Pero luego mi propio discurso me parecía demasiado largo y ampuloso, y trataba de expresarme con más concisión, y con menos grandilocuencia.

A medida que me acercaba a la casita que antaño fuera la residencia de verano de mi familia, se debatían en mí distintas voces. «Espero que no haya pasado nada, que no la hayan bombardeado ni esté destruida, que el matrimonio Koch se encuentre bien», decía una. «¡Mientes!», protestaba otra. «En realidad esperas que el inmueble esté en ruinas y los Koch enterrados debajo. Te horrorizaría y llorarías mucho, pero así se zanjaría el asunto y, con él, todas tus deudas de gratitud». «¡No seas vil!», replicaba la primera voz. «Tienes que desear que los Koch se

encuentren bien, aunque vuestra relación sea difícil». Y así siguió el tira y afloja un rato. Me senté confusa en un tocón.

La señora Koch tenía un aspecto deplorable, estaba absolutamente consumida y agotada. Además de su trabajo diario en la lavandería, debía cuidar de la casa, del jardín, de su marido y de sus ancianos padres. Las noches las pasaba en una de las Splittergraben. No se trataba de un refugio antiaéreo, sino de una suerte de trinchera abierta excavada en forma de zigzag en un gran prado muy cerca de la casita de los Koch. A cielo abierto, allí nos sentábamos en bancos de madera improvisados.

Pero junto al agotamiento percibí asimismo rabia y rechazo en Hannchen Koch. Ni por asomo se alegró de mi llegada. «Mis padres se han quedado sin casa», me dijo, «ahora también viven aquí». En realidad sólo estaba su padre. Y, como se pondría de manifiesto, aquello no se debía a un bombardeo. Simplemente no supo qué hacer ante el grave trastorno psíquico de su mujer y simuló los daños por las bombas. En cualquier época del año, la madre de Hannchen salía a la calle en cueros vivos y a menudo se extraviaba al regresar a casa. El padre destrozó un cristal que llevaba años agrietado, hizo añicos varios vasos y volcó el armario de la vajilla. Aquéllos fueron los «daños por las bombas». En cambio, conservó las botellas retornables, por las que le daban dinero, y las agrupó con esmero en una esquina. Fue la escenificación involuntariamente cómica de alguien que está angustiado.

Como el anciano era un adepto convencido de los métodos naturistas, tras instalarse donde Hannchen fue a consultar al catedrático Paul Vogler, el médico jefe de la Clínica Naturista de la Universidad. Volvió muy decepcionado de la consulta: contra el mal de su mujer no valían hierbas. Era ineludible llevarla al psiquiátrico de Wittenau[72]. Leí el volante de ingreso, que seguía encima de la mesa. «La señora Guthmann está completamente ida», decía sin rodeos. De ahí en adelante, Adolf Guthmann visitó a su mujer en el manicomio, aunque el trayecto hasta Reinickendorf era largo e incómodo.

Al señor Guthmann le entusiasmó tan poco mi llegada como a mí encontrármelo allí. Era un nazi convencido, aunque nunca ingresó en el NSDAP por avaricia, y una persona muy desagradable que siempre temía verse relegada. Desde el instante mismo en que,

sonrientes, nos estrechamos la mano, reinó entre nosotros una profunda aversión mutua.

Daba por descontado que su hija tenía que cuidar de él y solía recalcar que, a fin de cuentas, vivía en «casa de su hija». «Granuja nazi», pensaba yo, «esta casa es mía. En el fondo sois unos arianizadores[73]». Lo confieso con sincero autorreproche: estaba llena de odio y era injusta. Tuve que trabajar mucho en mí misma para seguir siendo humana: sobrevivir significa también no rebajarse al nivel del enemigo.

El viejo, por supuesto, era antisemita. Formaba parte de su ideología. Contó que en su infancia había tallado con otros chicos unas varas que luego untaron de cola. Se fueron por los patios enarbolando aquellas «varas pa moscas». Él fue el único que dijo correctamente «varas para moscas». Pasó un caballero rico, empresario o dueño de un negocio, elogió mucho su pronunciación y le compró todas las varas. «Era judío», añadió rezongando el padre de Hannchen. Hizo una mueca y mostró la misma repugnancia que siempre había expresado frente a ese término la vieja Blase.

—Entonces ¿fue desagradable con usted? —pregunté yo recalcando mi ingenuidad.

Él se quedó muy sorprendido:

—¿Cómo puedes preguntar eso? Tú, que eres una persona inteligente… No, no sólo fue agradable, fue encantador, fue enternecedor.

Con aquel tipo no se podía hablar.

A los pocos días de mi llegada a Kaulsdorf, llegó un telegrama de la clínica: la paciente Elisabeth Guthmann había fallecido de un fallo cardíaco. Para mí el caso estaba claro: no querían seguir alimentando a una enferma incurable. Yo ya sabía entonces que en los manicomios se asesinaba, también después de que pusieran fin a las llamadas «acciones de eutanasia».

Corría el 4 de abril de 1945, mi vigésimo tercer cumpleaños. La señora Koch estaba muy alterada.

—Entenderás que en estas circunstancias desquiciadas no cabe pensar en un regalo de cumpleaños —me dijo en tono agresivo—. Conténtate con que te felicite…

—Pues claro, lo entiendo perfectamente. Y muchas gracias por la

felicitación —respondí. Su situación era horrible y la mía también.

Casi no cabíamos en la casa. Sólo había un pequeño salón con una puerta que daba al dormitorio, además de una veranda y un desván saturado al que solamente se podía acceder mediante una especie de escalerilla de gallinero. Allí me instalaron.

Durante el día tenía que esconderme. Me quedaba clavada en una esquina del que había sido el dormitorio de mis padres. Ahí no se me veía desde fuera, aunque mirasen directamente por la ventana. Estaba condenada a una absoluta inacción y sólo podía ocuparme leyendo los libros que encontré en una vitrina Biedermeier de ese cuarto. La señora Koch habría querido abofetearme. Se mataba a trabajar y estaba exhausta. Hacer la compra se había convertido en un interminable calvario desde que liberalizaron todos los cupones contemplados en las cartillas de racionamiento. «Mientras alcancen las existencias en las tiendas, comprad lo que queráis», era la nueva pauta. Acaparar se había convertido en un precepto.

A veces veía a Hannchen Koch ponerse pálida y agarrarse a un mueble para no desplomarse. «No, no es nada», gemía cuando acudía a sostenerla. Yo me avergonzaba de no poder ayudarla, pero en aquel contexto disparatado me parecía irrelevante si los suelos estaban impolutos. No me habría molestado que la arena rechinase en el suelo.

Tampoco había ya madera ni féretros. Sin embargo, a la señora Koch se le había metido en la cabeza enterrar dignamente a su madre. Peinaba la zona para conseguir un ataúd donde fuera. «Ay Dios, cuánto lo siento», decía yo cortés. «Si pudiera ahorrarte alguna de esas salidas…». Ella se daba cuenta, desde luego, de que en mi fuero interno pensaba: la peor guerra de la historia de la humanidad hasta ahora y el mayor asesinato de judíos que jamás se ha perpetrado están a punto de finalizar. Que entierren en un ataúd a esta enferma mental desde hace décadas es relativamente secundario. Me parecía absurdo que Hannchen anduviera buscando uno hasta el desmayo, que acudiera en bicicleta a ver a conocidos de conocidos y entremedias terminara guareciéndose en los refugios ajenos porque la sirena de alarma sonaba de continuo.

Un domingo hubo bolas de patata y asado de conejo. Dadas las circunstancias, aquello era un auténtico banquete. La señora Koch

había mandado a un vecino matar un conejo. Su padre, a quien no habían alimentado debidamente en años, se abalanzó sobre él sin mesura. En general, ya casi sólo hablaba de comida. Las bolas de patata eran bien grandes, comentó, pero en realidad deberían ser como cabezas de niño. Ávido como estaba, no usó cubiertos, sino que se sirvió de las manos y devoró una bola haciendo unos ruidos muy desagradables. Emil, a su lado, comía con exquisitos modales, e hizo un par de comentarios en su talante amable y bondadoso. La señora Koch, cuyo estado psíquico quedaba ya lejos de lo normal, insultó a su marido, se levantó de la mesa de pronto y besó a su padre en ambas mejillas.

La liberación, pensaba yo a menudo, significará también poder irme de una vez de aquí. Pero era dependiente y, sentada en mi silla, me veía obligada a soportar las invectivas de Hannchen:

—¡Ya quisiera yo estar ahí sentada leyendo!

—Hannchen, entiéndeme, ¿qué voy a hacer?

Desesperada, trataba de explicarle mi situación. Ella ya la conocía; simplemente era incapaz de controlar su rabia. Y me sentía como un elefante, comparada con esa mujer menuda y extenuada.

Sólo muy poco a poco entendí que a Hannchen Koch la abrumaba otra cosa: con la guerra también terminaría mi dependencia de ella. El grandioso papel de heroína de la resistencia que durante años interpretó esa mujer tímida de condición humilde finalizaría. Lo mismo que sus vecinos a izquierda y derecha, regaría sus rabanitos y viviría sin temor a las alarmas aéreas, pero también sin esperanza de acontecimientos impactantes.

Nuestros deseos, nuestros sueños, todo nuestro pensar y sentir eran en aquella época diametralmente opuestos. Yo anhelaba la liberación que ella inevitablemente temía. Por eso la señora Koch me ponía furiosa, y por eso ella no soportaba mi presencia.

En el gran prado frente a la casa de los Koch, que perteneció a una comunidad hereditaria judía, no sólo se hallaba la trinchera, sino también varios campos de barracones para prisioneros de guerra y trabajadoras forzosas[74]. Casi todos los prisioneros eran ucranios y debían de maltratarlos de la peor manera: se oían sus gritos sin cesar. Pero la mayoría de los vecinos prefería no enterarse de nada. Una vez comprobé de primera mano cómo se las apañaban para cerrar los oídos.

Por entonces ponían muchísimo el mismo éxito en la radio, «El domingo mi cielo quiere hacer vela conmigo», cantado por una mujer que, aun teniendo una bonita voz de soprano, ceceaba horriblemente. Las ventanas de las casas de alrededor estaban abiertas para que entrara el aire primaveral, por lo que la canción resonaba por todos lados desde los salones. De pronto se oyeron los gritos de los martirizados en los barracones… y todas las ventanas se cerraron a la vez como de común acuerdo. Ya ningún cielo quería hacer vela el domingo. Así es como actuaba la gente que tras la guerra afirmaba no haber sabido nada.

En cambio, Emil Koch fue a hablar con el guardia de la valla mucho antes de mi llegada a Kaulsdorf. Señaló a un ucranio mayor de bigote espeso y dijo: «El viejo tiene cara de saber partir leña. ¿Puede venirse conmigo? Soy alemán, no quiero hacerlo yo». Y le pasó al guardia un par de cigarrillos. Así fue como llegó a casa de los Koch aquel hombre llamado Timofei. No hablaba ni una palabra de alemán, pero de algún modo se entendían. Emil vio que cojeaba y que tenía el rostro desfigurado por el dolor. Lo tumbaron en el sofá, le quitaron la camisa, vieron las ronchas sanguinolentas en su cuerpo, se las lavaron y le dieron algo de comer.

Desde entonces Emil solía llevarle hamburguesas al guardia. Hannchen las freía con la masa que él traía de matute a casa desde la estación de bomberos en su corpiño de hule. A cambio podía disponer del ucranio, en teoría para partir leña. Timofei estaba tan agradecido que sólo con gran esfuerzo se le pudo impedir arrodillarse y besarles los pies a los Koch. En la casa saludaba a todo el mundo con un besamanos.

También solían visitarnos dos polacas llamadas Krystyna y Halina. Aquellas dos trabajadoras forzosas debían de sentir que estaban viviendo un milagro. Sólo habían conocido alemanes explotadores. Allí, sin embargo, había gente amable que las saludaba cordialmente, les servía y las respetaba como personas. A veces se sumaba un prisionero de guerra francés llamado Légret, y hasta llegaban a invitar a los cuatro a la vez. Entonces casi no se cabía en la salita.

En aquellas situaciones, por descontado, yo me sumaba, era parte del hogar y ayudaba a servir el sucedáneo de café mientras Hannchen Koch sacaba el pastel de patata.

Un día Krystyna, que era de Cracovia y había asistido allí al conservatorio, se sentó al piano, el instrumento que trajeron de mi hogar paterno. «¿Tú tocar piano?», preguntó la señora Koch como se habla con los extranjeros. «¿Conoces el "Flohwalzer[75]"?». Krystyna se sonrojó. No, no lo conocía ni quería conocerlo. En lugar de eso, tocó la Sonata en la mayor de Mozart. Nuestras miradas se encontraron y yo bajé al instante los ojos porque no quería avergonzar a nadie. Durante unos segundos, sentí el intenso vínculo que crea la sintonía cultural.

Pero ¿qué futuro le aguardaba a la pobre señora Koch, ahora totalmente abrumada y reducida a un esqueleto? Ella, la heroína de la resistencia y anfitriona de una tertulia internacional, volvería a ser la sosaina del patio trasero que había sido antaño.

Hannchen Koch tenía un miedo irracional, a mi juicio exagerado, a las bombas e insistía en que fuéramos todas las tardes al búnker de un pueblo cercano. No podíamos dejarnos ver juntas en la trinchera mientras yo siguiera escondida en su casa. Con el pañuelo bien calado por encima de los ojos, salía conmigo y cuidaba siempre de trazar un gran arco en torno a las casas en las que vivían nazis fanáticos.

Había que recorrer varios kilómetros hasta aquel búnker. Siempre íbamos con mucha prisa, pues ella tenía que lavar los platos, fregar el suelo y quitar el polvo antes de emprender el trayecto. Habría querido abofetearla por aquella absurda minuciosidad de ama de casa. Cuando al fin salíamos, jadeaba del agotamiento. No me quedaba otra que arrastrarla, tirar de ella y casi hasta llevarla.

El búnker tenía dos entradas distintas, pero ella insistía en que accediéramos juntas por la misma puerta. Afortunadamente, en el control no se fijaban. Nadie echaba un vistazo a mi carné con la foto falsificada ni a su carné postal. De lo contrario, enseguida habrían notado que los datos de ambos eran idénticos, salvo por la fecha de nacimiento corregida.

Aquello era a la vez un intento de asesinato y un suicidio, ya que Hannchen Koch no quería que terminara su gran momento de gloria. Y yo pensé: anula así todo lo grandioso que ha hecho por mí. Sucedió algo parecido cuando invitó a Else Pohl a una taza de sucedáneo de café. Eran los últimos días de guerra y el fragor cada

vez más próximo de la batalla procuraba ya un fondo sonoro continuo.

Hannchen nunca recibía visita de amigas porque sólo tenía relaciones superficiales en el vecindario y en la empresa. Emil, en cambio, contaba con un par de allegados, entre ellos un tal Richard Pohl de su época escolar. Su mujer Else era una acérrima esotérica. Devoraba libros de astrología, magia negra, psicología y, al igual que Hannchen Koch, era propensa a todo lo que fuera misterioso, irracional e inexplicable. Pero también era una nazi redomada. Por eso había que ir con cuidado si venía a casa. Y, de entre todas las mujeres, Hannchen Koch tuvo que invitar a aquélla.

«Bajo al sótano y leo un libro», propuse para el tiempo que durara la visita. Ahora bien, por alguna razón absurda, rechazaron esa sencilla solución. Hannchen tenía otro plan: me desterró a un lugar a apenas unos pasos de la mesita del salón. En el dormitorio había dos camas abatibles con una ingeniosa estructura que servía a la vez de iluminación y de mesilla: un diseño de mi madre. Yo debía situarme tras la cortina de las camas y apretarme contra la parte baja de los colchones para que no se abultara. En cualquier caso, ella quiso dejar abierto el paso entre el salón y el dormitorio, pues supuestamente una puerta cerrada despertaba sospechas.

Else Pohl dejó claro desde el principio de su visita que le había sorprendido mucho la invitación: en aquellos momentos tenía otras preocupaciones, dijo, pero en vista de un ruego tan amable no había querido dejar de pasarse un rato. Yo estaba a escasos tres metros de distancia tras la cortina, apenas me atrevía a respirar y no podía carraspear, pese a que de inmediato tuve un intenso ataque de tos. Por lo demás, la charla entre las dos mujeres fue del todo inane. La señora Koch decía una y otra vez: «Qué bien que estemos aquí juntas». Su invitada trataba de despedirse una y otra vez, pero ella la convencía para que se quedara un poco más. Todo con el único fin de mortificarme. Y yo seguía tras la cortina pensando una y otra vez la misma palabra: «Canalla, canalla, canalla».

En otra ocasión la señora Koch trataba de encender con chasca una lumbre en el humeante fogón para hacer una sopa. Ya no había gas. Y cantaba en voz alta, desafinando: «Dios salve a Franz, el káiser». No se sabía más que esa línea. De pronto empezó también a lamentar la derrota de su patria. Aquella luchadora antifascista

inconmovible, que se había sacrificado a lo largo de doce años, ya no estaba del todo en sus cabales.

Emil lo entendía, se disculpaba conmigo por su mujer, le perdonaba todo y la quería con sus excentricidades. A él le preocupaba otro problema. Antes de la época nazi había sido bombero y esperaba volver a serlo tras la liberación. Para ello tenía que dar con el momento oportuno para deshacerse de su uniforme. Como es natural, no quería caer prisionero de los rusos en un cuartel dependiente de la policía. Pero tampoco podía largarse tan pronto como para que lo denunciaran por desertar ante la policía militar o la Gestapo. Así pues, debía coger su bicicleta justo en el momento exacto, irse a casa, quemar su uniforme, ponerse ropa vieja y cojear un poco para parecer un civil ya mayor. Y el hecho es que lo consiguió.

Se inició una especie de tiempo muerto. Los campos del gran prado empezaron a disolverse. Un buen día los guardias simplemente desaparecieron. Los reclusos podrían haber huido, pero no sabían adonde.

Y entonces Emil me contó que había visto la huella de un tanque en un claro. Debía de ser una avanzadilla, ya que el Ejército soviético aún no había llegado a esos suburbios berlineses. Emil me describió con toda precisión el punto, que quedaba junto a un pequeño abedul. Fui hasta allí, encontré la huella y me conmovió mucho. Me senté tan tranquila en el bosque y me dije: éste es un lugar de cambio y transformación. Es el lugar donde la esperanza se transforma en confianza.

Estaba muy contenta, pero ni mucho menos alegre o chispeante. Al mismo tiempo era triste despedirse de la esperanza. Durante años había vivido de ella. Ahora estaba a punto de hacerse realidad. ¿Qué me depararía?

Cuando la guerra entró realmente en su fase final la sirena de alarma resonaba poco menos que de forma ininterrumpida. Yo ya no me escondía de los vecinos. Tampoco hacíamos el camino hasta el búnker, sino que íbamos a la trinchera. Con frecuencia pasaba horas acurrucada en uno de sus primitivos asientos. Me dolían los huesos; la señora Koch se aferraba a mí, y la gente decía tonterías increíbles. Aunque suene un tanto absurdo, me daba rabia que la guerra terminara de un modo tan banal y aburrido, y no

encontrarme en medio del fragor de la batalla.

Y por fin ocurrió. Alguien dijo: «Se acabó. Ahí están los rusos. Salgamos[76]». Con los brazos en alto, todos fueron subiendo de la trinchera. Yo apenas alcé un poco las manos, pues pensé: yo no tengo que rendirme. Formalmente estaba del lado de los vencidos, pero con el corazón estaba del lado de los vencedores.

Las Fuerzas Armadas Soviéticas llegaron a Kaulsdorf / Mahlsdorf en torno al 22 de abril de 1945. El 23 de abril los soldados soviéticos liberaron el campo de trabajadoras forzosas de la Kaulsdorfer Straße 90.

El primer ruso que me salió al paso parecía sacado de un libro: un mongol con cicatrices de viruela. Lo abracé y le di las gracias en alemán por liberarnos. Aquel sencillo soldado extranjero parecía casi asustado. Y hube de confesarme que estaba haciendo teatro para mí misma.

Era libre, se acabó la guerra: el Ejército Rojo había vencido. Me habría gustado llorar de júbilo y alivio. Pero lo cierto es que no sentí nada especial.

2

Las mujeres polacas del campo asaltaron todas las casas destrozando vajillas y acaparando cuanto podían llevarse. También a la nuestra llegó una de esas turbas furiosas. De inmediato acudieron al rescate Krystyna y Halina, se plantaron como un escudo delante de la señora Koch y apelaron resueltamente a sus compatriotas: que allí vivían resistentes que habían obrado bien durante años, también con las polacas. Que preservaran su casa.

Fue como un aquelarre. Una de aquellas mujeres tiró a Halina del pelo; otra propinó a Krystyna varios puñetazos en la cara. Yo asistí a aquello desde una gran distancia, como si no fuera conmigo.

Luego llegaron a las casas los soldados soviéticos. Un hombre altísimo y corpulento se caló uno de los estúpidos sombreritos de la señora Koch, se puso además su ordinaria y cursilona chaqueta de felpa hecha a mano y se largó con ella. A mí me pareció hilarante. Pero su padre se echó a llorar. «Son unos ladrones», berreaba como un niño con la boca muy abierta. «Nazi de mierda», pensé yo, «tú y los tuyos votasteis a Hitler, contribuisteis a urdir esta guerra y seguisteis la consigna de aguantar. Y ahora te alteras por un estúpido sombrero infantil». Pero, como es natural, no dije nada.

Otro soldado irrumpió en el sótano, donde el viejo Guthmann tenía un criadero de cobayas. Había sido guarnicionero de formación, luego carbonero y guarda de aparcamiento y ahora redondeaba su pensión con la venta de ratones blancos al hospital de la Charité. Una vez a la semana entregaba allí sus crías.

Yo estaba a la puerta del sótano cuando el ruso descubrió las numerosas jaulas y las abrió de inmediato. Con seriedad solemne, alzando las manos como para bendecir, repetía a modo de salmodia, casi de conjuro, la palabra *Osvobožhdenie*: liberación. Fue un acto mágico e infantil. Luego empezó a «liberar» también la compota alineada en múltiples tarros de conserva en las baldas de la pared. Y

seguía diciendo ceremoniosamente *Osvobožhdenie* mientras destrozaba un tarro tras otro. Los ratones se revolcaban en la compota, teñidos de rojo por las cerezas y las fresas, y yo apenas me tenía en pie de la risa. Pero el padre de Hannchen lloraba y gimoteaba a voz en grito. Me entraron ganas de darle un puñetazo en la cara.

Lo malo es que los soviets también iban por las casas violando a las mujeres. A mí también me tocó, claro. Yo dormía arriba, en el desván, y allí me visitó de noche un tipo fornido y amable llamado Iván Dedoborez. No me importó gran cosa. Luego escribió a lápiz una nota que dejó en mi puerta: que esa de allí era su novia y que me dejaran en paz. Y el hecho es que después de aquello no volvieron a molestarme.

Oí gritos y lamentos procedentes de la planta inferior: también le había tocado a la señora Koch. Miré por la ventana y poco después vi marcharse a un tipo alto, delgado y sureño. Era evidente que aquel soldado soviético pertenecía a un rango militar muy elevado. Tal vez fuera incluso oficial.

Aquel acto sexual único e involuntario tuvo consecuencias, como se puso de manifiesto semanas después. Hannchen Koch llevaba décadas intentándolo todo para quedarse embarazada, y al final le ocurrió con aquel hombre.

Quizá el estado de excepción en que se hallaba Hannchen Koch al poco de finalizar la guerra tuviera también una base hormonal. Durante un tiempo la obsesionó la idea de llevarle a su vecino, el mayor y más peligroso nazi de toda la zona, algo de comer: a fin de cuentas, ahora vivía presa del temor a la persecución y el castigo. Loca como estaba, empezó a tener gratas conversaciones sobre el tiempo y temas similares con aquel matarife al por mayor.

—Haz el favor de calmarte —dijo Emil cuando nos lo contó—, estás desquiciada. Esa gente lleva doce años amenazándonos y martirizándonos. Han cometido crímenes terribles.

—Pero nuestro Salvador… —objetó Hannchen.

Él la cogió en brazos y se la llevó al dormitorio:

—Ahora te echas en la cama y lo hablas con tu Salvador. Ya verás cómo me da la razón. —Y cerró la puerta al salir.

Al cabo de un par de días llegaron las primeras noticias de los campos de concentración liberados. Y escuchamos las primeras

cifras sobre los monstruosos asesinatos cometidos allí. Gracias a eso Hannchen también recuperó el juicio y volvió a ser la fiable antifascista que siempre había sido.

Se aferraba a mí de un modo que me inquietaba mucho. Una vez que estábamos las dos en la cocina me clavó las uñas de sus cinco dedos en el austero vestido de verano.

—¡Suéltame, no me arranques la ropa, no tengo nada para cambiarme! —grité.

—Eres mi niña. Prométeme que nunca me abandonarás, que seguirás siempre conmigo y no me arrojarás de vuelta a la miseria de la que vengo —me suplicó.

—Sí, desde luego —respondí lo más tranquila que pude. Era imposible contradecirla. Pero me desesperó estar prometiéndole algo que no deseaba cumplir en absoluto.

Nuestros liberadores también venían a casa para que les laváramos y planchásemos los galones blancos que llevaban cosidos en sus cuellos. Yo asumía y cumplía bien esa tarea, pues la consideraba un acto de mínima gratitud por los grandes sacrificios del Ejército Rojo en la lucha contra el más sanguinario régimen de todos los tiempos. Aun así, he de confesar que me había imaginado la liberación de otro modo: no estaría mal que esos servicios menores los realizaran los culpables, pensaba.

Algunos de los hombres eran también muy serviciales, encantadores con los niños y respetuosos con las personas mayores. Me impresionó en especial un ruso rubio que venía a nosotros por sus galones. Chapurreaba un poco el alemán, era inteligente y abierto, pues provenía de Moscú y era chófer de profesión. Traté de explicarle que me alegraba de la victoria del Ejército Rojo. Él negó con la cabeza y dijo: *Nixgut. Gitler kaputt. Stalin toshe*[77] *kaputt. Demokratie gut.*

Un día que estaba paseando por Kaulsdorf, los rusos me interceptaron con otras personas en plena calle. Cada cual recibió un rastrillo y nos llevaron a un claro para que desbrozáramos el bosque. Me enfadé mucho: ¿no podía llevar un cartel explicando que yo no era una vencida? Todos los demás estuvieron horas trabajando sin ningún sentido. Yo, en cambio, apoyé mi herramienta contra un árbol en cuanto el vigilante se dio la vuelta y me senté aparte. Si me llegan a pillar, habría fingido que estaba

haciendo mis necesidades. Pero nadie me prestó atención, algo propio del estilo ruso: si yo no hacía aquel trabajo, sencillamente buscaban a otro.

Es difícil decir quién me sacaba más de quicio, si la señora Koch o su padre. La jerarquía en la casa era como sigue: al frente estaba ella; su asistente era su marido. Ambos formaban pareja. Luego venía su padre y al final yo. A Adolf Guthmann y a mí se nos agrupaba también como pareja y nos asignaban tareas conjuntas. Por ejemplo, nos enviaron a ver a unos campesinos en el este de la Marca de Brandemburgo para cambiar allí un mantel de damasco por un saco de patatas. Salimos muy temprano porque había que recorrer cerca de veinte kilómetros por senderos que atravesaban el bosque. Yo tenía miedo de que aquel horrible viejo pudiera propasarse y estuve todo el tiempo cortés, fría y reservada. Y lo cierto es que me dejó en paz.

Pero, al encontrarse a unos conocidos, aún cerca de nuestra colonia, berreó al otro lado de la calle: «¡Salvada!». Se golpeó con el puño en el pecho, se señaló con el índice y luego me señaló a mí. La gente no entendió lo que quería decir. Entonces añadió: «Ésta es una chica judía», gritó volviendo a señalarme. «Yo la escondí y la he salvado». Me costó un gran esfuerzo no pegarle una bofetada a aquel patán asqueroso.

Nos adjudicaron otra tarea común. La señora Koch disponía de «lavadora», un aparato que funcionaba sin electricidad. Era una gran caldera cerrada y con forma de tambor que se ponía al fuego. La colada hirviendo se revolvía con una manivela, lo que exigía una enorme fuerza. Yo había ofrecido lavar la ropa en una tabla, pero ella no quería. Un día abrasador tuvimos que estar dando vueltas sin parar con la manivela a aquellos veinte o treinta kilos de ropa empapada. Tras superar aquel martirio, no sentimos la menor hostilidad el uno por el otro. Estuvimos relevándonos cada pocos minutos y los dos terminamos calados de arriba abajo.

Pronto se desmantelaron los campos de trabajadores forzados. Las chicas y las mujeres polacas salieron de Kaulsdorf formando una extensa columna que pasó por delante de la casita de los Koch. Me sorprendió ver cuántas polacas habían estado presas en aquel campo.

Antes se había producido una despedida muy cordial de Halina y

Krystyna. Pero en aquel momento la señora Koch montó un numerito de lo más penoso. La gran caravana estaba ya doblando la esquina. Desde la calle habíamos estado despidiéndonos repetidamente, y repetidamente las dos polacas se giraban para decir adiós. Y entonces la señora Koch, con varios segundos de retraso, fingió un desmayo. Exclamó: «Nunca olvidéis Alemaaania», y se dejó caer al suelo lanzando un pequeño suspiro. Y cerrando los ojos. Pero yo vi con claridad que parpadeaba para no perderse lo que sucedía alrededor.

Y ahí Emil se ganó todo mi respeto. Se daba perfecta cuenta de lo que ocurría; con todo, serio y viril, me emplazó con una breve mirada a no reírme. Aunque su mujer le daba pena, tampoco se privó de conferir un pequeño deje irónico a su voz. Dijo: «Ay, Dios, se nos ha desmayao Hannchen, tenemos que llevarla adentro. Yo la cojo por la cabeza; tú, por las piernas». Y así fue como la metimos en casa.

Lo malo era el hambre. Al principio no hubo cupones de alimentos para las tres barriadas de Biesdorf, Kaulsdorf y Mahlsdorf. Estos tres suburbios llevaban el sufijo -dorf en el nombre y tenían también un centro del pueblo con iglesia y un par de terrenos cerca[78], de ahí que inicialmente la administración soviética catalogara a sus habitantes de «autosuficientes». Sólo al cabo de un par de meses pudo aclarar el asunto un ruso-alemán y comprometido comunista de Kaulsdorf, de suerte que por fin se nos repartieron raciones de alimentos.

A los soldados soviéticos les divertía mucho que la gente de Kaulsdorf comiera espinacas y ruibarbo, que era lo único que daban los huertos a comienzos del verano. No los conocían y pensaban que aquello no era un alimento para humanos, sino forraje. Al mismo tiempo, confiscaban todo lo que alguien tratara de ocultar: el matarife al por mayor de al lado, por ejemplo, había almacenado enormes provisiones de conservas de carne y embutido en una cámara tapiada desde fuera. Un soldado irrumpió con un hacha en aquel sótano y derribó el muro a golpes. Dio la impresión de haber llegado directo desde los Urales a aquella despensa oculta. Lo requisaron todo en un camión. Los rusos pasaban por los jardines con largas picas y descubrían cajas enterradas que contenían objetos de valor o uniformes.

Cuando disolvieron los barracones del campo, la gente de los alrededores se abalanzó hacia allí para ver si quedaban provisiones. Emil Koch trajo a casa dos cajones: uno lleno de harina; el otro, de un polvo amarillento con el que la señora Koch hizo una roux fuerte y picante sin grasa. Como pudo averiguar Emil, aquel producto amargo como la hiel era un polvo de pudín de calidad de guerra. Aun así, puesto que estábamos medio muertos de hambre, engullimos aquella salsa con unas setas minúsculas que crecían en los prados. No eran venenosas, pero tampoco agradables de comer. Yo mordisqueaba dientes de león y me comía las diminutas manzanitas que caían del árbol ya al inicio del verano y que no eran mayores que canicas. «Te zampas toda mi fruta», renegaba la señora Koch. Las dos estábamos desquiciadas.

El hecho es que hubo gente que murió de hambre en aquellos primeros meses de posguerra. A nosotras nos salvó Emil: cuando los rusos instalaron una panadería improvisada en las inmediaciones, se presentó enseguida como ayudante. En pago por su celo, recibía de vez en cuando un pan de cuartel.

La disentería causaba estragos. La gente desnutrida no podía permitirse algo así, pero al viejo Guthmann y a mí nos pilló esa horrible diarrea. Duró sólo unos pocos días y, en circunstancias normales, se habría resuelto con un par de pastillas. Pero cada cinco minutos necesitaba ir al retrete, y el patán de Guthmann se ponía a golpear la puerta con los puños: «¡Que salga ahora mismo la extraña, éste es mi cagadero!». Entonces se me ocurrió pasar la mayor parte del día en el bosque, provista de hojas de ruibarbo que resultaron ser un excelente papel higiénico.

Estaba en los huesos, tan flaca que me daba la impresión de que no caminaba, sino que flotaba; que no pesaba, que se me llevaba el viento. Tenía una falta de sueño inmensa. Una vez me asusté mucho porque desperté en mi buhardilla cuando el sol estaba muy alto. No disponía de reloj, no sabía qué hora era, y bajé corriendo la escalerilla. Abajo se encontraba el viejo Guthmann, que se burló de mí llamándome «poltrona». Fue humillante.

Le conté a Emil aquella afrenta. Desde entonces subía cada mañana y me despertaba a una hora en la que el viejo no podía cruzarse en mi camino.

Una mañana temprano oí en mi buhardilla una voz de lo más

familiar gritando *Frauke!* desde la valla del jardín. No contaba con volver a ver a Burgers en la vida. Nunca le dije cómo se llamaba Hannchen Koch ni dónde vivía. En casa de la Blase era simplemente «la amiga». Pero él debió de registrar mi bolso, ver mi carné con el nombre de Johanna Koch y averiguar la dirección.

—Emil, coge un bieldo y échalo —vociferé desde mi buhardilla —. Es con el que estuve viviendo. Más de una vez me dejó una moradura en el ojo.

Me avergoncé de mí misma. No puedo comportarme así, pensé, quiero volver a la civilización.

—Ahora, tras la liberación, no te pondrá un ojo morado —respondió tan tranquilo Emil—. Además, no son maneras de despedirse de alguien con quien has convivido durante casi dos años. También habréis compartido buenos momentos…

—Tienes razón —dije cortada, y bajé por la escalerilla.

Allí estaba Burgers con la indumentaria con la que lo conocí: aquel sombrero gigantesco de chiflado y la cartera en bandolera que le rebotaba a cada paso contra el pecho. Me miró con sus grandes ojos tristes.

—Disculpa mi mal humor —le dije—, estoy desquiciada. Charlemos un momento.

Me explicó que vivía en un alojamiento colectivo que se encontraba a apenas una hora de distancia a pie. Los holandeses se marcharían a casa de forma inminente.

«Vete con él hasta el punto de encuentro: así os despedís tranquilamente», me sugirió Emil. Fuimos y nos sentamos juntos en el bosque. Lo que ocurrió entonces no me lo esperaba: resultó muy agradable y cordial.

—Vente conmigo a Holanda —me pidió Gerrit.

—No, quiero quedarme aquí en mi… —dije, y me corregí porque no quería volver a emplear la palabra «país»—, quiero quedarme en Berlín, la ciudad en la que nací. Aquí quizá me queden un par de allegados y conozco el idioma. Pero quiero agradecerte todo lo que hiciste por mí.

Estuvimos hablando una hora como mínimo y nos sentimos muy unidos. Él lloró, y yo también quise dedicarle por lo menos una lágrima. Pero no lo conseguí. Me regaló un pequeño estuche de recuerdo, una cajita de metal con futbolistas en relieve.

—Es terrible que se burlen de ti —dije—, es atroz que los demás se salgan con la suya. No les digas a tus compatriotas que no quise irme contigo. Diles que no sabías mi nombre ni mi dirección. Que me perdí en las turbulencias de la guerra y que tampoco puedo escribirte porque no llegaste a darme tu dirección en tu país.

—Llevas razón. Así lo haré —asintió. Y entonces tuvo una salida que nunca habría creído posible—. Y tú aléjate de los Koch: debe de ser horrible para ti.

—¿Por qué lo dices? —pregunté—. Es la amiga que me dio los papeles.

Enumeré todo lo que había hecho por mí la señora Koch.

—Y siempre que volvías con comida hablabas como una colegiala —recordó Burgers—. Recitabas como un poema aprendido de memoria lo buenas personas que eran tus amigos. Pero en el fondo no los soportabas.

Le expliqué que me sentía atada por mi promesa a Hannchen. Que no podía abandonar sin más a una persona que había actuado como ella. Él se ofreció a ayudarme: les diría a los Koch que me iba con él a Holanda. Allí podría quedarme con algunos conocidos.

—No puedo hacer eso —repuse—, quiero quedarme aquí y no emigrar a Australia. Tarde o temprano volverán a cruzarse en mi camino.

Pasó algún tiempo hasta que la columna holandesa partió hacia su hogar, así que Gerrit y yo nos vimos todavía dos o tres veces e íbamos a pasear juntos. Al final nos despedimos muy cordiales y nos deseamos sinceramente todo lo mejor.

Aprovechaba cualquier ocasión para salir de casa y hacer algo con sentido. Así es como tuve la idea de recoger pienso para los conejos. Salía con una bolsa grande, daba largos paseos y me elogiaban cuando traía diente de león para cebarlos. Un día nos robaron los animales: por entonces todo el mundo robaba a todo el mundo. Pero a los pocos días Emil consiguió nuevos conejos jóvenes y retomé mi actividad.

Una vez me encontré a varios grupos de franceses sentados en la linde del prado. Se congregaban allí para la inminente caravana a su país y se disponían a arrojar a la hoguera su dinero alemán: en casa ya no les serviría de nada[79]. Me gritaron en broma algo en francés. Está claro que no contaban con que los entendiera, porque

iba descalza y parecía una simple aldeana. Que si no quería levantarme la falda para recoger aquel dinero y llevármelo antes de que lo quemaran.

Se quedaron perplejos cuando negué con la cabeza y les contesté algo gracioso en francés. Aún me repitieron su oferta un par de veces. Pero preferí seguir metiendo en mi bolsa alimento para los conejos antes que levantarme el borde de la falda. Y así pude ver cómo aquellos billetes, que todavía habrían tenido valor algunos años, eran pasto de las llamas.

Después lamenté mucho no haber aceptado el dinero. Un pan o un bloque de margarina costaban entonces cientos de marcos en el mercado negro. Pocos meses antes, durante la época de la clandestinidad, esa decisión habría supuesto un riesgo mortal. Pero aquello había acabado, y eso era lo positivo.

Hannchen Koch siempre había deseado tener un hijo. Y ahora, por primera y única vez en su vida, estaba embarazada de aquel coito con un ruso. Muchas mujeres en edad fértil notaron enseguida las consecuencias.

En «nuestra colonia» había una doctora llamada Hering a la que acudían todas, una médica imbuida de doctrina nazi que era, por supuesto, una antiabortista visceral. Sin embargo, ahora practicaba abortos en serie: las mujeres alemanas no debían tener hijos de los enemigos.

Así funcionaba la ideología.

Dos días a la semana llevaba a cabo las intervenciones con la ayuda de un colega joven. A las mujeres las recogían luego sus maridos en pequeños carros acolchados.

También la señora Koch se presentó allí en el momento en que la acució la necesidad. Cuando Emil llevó a su mujer por la mañana, lo supe: hoy no será un día agradable para mí. Me tocará complacer a Emil Koch, aunque si Dios quiere será la última vez. En efecto, pese a nuestra amistad, él me identificaba con los rusos, a quienes yo amaba por ser mis libertadores. Y tuve que pagar por lo que le habían hecho a su mujer.

Tampoco era la primera vez. Muchos años antes, la relación de la señora Koch con mi padre había sido una enorme afrenta para Emil. Ya entonces fui yo quien lo pagó. Él fue el primero, yo todavía iba a la escuela, y mi madre aún vivía. Me repugnó. Él siempre se

había comportado con absoluta humanidad, un antifascista que nos profesaba su lealtad. Pero el precio lo pagué yo, y en mi fuero interno lo odiaba por eso.

Aun así, Emil era mucho más normal que su mujer, además de una persona decente. Después de hacerlo, preguntó:

—¿Para qué todo esto, en realidad? Tenía la sensación de que debía ser así. Pero no lo he disfrutado ni un ápice. Y supongo que tú tampoco.

—Así es la vida a veces —le dije.

3

Emil Koch sabía por sus conocidos y por los conocidos de éstos muchas cosas que no figuraban en el periódico. Gente que trabajaba como chófer o ayudante de cantina se enteraba enseguida de lo que ocurría entre los altos funcionarios y las autoridades. Y así, después de que a comienzos de julio llegaran a Berlín los estadounidenses y los británicos, Emil oyó que una nueva oficina municipal de traducción buscaba con urgencia colaboradores. Me animó a presentarme: no podía seguir eternamente recogiendo alimento para los conejos.

Había ya una primera línea de autobús al centro. Eso sí, llegar a la parada requería una larga caminata por el bosque. El vehículo iba abarrotado; la gente se colgaba arracimada. Dejé pasar varios antes de atreverme a subir. Tampoco quería arriesgar mi vida.

Llegué por fin bastante agotada al ayuntamiento. La oficina quedaba cerca de la Klosterstraße. Allí me recibió un teniente británico o norteamericano. Resultó ser un judío alemán que había emigrado en el último momento.

Acababa de terminar su desayuno. Tenía delante una taza de café —auténtico— a medio beber y un plato con rebanadas de pan. Me vi obligada a bajar la cabeza para que no notara que se me hacía la boca agua. Era pan blanco como la nieve, como no lo había visto en mucho tiempo, untado de mantequilla y hasta con embutido: un lujo inconcebible.

Primero hablamos un poco en francés. Cuando pasó al inglés, no pude más. Me mareé de hambre. En aquel instante una asistente asomó la cabeza por la puerta y preguntó si podía recoger la mesa. Con una sonrisa infame, él volcó el contenido de un cenicero rebosante sobre los restos de aquel desayuno de postín y dijo: «Sí, lléveselo. Ya estoy lleno». Habría querido gritar y darle varias bofetadas a aquel engreído. Quien se comporta así, pensé, merece

que lo pongan a disposición de un tribunal judío internacional y lo condenen a una severa pena.

Sonriendo maliciosamente, me ayudó con la palabra inglesa que no había encontrado.

—El francés lo habla un poco, pero el inglés apenas —dijo en un tono muy petulante—. E intuyo que tampoco sabrá escribir a máquina, ¿seguro que lo hace con dos dedos?

—Lo ha adivinado —dije.

Al fin y al cabo, le daba igual. Debía empezar en el acto y cobraría también en el acto. Me pusieron frente a una máquina de escribir en una gran sala y copié textos ingleses y franceses. Mis colegas eran dos o tres chicas jóvenes que habían asistido a escuelas de idiomas. Hablaban y se reían todo el tiempo y consideraban que todas congeniábamos muy bien. ¿No deberíamos tutearnos? «No», me negué yo tajante, «no me quedaré mucho tiempo». No podía hermanarme sin más con unas chicas que quizá un par de meses antes habían estado en el BDM [80] .

Al desenvolver sus bocadillos preguntaron:

—¿Y tú no tienes desayuno?

—¿Disculpe? —repliqué fríamente. Quería que me trataran de usted.

—¡Pero una madre siempre da algo de comer! —terció una de ellas.

—Yo ya no tengo padres. Estoy completamente sola —expliqué. Me miraron horrorizadas y tristes.

Los pocos días que trabajé allí llegué siempre muy tarde. Me levantaba muy temprano, pero tenía que esperar varias horas un autobús del que colgaba un racimo de gente. Escribía a máquina muy despacio y cometía muchas erratas. Yo misma vi claro que las autoridades estaban tirando el dinero conmigo, de modo que pronto volví a acudir donde el teniente y le pedí rescindir mi contrato.

Lo cierto es que no había ganado mal y al fin aporté algo de dinero en casa de los Koch. Tampoco les conté mi cese. Continué saliendo temprano y primero me tumbaba en el bosque para dormir un par de horas más, luego me iba al centro. Quería averiguar cuanto antes cuáles de mis amigos y conocidos seguían vivos y dónde podría iniciar una vida normal y legal. Me interesaba especialmente saber si la universidad seguía existiendo y si ya era

posible volver a matricularse.
Una vez, antes de que hubiera línea de autobús, fui a pie hasta el centro. Gracias al tramo de metro que había vuelto a ponerse en marcha a finales de mayo de 1945, salí de Alexanderplatz en dirección a Pankow. Lo primero de todo era ir a ver a mi tío Karl Jalowicz. Quería saber cuanto antes si había sobrevivido.

Ya de lejos vi que su casa en la Berliner Straße 2 seguía en pie. Subí acelerada la escalera. Y entonces lo vi a la puerta: justo en ese instante Karl despedía a una paciente que había acudido para un tratamiento dental. Nada más terminar la guerra, había reabierto su consulta con medios muy improvisados.

«¡Mariechen!», exclamó al verme, con una alegría que yo jamás había visto en nadie. No sólo se le iluminó la cara, sino que de pronto toda la escalera resplandeció. Fue maravilloso.
También era importante que me inscribiera lo antes posible en la Comunidad Judía de la Oranienburger Straße 28[81]. De camino hacia allí, en la estación de metro de Alexanderplatz, me encontré a Mirjam Grunwald. Mi antigua compañera de clase —la que «tomó prestado» el marido de Eva Deutschkron— también había sobrevivido. Tenía ictericia, la cara amarilla, y me dio mucha pena. Durante todos aquellos duros años la había sostenido la esperanza de volver a ver a su madre. Y al recibir la primera noticia de América supo que acababa de morir. Una vez que cruzamos algunas palabras amables Mirjam puso su conocida sonrisa agridulce y dijo:

—Sigues siendo la misma.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Desaliñada, desaliñada, se te ha salido un mechón del peinado —dijo en tono de reproche y tirando de él—. Si tuviera unas tijeras, te lo cortaría.

Me despedí corriendo.

A los pocos pasos, la siguiente persona a la que me encontré fue a Edith Rödelsheimer. La musicóloga con la que hice trabajos forzados en Siemens me salió al paso en la Münzstraße. Al verme dejó caer su bolso en el pavimento y nos abrazamos jubilosas. A Edith Rödelsheimer y a su marido los habían escondido unos allegados no judíos en una casita en una colonia de huertas de Birkenwerder. Me contó que entre semana, cuando no estaban los dueños, apenas podían moverse. Tampoco podían cocinar porque al

hacerlo habrían empañado los cristales de las ventanas.

En su inmediata vecindad se hallaba la mansión del mayor potentado nazi de la colonia. A veces veían a gente que salía y entraba de aquella casa a última hora de la tarde o muy temprano, y tenían la sensación de que los observaban. Sólo al final de la guerra supieron la verdad: en la mansión del presunto nazi vivían clandestinamente media docena de judíos, que a su vez tenían mucho miedo de los que se escondían en aquella casita.

Muy nerviosa, pronto fui también a Kreuzberg para averiguar qué había sido de Trude Neuke y su familia. Al llegar a la Schönleinstraße, respiré: el bloque estaba intacto. Subí corriendo la escalera. Pero frente a la puerta de los Neuke me llevé un susto terrible. Con las rodillas temblorosas, me apoyé en la pared: la placa de porcelana oval tan familiar de los Neuke ya no estaba. En su puerta figuraba un nombre desconocido.

No tuve más remedio que tocar el timbre de los Steinbeck. Me abrió la vecina:

—Buenos días. Me alegra que no hayan sufrido daños por las bombas —dije con educación—. ¿Podría decirme qué ha pasado con los Neuke?

—Ella regresó. Y se han mudado a la zona más fina de Kreuzberg, a la Urbanstraße —respondió huraña. Así era la mentalidad de esa gente: antes los Neuke estaban abajo y ellos arriba, y ahora era al revés.

Fui corriendo a la dirección que me dio. Ya en la escalera oí las voces de Trude: «¡No, rosa no! Con un gris tan pálido no se puede llevar una blusa rosa. ¡Un vestido de chaqueta tan bonito! ¡Lo que le pega es un amarillo limón bien fuerte!». Estaba en su vestíbulo despidiendo a una vecina. Antes de que cerrara la puerta, exclamé: «¡Trude, no cierres, que soy yo!». Y nos fundimos en un abrazo. Fue un momento grande y hermoso.

En su nueva casa había enormes superficies de parqué, todas lustradas hasta refulgir. Los viejos muebles familiares se perdían un poco en aquellas salas inmensas, como los picotazos de un pájaro: aquí el escritorio, allá un sofá. «Y aquí», anunció una vez que dejamos la parte delantera de aquel piso señorial, «están las habitaciones de mis hijos».

Cuando volví a verla poco después, me dijo: «Debía de estar

loca. Enceraba como una esclava aquel parqué, ¿y para qué queríamos semejante caballeriza? Lo que necesitamos es luz, aire y sol». Los Neuke volvieron a mudarse enseguida y siguieron haciéndolo a menudo hasta el final de sus días.

También mi mejor amiga, Irene Scherhey, y su madre habían sobrevivido y residían aún en la Prenzlauer Allee. Pero, tras la alegría inicial, el reencuentro con Irene fue una decepción: la intimidad que nos había unido se había roto.

Irene siempre fue hipernerviosa. Hablaba muy rápido, se interrumpía continuamente y no dejaba intervenir a nadie. Tras el final de la guerra, trabajó algunas semanas como profesora auxiliar en una escuela. Luego la contrataron los norteamericanos y al poco se juntó con un soldado. Desde entonces sólo hablaba inglés americano para practicar esa lengua, algo que me exasperaba. «¿No podemos hablar en alemán?», le pedí varias veces. Después de todos aquellos años había tanto de lo que habría querido hablar con ella… Pero ella sonreía y me respondía en inglés. Irene estaba entusiasmada con Estados Unidos y aspiraba a emigrar como fuera.

Poco después de finalizar la guerra, Hannchen Koch recibió la visita de una delegación de su lavandería que quería hacerle una oferta. El director de su empresa, Birkholz, había sido nazi y había que relevarlo. Puesto que la señora Koch era conocida por ser una luchadora antifascista y una trabajadora fiable, la habían escogido como su sucesora.

Yo estaba en el cuarto de al lado cuando se produjo la larga reunión y, por fuerza, me enteré de todo: Hannchen Koch no quería. «Quiero vivir en calma al fin, recuperarme y ser ama de casa», repetía. Cuando se marchó aquella gente la abordé:

—Hannchen, creo que te equivocas. —Y añadí en broma—: Acabarás siendo ministra de lavanderías.

Ahí se derrumbó y lloró a lágrima viva, y aquella vez era de verdad.

—No quiero, no quiero tener ningún trabajo ni ninguna carrera. Quiero hibernar, quiero dormir —sollozó—, quiero recuperar las fuerzas y quiero hacer de una vez alguna manualidad bonita, con muchos colores.

En aquel momento me dio tanta pena que me sentí realmente conmovida.

El director de su empresa había sido antaño cliente de mi padre. No era antisemita. Llevó la insignia del partido sólo porque lo exigía su carrera. Él me dio los cien marcos que guardé en el zapato durante el viaje a Bulgaria y que me permitieron regresar a Berlín. Más adelante, a través de Hannchen Koch, me pidió que le certificara por escrito que me había ayudado. Yo expedí un documento para W. Birkholz; Hannchen rellenó su dirección.

Un tiempo después, Trude Neuke, que por entonces vivía en un adosado en Britz, me dijo: «Imagínate, un SS antes muy peligroso llamado Birkholz vive a la vuelta de la esquina. Y, en efecto, una judía le dio un certificado en el que decía que la apoyó en la guerra. Y ese cabrón ha sido desnazificado». Aquel hombre se llamaba también W. Birkholz, pero tenía otro nombre de pila, Werner en vez de Walter o al revés. Y había conseguido su desnazificación de manera deshonesta: a través de su hermano o de su primo, en definitiva, de aquel hombre que efectivamente me había ayudado en su momento.

Un día fui también a la casa en la que viví casi dos años. Los verduleros checos que habían sido nuestros vecinos seguían residiendo en la vivienda del primer piso, la que menos daños había sufrido. Por la señora Knizek supe que Kurt Blase y Alexander Graß habían caído con la Volkssturm ya muy al final de la guerra. Y que la señora Graß había sufrido una apoplejía y estaba en un asilo de Mariendorf.

Sobre todo, me entristeció mucho la noticia de la muerte de Alexander Graß. ¡Aquel hombre había hecho tanto por mí! Y por fin estalló mi insensibilidad: durante años, en una burda simplificación, para mí sólo habían existido amigos o enemigos. El gran peligro y, por lo tanto, la medida de todas las cosas, había sido la Gestapo. Quien cayera o dejara de caer en esa guerra me daba igual. En aquel momento tomé conciencia de cuánto sufrimiento inmerecido había causado la guerra también entre los no judíos.

Fue Emil Koch quien acabó poniendo fin a mi difícil situación en Kaulsdorf. Se había hecho amigo de un matrimonio de físicos que vivía en una zona algo más elegante, junto al Müggelsee [82]. Es probable que les ofreciera sus servicios para realizar trabajos técnicos o de jardinería, como hacía por todas partes en aquellas semanas. En cualquier caso, les pidió consejo a esas personas sobre

las dificultades reinantes en su casita de madera.

«Los físicos han dicho que…», repetía ahora de continuo. Los físicos también examinaron el inmueble supuestamente bombardeado de Adolf Guthmann y se rieron mucho. Y tramaron un plan con Emil: lo primero era volver a poner en orden la casa de «padre». Y luego «padre» necesitaría una nueva mujer. Emil ya le había echado el ojo a alguien.

En el hermoso prado frente a nuestra puerta había un campamento de desplazados rumanos. Allí preguntó por una mujer que, por edad, encajara con su suegro. Debía cocinar para él, vivir con él, y así se beneficiaría de su pensión. De lejos me señaló a la mujer que le habían recomendado. Llevaba una larga falda de colores con mucho vuelo: parecía más bien un traje tradicional. Después de que la juntara con su suegro, ambos vivieron felices hasta el fin de sus días.

Emil sabía de la promesa que yo le había hecho a su mujer. Con ayuda de los físicos pensó en cómo podía librarme de ella. Una tarde que yo estaba a la puerta de la cocina empezó a darme órdenes desde el jardín: «Vamos a hacer algo muy divertido. Avanza un pelín a la derecha y hacia adelante». Tomó carrerilla, me levantó y me dio una vuelta en el aire. «Y ahora te echo», exclamó riendo.

A continuación quiso dar un pequeño paseo conmigo.

—No era más que una broma —me explicó—, pero el jefe de esta casa soy yo. Si te echo, es fuerza mayor, y ya no estás atada a tu promesa. Claro que puedes tomarte todo el tiempo del mundo.

—¡Mañana mismo salgo a buscar alojamiento! —grité, exultante.

Él era escéptico.

Cuando regresamos le dijo a Hannchen:

—He echado a Mariechen. Y ahora estaremos más tranquilos.

Su mujer reaccionó de un modo sorprendentemente razonable.

—Llevas razón —dijo—, ya es hora de que volvamos a tener algo de normalidad.

4

La casa en la que crecí ya no existía: Prenzlauer Strabe 19a había sido arrasada. ¿Adónde ir entonces? Sabía que Pankow era uno de los pocos barrios de Berlín que en su mayor parte habían permanecido intactos. Allí habían caído pocas bombas. Mientras que las aceras y calzadas de otras zonas aún estaban cubiertas de escombros, en el distrito de Pankow se podían dar largos paseos sin notar que había tenido lugar una guerra. Además, allí vivía el único pariente que me quedaba, mi tío Karl.

Así las cosas, al día siguiente emprendí el largo camino allí. La oficina de vivienda de Pankow operaba en una única sala grande en la que los encargados se repartían por varias mesas. Allí me encontré, para mi gran sorpresa, a Tati Kupke, la hermana de mi tía Mia. Aunque en realidad era obrera, la habían reclutado para aquella autoridad improvisada por ser una acreditada antifascista. Las dos nos alegramos mucho de volver a vernos. Lo que ocurrió entre su marido Willi y yo cuando Tati me acogió un par de noches resultaba irrelevante en aquellos momentos. Había ocurrido tres años atrás. Ella no sacó el asunto y yo tampoco.

—Quiero mudarme a Pankow —le dije—. En Berlín no hay pisos. Y aquí por lo menos tengo a Karl.

—Existe un decreto —me explicó— por el que sólo puede reclamarse espacio de vivienda donde se ha vivido antes. —Guardó silencio un instante: no estábamos solas. Luego añadió—: Y ése es justo tu caso.

En voz baja me confió el nombre y los números de la única calle que había sido masivamente destruida en Pankow. Yo debía indicar una de esas direcciones a fin de que me concedieran permiso para buscar piso allí. Nadie podría verificar si había vivido alguna vez en ese lugar.

Fue a buscar a su jefe y le pidió autorización para otorgarme

dicho permiso de inmediato. Yo era de Pankow, le explicó, una judía que había sobrevivido en la clandestinidad pero que se había quedado sin casa por los bombardeos.

—Necesito urgentemente tranquilidad —añadí—, no quiero una habitación, sino un piso propio.

—Imposible —dijo el jefe de Tati—. Es usted muy simpática, señorita, y sin duda una víctima del fascismo. Pero ni siquiera a las familias completas podemos proporcionarles más que míseros alojamientos de emergencia: una única habitación, amueblada o sin amueblar.

—Aunque sea un establo o un tugurio… quiero estar sola —repetí desesperada. Esas palabras debieron remover algo en el hombre.

—Qué triste —murmuró, y repitió varias veces—: Establo o tugurio. ¿Está al menos enferma del pulmón, tiene tuberculosis? —me preguntó.

—No que yo sepa —lamenté.

Al final resultó que de todos modos Tati no tenía ningún piso disponible. Me dio un taco de permisos para buscar vivienda alquilada, y me puse manos a la obra.

Me pateé todas las direcciones y no había nada aceptable: estaba, por ejemplo, un cuarto cuya pared había sufrido graves daños por el impacto de una granada. Encima de la cama había un boquete de cerca de medio metro de diámetro. La arrendadora se alegró de mi visita.

—Detrás de este boquete duermo yo —me indicó—. Así podemos decirnos cada día buenos días y buenas noches. Estoy muy sola, ¿sabe? —Pasó al otro lado del agujero en la pared y gritó desde allí—: ¡Cucú!

Estaba claro que le faltaba algún tornillo.

—No puede ser —dije cortante—, necesito una habitación con las paredes intactas. —Y apurada le mentí—: Mi novio quiere practicar la trompeta.

Tuve que quitarme de encima a aquella mujer para conseguir salir de allí.

Terminaba aquel día tan caluroso agotada. El sol ya estaba bajo, y sólo me quedaba un único permiso para una habitación en la Binzstraße. Fui allí y llamé, pero no me abrió nadie. Por la ventana

abierta del bajo vi a un hombre afeitándose. Después supe que se llamaba Levy y era católico, pero que tenía antepasados judíos.

«Ya puede usted estar llamando hasta el Día del Juicio Final, está sorda», dijo. «¿Qué quiere de la vieja?». Le mostré el permiso y le conté mi historia. «Mejor pregunte al arquitecto Rühle. Su oficina está justo enfrente. Todo el edificio de la esquina es suyo», me explicó. «Rühle siempre estuvo contra los nazis y ayudó a mucha gente. Quizá tenga algo para usted».

Fui allí y encontré enseguida al arquitecto, un señor mayor de rostro fino, inteligente y bondadoso. En muy pocas palabras le expuse mi deseo. «Qué suerte que no sea demasiado tarde para ayudar», dijo él. Y tuvo una idea: me contó que uno de sus pisos de una habitación se lo tenía alquilado a una anciana que había pasado toda la guerra en el campo. Venía a Pankow sólo una vez al año para comprobar si la casa seguía en pie. «Si tan bien ha estado todo este tiempo en el pueblo», decidió Rühle, «que se quede allí. Y usted se instala en el piso. Yo lo arreglo con la oficina de vivienda».

Subió conmigo a la planta superior del edificio y me mostró la pequeña casa esquinera, que consistía en una habitación de ángulos extraños y una cocina comedor. Me entusiasmó.

—¿Cuándo podría instalarme? —quise saber.

Me entregó las llaves y dijo:

—Desde ahora mismo. El contrato lo hacemos después. Por de pronto, le deseo tranquilidad y que sea feliz aquí.

Me quedé con las llaves en la mano preguntándome si estaba soñando.

De vuelta en su oficina me pidió que le contara un poco de mi época en la clandestinidad. Lo hice encantada, pues me aliviaba explayarme. También él me habló un poco de su vida, y ocurrió algo curioso: utilizó varias veces el subjuntivo del discurso indirecto. Yo llevaba tres años sin oír esa forma gramatical. Tuve que desviar la mirada para que no lo notara: el reencuentro con un habla que me había sido tan familiar en casa de mis padres y en la escuela me conmovió hasta las lágrimas.

Llegó la hora de regresar a Kaulsdorf. Por el camino llevaba el llavero sujeto en la mano y lo contemplaba sin cesar como si fuera un tesoro fabuloso.

Los Koch me recibieron con gran vocerío: «¡Qué tarde llegas!».

Logré por los pelos volver antes del toque de queda[83]. Y al principio Emil no quiso creerme cuando le dije que lo había conseguido: tenía un piso propio, y desde ya.

Al día siguiente me mudé. Esta vez no me quedó otra que recorrer a pie el largo camino de Kaulsdorf a Pankow porque disponía de un carro. Había encontrado un par de sandalias, pero no eran de mi talla y resultaban incómodas. En vista de eso, decidí hacer mi entrada en la antigua capital del Reich descalza.

«Te doto como si fueras mi hija», dijo la señora Koch, y metió en el carro una colcha, almohadas, sábanas, cubiertos, un batidor y otros enseres domésticos. Y cada dos por tres enumeraba todo aquello de lo que se estaba privando para dármelo. En mi fuero interno iba creciendo la rabia: a fin de cuentas, sólo me estaba entregando con grandes aspavientos una parte minúscula de lo que antaño había sido el menaje de mis padres.

También puso dos cucharillas de plata. «Siempre fuimos gente pobre», me explicó incluso, «sólo teníamos estas dos cucharas de plata auténtica. Desde la infancia las cuidé como un tesoro. Y ahora te las doy para tu ajuar». Aquello era un completo disparate: ¡las cucharas llevaban grabada bien visible la inicial de nuestro apellido!

En aquel momento se puso de manifiesto el alcance de su locura. Durante años me había martirizado diciendo una y otra vez con voz de ultratumba: «Somos un único ser porque tenemos el mismo nombre y cumplimos años el mismo día. Tu alma me pertenece». Por un lado me prestó su identidad y por el otro se identificó del todo con mi familia: en su conciencia no era Johanna Elisabeth Koch, de soltera Guthmann, sino una Jalowicz y, por lo tanto, judía. Pero que soltara semejante patraña infundada en la despedida nos llevaba a una nueva dimensión. Y entonces me quedó claro: era el final.

—El fin de semana os devuelvo el carro —dije esforzándome en sonar simpática y franca—. Y, por supuesto, siempre seguiréis siendo para mí algo así como mis padres adoptivos. Os visitaré todos los domingos.

—Bueno, bueno. Ya sabemos cómo es la vida —replicó Emil sonriendo—: vendrás dos o tres domingos seguidos, luego una vez al mes, luego una cada seis meses y después ya nunca más.

Para la larga marcha a pie que me esperaba me propuse tres cosas. La primera era tomar conciencia de que mis padres recibieron aquellas cucharas de plata muchos años antes como regalo de bodas de la tía Huida, una hermana de mi abuela.

La segunda consistía en lanzar un fuerte escupitajo en la calle. Había tenido que pasar los últimos tres años en zonas en las que mucha gente lo hacía. Y terminé por adoptar yo misma esa costumbre repugnante. La sociedad me había escupido, así que yo escupía de vuelta, aunque siempre con un propósito: si sobrevivo a la guerra, dejaré de hacerlo.

Quería gargajear por última vez justo en el límite entre Kaulsdorf-Sur y Biesdorf-Sur. Sólo que no sabía exactamente dónde quedaba ese punto, de modo que abordé a un hombre que arrancaba malas hierbas en su jardín:

—¿Podría decirme dónde termina un barrio y empieza el otro?

—¿Para qué quiere saberlo? —preguntó él malhumorado.

¡Alto!, me dije en aquel momento. Yo ya no necesito salir corriendo, ya no necesito achantarme. Tengo papeles auténticos en el bolsillo: nadie puede hacerme nada. Una persona educada no reacciona a una pregunta con otra pregunta, sino que contesta.

—¿Lo sabe o no? —le pregunté tajante al hombre.

Admitió que no con exactitud. Un poco más allá alguien me informó al fin: me encontraba justo en el límite. Acumulé saliva en la boca y lancé con fuerza mi último gargajo en la calle. Desde ese instante me sentí mejor: definitivamente estaba fuera de «nuestra colonia».

La tercera cosa que me había propuesto era hacer una lista de todo lo que no quería. Ya no quería escupir más porque era incivilizado. No quería volver a sentarme en sillas de mimbre. Ni casarme jamás con un no judío. Prefería estar sola a tener una pareja sin educación superior. Quería seguir siendo honesta, como siempre lo habían sido mis padres y otros antepasados. No quería tutearme con cualquiera, como era habitual en los bares. No quería despotricar contra los alemanes de manera indiscriminada. Ni ser nunca injusta e ingrata con gente como los Koch, que me habían ayudado. Y así sucesivamente. Mi lista era larga.

Entre Lichtenberg y Weißensee me llamó la atención una chica joven que caminaba delante de mí y parecía muy animosa. Llevaba

un vestido azul claro y transportaba en la cabeza una enorme fuente de esmalte. Como supe más tarde, acarreaba en ella una pizca de margarina que había conseguido en algún lado.

Cuando se giró, reconocí a Ursel Ehrlich, una amiga de Irene Scherhey. También ella pasó a la clandestinidad durante la época nazi y sobrevivió. Nos saludamos amablemente, nos detuvimos un rato y nos contamos cómo nos las habíamos arreglado.

En algún sitio, Ursel había descubierto una fuente de desechos de cuero con los que elaboraba marcapáginas y otros pequeños objetos, e iba por ahí vendiéndolos, en verano por los merenderos y en invierno por los bares.

—Mis mejores clientes eran los del bar de Altermann —me contó.

—¡Altermann en la Mühlenstraße! ¡Y que no coincidiéramos nunca! —dije sorprendida. Luego admiré su vestido—: ¡Tú sí que vas elegante!

—Hay que saber apañarse —respondió. Había teñido de azul una sábana, le añadió unas grecas en el borde mediante una técnica de batik, y con aquella tela se hizo el vestido, que le sentaba de maravilla.

Ella me miró a los pies:

—Por el campo puedes ir descalza, pero en la ciudad hay escombros y cristales por todas partes. ¿Es que no tienes zapatos? —preguntó.

—Tengo sandalias, pero no me valen, y no las puedo llevar.

Hablábamos, desde luego, en berlinés. Durante los últimos tres años había aprendido a apreciar este dialecto: era el habla de la gente que ayudaba. El refinado alto alemán, en cambio, no había estado a la altura. Fue sobre todo la burguesía culta alemana la que falló.

Cerca de hora y media después abrí la puerta de mi piso en Pankow. Haciendo un gran esfuerzo, subí el carro con todo mi menaje arrastrándolo hasta la tercera planta. No podía arriesgarme a dejar algo en la calle. Habría desaparecido de inmediato.

Tenía los pies ardiendo y malheridos. Coloqué dos sillas juntas en la cocina frente al fregadero para sentarme cómodamente. El gas no funcionaba, la electricidad tampoco, pero el agua sí. «Buenos días, mi querido grifo», dije alegre y al mismo tiempo conmovida.

«Aquí estoy totalmente sola y, sin embargo, no lo estoy porque cuento contigo. Y tengo la inmensa suerte de que ningún hospedados ninguna casera ni ninguna otra persona puede decir nada si me repantingo aquí sobre dos sillas y dejo que me corra el agua fría por los pies».

Y eso fue exactamente lo que hice.

Luego me tumbé en el suelo, me estiré cuan larga era y caí de inmediato en un profundo sueño.

EPÍLOGO

«¿¡Cree usted en serio que no tendría la capacidad intelectual para escribir la historia de mi vida si quisiera!?», dijo, o más bien bramó con voz estentórea, como si estuviera en el paraninfo ante sus estudiantes, mi entonces septuagenaria madre al teléfono.

El receptor de aquel mensaje formulado con semejante claridad era un periodista que se proponía publicar entrevistas con supervivientes. «Hasta ese punto llega», añadió mi madre volviéndose a mí. Yo estaba de visita en casa de mis padres y fui testigo casual de la conversación.

Por mucho que la comprendiera, lamentaba que su historia quizá nunca llegara a escribirse, una historia que me era más o menos familiar, pero que ni mucho menos conocía en todos sus detalles.

Antes de 1997, en realidad, mi madre nunca contó la dramática historia de cómo había sobrevivido: de vez en cuando había mencionado algo en el círculo familiar, pero siempre fuera de contexto y de manera inesperada; muy rara vez cabía adivinar el «desencadenante».

Entre mis recuerdos de infancia está que una amiga de la familia siempre anduvo tratando de convencer a mi madre de que escribiera su historia, o mejor aún: que la dictara. «Sí, sí», solía replicar mi madre, para añadir de inmediato que esto o aquello era más importante y debía resolverse antes.

Una vez —yo aún iba a la escuela primaria— mi tutora le pidió a mi madre que contara en clase algo de su vida después de 1933. Ella accedió, pero la hora prevista pasó muy rápido y, en realidad, no contó nada, salvo sucesos relativamente secundarios de los años de su persecución que, sin duda, plasmó de modo fascinante.

No obstante, con la edad, creció su disposición a contar detalles de su vida. En efecto, logré convencerla de que relatara sus experiencias como trabajadora forzosa en Siemens a la historiadora Carola Sachse. Le concedió una entrevista el 22 de abril de 1993. Con todo, se empeñó en que su nombre no figurara en el libro de Sachse[84], así que su testimonio se consignó como perteneciente a una tal «Gerda B.».

Hacia la misma época accedió a mi deseo y concedió una entrevista al historiador berlinés Raymond Wolff, que investigaba la historia del médico de Neukölln Benno Heller, y respondió con relativa exhaustividad a sus preguntas. Ahora bien, tal como me recalcó sin cesar, no había querido contar todo lo que sabía de Heller, pese a que opinaba que «cualquier omisión» dañaba «sensiblemente a la verdad». Tampoco se identificó en esa entrevista, en la que se la llama «señora Eßler». Se empecinó, además, en no referirse por su verdadero nombre a una mujer que la alojó en la época de la persecución y en no revelárselo tampoco a Wolff; él no supo que tras la «señora Rademann» se esconde una mujer llamada Gerda Janicke, que interpreta un papel no menor en los recuerdos de mi madre [85] .

También en 1993, en junio, cuando la invitó la Universidad de Viena, aceptó impartir una conferencia con el título: «*Los submarinos* [86] : destinos individuales en la resistencia» en un congreso en Eisenstadt. Significativamente, la disertación no fue publicada porque —estoy seguro— mi madre no lo quiso. En efecto, en ella había revelado mucho de sí misma, sin duda más de lo que se había propuesto. Fue la primera y última vez que habló en público sobre el tema.

En su exposición se limitó a «la supervivencia en Berlín. Esto brinda […] la ventaja de que me remito a experiencias propias y, en la medida en que recurro a literatura y he de criticar las fuentes, puedo hacerlo desde el punto de vista de una *insider*», como transmitió a sus oyentes.

El doctor Benno Heller y su esposa Irmgard tuvieron un gran protagonismo, pues mi madre aún guardaba en la memoria la impresión de la entrevista que había concedido hacía poco.

En cuanto historiador, no me entraba en la cabeza ser incapaz de conseguir que mi propia madre hablara, así que el día 26 de diciembre de 1997, sin previo aviso, coloqué una grabadora en la mesa del comedor de mis padres y dije: «Siempre has querido contar tu historia».

Algo sorprendida, y también emocionada, mi madre empezó a referir cronológicamente sus recuerdos hasta mayo de 1945, que ocuparon setenta y siete casetes. Las grabaciones siguieron reglas estrictas. La narración era consecutiva, y yo no la interrumpía con

preguntas. Era notable la clara estructura. Mi madre retomaba con toda precisión el hilo de la sesión precedente, que duraba sesenta o a menudo también noventa minutos. En paralelo, yo llevaba a cabo mi propia investigación para verificar los hechos y le iba informando de los resultados de mis pesquisas, sobre todo cuando encontraba varias personas con el mismo nombre y resultaba difícil distinguirlas. Eso le interesaba muchísimo y, en especial, se alegraba cuando se confirmaban sus datos o sus recuerdos.

Nuestras sesiones se prolongaron hasta el 4 de septiembre de 1998, interrumpidas con regularidad por estancias en el hospital. Algunas grabaciones se hicieron incluso allí; la última tuvo lugar pocos días antes de su muerte. Marie Jalowicz Simón falleció el 16 de septiembre de 1998.

En las últimas grabaciones es evidente hasta qué punto le fallaban las fuerzas, hasta qué punto le costaba seguir con el dictado.

Luego hubo que transcribir las cintas. El texto resultante, más de novecientas páginas, quedó relegado por un tiempo, pues había que comparar la transcripción con el documento sonoro y esto se me hacía muy difícil justo después de la muerte de mi madre.

Finalmente, la autora y periodista Irene Stratenwerth, con quien llevo muchos años colaborando en distintos proyectos de exposiciones, ha hecho brotar, con gran empatía, de la voluminosa transcripción un texto compacto: el manuscrito de este libro de Marie Jalowicz Simón. Oigo la voz de mi madre en cada línea.

A la hora de preparar el texto original, no sólo era cuestión de elegir, de entre la increíble abundancia de detalles y personas que recordaba mi madre, los más importantes y de hallar el hilo conductor que ella misma siempre tuvo claro pese a todas las digresiones. También se trataba de reconstruir con exactitud los sucesos que había descrito: la fecha concreta, por ejemplo, a veces no la sabía o la había olvidado.

Los lugares, los nombres y las personas con quienes había coincidido podían encontrarse en antiguos directorios o en las actas de los más diversos organismos. Un sinfín de personas en muchos archivos ayudó en la búsqueda. A menudo sólo mediante esta reconstrucción entendíamos «toda la historia» y, por otro lado, después siempre constatábamos: «Marie Jalowicz Simón tenía

razón. En realidad ya dijo todo lo necesario sobre este asunto».

Mis investigaciones adicionales sobre cientos de nombres, direcciones y biografías en los quince años posteriores a su muerte han demostrado que mi madre recordaba con precisión casi cada detalle. No pude concluir mis pesquisas hasta poco antes de redactar este epílogo; sólo una parte de los hallazgos queda recogida en el registro de personas. Relatar todo esto daría para un libro aparte, por ejemplo, la búsqueda de los descendientes de Hans Goll, que ayudó a mi madre en Bulgaria, o los del «holandés».

Yo habría querido saber más, y con mayor exactitud, sobre la época posterior a la liberación, así como sobre la década de 1950, pero mi madre no estaba dispuesta a hablar de aquello. Esa parte de su biografía no era tan evocable como los años anteriores, y entretanto le faltaban las fuerzas.

Para mí se plantea la cuestión de por qué prestó su testimonio tan tarde. «Si cuento algo, ha de ser verídico, y hay mucho que sólo puede contarse medio siglo después», dijo una vez durante una de sus clases. Los dictados tenían, en efecto, carácter lectivo y con frecuencia la duración de una clase.

Al contrario que en la conferencia de Eisenstadt, al dictar sus memorias mi madre evitó conscientemente recurrir a la literatura sobre el tema y comparar sus recuerdos con otra biografías impresas o conservadas en archivos. Dijo al respecto:

> No quería apelar a más fuentes que mi memoria, pues al hacerlo se modifica el recuerdo. […] Lo enteramente subjetivo, cuando se presenta con honradez como subjetivo, tiene un mayor valor objetivo que la presunta o supuesta objetividad malograda. Dicho de otra manera, con un símil: una rana debería plasmar sus vivencias desde la perspectiva de una rana. Pese a todas las limitaciones del encuadre, pese a todos los matices de la imagen surgida, ésta tiene un valor objetivo, como objeto de su subjetividad. La rana no debería hacer como si volase y viera las cosas con la perspectiva del águila. Si lo hace, lo distorsiona y lo falsea todo.

Lo cierto es que ya durante la época de su persecución había albergado la idea de plasmar sus recuerdos por escrito; sin papel ni útiles a su disposición, llevó en su cabeza un diario, revisaba una y

otra vez los textos pensados para registrar de forma más breve y precisa en su memoria cuanto vivió, sobre todo a partir del 22 de junio de 1942.

Aquel 22 de junio —era un lunes— mi madre eludió la detención por la Gestapo y desde ese día fue «ilegal». Pongo deliberadamente el término entre comillas porque ella me recalcó repetidas veces que encontraba discutible el término «ilegalidad», «pues ilegal fue el mayor asesinato técnico de masas en la historia de la humanidad; pretender vivir es algo que habría de consentírsele a cualquiera. Ilegales eran los nazis, no yo».

Es llamativo que este término tuvieran que utilizarlo a veces quienes vivieron en la clandestinidad, por ejemplo, un amigo de mi madre, Fritz Goldberg, tras su detención[87]. Ella misma empleó el término cuando, todavía con su apellido de soltera, escribía a principios de octubre de 1945 en un historial que adjuntó a su solicitud de reconocimiento como víctima del fascismo: «Eludí [...] mi detención. No estaba entre aquellos cuya bien surtida cartera permitía una ilegalidad bien preparada[88]».

Esa «ilegalidad» duraría casi tres años; la «vida normal» no se reanudó hasta que, a finales de agosto de 1945, mi madre, descalza y con un carro en el que acumulaba sus escasos efectos personales, llegó finalmente a Pankow desde Kaulsdorf-Sur vía Lichtenberg y Weißensee, y se instaló en su propio piso en la Binzstraße 7. Durante esa caminata de casi veinte kilómetros se había propuesto mucho para el futuro; su lista era larga: no quería casarse con un no judío; prefería estar sola a tener una pareja sin formación superior; le importaba seguir siendo honesta, como siempre lo fueron sus padres y sus antepasados; se propuso «no tutear[se] con cualquiera, como era habitual en los bares», y jamás «despotricar contra los alemanes de manera indiscriminada», pues había entre ellos quienes le ayudaron.

Cuando su amigo del colegio Heinrich Simón —ambos habían obtenido su bachillerato juntos en 1939 en el instituto de secundaria de la Comunidad Judía de Berlín— supo que su amiga había sobrevivido, la visitó a finales de enero de 1946. Él había emigrado a Palestina y más tarde sería mi padre, pero por entonces era un soldado británico, y hacer semejante visita era una hazaña casi imposible en aquella época; mi madre, sin embargo, consiguió

organizar aquello también.

Envió al cuartel general británico una carta en la que deliberadamente se hacía la ingenua, algo así como: «Querido cuartel general, porfa, porfa, dejad que venga mi prometido». Seguía la fundada premisa de que una carta debía llamar la atención para ser tenida en cuenta, ya que a aquella oficina llegaban a diario solicitudes de todo tipo. Y seguramente aquel texto tan distinto pasó de mano en mano y todo el personal británico lo leyó entre risas antes de acceder a su petición de inmediato.

Si los dos «prometidos» iban en serio, si en aquel momento mi madre consideraba siquiera una futura vida en común, es algo que mi padre, a quien pregunté al respecto tras la muerte de ella, no supo responder. «Para empezar, sólo fue un juego de roles por ambas partes».

El 29 de enero de 1946, cuando todavía no tenía ni veinticuatro años, mi madre ya le explicó con detenimiento a un amigo común del colegio de mi padre y ella —y futuro catedrático de Pedagogía, Ahron Fritz Kleinberger (Berlín, 1920 - Jerusalén, 2005)— las razones por las que quería quedarse en Berlín. La joven empezaba por hacer balance: «Vivo, estoy sana en cuerpo y alma, he iniciado mis estudios y me las arreglo muy bien en la vida (con la restricción de los obstáculos derivados de que exista la conciencia)». Y luego escribía sobre su decisión de permanecer allí:

> Por favor, no te sorprendas si te comunico que considero ya consumada mi emigración. He emigrado de la Alemania de Hitler a la de Goethe y Johann Sebastian Bach y me siento muy bien en ella. En otras palabras: pienso quedarme aquí. Mis argumentos son los siguientes:
>
> 1. Nací y crecí aquí y, lógicamente, es aquí donde me siento en casa (quizá por desgracia, pero los hechos son los que son y no es posible cambiarlos).
>
> 2. Estoy un poco cansada de luchar y temo que, si he de empezar por adaptarme a una situación extraña con todas sus dificultades, no podría estudiar ni encontrar la calma que necesito.
>
> 3. Aquí puedo existir sin depender de nadie. La idea de hallarme frente a la nada en algún sitio como refugiada (es decir, mendiga) se me ha vuelto insoportable tras los años felizmente superados de

vagabundear sin rumbo ni sentido en las más atroces circunstancias.

En este punto tampoco puedo olvidar […] mencionar que aquí gozo de numerosos privilegios gracias a los cuales tengo la posibilidad de disfrutar de unas mejores condiciones de vida.

[…]

4. Querría refutar el argumento usual de que el orgullo no permite vivir en el país de las cámaras de gas. ¿Crees que en algún lugar del mundo la plebe, de haberse agitado artificialmente sus peores instintos, se habría comportado de un modo distinto al de la plebe alemana? Los alemanes han asesinado a millones de judíos. Pero alemanes eran también muchos que, jugándose la vida, hicieron grandes sacrificios para ayudar a salvarme.

[…]

¿Recuerdas que una vez empleaste argumentos tajantes contra mi entusiasmo sionista? *Témpora mutantur, nos et mutamur in illis* **[89]** …

Seguramente sea la única solución si no se quiere perecer: adaptarse a las circunstancias existentes.

No quiero que se entiendan mis motivos para quedarme como propaganda en favor del regreso de los judíos a Alemania. Ni pretendo aspirar a influirte en tal sentido, aunque dudo mucho de la posibilidad de éxito. Todas mis observaciones eran puramente egocéntricas. No creo en una solución definitiva de la cuestión judía, sólo en una personal. Lo más sensato me parece que cada cual viva donde le resulte más cómodo…

[…]

Tengo el valor de ser lo que soy: una judía alemana, y si fuera preciso, completamente sola.

Sin duda no añorarás la maldita Alemania. ¡Cómo ibas a hacerlo! Pero, si un día, despreciando la muerte —o sea, por motivos de negocios—, vinieras, no te olvides de visitarme. Me gusta recibir visita de Abu Telfan en la luna **[90]** y espero con paciencia a todos los amigos. Aquí tengo una ilusión que podría derretírseme en el calor palestino: que Dios nos reúna desde las cuatro esquinas del mundo…

En esa «maldita Alemania» se quedó, pues, mi madre, concretamente en Berlín, y más concretamente en Pankow, donde volvió a mudarse una sola vez, en 1952, a un piso más grande, en la Wolfshagener Straße 59.

Allí vivieron mis padres las siguientes décadas, allí pasamos nuestra infancia mi hermana Bettina (*1952), que falleció en 1989, y yo (*1949).

Era su vigésimo cuarto cumpleaños cuando el 4 de abril de 1946 se matriculó en las carreras de Filosofía y Sociología en la Universidad de Berlín, aunque ya antes debió de asistir a clases. En el formulario que rellenó para registrarse en la Comunidad Judía el 23 de julio de 1945, en el apartado dedicado a la profesión, escribió: «Antes de 1933: colegiala; ahora: universitaria».

«Ahora estoy matriculada en la Universidad de Berlín», formulaba no sin orgullo en un currículum para la «Comisión "Víctimas del Fascismo" Sec.: "Víctimas de las leyes de Núremberg"» el 23 de octubre de 1945[91]. Al mismo tiempo, trabajaba en la oficina de traducción y enseñanza G. Fritz, en la Binzstraße de Pankow, de ahí que en ocasiones también indicara como profesión «estudiante que trabaja». Aun cuando por entonces ya intentó averiguar qué había sido de algunos amigos y personas que la habían ayudado, en el fondo sólo quería mirar hacia adelante.

No le satisfizo la carrera; probó aquí y allá, asistió, por ejemplo, a clases de los eslavistas:

> Empecé algún curso de búlgaro y lo abandoné enseguida porque noté que sólo me guiaban razones emocionales. Pero Bulgaria había pasado y quedado atrás, y el idioma que me había fascinado y que tanto me interesó ya no desempeñaba papel alguno para mí. Asistí a clases de Filosofía y pensé: bueno, idiotas, si no sois capaces ni de decirme lo que es el azar y lo que es el destino, podéis ahorraros vuestras tonterías. A mí aquello no me daba nada y no tenía ganas, y a veces pensaba: quizá no tenga ningún sentido estudiar.

Es lo que constataba Marie Jalowicz Simón medio siglo después.

El 2 de noviembre de 1946 le escribía a mi padre que «sólo muy raramente» asistía a clase. «Ni el nivel ni el marcado nazismo de la mayoría de los estudiantes son soportables para una persona de cultura».

Pocos meses antes, el 5 de julio, le decía sobre el mismo tema:

> Has de entender que he pasado por demasiadas cosas, he madurado demasiado y vivo demasiado conscientemente para asistir sin espíritu crítico —dócil como una colegiala— a la universidad, convencida de que la situación mejorará y de que con mis capacidades […] superaré la materia de dos semestres en uno. Me conoces y sabes que la disciplina nunca fue mi fuerte, y no te costará adivinar las consecuencias: he ido a clase con tanto celo como antaño en la escuela a trabajos manuales (= nada).

Como es natural, la persecución y las privaciones sufridas le habían dejado huella; su cuerpo acabó rebelándose. En otoño de 1946 sufrió un colapso total y pasó dos meses enferma. «Estuve entre la vida y la muerte. […] Sentí con toda claridad que era cosa mía salir adelante o morir sin más», le escribió a mi padre en noviembre de 1946. Claro que en aquel momento ya había pasado lo peor y estaba bastante recuperada.

No era la primera vez que le ocurría, puesto que ya en enero de 1946 le había escrito: «Superé el colapso anímico tras el final de la guerra —habría sido antinatural que no se produjera— y me he recuperado bien».

Lo que más le costó fue el regreso a la normalidad: habla de que no hallaba la forma de «salir de verdad a flote». Además, sufría con la emigración de amigos y allegados, «continúan las horribles despedidas». Llevaba viviendo años, «en realidad desde 1933, con despedidas».

«Salir a flote» implicaba el rechazo de todo lo provisional: «Si se vive de forma enteramente provisional se desarrolla un sentimiento crónico de desazón que es necesario combatir». Se calificaba a sí misma de «antiprovisionalista» y en agosto de 1946 pedía a mi padre que profesara también esa «filosofía». Mi padre seguía en Palestina por entonces; tras su desmovilización estaba empleado en el servicio de correos de Jerusalén. Mi madre, que en la carta citada a Fritz Kleinberger, de enero de 1946, había abogado con tanta vehemencia por quedarse en Berlín, cambió de opinión a finales de aquel mismo año. En vista de la difícil situación económica y el empobrecimiento de la población berlinesa, ahora quería irse a toda costa con mi padre a Palestina, a Erez Israel.

«Ya no puedo aconsejarte con la conciencia tranquila que

regreses a Alemania», le escribía el 2 de noviembre de 1946, y lo explicaba como sigue:

> Las fuerzas reaccionarias lo dominan todo y se ven en gran medida favorecidas por las potencias que hacen política colonial con Alemania y cuyos objetivos políticos están libres de todo idealismo, pues sólo veneran el capital como principio supremo. Somos la última escoria, hoy como ayer. Quien no era nazi antes acabará siéndolo ahora. Suerte que vivo en la zona rusa.

Mi padre no se tomó en serio sus argumentos porque no podía imaginarse la situación en Berlín. Tampoco mi madre era capaz de hacerse una idea de las duras condiciones en las que vivía mi padre en Palestina. Lo cierto es que ella no lo disuadió de su plan y él abandonó Palestina el 21 de septiembre de 1947 para regresar a Berlín, donde se casaron en marzo de 1948. Al final se decidieron a convertir Berlín en el centro de sus vidas.

Con ello quedaba atrás lo provisional y la vida hallaba un cauce estable. Mis padres eran ambos estudiantes en la Universidad de Berlín, que desde 1949 pasó a llamarse Universidad Humboldt.

El 14 de febrero de 1951, Marie Jalowicz Simón culminó sus estudios con un doctorado.

«En mi tesis», escribió mi madre en 1972, «abordé un área limítrofe entre la Filosofía y la Filología Clásica que ha seguido siendo mi objeto de estudio [92] ».

En 1956 comenzó a trabajar como profesora asociada para la asignatura de Historia de la Filosofía Antigua. Sólo con su habilitación en 1969 fue ascendida a titular. El nombramiento como «catedrática de Historia de la Literatura y la Cultura Antiguas» se produjo en septiembre de 1973, algo que le llegó relativamente tarde; a fin de cuentas, tenía en ese momento cincuenta y un años.

Mi padre (1921-2010), que se doctoró con ella, se habilitó mucho antes y, a efectos del 1 de diciembre de 1960, fue primero catedrático de Arabe Clásico y Filosofía Arabe en la misma universidad.

Mi madre se jubiló en septiembre de 1982, pero la universidad siguió siendo su campo de acción hasta mediados de la década de 1990.

Serían miles los estudiantes que asistieron a sus estimulantes y arrebatadoras clases. Entre otras asignaturas, impartió a los filólogos clásicos Filosofía Antigua e Historia de la Religión Antigua; a los filósofos, Historia de la Filosofía (Antigua hasta el Materialismo francés); a los arqueólogos les daba Introducción a la Filosofía Griega; a los de estudios culturales, Historia Cultural de la Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento; y a los teólogos, Historia de la Filosofía Griega.

Ninguno de esos estudiantes conoció detalles de su biografía; he preguntado a muchos de ellos.

Ahora bien, cuando una vez mi madre, en torno al año 1970 y hablando de poesía antigua en un seminario con muy pocos participantes, mencionó que siendo trabajadora forzosa en el torno recitaba para sí todos los poemas que se sabía de memoria para distraerse del monótono trabajo, los estudiantes se quedaron tan perplejos que no hicieron más preguntas.

Un antiguo alumno de mi madre, el filólogo clásico y prestigioso periodista Detlev Lücke (1942-2007), contaba que Marie Jalowicz Simón daba a sus estudiantes sostén y orientación en tiempos políticos difíciles. Recordaba en el *Freitag*, donde fue redactor: «De Marie Jalowicz Simón cautivaba la increíble claridad de su argumentación. Sus clases eran algo especial para mí. […] Tenían tanta afluencia porque ofrecían un pensamiento más rico y profundo que las canonizadas clases obligatorias de Ciencias Sociales [93] ».

Lücke describe a su profesora universitaria, cuyo «origen burgués […] no se notaba nada», como «una mujer muy modesta, sincera. Lo extravagante iba en su carácter. Llegaba a clase con un cigarrillo en la mano y llamativamente bien vestida. Aquello era bastante "poco alemán" y desde luego estupendo. Su mirada escrutadora desde abajo te atravesaba».

Me habría gustado asistir a las clases de mi madre durante mis estudios. Pero ella me lo vetó o, mejor dicho, me rogó que no lo hiciera, con el argumento de que mi presencia la pondría nerviosa.

Así pues, por desgracia no puedo juzgar de primera mano lo que distinguía sus clases. Además del sólido conocimiento de la materia que transmitían, no debían de carecer de alusiones políticas a las circunstancias. Mi madre afrontaba esa coyuntura con su

característica distancia crítica. Detlev Lücke lo apuntaba al escribir: «Se atenía estrictamente a su contexto científico, que, sin embargo, era cautivador. Otros en el Instituto […] querían convencernos de que, desde un punto de vista histórico, la Unión Soviética era la tercera Roma. Con Marie Simón nunca hubo tales mimetismos [94]».

Miedo no tenía, entre otras cosas porque a lo largo de aquellas décadas disfrutó de cierto «prestigio de veterana», dado que el 15 de noviembre de 1945 ingresó en el Partido Comunista y, desde la unificación del KPD y el SPD en abril de 1946, que ella celebró expresamente, fue militante del SED.

Nunca le pregunté si se consideraba comunista. Es muy probable que hubiera respondido: soy de izquierdas. Para ella no había contradicción en ser al mismo tiempo miembro de la Comunidad Judía y llevar un hogar en esencia *kosher*.

Un tema importante de su trabajo filosófico fue el estudio de las utopías, sobre todo la cuestión de cuánto tiempo siguen siendo utopías y cómo dejan de serlo. En su opinión, todas las utopías que terminan en «-ismo», es decir, tanto el socialismo como el sionismo, habían fracasado.

En su universidad perteneció a ese «honorable círculo de estudiosos y profesores universitarios que, con sus ricos conocimientos y su coraje para decir la verdad, se resistieron a las imposiciones doctrinarias y enseñaron y encarnaron la aspiración ideal de una sociedad renovada en la solidaridad social frente a su caricatura del estado social iliberal y autoritario», escribió su colega, el filósofo Gerd Irrlitz, en una necrológica. Y proseguía: «En las reuniones […] asistí al empeño de Marie Simón por defender criterios y planteamientos científicos y rechazar […] la oficiosidad politizante, y presencié también su decepción frente al curso de los acontecimientos».

Que ya no existiera el país que había elegido conscientemente no la trastocó; la vieja República Federal nunca fue una alternativa para ella. Aun así, las enormes transformaciones políticas que se produjeron tras la caída del Muro la inquietaban. A ello se sumó una tragedia personal: mi hermana, tres años menor, que acababa de licenciarse y seguía las huellas de mis padres en lo académico, falleció el 27 de noviembre de 1989 de una enfermedad incurable.

Mi madre sobrellevó este golpe del destino con su fuerza

habitual y sólo compartió el duelo con mi padre. Con otras personas no habló de ello.

Es posible, sin embargo, que el duelo por mi hermana fuera una de las razones por las que accedió a mi deseo de que me dictara sus recuerdos, pues una cosa está clara: de no haberlo deseado, nadie en el mundo habría podido forzarla.

En el transcurso de mi larga dedicación a la historia de la supervivencia de mi madre, a menudo me he preguntado hasta qué punto su vida posterior estuvo determinada por las experiencias de la persecución. ¿Se puede funcionar bien después de algo así? ¿Qué miedos le quedaron?

A la hora de examinar esta cuestión debo cuidarme sin duda de ver en cada peculiaridad de mi madre una consecuencia de lo vivido. Sin embargo, quiero aludir a algunas «secuelas».

Mi madre era igual de amable y distante con todo el mundo; en realidad, apenas tenía amigos íntimos. Con todo, había excepciones, como la historiadora Elisabeth Charlotte Welskopf (1901-1979).

Las dos mujeres se trataban de usted en público pese a su estrecha amistad. Mi madre apreciaba no sólo a la profesora universitaria, sino también a la escritora de éxito que publicaba sus libros de indios y sus novelas bajo el nombre de Liselotte Welskopf-Henrich. En la base de esa amistad estaba el hecho de que ambas —si bien de forma muy diversa— habían luchado contra los nazis. Y proseguían esa lucha, llegado el caso, en la universidad.

Mi madre no soportaba ni las despedidas ni la impuntualidad de familiares y amigos. Hasta su muerte dio enteramente por sentado que yo la llamaría varias veces al día por teléfono.

Al final sus vivencias volvieron a asaltarla cuando, después de una grave operación y ya no del todo lúcida, estaba convencida de que los nazis la estaban martirizando con cánulas cortantes.

Hasta hoy no he comprendido algunos de sus comportamientos. En mi infancia, por ejemplo, no pude llevar gorras de esquiador. Yo habría querido ir ataviado como los demás niños, pero con el pretexto de que era una «gorra nazi» recibí una de piel. Sin explicaciones. Sentí que no cabía preguntar.

Tampoco me explicó por qué Trude Neuke, que vivía en nuestro vecindario, saludaba siempre en la calle a mi madre como «Hannchen» cuando se encontraban por casualidad. Sabía, eso sí,

que Marie Jalowicz había utilizado antes el nombre falso de Johanna Koch.

La relación con la «auténtica» Johanna Koch, que en sus recuerdos Marie Jalowicz Simón describe pormenorizadamente y con total ambivalencia, volvería a desempeñar un papel para mi madre tras la muerte de aquélla.

En el fondo, mi madre logró afrontar su pasado con aplomo y serenidad; la señora Koch constituye una excepción en la medida en que mi madre nunca se recuperó de esa relación y que a veces tenía pánico de que Johanna Koch se presentara a su puerta por sorpresa.

Cuando Johanna Koch falleció, el 20 de enero de 1994, apareció de pronto un testamento del 18 de febrero de 1940 en el que el matrimonio de Emil y Johanna Koch nombraba a «la señorita Marie Jalowicz heredera» de todo su legado. Eso supuso que hacia el final de su vida mi madre recuperara la casa de sus padres en Kaulsdorf-Sur. Nunca volvió a pisarla; me la donó al poco de tramitar la herencia, no sin convocar antes al «abogado de la familia» al hospital, donde pasaba cada vez más tiempo.

En presencia de éste nos anunció a mi mujer y a mí que la donación se produciría sólo si mi familia vendía de inmediato aquel inmueble tan cargado de recuerdos. Y así lo hicimos.

Cuando estábamos vaciando la casa a principios del verano de 1994, apareció mi padre sin previo aviso.

Entró al antiguo dormitorio del matrimonio Koch, abrió sin dudarlo un cajón de la mesilla y extrajo un fajo de papeles. Entre otras cosas, estaban el pasaporte expedido en Bulgaria y la tarjeta de identidad de mi madre; ambos a nombre de Johanna Koch.

Poco antes de que mi madre abandonara Kaulsdorf en dirección a Pankow a finales de agosto de 1945, Johanna Koch le había quitado del bolso aquellos documentos con la excusa de que eran sus papeles.

Entiendo que mi padre actuaba por encargo de mi madre. Cuando quiso llevarse los documentos, protesté y le pedí que me los cediera. Entonces ya maduraba en mí la decisión de salvaguardar las memorias de Marie Jalowicz Simón.

Mi madre siempre estuvo convencida de que fue el azar el que le permitió sobrevivir.

En un sentido general, la estudiosa Marie Jalowicz Simón se

extendía al respecto en su conferencia sobre los «submarinos» de 1993:

> El legítimo deseo del estudioso o el literato serio de establecer leyes lleva a descuidar lo que a mi juicio [es] lo decisivo: el azar. Pero ¿qué es el azar?
>
> Según la definición de Spinoza, un *asylum ignorantiae* [95]. «Azar» es un término socorrido y, como todos los términos socorridos, en el fondo una declaración de impotencia mediante la que torpemente apuntamos a lo inescrutable. La supervivencia de cada individuo que subsistió en la clandestinidad se asentó en una concatenación de azares que a menudo resulta increíble y cabe llamar «milagrosa».
>
> Rechazo por anticientífico y blasfemo leer los azares como destino, pues esa interpretación implicaría conocer lo incognoscible, haber descifrado el enigma supremo *per definitionem* y es, por lo tanto, tan presuntuosa como necia. Si se basara en la predestinación y la providencia, ¿la supervivencia de ciertos individuos sería una bendición o una maldición, en vista del asesinato de un millón de niños? Debemos asumir que no podemos resolver el enigma, nos conformamos, reconocemos nuestra ignorancia y le concedemos un asylum utilizando el socorrido o impotente término «azar» y consignando que es el factor decisivo en todas las historias de supervivencia.

Hermann Simón.
Berlín, septiembre de 2013

REGISTRO DE PERSONAS

SYLVIA ASARCH (*1882): era la hija de Doris Schapiro. Se desconoce su suerte tras su detención en 1942.
MAX BÄCKER (*1889): pasó a la clandestinidad en 1942. Tras un intento de suicidio, fue deportado de Berlín en 1943.
LUISE BLASE (*1865): no se han podido establecer ni la fecha ni las circunstancias de su muerte. Sus dos hijos, Gerhard Blase (1909-1942) y Kurt Blase (*ca.* 1915-1945), cayeron en la Segunda Guerra Mundial.
GEORG BLUMBERG (*1923): fue deportado a Auschwitz en 1943.
GERRIT WILLY BURGERS (1920-1983): regresó en 1945 a Nimega, se casó y fue padre de cuatro hijos.
DR. LUDWIG DAHLHEIM (*1883): fue deportado a Raasiku en 1942 junto con su esposa, Thea Dahlheim, de soltera Toller (*1899), y su hermana, Hilde Dahlheim (*1888).
RUTH DANZIGER (*1920): se desconoce la suerte de la hija de los hosteleros Danziger después de 1945.
LEO DAVIDSOHN (*1873): pariente por parte de madre de Marie Jalowicz, fue deportado a Theresienstadt en 1942 junto con sus hermanas, Friederieke Davidsohn (*1865) y Julie Davidsohn (*1866).
EVA DEUTSCHKRON (*1918): emigró tras la Segunda Guerra Mundial a Estados Unidos y falleció allí en 2011.
ARTHUR EGER (1879-1938): hermano de Betti Jalowicz.
BETTI EGER —? BETTI JALOWICZ
HERBERT EGER (1882-1953): hermano de Betti Jalowicz, se casó con Marie (llamada Mia) Lindemann y tuvo con ella dos hijos: Kurt-Leo (*1925) y Hanna-Ruth (1928-2007). Toda la familia emigró a Inglaterra en 1939.
JACOB (KIWE) EGER (1838-1903): abuelo de Marie Jalowicz, casado con Marie Eger, de soltera Wolkowyski (1851-1919).
MARGARETE (GRETE) EGER (*1878): hermana de Betti Jalowicz, fue deportada a Litzmannstadt en 1941.
LEO EGER (1873-1923): hermano de Betti Jalowicz.
CAMILLA (RAMILLA) FIOCHI, de soltera Schenk (*1889): falleció

en 1970 en Deutsch-Wusterhausen.
RECHA FRANKENSTEIN (*1876): prima de Betti Jalowicz, fue deportada a Theresienstadt en 1942 y desde allí emigró a Suiza en febrero de 1945.
KARL (CARL) GALECKI (*1892): murió en 1965 en Berlín-Tegel.
CARL GOLDBERG (*1879): fue deportado a Auschwitz en 1942 con su esposa, Margarete Goldberg (*1880). También su hija Ellen Guttmann, de soltera Goldberg (*1915), fue deportada a Auschwitz en 1943 junto con su esposo, Alfred (*1910). Su hijo Fritz Goldberg (*1909) pasó a la clandestinidad, fue detenido en 1944 y deportado a Auschwitz.
DR. HANS GOLL (1909-1989): en 1942 era responsable en Sofía de la asignación de trabajadores búlgaros en Alemania. En 1943 fue reclutado por el ejército y en 1945 lo hicieron prisionero de guerra. Después trabajó como abogado en la República Federal.
ELSE GOTTSCHALK (*1903): emigró en 1941 a Estados Unidos. Su padre Gustav Gottschalk (*1864) fue deportado a Theresienstadt en 1942.
ALEXANDER GRASS: portero en Am Oberbaum, cayó en 1945 en los últimos días de la guerra. Su madre, Friederike Graß (*1855), perdió la vida en un bombardeo el 9 de marzo de 1945. Su esposa, Auguste Graß, sucumbió a las secuelas de una apoplejía poco después de la guerra.
DRA. HELENE GUTHERZ (*1890): se quitó la vida en 1943 en Berlín.
CHRISTINE HANSL (*1898): falleció en 1977 en Berlín-Spandau.
PAUL HECHT (*1897): cantor de la Comunidad Judía, fue deportado a Theresienstadt en 1943 con su mujer y sus hijas. Sobrevivió y murió en 1984 en Estados Unidos.
DR. BENNO HELLER (*1894): tras su detención el 23 de febrero de 1943, primero estuvo preso en Berlín y luego lo deportaron a Auschwitz. En el otoño de 1944 fue trasladado al campo de concentración de Sachsenhausen; después al campo subalterno de Lieberose-Jamlitz, donde fue visto por última vez a mediados de enero de 1945. Su esposa, Irmgard Fieller, de soltera Strecker (*1895), falleció en 1943 en Leipzig.
ROSEMARIE Y HANNELORE HERZFELD (*1923): fueron deportados a Litzmannstadt en 1941.

RUTH HIRSCH (*1921): fue deportada a Auschwitz en 1943.
INGE HUBBE (1927-1999) y WOLFGANG HUBBE (1929-2004): eran los hijos de → Trude Neuke y Rudolf Hubbe (1902-1932).
FRANZISKA JACOBSOHN (*1891): fue deportada a Theresienstadt en 1943 junto con su marido, Siegfried Jacobsohn (*1886). También su hijo Werner (*1930) y su hija Hildegard (*1925) fueron deportados en 1943.
MORITZ JACOBY (*1883): tutor de Marie Jalowicz, fue deportado a Riga en 1942.
BETTI JALOWICZ (*1885) de soltera Eger (*1885): murió en 1938 en Berlín.
DR. HERMANN JALOWICZ, (*1877): feneció en 1941 en Berlín.
DR. KARL JALOWICZ (1879-1952): hermano de Hermann.
GERDA JANICKE, de soltera Haße (*1911): expiró en 2001 en Dortmund.
DR. ANTONIE (TONI) KIRSCHSTEIN (*1898): fue deportada a Riga en 1942 con su hijo Wolfgang Kirschstein (*1924).
ELLODIE (ELLA) KLACZKO, de soltera Eger (*1872): hermana de Betti Jalowicz, falleció en 1939 en Riga.
JOHANNA (HANNCHEN) KOCH, de soltera Guthmann (*1905): murió en 1994 en Berlín. Su marido, Emil Koch (*1900), falleció en 1983.
HERBERT BOTHO KOEBNER (*1891): primo de → Ernst Wolff, fue detenido en 1942 en Berlín y en 1943 deportado a Auschwitz con su hijo Fritz Koebner (*1923). Su esposa, Betty Koebner (*1897) y su hijo Heinz-Joachim Koebner (*1920) fueron deportados a Auschwitz ya en 1942.
TATI (BERTHA) KUPKE, de soltera Lindemann (1904-2003): hermana de → Mia Eger, vivió con su marido Willi Kupke en Pankow.
RUTH LACHOTZKE (*1924): prometida de Fritz Goldberg, sobrevivió y en 1951 emigró como señora Bornstein sola con dos hijos a Sidney (Australia).
SHU KA LING (* 1906): llegó a Berlín en 1933. En junio de 1942 fue detenido y en agosto de 1943 liberado del campo de concentración de Sachsenhausen. Tras la Segunda Guerra Mundial, se casó, fue padre de dos hijos y murió en 1967 en Bremerhaven.
GERTRUD (TRUDE) NEUKE, de soltera Aernecke (*1907): murió en

1981 en Berlín-Pankow. Estuvo casada en primeras nupcias con Rudolf Hubbe, y en segundas, con Julius (Jule) Neuke (1902-1965).
EDIT RABINOWITSCH (*1904): hija de → Ellodie Klaczko, desapareció junto con su esposo y su hija tras la Segunda Guerra Mundial.
EDITH RÖDELSHEIMER (*1909): sobrevivió a la época nazi y emigró tras la Segunda Guerra Mundial a Estados Unidos.
LIESBETH (LIESCHEN) SABBARTH (*1913): expiró en 1993 en Estados Unidos.
DORIS SCHAPIRO, de soltera Wolkowyski (1855-1932): tía abuela de Marie Jalowicz.
KAROLINE (KAROLA o ROLA) SCHENK, de soltera Münichshofer (*1903): murió en 1989 en Mannheim.
IRENE SCHERHEY (*1920): emigró y falleció en 1991 en Estados Unidos.
ERNST SCHINDLER (*1890): juez de la Audiencia, sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial con la ayuda de su esposa no judía, Erna.
MAX SCHULZ (*1904): capataz de Siemens, expiró en 1965 en Berlín-Spandau.
HEINRICH SIMÓN (1921-2010): compañero de Marie Jalowicz en el instituto de secundaria judío, emigró en 1939 a Palestina y regresó a Alemania en 1947. En 1948 se casó con Marie Jalowicz. Los dos hijos del matrimonio fueron Bettina Simón (1952-1989) y Hermann Simón (*1949).
NORA (en realidad Anna-Georgette) SCHMILEWICZ (*1921): fue deportada a Auschwitz en 1943.
HERBERT STEINBECK (*1907): vecino de Trude Neuke, cayó en 1945.
ADOLF WALDMANN (*1899): emigró en 1939 junto con su mujer Margarete Waldmann, de soltera Hageleit, y su hijo, Martin, a Shanghái.
ERNST WOLFF (*1892): fue deportado a Theresienstadt en 1942 junto con sus padres, su hermana, Thea Wolff (*1904), y su tía, Ernestine Wolff (*1874).

AGRADECIMIENTOS

Archivo de las Compañías de Transporte de Berlín (Christian Piepert); Archivo de la Universidad de Viena (Kurt Mühlberger); Archivo del Museo del distrito de Friedrichshain-Kreuzberg (Gerhard Grosche); Archivo de la Universidad Humboldt de Berlín (Winfried Schultze); Archivo de la Universidad Karl de Praga (Petr Svobodný); Museo del Distrito de Berlín-Kreuzberg (Detlef Krenz); Embajada de la República de Bulgaria en Berlín (Violeta Karaivanova, Radi Naidenov, Meglena Plugtschieva); Archivo Federal de Berlín (Undine Beier, Heinz Fehlauer, Andreas Grunwald, Monika Kaiser); Comisionado para los Archivos de la Seguridad del Estado de la antigua RDA (BStU); Archivo del Land de Brandemburgo (Monika Nakath); Archivo de Circo, Variedades y Acróbatas en Marburg (Karl Braun); Historia Empresarial de la Deutsche Bahn / Colección Histórica (Susanne Kill); Oficina Alemana — WASt (Bernd Gericke, Wolfgang Remmers, Hans H. Sóchtig, Hans Peter Wollny); Federalnoe Archivnoe Agenstvo, Moscú (Andrei N. Artizov); Memorial de la Resistencia Alemana (Johannes Tuchel; Andreas Herbst); Memoria y Museo Sachsenhausen (Monika Liebscher); Archivo del Distrito de Dahme-Spreewald (Karin Deumer); Archivo del Land de Berlín (Kerstin Botticher, Gisela Erler, Andreas Matschenz, Anne Rothschenk, Axel Schröder, Bianca Welzing-Bráutigam); Archivo del Land de Renania del Norte / Westfalia, Sección Renania (Peter Klefisch); Oficina del Land para Asuntos Ciudadanos y de Orden de Berlín, Central de Asuntos Ciudadanos; Oficina del Land de Salud y Asuntos Sociales de Berlín, *Krankenbuchlager* [Centro de documentación de enfermos de las Guerras Mundiales] (Dieter Dureck); Museo de Historia Militar de la Bundeswehr en Dresde (Gerhard Bauer); Museo de Comunicaciones de Berlín (Veit Didczuneit); Museo de Marzahn-Hellersdorf (Dorothee Ifland); Museo de Neukölln (Julia Dilger); Museo de Pankow (Birgit Kirchhófer); Parroquia de Wieselburg (Franz Dammerer); Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores (Martin Kroger, Sabine Schafferdt); Colegio de Abogados de Berlín (Hans-Joachim Ehrig, Marión Petrusky);

Archivo Siemens (Frank Wittendorfer); Archivo Municipal de Detmold (Andreas Ruppert); Archivo Municipal y del Distrito de Arnstadt (Andrea Kirchschlager); Archivo Municipal de Mannheim (Karen Strobel); Archivo Municipal de Oranienburg (Petra Ramlow); Municipio de Wieselburg (Gerhard Buchegger); Museo de Historia Local de Spandau, Archivo (Heiko Metz); Registro Civil Charlottenburg-Wilmersdorf, Berlín (Fr. Teuchert); Registro Civil Quierschied (Irmtraud Pfoser); Fundación Nueva Sinagoga de Berlín - Centrum Judaicum (Sabine Hank, Barbara Welker, Anna Fischer, Daniela Gauding, Monika Junker, Stephan Kummer, Chana Schütz); Fundación Museo Alemán de la Técnica en Berlín (Alfred Gottwald); Fundación Topografía del Terror (Andreas Sander); Archivo Municipal y Regional de Viena; Archivo Estatal Central de Bulgaria.

Monika Behrens; Inge y Josef Bornhorst; Hennie Burgers; David Dambitsch; Vladimir Danovsky; Christian Dirks; Ralf Dose; Kurt-Leo Eger; Jochen Fahlenkamp; Jochen Fleischhacker; Ernest Fontheim; Eugen Herman-Friede; Ulrich Werner Grimm; Ora Guttmann; Karen Holtmann; Akim Jah; Harald Kindermann; Dorothea Kolland; Norbert Krenzlin; Christoph Kreutzmüller; Heike Lindemann; Hans-Jürgen Lódden; Ingo Loóse; Alexander Lorenz; Dick de Mildt; Frank R. Mützel; Uwe Naumann; Rainer Nitsch; Karl-Heinz Noack; Cord Pagenstecher; Andreas Pretzel; C. F. Ruter; Angelika Salomón; Deborah Simón; Christian Scholzel; Mila Zaharieva-Schmolke; Hans-Georg Schrader; Diana Schulle; Brigitte Schulz; Barbara Sauer; Rebecca Schwoch; Jürgen Sielemann; Isolde Stark; Jonny Markschiess van Trix; Sabine Wehrle; Grischa Worner.

Notas

[1] Desde el primer día de guerra, en septiembre de 1939, y para dificultar la orientación a los bombarderos, se había decretado el oscurecimiento obligatorio en las horas nocturnas: cese del alumbrado público y otras fuentes de luz, estores opacos en las ventanas de las viviendas… Durante toda la Segunda Guerra Mundial, las ciudades alemanas y europeas estuvieron muy a oscuras por las noches. (N. del T., salvo las especificadas en las notas alemanas). < <

[2] Castillo de la Orden Teutónica, elevado a mito por los nazis y que desde la Segunda Guerra Mundial forma parte de Polonia. <<

[3] Denominación yidis para la sinagoga, etimológicamente derivada del alemán *Schule*, «escuela». < <

[4] Entre las características de la festividad del Pésaj está la prohibición de ingerir o poseer siquiera alimentos fermentados (en hebreo, *jametz*). En esos ocho días sólo se come pan ácimo (*matzá*). Pero tras el Pésaj nadie come *matzá*, aunque no está prohibido. En la Hagadá de Pésaj, el relato que se lee la noche del Séder, se dice: «¿Por qué esta noche es tan distinta a las demás? Todas las otras noches podemos comer fermentado y sin fermentar (*jametz* y *matzá*), hoy sólo sin fermentar». (Nota de los editores del texto alemán). < <

[5] A Margarete Draeger se le impuso el retiro obligatorio como maestra en 1933 por tener ascendencia judía. Después de otras actividades diversas, en 1942 fue trabajadora forzosa en Siemens y más tarde pasó a la clandestinidad para eludir la deportación, pero en 1944 la descubrieron y la enviaron a Auschwitz. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[6] Marie Simón no dedica más que esta frase al acontecimiento. El diario de Hermann Jalowicz aporta más detalles sobre la muerte de Betti Jalowicz. «5 de mayo de 1938: Con Mariechen donde Betti. Radiografía de la cabeza. Fuertes dolores. Por la noche charla muy seria con Mariechen. Conmovedora por la madura calma de la niña, si bien antes había llorado intensamente. 6 de mayo de 1938: Mariechen duerme desde el 4 de mayo en la cama de Betti. 12 de mayo de 1938: Donde Betti con Mariechen. Charla con el doctor Jakob. En el hospital me sentí mal. A pie con Mariechen a la estación de metro de Gesundbrunnen. Charla muy seria y emotiva. 31 de mayo: En todo el tiempo desde su regreso (como antes del hospital) ni una noche tranquila. (…). Malas perspectivas. Betti ya no habla tan triste como antes, pero piensa triste. A finales de mayo me dijo que apenas podía soportar los dolores, que no debíamos llorarla mucho cuando ya no esté, que será una liberación para ella. Junio de 1938: en la última semana del mes se produjo un considerable agravamiento. (…) Mientras Betti yace con dolores en su último lecho, fuera unos niños embadurnan las puertas y las ventanas de los comercios judíos. Más tarde pintarrajearon también otros letreros judíos, como los de Jacoby, Eger, Michelsohn y también los míos. (…) El martes 28 de junio el doctor Gorze me apremió para llevar a Betti al hospital. Mariechen y yo nos negamos porque Betti no lo quiere así y es incurable. El 30 de junio a las tres menos cuarto me despertó la enfermera; desperté a Mariechen. Estuvimos en silencio con Betti; sostuve su mano en la mía hasta que a las seis de la mañana su corazón dejó de latir». (Nota de los editores del texto alemán). < <

[7] Parafrasea un popular verso de Schiller en *La doncella de Orleans: Wie kommt mir solcher Glanz in meine Hütte?* < <

[8] La legislación nacionalsocialista prohibía la matanza sin aturdimiento de animales. De ahí que pasaran a degollarse animales aturdidos y se designara su carne como «*kosher* actual». La concepción religiosa ortodoxa considera la carne de animales aturdidos *treife*, o sea impura. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[9] A su amiga Hilde Hauschild, Arthur Eger le dejó una breve carta de despedida con el siguiente texto: «Para ti, mi querida Hilde, un adiós especial. ¡Perdóname! Te agradezco por última vez todas las alegrías que me has dado. No supe recompensarte antes y tampoco ahora. Que Dios te lo pague y que te depare una vida feliz. No te aflijas, no llores, te lo ruego. Con profundo amor. Tuyo más allá de la tumba, Arthur». (Nota de los editores del texto alemán). < <

[10] En la Oficina para Palestina de Berlín, que existió desde 1924 hasta 1941 como institución benéfica, bajo la égida de la Jewish Agency, varios grupos sionistas organizaron la emigración de judíos alemanes a Palestina. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[11] Se pierde la aliteración del guiño en alemán Fontanepromenade - Schikanepromenade. < <

[12] En Alemania, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, el médico y pedagogo Moritz Schreber (1808-1861) comienza a promover la idea de los jardines obreros en su línea de trabajo destinada a mejorar la salud pública. La idea era permitir que los obreros disfrutaran de la tranquilidad del aire libre y que, a través del cultivo de frutas y verduras, mejoraran su alimentación. No fue hasta después de su muerte cuando comenzó a ponerse en práctica esta idea, pero, en su honor, en alemán estos jardines suelen denominarse Schrebergarten (jardines de Schreber), aunque también reciben muchos otros nombres, dependiendo de la región. Hoy en día son toda una institución, con normas estrictas en cuanto a la superficie de cultivo y de las casitas, la altura de las vallas, etc., y con concursos nacionales para establecer qué *Schrebergarten* es el más bello. < <

[13] Algo así como «polaco pasado por agua». El término se empleó desde el siglo XVIII para los oriundos de la zona y hablantes de su dialecto silesio. < <

[14] Rassenschande, el término nazi para estigmatizar las relaciones «interraciales». < <

[15] Entre 1933 y 1942, el presidente de la Audiencia fue Heinrich Holscher. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[16] El 24 de marzo de 1942, el Ministerio del Interior prohibió incluso el uso de medios de transporte urbanos; sólo estaban autorizados los viajes al trabajo a más de siete kilómetros de distancia. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[17] *Schein* significa tanto «brillo, resplandor» (de ahí que Marie piense en una aureola, *Heiligenschein*) como «billete, recibo, impreso». La ambigüedad es un ardid constitutivo de la superchería esotérica, pero se pierde en la traducción. < <

[18] El Cuerpo de Bomberos de Berlín fue subsumido por la policía durante el conflicto. < <

[19] Hoy Reinhardtstraße. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[20] Sozialdemokratische Partei Deutschlands, el Partido Socialdemócrata de Alemania. < <

[21] Como tantos personajes humildes de esta crónica, Ida Kahnke habla con un fuerte deje berlinés, difícil de reproducir sin que suene artificioso. <<

[22] Hoy Sonnenallee. (Nota de los editores del texto alemán). <<

[23] Desde la década de 1930, en efecto, la firma alemana Pelikan había desarrollado un disolvente comercializado como *Tintentod* (literalmente «muerte de tinta»). < <

[24] Al invadir los ejércitos del Eje el reino de Yugoslavia en abril de 1941, el líder de la Ustacha fascista Ante Pavelic proclamó el Estado Independiente de Croacia, que pasó a ser un estado títere del Reich (aunque no «anexionado»; de ahí que Marie debiera realizar las gestiones en la embajada croata en Berlín que detalla más adelante). < <

[25] Marie Simón explicó en una conferencia en 1993 cómo se expedían los carnés postales: «Numerosas mujeres judías en la clandestinidad pudieron en todo momento legitimarse sin despertar sospechas mediante un carné postal: un carné auténtico expedido a un nombre falso, no judío. El procedimiento era el siguiente: una mujer llamada Mirjam Cohn, por ejemplo, escribía varias cartas dirigidas al mismo domicilio a nombre de una tal Marta Müller, alojada con los Schmidt, pero cuya destinataria era, en realidad, ella misma. Después, aguardaba al cartero para recibir el envío, conversaba con él, le ofrecía un cigarrillo y al cabo de un tiempo le pedía que certificase en Correos que conocía personalmente a Marta Müller a fin de expedir un carné. Para eso ya se requería un paquete de cigarrillos. No conozco ningún caso en el que un cartero le negara el pequeño favor a la simpática señorita». (Nota de los editores del texto alemán). < <

[26] Probablemente Heinz Koch (1894-1959), que en 1940 era catedrático invitado en la Universidad de Sofía y director de todas las escuelas alemanas en Sofía. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[27] El Wannsee es el mayor de los muchos lagos que rodean Berlín y una popular zona de recreo. El Spree es el río que surca y abastece la ciudad: como casi todas las grandes capitales europeas, Berlín es un notable puerto fluvial. < <

[28] Las cofradías estudiantiles alemanas fueron tradicionalmente viveros nacionalistas y antidemocráticos. Además de emborrachándose y forjando redes clientelares para el futuro, sus miembros solían entretenerse practicando una especie de esgrima a cara descubierta; durante décadas las élites alemanas hicieron ostentación de las cicatrices que les dejaba ese ritual de masculinidad y espíritu corporativo. < <

[29] Dada la enorme importancia que, a lo largo de sus recuerdos, concede Marie Jalowicz Simón a su bachillerato (en contraste con la escueta crónica de su obtención en el capítulo 1.2.), conviene recordar que el título de bachiller supuso hasta bien entrada la década de 1960 un indicador social muy selectivo, del que no podía presumir ni el diez por ciento de la población. En 1939, año en que Marie hizo su bachillerato (ella y sus compañeros fueron los últimos judíos en lograrlo), en todo el Reich Alemán (que entonces incluía ya Austria y los Sudetes) lo obtuvieron sólo 42.000 chicos y 8.547 chicas, apenas el uno por ciento de las escolares femeninas de esa edad [agradezco a Michael Grüttner la elocuente precisión de este último dato]. < <

[30] La *hohe Frouwe* (literalmente «alta dama») es la destinataria del amor imposible en el *Minnesang*, la tradición alemana de amor cortés. < <

[31] El mayor teatro de variedades de Berlín, construido en 1873. < <

[32] Entonces Miersdorf, hoy Zeuthen-Miersdorf. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[33] Obra de Kurt Weill y Bertolt Brecht, estrenada en 1928 en el Theater am Schiffbauerdamm de Berlín. Este mismo teatro sería luego la sede del Berliner Ensemble, la legendaria compañía de teatro que la RDA puso a disposición de Brecht a su regreso a Alemania en la posguerra. < <

[34] La revista nazi de Julius Streicher se caracterizó siempre por difundir la más burda propaganda antisemita. < <

[35] El saludo (a puño alzado) de los miembros del Frente Rojo de Lucha (*Rotfrontkämpferbund*), la organización paramilitar comunista durante la República de Weimar. <<

[36] Lo que propiamente anunció la radio alemana fue la *aniquilación* del 6.° Ejército en Stalingrado (luchando «hasta el último cartucho»), ya que Hider no quiso admitir que el mariscal Paulus, ante lo insostenible de su situación, se había rendido con los noventa y un mil hombres que aún quedaban a su cargo. < <

[37] Canción para niños muy popular y reacia a todo espíritu aventurero: Hänschen sale a conocer el mundo; pero, como su madre llora mucho, regresa enseguida con ella. <<

[38] Técnica de adivinación consistente en dejar caer plomo fundido en agua, que se remonta a la Antigua Roma y siguió practicándose como ritual de Nochevieja en países del norte y el este de Europa. < <

[39] Véase nota 28. <<

[40] Tras su detención el 23 de febrero de 1943, Benno Heller primero permaneció en Berlín bajo custodia policial y luego fue deportado a Auschwitz. Es probable que se le obligara a trabajar allí como médico. En otoño de 1944, lo trasladaron al campo de concentración de Sachsenhausen, luego al campo auxiliar de Lieberose-Jamlitz, donde fue visto por última vez a mediados de enero de 1945. Se desconocen las circunstancias y la fecha exacta de su muerte. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[41] Como «cuarteles de alquiler» (*Mietskasernen*) se designaron durante décadas los bloques de viviendas de los barrios proletarios que, sobre todo en Berlín y, como en este caso, a menudo se sucedían unos tras otros, separados por patios, en un mismo solar. < <

[42] Hoy Karpacz. (Nota de los editores del texto alemán). <<

[43] Uno de los rasgos característicos del dialecto berlinés es justamente pronuncia la (g) como (j): *jut* por *gut*, *jewesen* por *gewesen*, etc. < <

[44] Se conoce como «Fabrik-Aktion» o acción en las fábricas (el término empezó a utilizarse una vez acabada la guerra) la detención por sorpresa de los últimos judíos berlineses el 27 de febrero de 1943. En la Rosenstraße se agrupó a unos dos mil de ellos que hasta entonces se habían librado de la deportación por su matrimonio con una no judía. Para perplejidad de las autoridades, desde el primer momento se concentraron frente al edificio decenas y pronto cientos de mujeres reclamando la liberación de sus allegados, sin que la policía lograra dispersarlas. Fue la mayor manifestación de protesta colectiva durante los años de guerra y tuvo éxito: desde el día 2 de marzo, gradualmente fueron poniendo a todos los detenidos casados con no judías en libertad, como en este caso al tío Karljalowicz. < <

[45] Las siglas CV se refieren a la Asociación Central [Central-Verein] de ciudadanos alemanes de fe judía. El nombre oficial del «Grupo Naumann» era «Unión de Judíos Nacionalistas Alemanes» y se trataba de una organización nacionalista terminantemente opuesta al sionismo cuyo presidente era Max Naumann. < <

[46] Pronunciando la [g] como [j], a la berlinesa (véase la nota 43).
< <

[47] «Berlinear» es un verbo corriente en alemán: designa el habla que se desliza hacia las singularidades del dialecto berlinés. La sensibilidad a esos indicadores sociolingüísticos intraducibles es una constante en los recuerdos de Marie Jalowicz Simón. < <

[48] Los diminutivos más habituales en alemán son -*lein* y -*chen* (como antes para Mariechen o Hannechen). < <

[49] Popular parque berlinés entre Neukölln y Kreuzberg. <<

[50] En la década de 1920, varios grupos nacionalistas clandestinos alemanes cometieron numerosos asesinatos políticos. Las víctimas solían ser los tachados de traidores en las propias filas. La denominación Feme deriva de un término del alemán medio para «castigo». < <

[51] Una de las mayores empresas fabricantes de bombillas, fundada en Berlín en 1919. La fábrica citada a continuación, con su vistosa torre ampliada (en su versión original de 1909, con cuarenta metros de altura, fue la primera de Berlín), sigue existiendo hoy bajo la denominación de Oberbaum City, junto a la estación de Warschauer Straße. < <

[52] Heinrich Zille (1858-1929), dibujante y fotógrafo del Berlín más popular. < <

[53] Diacrítico. < <

[54] El noticiario de las seis de la tarde de la BBC arrancaba con las campanadas del Big Ben. < <

[55] Para el centenario de la llamada Batalla de las Naciones de Leipzig, la mayor antes de la inminente guerra mundial, en 1913 se erigieron monumentos en esta ciudad y en buena parte de Alemania que encarnan toda la pompa nacionalista guillermina. <<

[56] Cita paródica del poema «A la luna» [«An den Mond»], de Goethe, reemplazando al amigo del original por un SA. < <

[57] Mateo 11, 28. Cito por la versión de Reina-Valera. <<

[58] EL 19 de junio de 1943, a despecho de reveses como el de la Rosenstraße, el ministro de Propaganda y Gauleiter de Berlín proclamó la capital del Reich «libre de judíos». < <

[59] Según las reglas alimenticias religiosas recogidas ya en la Tora, sólo es kosher la carne de animales que tienen las pezuñas hendidas y rumian. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[60] Según la tradición, un *Minyán* es un grupo de al menos diez varones judíos que son necesarios para llevar a cabo un servicio religioso completo. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[61] En Berlín Weißensee se halla uno de los mayores cementerios judíos de Europa. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[62] Semanario que destacaba por la inusual calidad de sus colaboraciones. Apoyado por Goebbels, siempre algo más sutil en el manejo de la propaganda, la mayoría de sus redactores ni siquiera militaban en el NSDAP. < <

[63] «Morena es la avellana», canción tradicional sobre una chica morena que gozaba de gran popularidad entre soldados, que la entonaban para amenizar sus marchas. Vuelve a hacerse referencia a ella un par de párrafos más abajo. < <

[64] Pareado obsceno y sarcástico de rima intraducible: *Steck du die Hand in meinen Arsch, dann blas ich dir'n Radetzkymarsch.* < <

[65] Véase la nota 63. < <

[66] Rima solo en dialecto: Beene wie Marlene, a la berlinesa más icónica del siglo XX. Marlene Dietrich (activa militante antinazi). <<

[67] El original encierra doble sentido porque, entre otras cosas, Blase puede significar «vejiga». *Die volle Blase* sería tanto «la Blase borracha» como «la vejiga llena». < <

[68] Según la acusación del fiscal general en el Tribunal Popular del 16 de enero de 1945, Gertrud Neuke fue arrestada el 15 de septiembre de 1944. Posiblemente hubo una primera detención previa no registrada o la Gestapo la arrestó ya antes de ese día. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[69] *Volks-sturm* (Fuerzas de Asalto del Pueblo) es el nombre de pretensiones épicas bajo el que se reclutó a todos los varones de entre dieciséis y sesenta años para tratar de frenar a la desesperada las ofensivas aliadas contra Alemania. Pero la señora Blase lo entiende como «torre del pueblo» y, a continuación, vuelve a confundirse entendiendo *Panzerfrau* («mujer blindada») en lugar de *Panzerfaust* («puño blindado», el lanzagranadas antitanque con que se armó a esas milicias de civiles). < <

[70] Marie no recordaba con exactitud la fecha del bombardeo del edificio. Pero la muerte de Friederike Graß está documentada. El certificado de su entierro dice: «Cadáver recuperado el 9.3.1945 a las 21.15 horas de su vivienda destruida». Aquella noche fue bombardeado el edificio de Am Oberbaum 2. El 10 de marzo de 1945 se registra la destrucción de la estación elevada de Stralauer Tor / Osthafen, que se alzaba justo enfrente de este edificio. < <

[71] El nombre del distrito que alberga la colonia con el inmueble Nitzwalder Straße 13 es Kaulsdorf-Sur. Wuhlheide designa una parcela y la contigua estación de cercanías. < <

[72] Posteriormente Clínica Psiquiátrica Karl Bonhoeffer. < <

[73] Sólo al dictar estos recuerdos en 1998 sabría Marie Jalowicz Simón que no era correcto tachar a los Koch de «arianizadores». En septiembre de 1938, Hermann y Betti Jalowicz vendieron por 6400 RM la casa de verano en Wuhlheide al matrimonio Koch. La mayor parte de ese importe se destinó a saldar deudas que Hermann y Betti Jalowicz tenían con diversos parientes. El importe coincidía en esencia con el valor vigente del inmueble. Hermann Jalowicz recibió 500 RM en metálico por el mobiliario y los enseres. En febrero de 1940, probablemente con ayuda de Hermann Jalowicz, el matrimonio Koch redactó un testamento en el que se nombraba a Marie Jalowicz heredera de su legado en caso de que los Koch no tuvieran descendencia. La herencia tuvo lugar, para sorpresa de Marie Jalowicz Simón, en 1994, al morir Johanna Koch. (Nota de los editores del texto alemán). <<

[74] El terreno de la Kaulsdorfer Straße 90 pertenecía a Félix Walter, un judío de Erkner. El Reich Alemán lo «administró» primero y más tarde, en 1942, lo confiscó. En un primer momento, el campo erigido en él sirvió de estación de paso para colonos alemanes de Volinia; luego para prisioneros de guerra franceses. Desde 1942 se alojaron allí más de mil trabajadores forzosos y prisioneros de guerra que estaban empleados en los ferrocarriles, entre ellos muchas mujeres y niños. En el invierno de 1943-1944, el campo fue destruido por un bombardeo y después reconstruido parcialmente. Tras el final de la guerra, sirvió de punto de reunión para prisioneros, trabajadores extranjeros y forzosos de diferentes naciones antes de regresar a sus países de origen. Hoy una exposición del Museo de Marzahn-Hellersdorf recuerda *in situ* la historia del campo. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[75] Pieza popular que interpretan al piano hasta quienes no saben tocar el piano (pese a su nombre, «el vals de la pulga», no es un vals, sino propiamente una polka). < <

[76] Las Fuerzas Armadas Soviéticas llegaron a Kaulsdorf / Mahlsdorf en torno al 22 de abril de 1945. El 23 de abril los soldados soviéticos liberaron el campo de trabajadoras forzosas de la Kaulsdorfer Straße 90. (Nota de los editores del texto alemán). <<

[77] Toshe significa «también» (Conservo la frase en el alemán macarrónico original). (N. del T.). < <

[78] *Dorf* significa «pueblo», que es lo que fueron en su día estas barriadas del distrito de Marzahn-Hellersdorf que desde 1920 forman parte del Gran Berlín. <<

[79] El *Reichsmark* alemán dejó de ser convertible en el mercado internacional de divisas en 1943, de modo que carecía de valor en el extranjero. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[80] Bund Deutscher Mädel (Liga de Muchachas Alemanas), la organización femenina para jóvenes del régimen nacionalsocialista. < <

[81] El cuestionario que rellenó allí Marie Jalowicz para inscribirse el 23 de julio de 1945 se ha conservado en el archivo de la Fundación Nueva Sinagoga Berlín - Centrum Judaicum. < <

[82] El lago más grande de los englobados en el Gran Berlín, y como tal uno de los más populares. < <

[83] Se trata del toque de queda impuesto el 14 de agosto de 1945 por la Comandancia Aliada que regía entre las once de la noche y las cinco de la madrugada. (Nota de los editores del texto alemán). <<

[84] *Als Zwangsarbeiterin in Berlin. Die Aufzeichnungen der Volkswirtin Elisabeth Freund* [Trabajadora forzosa en Berlín. Los apuntes de la economista Elisabeth Freund], editado y comentado por Carola Sachse, Berlín, De Gruyter Akademie Verlag, 1996. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[85] Häftling Nr. 124868, en: *Neuköllner Pitaval, Wahre Kriminalgeschichten aus Berlin*, Berlín, Rotbuch Verlag, 1994, pp. 79 y ss. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[86] Nombre con el que aquellos que habían pasado a la clandestinidad en el periodo nazi se referían a sí mismos. < <

[87] «Declaración de bienes» del 23 de julio de 1944; en el aparcado «Domicilio», Fritz Goldberg declara: «C2, Landsbergerstr. 32 […] hasta el 6 de febrero de 1943, luego ilegal». (Brandenburgisches Landeshauptarchiv Rep. 36A Oberfinanzpräsident Berlín Brandenburg [II] N.° 11552). (Nota de los editores del texto alemán). < <

[88] Historial de Marie Jalowicz del 8 de octubre de 1945, Landesarchiv Berlín, Signatura C Rep 118-01 N.° 2754. También en el cuestionario correspondiente lo formula así: «Eludí a la Gestapo y viví ilegal tres años». (Nota de los editores del texto alemán). < <

[89] «Los tiempos cambiar, y nosotros cambiamos con ellos». (Nota de los editores del texto alemán). < <

[90] Novela de Wilhelm Raabe, *Abu Telfan o Die Heimkehr vom Mondgebirge* (Abu Telfan o El regreso de las montañas lunares, 1867). (Nota de los editores del texto alemán). < <

[91] De Marie Jalowicz se conservan dos solicitudes de reconocimiento como víctima del fascismo, una del 8 de octubre de 1945 para ser reconocida como combatiente política (hoy en el Landesarchiv) y la segunda del 23 de octubre de 1945, «Sec.: Víctimas de las leyes de Núremberg», como judía perseguida (hoy en el Centrum Judaicum). En el segundo cuestionario hay anotado a mano «reconocida política». No conozco otro ejemplo de alguien del círculo de los perseguidos que intentara ser reconocido por los dos motivos: como víctima de las leyes de Núremberg y por motivos políticos. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[92] Currículum de Marie Jalowicz Simón del 16 de octubre de 1972, expediente personal en el archivo de la Universidad Humboldt de Berlín. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[93] «Am Lebensende die ganze Wahrheit sagen. Im Gesprach: Hermann Simón und Detlev Lücke über Marie Simón, die ais Berliner Jüdin im Untergrund überlebte» [Contar toda la verdad al final de la vida. Diálogo entre Hermann Simón y Detlev Lücke sobre Marie Simón, que sobrevivió en la clandestinidad como judía berlinesa], *Freitag*, 19 de mayo de 2000, p. 17. (Nota de los editores del texto alemán). < <

[94] Ibídem. (Nota de los editores del texto alemán). <<

[95] Asilo de la ignorancia. (Nota de los editores del texto alemán).
<<